

TRAMANDO VIDAS COLECTIVAS

INVESTIGACIONES RECIENTES SOBRE
GÉNERO, ESPACIO Y TERRITORIO EN CHILE

EDITORAS

Consuelo Banda Cárcamo
Denisse Larracilla Razo



COLECCIÓN
Estudios Urbanos UC



RiL editores

TRAMANDO VIDAS COLECTIVAS:
INVESTIGACIONES RECIENTES SOBRE GÉNERO,
ESPACIO Y TERRITORIO EN CHILE

CONSUELO BANDA CÁRCAMO
DENISSE LARRACILLA RAZO
[EDITORAS]

TRAMANDO VIDAS COLECTIVAS

*Investigaciones recientes sobre género,
espacio y territorio en Chile*

COLECCIÓN
Estudios Urbanos UC



RiL editores

305.40 Banda Cárcamo, Consuelo
B Tramando vidas colectivas. Investigaciones recientes sobre género, espacio y territorio en Chile / Consuelo Banda Cárcamo, Denisse Larracilla Razo, editoras – Santiago : RIL editores • Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2024.

236 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1590-4

1 MUJERES-CHILE-ASPECTOS SOCIALES. 2. GÉNERO



TRAMANDO VIDAS COLECTIVAS.
INVESTIGACIONES RECIENTES SOBRE GÉNERO, ESPACIO Y TERRITORIO EN CHILE
Primera edición: mayo de 2024

© Consuelo Banda Cárcamo, Denisse Larracilla Razo, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2023-A-11330

© RIL® editores, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Imagen de portada: Valeria Araya Tamayo / @onreivni

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1590-4

Derechos reservados.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	9
----------------------	---

Introducción

<i>Consuelo Banda y Denisse Larracilla</i>	<i>11</i>
--	-----------

I. MUJERES EN RESISTENCIA: DEBATES Y REBELDÍAS EN TORNO AL LUGAR DE LAS MUJERES EN LOS TERRITORIOS

Formas de hacer hogar: cuidar y alimentar como base para la construcción de espacialidad de mujeres dominicanas en el campamento Ribera Sur de Colina, Santiago <i>Daniela Frías Montecinos.....</i>	<i>29</i>
---	-----------

Análisis de la experiencia de inserción residencial de mujeres venezolanas en la comuna de Santiago, Chile <i>Catalina Ramírez González.....</i>	<i>57</i>
--	-----------

Estrategias de acción de las pobladoras: prácticas de cuidado y producción social del barrio en Villa La Reina, Santiago <i>Laura V. Orlando Romero</i>	<i>79</i>
---	-----------

Género y confinamiento en contextos de alta segregación: las mujeres del sector El Castillo en la comuna de La Pintana enfrentando la pandemia COVID-19 <i>Karina Cavieses Negrete.....</i>	<i>107</i>
--	------------

II. ENFOQUES EN EXPANSIÓN: MOVILIDAD, OCIO Y CUIDADOS COMO PARADIGMAS DE INVESTIGACIÓN

El ocio de las mujeres en la ciudad: prácticas y redes de creación del espacio en el Cerro Cordillera, Valparaíso <i>Consuelo Banda Cárcamo</i>	133
El diagnóstico urbano situado: aportes para comprender la movilidad cotidiana de mujeres y diseñar políticas de movilidad con justicia de género <i>Acayani Adame Castillo</i>	157
Movilidad(es) del cuidado: una aproximación cuantitativa desde la mirada de género e interseccionalidad en San Pedro de la Paz, Chile <i>Denisse Larracilla Razo</i>	185
De mujeres cuidadoras a una red de contención para la supervivencia en los barrios de Bajos de Mena en pandemia por COVID-19 <i>Berenice de Dios Sandoval</i>	211
Acerca de las autoras.....	231

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer en primer lugar el entusiasmo y confianza de nuestras compañeras y colegas Daniela Frías, Catalina Ramírez, Laura Orlando, Karina Cavieses, Acoyani Adame y Berenice De Dios, quienes nos permitieron darle forma a esta idea y posteriormente cuerpo a este libro. Asimismo, apreciamos la generosidad y tiempo de las participantes y colaboradoras de nuestras investigaciones al momento de compartir sus experiencias, sus sentires y puntos de vista. También queremos agradecer a nuestras profesoras y profesores guías, por acompañarnos en los procesos de investigación en los que se basan estos textos. En particular, valoramos y reconocemos la labor de Paz Concha y Christian Matus por el nutritivo espacio de aprendizaje y reflexión de los cursos pioneros de Género y Ciudad en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la PUC, como un espacio fundamental para el desarrollo de investigaciones desde el enfoque de género. De manera personal, agradecemos la ayuda generosa y detallada de nuestro amigo y compañero José Parra Zeltzer, quien nos apoyó con las últimas y eternas correcciones del manuscrito. Gracias por todo tu cuidado. Finalmente, quisiéramos agradecer a la Revista EURE y a RIL editores por apoyar esta iniciativa y en especial a Pablo González y Valentina Cortés por su acompañamiento atento y gentil. Esperamos que este libro sea solo el primero de muchas colaboraciones y diálogos entre las

investigaciones que año a año se gestan en el Instituto por parte de sus estudiantes y que son fundamentales a la hora de actualizar y crear conocimiento en la academia y más allá de ella.

INTRODUCCIÓN

Consuelo Banda • Denisse Larracilla

POR QUÉ ESCRIBIR

Escribir es una práctica problemática. Más aún en el contexto de la producción académica, con sus rendimientos, plazos y formas específicas. Por lo mismo, no hay mucho tiempo para detenerse a pensar en por qué hacemos lo que hacemos, cómo lo hacemos y junto a quiénes. En este libro, nos propusimos darnos ese tiempo y reflexionar, a partir de la escritura, en cómo hemos incorporado el enfoque de género en las investigaciones sobre espacio y territorio en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Universidad Católica de Chile. Qué conceptos estamos posicionando y cómo estas investigaciones han sido una forma de posicionarnos a nosotras mismas frente a la academia, el trabajo con personas, comunidades y la responsabilidad de contar sus historias.

Entre fines del año 2022 y durante el 2023, nos reunimos como egresadas de los Magíster en Desarrollo Urbano y en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente para trabajar en textos basados en nuestras investigaciones de tesis, generando un intercambio entre

temas, perspectivas de análisis, metodologías, disciplinas y contextos, como autoras provenientes de distintas regiones de Chile y México. Este ejercicio no solo nos permitió volver a revisar nuestra escritura, sino también repensar algunos enfoques y entender aspectos que se han transformado, desde ese momento específico en el cual llevamos adelante nuestras investigaciones hasta hoy, tanto en nuestros contextos como en nosotras mismas.

Los movimientos feministas y estallidos sociales en Chile y en Latinoamérica sin duda han remecido nuestras formas de hacer, pensar y entender las ciudades y los territorios, así como la pandemia de COVID-19 ha sido también un punto de inflexión para nuestras trayectorias investigativas, laborales y/o activistas.

Entendemos el año 2018 como un momento clave para estas transformaciones, donde los movimientos estudiantiles que llevaron a cabo las tomas feministas en distintas universidades del país pusieron en la palestra demandas contra el acoso y el sexismo en contextos universitarios, así como la necesidad de impulsar medidas claras contra la educación no sexista. Dentro de estos petitorios, la inclusión de ramos con temática de género o la incorporación de más mujeres en la literatura referencial, posicionaron la tarea académica como un espacio fundamental para combatir las brechas de género en nuestra sociedad (Ibáñez & Stang, 2021). Posteriormente, el Estallido Social del 18 de octubre de 2019 convocó a diversos sectores sociales a articularse mediante protestas y asambleas territoriales, para manifestar la insostenibilidad del sistema neoliberal establecido en dictadura y sus impactos en los cuerpos, la naturaleza y las injusticias urbanas que han moldeado nuestra vida cotidiana (Rojas, 2021). A la par, la emergencia sanitaria mundial generada por la pandemia de COVID-19 durante 2020, develó las profundas carencias y problemáticas que arrastra el Estado y las ciudades en cuanto a la provisión de los cuidados. Fueron las familias, y más intensamente las mujeres, quienes debieron gestionar las labores que sostuvieron a la sociedad durante este periodo, mostrando la necesidad de repensar la orientación de las ciudades desde la producción hacia el cuidado (Jirón, 2020). Todas estas coyunturas entrelazadas, nos permiten

reconocer y entender que las relaciones entre género y espacio son fundamentales para nutrir el camino hacia estas transformaciones, así como también poner en valor el vasto campo de conocimiento producido hasta ahora desde este enfoque.

Desde fines del siglo XX, la pregunta por el género se ha insaurado como una de las aristas más relevantes para abordar la complejidad de la realidad social. Esto no solo ha significado integrar una variable de análisis adicional y cimentar las vías hacia una representación más igualitaria, sino también abrir el camino para transformar la forma en que se piensa el conocimiento en sí, como una práctica situada y encarnada (Haraway, 1995). Estos estudios y experiencias, enmarcados en enfoques de género y epistemologías feministas, han abogado por las interpretaciones parciales, contrariamente al objetivismo universal que dominó durante décadas los debates sobre la realidad social y cómo esta se construye, produce y reproduce (Harding, 1996). Para esto, el lugar ha sido fundamental a la hora de entender cómo la vida cotidiana se experimenta de manera diversa en cuanto a las estructuras sociales de género, donde intervienen a su vez factores económicos, sociales y culturales (McDowell, 2000). En este sentido, los vínculos y alianzas entre geografía y los feminismos han sido cruciales para examinar la producción social del espacio (Soto, 2018), al dar cuenta de la manera en que los lugares se construyen a partir de las prácticas sociales y espaciales, en las que las nociones de género y espacio se producen y transforman mutuamente (Massey, 1994).

La ciudad, como espacio donde se desarrolla la vida cotidiana, muestra de qué modo sus condiciones materiales y simbólicas contribuyen a la inequidad de género en cuanto a la localización, movilidad, acceso, percepción, trabajo, entre otras (Soto, 2011; Loukaitou-Sideris, 2016). En este contexto, las ciudades se vuelven escenarios estratégicos para repensar cómo se construyen las identidades y alteridades, entendiéndose aquellas como lugares complejos y heterogéneos (Soto, 2011), contrariamente a la idea del espacio neutro, poblado de individuos homogéneos. Así, durante las últimas cuatro décadas, diversas disciplinas de las ciencias sociales como

la sociología, la antropología y la geografía, así como también la arquitectura y el urbanismo, han construido un cuerpo de análisis y debate crítico desde el género, en torno al habitar de las personas en contextos urbanos y territoriales, problematizando la exclusión de la experiencia de las mujeres tanto en la producción académica como en las investigaciones mismas.

Durante los últimos años se han establecido consensos respecto a la identificación de una estructura espacial y social de la ciudad construida bajo una perspectiva capitalista y androcéntrica donde, por un lado, se piensan las actividades del trabajo asalariado como motor de la vida cotidiana y el desarrollo de las ciudades (Pérez-Orozco, 2014), y por otro, se asume el punto de vista masculino a la hora de entender y diseñar los distintos espacios urbanos (Soto, 2011). Este diagnóstico crítico revela cómo los sistemas urbanos no solo desestiman las situaciones y condiciones sociales que no forman parte del mundo productivo, sino que remarcan también las diferenciaciones del sistema sexo-género en el espacio. Así, las investigaciones con perspectiva de género han evidenciado en qué medida la planificación de la ciudad ha privilegiado aquello que posibilita la vida productiva, otorgándole más espacio, mejores localizaciones y mayor conectividad (Valdivia, 2018). Mientras, los aspectos que tienen relación con las actividades reproductivas como el cuidado de las personas y del hogar, el ocio y la vida comunitaria (Batthyány, 2015; Mogollón & Fernández, 2016), son asumidas de manera privada, siendo las familias, y principalmente las mujeres, quienes suelen encargarse de gestionar sus espacios y actividades.

Pensar la vida cotidiana fragmentada desde estas dicotomías tiene consecuencias visibles en las desigualdades espaciales y conlleva múltiples complicaciones que afectan la vida de las personas. Una de las críticas sostenidas al urbanismo moderno —que ha configurado gran parte de las ciudades en las que vivimos— es la producción de zonas monofuncionales como consecuencia de la división de espacios para vivir, trabajar, consumir, recrearse o cuidar (Jirón & Mansilla, 2014). Es decir, la organización de una ciudad compartimentada, que hace incompatible la necesidad de entrelazar las diferentes

actividades diarias que se realizan en un continuo (Valdivia, 2018) y que tiene efectos diferenciales por género (Soto, 2011). Este primer acercamiento crítico hacia el espacio y su planificación, derivados de la división sexual del trabajo y los estatutos del género, ha abierto camino para diversas interrogantes invisibilizadas. Sin embargo, esta misma conceptualización binaria entre el trabajo productivo y reproductivo, lo femenino y lo masculino o lo privado y lo público, han contribuido a la omisión de las mujeres como habitantes y como agentes de transformación (Soto, 2018). A su vez, nos ha distraído de entender maneras de recomponer este espacio fragmentado, donde las soluciones apuntan a mejorar las condiciones urbanas para compatibilizar roles, más que a transformar la vida y las ciudades de una manera más radical (Jirón, 2020).

Bajo este entendido, la ciudad debe ser también reflexionada en cuanto a su poder subjetivo como espacio de disputa y creación colectiva (Soto, 2011), siendo las estrategias cotidianas para gestión de los cuidados, las prácticas urbanas de ocio y las luchas por la vivienda o la autoconstrucción, aquellas que dan pie a distintas formas de organización y en definitiva construyen la ciudad. Esto implica no solo enfocarnos en el género como una dimensión, sino entenderlo dentro de un entramado que se va entretejiendo desde el reconocimiento de la interseccionalidad (Viveros, 2016). Enfocarnos en el género y sus entramados de clase, sexualidad, etnia, edad, racialización, entre otros, hacen posible comprender cómo se generan desigualdades, y cómo los distintos modos de habitar posibilitan y construyen rebeldías.

Particularmente en Latinoamérica, esta vinculación entre género y hábitat ha estado en profunda relación con los movimientos sociales de mujeres a favor de la igualdad durante la década del 70, por un lado; y con el desarrollo del pensamiento feminista en la academia, por otro (Soto, 2016). De esto se desprende un trabajo fundacional respecto a la participación política de las mujeres en movimientos de pobladoras y colectivos feministas (Franco, 1993; Valdés & Weinstein, 1993), lo que para Soto (2018) es resultado de la experiencia compartida en la región respecto a reestructuraciones

económicas y dictaduras violentas. A partir de esto, son múltiples las aristas y temas que se han desarrollado durante las últimas décadas, que reafirman tanto la versatilidad del enfoque de género como su potencial político.

Como un repaso general hacia la producción de estudios sobre género y espacio en la región, se incluyen los estudios sobre trayectorias migrantes (Contreras, 2019), violencia e inseguridad urbana (Falú, 2006; Falú & Segovia, 2007; Soto, 2012; Tudela *et al.*, 2015), estrategias de resistencia frente a conflictos socioambientales (Bolados & Sánchez, 2017; Villamil & Restrepo, 2020; Llanos, 2020), extractivismo urbano (Anzoátegui & Femenías, 2015; Vásquez, 2017), movilidad y transporte (Jirón, 2017; Pérez & Capron, 2018; Sagaris & Tiznado-Aitken, 2020), políticas de vivienda (Ducci, 1994), afectos y sentidos en la autoconstrucción (Ossul-Vermehren, 2018), mobiliario urbano y parques (Camargo *et al.*, 2020) o los sesgos presentes en la profesión de la arquitectura en Chile (Peliowski, Verdejo & Montalbán, 2019).

Reconocer estos aportes y caminos recorridos por los estudios con enfoque de género en Latinoamérica nos hacen pensar en cómo hemos integrado estos conocimientos a nuestras propias lecturas, en una academia que constantemente presta más atención a referentes globales que a buscar maneras de hilar epistemologías propias. A la vez, vemos este libro como una oportunidad de volver a mirar los trabajos de investigación desde otras perspectivas y con otros tiempos. Es darnos espacio para entender las relaciones que se tejen entre lo que investigamos, nuestras historias personales y los contextos particulares en los que estamos inmersas y nos atraviesan. También nos propusimos conformar un espacio desde el cual compartir experiencias, metodologías y marcos teóricos que puedan acompañar a otras personas en sus procesos de investigación, espacios que muchas veces se atraviesan de manera solitaria. Esto, en tanto compartimos la apreciación de Paula Soto (2018) respecto a que, a pesar del crecimiento del enfoque de género dentro del campo académico en la región, aún no ha habido suficiente reflexión sobre los procesos de investigación; es decir, sobre cómo estamos llevando

a cabo esta labor, cómo nos acompañamos y cómo divulgamos los conocimientos que estamos buscando poner en valor.

Las historias reunidas en este libro nos permiten a su vez dar cuenta de formas de habitar que son particulares de nuestros territorios y que no se comprenden fácilmente al utilizar marcos teóricos anglosajones. Esto nos lleva a reflexionar sobre la relevancia de establecer los diálogos precisos para poder hacer las lecturas adecuadas, pero también ser conscientes de las ausencias y tensiones que configuran el desarrollo de los estudios geográficos, urbanos y territoriales en la región (Zaragocin, Moreano & Alvarez, 2018). Sofía Zaragocin (2020) ha dado cuenta de la desigualdad en los estudios de geografía crítica y geografía feminista desde América Latina en comparación a lo que se escribe fuera del sur. Como bien señala la autora, esto no significa dejar de lado lo que se produce en otras latitudes, sino preguntarse por qué recurrimos a ciertas lecturas y cómo generar los cruces entre la literatura anglosajona y latinoamericana, pero también entre otros campos disciplinares que hacen que los estudios urbanos y territoriales crezcan y se complejicen. En este sentido, nos resuena lo enunciado por Tania Pérez-Bustos (2017) cuando habla sobre reapropiarse desde Latinoamérica de las teorías feministas del norte, como una forma de reinterpretación que puede hacer emerger algo nuevo, pensando-con. En el ejercicio de aprender, revisarnos y repensarnos a través de la escritura buscamos posibilitar en parte estos diálogos y cruces, no solo con las fuentes bibliográficas, sino entre nosotras y con otras y otros.

LOS TEXTOS

El conjunto de artículos que integran esta publicación están basados en nuestros proyectos de tesis, muestran sus marcos teóricos, sus estrategias metodológicas y sus resultados, pero también visibilizan el paso del tiempo para las discusiones sobre género y ciudad. Desde la primera tesis recopilada en este libro, realizada en 2016, hasta trabajos defendidos durante el 2022, identificamos algunos temas que atienden a problemas específicos y que responden

a preocupaciones contextuales, que a la vez se van entrelazando a partir de literaturas, experiencias, espacios y reflexiones.

Los textos coinciden en visibilizar las desigualdades de género que aún existen y se reproducen en los territorios y entornos urbanos respecto al uso y disfrute de los espacios, pero también en mostrar, casi de manera transversal, la relevancia de los cuidados en la gestión de la vida y las relaciones personales. Por otro lado, convergen en reconocer la agencia histórica de las mujeres en la producción del espacio, donde la colectividad se ha posicionado como un contrapeso a la precariedad, la incertidumbre o las dificultades de la vida cotidiana, acentuadas por la forma fragmentada en que se han planificado las ciudades contemporáneas en Latinoamérica (Jirón & Mansilla, 2014).

El libro se divide en dos secciones. La primera de ellas, titulada *Mujeres en resistencia: debates y rebeldías en torno al lugar de las mujeres en los territorios*, reúne investigaciones centradas en comprender los roles que han desarrollado las mujeres en la producción social del hábitat, la organización del espacio y la lucha por la vivienda. Aquí, las autoras relatan historias sobre migración, autoconstrucción y segregación residencial, que son subvertidas a partir de las prácticas cotidianas de mujeres en distintos espacios urbanos, ya sean asentamientos informales, poblaciones emblemáticas o sectores marginalizados. En su texto «Formas de hacer hogar: cuidar y alimentar como base para la construcción de espacialidad de mujeres dominicanas en el campamento Ribera Sur de Colina, Santiago», Daniela Frías aborda las prácticas de mujeres dominicanas en un asentamiento informal localizado al norte de la Región Metropolitana de Santiago, Chile. El estudio centra su atención en las maneras en que las estrategias comunitarias de alimentación, cuidado y sociabilidad, presentes en el habitar y la configuración del espacio cotidiano, otorgan componentes identitarios claves para sobrellevar la migración y generar hogar. A través de un enfoque cualitativo y mediante entrevistas y relatos fotográficos contruidos por las propias residentes del campamento, se profundiza en las experiencias cotidianas de las mujeres participantes para visibilizar

el entrecruzamiento de las diferentes dimensiones de la migración, la informalidad residencial, la maternidad y las relaciones de género.

Otra contribución que comparte el interés por comprender la dimensión espacial y de género en los procesos migratorios, es el texto de Catalina Ramírez, «Análisis de la experiencia de inserción residencial de mujeres venezolanas en la comuna de Santiago, Chile». La autora profundiza en la primera etapa del asentamiento de mujeres migrantes en la ciudad como un nudo crítico en la realización, o no, de su proyecto migratorio. Con base en las entrevistas realizadas a un grupo de mujeres provenientes de Venezuela, Catalina indaga en sus experiencias durante las diferentes etapas de su trayectoria residencial: previo al viaje, su llegada y la búsqueda de alojamiento, para posteriormente dar cuenta del proceso mismo de habitar. El relato de las participantes permite develar procesos de inclusión y exclusión social y reconocer cómo el género, el origen nacional o el capital social y cultural operan en las posibilidades de acceso a la vivienda. La investigación explora, a su vez, la dimensión espacial del fenómeno migratorio en la comuna de Santiago, al indagar en su relación con los usos del espacio público, procesos de concentración en la centralidad urbana y modelos de vivienda vertical.

Por su parte, Laura Orlando, en su artículo «Estrategias de acción de las pobladoras: prácticas de cuidado y producción social del barrio en Villa La Reina, Santiago», indaga en el rol de las mujeres en la lucha por la vivienda y la producción del hábitat popular. En su texto, la autora nos muestra cómo el enfoque de género y una mirada desde los cuidados nos ayuda a entender el papel de las mujeres en los procesos de planificación urbana que han dado forma a las poblaciones emblemáticas en la ciudad de Santiago. Esto, en el marco de procesos de desarticulación social, barrial y popular por parte de las políticas habitacionales y la participación formal con base en subsidios. El enfoque de Laura explora el imaginario simbólico y material que se ha desplegado por décadas en este emblemático proyecto de urbanización social desde la época de su autoconstrucción —a fines de la década del 60— hasta nuestros días. A partir de entrevistas grupales y recorridos fotográficos comentados por los

barrios de Villa La Reina, pobladoras de distintas edades, miembros de las primeras familias que construyeron el sector, cuentan las estrategias que han sostenido por décadas para construir, habitar, cuidar y mantener la Villa.

Karina Cavieses, en «Género y confinamiento en contextos de alta segregación: las mujeres del sector el Castillo en la comuna de La Pintana enfrentando la pandemia COVID-19», aborda parte de la experiencia compleja de la pandemia y la intensificación de las condiciones de desigualdad urbana, allí donde las medidas de confinamiento fueron difíciles de seguir. Sus resultados concuerdan con el diagnóstico respecto a la manera diversa en que hombres y mujeres fueron afectados por la pandemia, realzando las brechas de género y sus desigualdades sociales implícitas. También destaca la manera en que la emergencia sanitaria hizo más visible una condición de desigualdad urbana producida por el propio Estado hace décadas, a partir de los procesos de erradicación de campamentos como parte de la Política Nacional de Desarrollo Urbano (1979) implementada durante la dictadura cívico-militar. A través de una metodología mixta, la autora da cuenta de preguntas contingentes respecto a temas clave como la segregación y el hacinamiento, el género, el espacio y la salud mental. También, permite explorar las formas de organización con las que se han hecho frente a estas brechas en un contexto particular de crisis de salud, donde las redes de apoyo y las ollas comunes organizadas entre vecinos y lideradas por mujeres no se detienen, sino que se activan con más fuerza.

La segunda sección de este libro, *Enfoques en expansión: movilidad, ocio y cuidados como paradigmas de investigación*, reúne aquellas investigaciones que coinciden en explorar estos conceptos como perspectivas que en los últimos años se han posicionado no solo como temas y objetos de estudio relevantes —y con más fuerza luego de la pandemia— sino como paradigmas de investigación en sí mismos. En este sentido, Consuelo Banda presenta el artículo «El ocio de las mujeres en la ciudad: prácticas y redes de creación del espacio en el Cerro Cordillera, Valparaíso», en el cual explora algunas de las diferentes formas que asume el ocio en la vida cotidiana

de un grupo de mujeres habitantes del Cerro Cordillera en la ciudad de Valparaíso. Por medio de una aproximación etnográfica y la implementación de técnicas de investigación que permitieron llevar a cabo un acompañamiento remoto hacia las participantes, durante los confinamientos, como el uso de bitácoras personales; la autora aborda los diferentes significados y espacios-tiempos del ocio y sus vínculos con las labores domésticas y los cuidados. Aquí, las experiencias diversas de las mujeres demuestran la condición contradictoria del ocio, en la medida que estas actividades se confunden, traslapan y negocian constantemente. Asimismo, revisa la relevancia de pensar el ocio en su contexto territorial, visibilizando cómo, en el caso particular del Cerro Cordillera, este se vincula con la vida comunitaria arraigada en el barrio, promueve la participación de las mujeres en la creación y gestión de lugares de ocio, y potencia redes de amistad entre ellas que son significativas en su experiencia del espacio público.

En el segundo texto de esta sección, titulado «El diagnóstico urbano situado: aportes para comprender la movilidad cotidiana de mujeres y diseñar políticas de movilidad con justicia de género», Acoyani Adame propone el uso de dos herramientas metodológicas para comprender la movilidad cotidiana de las mujeres y promover un «urbanismo género-consciente». Haciendo un énfasis en la experiencia de la caminata, la autora implementa el uso de diarios personales, llamados «Bitácora Mi Caminata», para registrar sus experiencias móviles y sus percepciones sobre el espacio urbano. A su vez, se explora la utilización de una «Auditoría de Caminabilidad con Perspectiva de Género», a partir de la cual se develan las diferentes implicancias para la vida cotidiana que representa para un grupo de mujeres residir y desplazarse en una zona central de la ciudad de Santiago, como lo es la comuna de Providencia y otra ubicada en la periferia, como la comuna de El Bosque. Adicionalmente, a través de entrevistas a funcionarias y funcionarios públicos de las comunas referidas, Acoyani explora en qué medida la planificación urbana y de movilidad en estos territorios integra una perspectiva de género.

En sintonía con el interés por comprender la movilidad desde un enfoque de género, Denisse Larracilla presenta el texto «Movilidad(es) del cuidado: una aproximación cuantitativa desde la mirada de género e interseccionalidad en San Pedro de la Paz, Chile». En este, Denisse examina la movilidad cotidiana de mujeres y hombres en la comuna de San Pedro de la Paz, una ciudad dispersa, fragmentada y automóvil-intensiva del sur de Chile, cuyas características morfológicas representan desafíos para la movilidad cotidiana y la accesibilidad de sus residentes. Mediante el análisis de la encuesta de movilidad del área metropolitana de Concepción, la autora realiza una propuesta de aproximación a la movilidad cotidiana desde el eje analítico del cuidado y de una mirada de género-interseccional para develar aspectos que no son posibles de observar en los análisis clásicos género-neutrales. Abordar la movilidad desde estas miradas permitió visibilizar que las desigualdades de género y la carga inequitativa de trabajo no remunerado para el sostenimiento de la vida se expresan en condiciones diferenciadas de movilidad entre mujeres y hombres. Asimismo, devela cómo algunas características como la edad, nivel de ingresos u ocupación pueden ser factores que complejizan aún más las experiencias y posibilidades de acceder a la ciudad, particularmente para las mujeres.

Finalmente, Berenice De Dios Sandoval realiza un abordaje sobre los cuidados desde una perspectiva enfocada en la vivienda, en su artículo «De mujeres cuidadoras a una red de contención para la supervivencia en los barrios de Bajos de Mena en pandemia por COVID-19». Este trabajo indaga sobre el papel que tuvo un grupo de mujeres ante la demanda de cuidados en un sector de vivienda social de la periferia urbana de Santiago, durante el periodo de confinamiento por la crisis sanitaria. A través de una aproximación cualitativa, se exploran las estrategias que este grupo desarrolló para gestionar los cuidados de su núcleo familiar, pero también de su comunidad, en un contexto de vulnerabilidad socio-espacial agudizada por las medidas para enfrentar la pandemia. El análisis de estas estrategias da cuenta de una sobrecarga de trabajo de cuidados para las mujeres, así como un cambio en la geografía de los cuidados,

cuya organización espacial se exploró en tres escalas: el barrio, el block y el departamento. Asimismo, identificó que las redes de contención y apoyo entre mujeres fueron un recurso fundamental para la subsistencia de las familias y de los barrios durante este periodo; y que, ante su ausencia, la gestión de la vida cotidiana supuso una serie de dificultades para algunas mujeres, particularmente frente a la falta de una infraestructura de cuidados.

Los temas abordados en esta compilación pasan por la vivienda, migración, segregación, violencia, cuidados, movilidad o el ocio, dando cuenta de la amplitud de enfoques, metodologías y objetos que cruzan los estudios urbanos y territoriales vistos desde una perspectiva de género. Este libro, sin embargo, nos plantea el desafío de pensar cómo transversalizar estas discusiones y no aislarlas a su entendimiento como problemas que atañen solo a las mujeres y que se discuten entre mujeres. Por el contrario, son temas y problemas que involucran a la sociedad entera en sus diversas dimensiones y escalas, de manera interdependiente, diversa y situada. Hacemos una invitación en este sentido a tramar en conjunto estrategias académicas, institucionales, activistas y cotidianas para apuntar en esta dirección, donde las distintas experiencias de vida colectiva en Latinoamérica tienen aún mucho que decir y enseñarle al campo de la academia. Finalmente, queremos retomar la idea de entender el Mayo Feminista del 2018, el Estallido Social y la pandemia del COVID-19 como puntos de inflexión y de no retorno, que deben representar y empujarnos hacia una transformación radical de las maneras en que investigamos, diseñamos y habitamos los espacios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzoátegui, M. & Femenías, M. (2015). Problemáticas urbano-ambientales: un análisis desde el ecofeminismo. En A. Puleo (Ed.), *Ecología y género en diálogo interdisciplinar* (pp. 219-240). Plaza y Valdés. <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.876/pm.876.pdf>
- Batthyány, K. (2015). *Las políticas y el cuidado en América Latina: una mirada a las experiencias regionales*. Serie Asuntos de Género. CEPAL, Naciones Unidas. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37726/S1500041_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Bolados, P., & Sánchez, A. (2017). Una ecología política feminista en construcción: el caso de las «Mujeres de zonas de sacrificio en resistencia», Región de Valparaíso, Chile. *Psicoperspectivas*, 16(2), 33-42. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-977>
- Camargo, D., Ramírez, P., Quiroga, V., Anaya, L., Salamanca, G., & Usuga, N. (2020). Do parks' characteristics promote a differential usage based on children and adolescents' gender? *Ciencia e Innovación en Salud*, 4(1), 286-299. <https://revistas.unisimon.edu.co/index.php/innovacionsalud/article/view/3751>
- Contreras, Y. (2019). Trayectorias migratorias. Entre trayectorias directas, azarosas y nómades. *Investigaciones Geográficas*, (58), 4-20.
- Ducci, M. (1994). Políticas de vivienda y mujer. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 20(59), 73-91. <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/1086>
- Falú, A. (Coord.) (2009). *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos. Santiago de Chile*. Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones Sur.
- Falú, A., & Segovia, O. (Coord.) (2007). *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. Ediciones Sur.
- Franco, J. (1993). Invasión el espacio público, transformar el espacio privado. *Debate Feminista*, 8, 267-287.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata.
- Ibáñez, F., & Stang, F. (2021). La emergencia del movimiento feminista en el estallido social chileno. *Revista Punto Género*, (16), 194-218. <https://doi.org/10.5354/2735-7473.2021.65892>
- Jirón, P. (2017). Planificación urbana y del transporte a partir de relaciones de interdependencia y movilidad del cuidado. En M. N. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 405-432). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Jirón, P. (2020). De ciudades que producen a ciudades que cuidan: los territorios como ejes para abordar la pandemia y la crisis social. *Anales de la Universidad de Chile*, (17) serie 7, 71-83. <http://dx.doi.org/10.5354/0717-8883.2020.58893>
- Jirón, P., & Mansilla, P. (2014). Las consecuencias del urbanismo fragmentador en la vida cotidiana de habitantes de la ciudad de Santiago de Chile. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 40(121), 5-28.
- Llanos, B. (2020). Las mujeres mapuche y la defensa del territorio: una práctica ancestral ecofeminista. En B. De Maya, J. Martínez, C.

- Ramos & J. Hernández (Eds.), *Culturas y artes escénicas* (pp. 103-127). Brooklyn College.
- Loukaitou-Sideris, A. (2016). A gendered view of mobility and transport: next steps and future directions. *Town Planning Review*, 87(5), 547-565.
- Massey, D. (1994). *Space, place and gender*. University of Minnesota Press.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Universitat de València.
- Mogollón, I. & Fernández, A. (2016). *Arquitecturas del cuidado. Viviendas colaborativas para personas mayores. Un acercamiento al contexto vasco y las realidades europeas*. Emakunde Instituto Vasco de la Mujer.
- Ossul-Vermeiren, I. (2018). Lo político de hacer hogar: una mirada de género a la vivienda autoconstruida. *Revista INVI*, 33(93), 9-51.
- Peliowski, A., Verdejo, N., & Montalbán, M. (2019). El género en la historiografía de la arquitectura: presencia de las arquitectas en la historia chilena reciente. *Revista de Arquitectura*, 24(37), 58-65. <https://doi.org/10.5354/0719-5427.2019.53161>
- Pérez-Bustos, T. (2017). «No es sólo una cuestión de lenguaje»: lo inaudible de los estudios feministas latino-americanos en el mundo académico anglosajón. *Scientiae Studia*, 15(1), 59-72.
- Pérez-Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños.
- Pérez, R., & Capron, G. (2018). Movilidad cotidiana, dinámicas familiares y roles de género: análisis del uso del automóvil en una metrópoli latinoamericana. *QUID* 16, (10), 102-128.
- Rojas, N. (2021). Movimientos de mujeres en Chile y el camino hacia una constitución feminista. *Anuario del Conflicto Social*, (10). <https://doi.org/10.1344/ACS2020.10.7>
- Sagaris, L. & Tiznado-Aitken, I. (2020). Sustainable transport and gender equity: Insights from Santiago, Chile. Urban Mobility and Social Equity in Latin America: Evidence, Concepts, Methods. En D. Oviedo, N. V. Duarte & A. M. A. Pinto (Eds.), *Urban Mobility and Social Equity in Latin America: Evidence, Concepts, Methods* (Vol. 12, pp. 103-139). Emerald Publishing. <https://doi.org/10.1108/S2044-994120200000012009>
- Soto, P. (2011). La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada: reflexiones teóricas y empíricas. *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(34), 7-38.
- Soto, P. (2012). El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México: una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), 145-169. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000200005>
- Soto, P. (2016). Repensar el hábitat urbano desde una perspectiva de género. Debates, agendas y desafíos. *Andamios*, 13(32), 37-56. <http://>

- www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632016000300037&lng=es&tlng=es.
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2). <https://doi.org/10.19053/01233769.7382>
- Tudela, A., López, A., Mehnidiratta, S., Bianchi, B. & Deakin, E. (2015). Reducing Gender-Based Violence in Public Transportation Strategy Design for Mexico City, Mexico. *Transportation Research Board*, 2531(1), 187-194.
- Valdés, T., & Weinstein, M. (1993). *Mujeres que sueñan: las organizaciones de pobladoras: 1973-1989*. FLACSO.
- Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, (11), 65-84.
- Vásquez, A. (2017). *Extractivismo urbano. Debates para una construcción colectiva de las ciudades*. El colectivo.
- Villamil, P. & Restrepo, C. (2020). Luchas autónomas ecofeministas por la defensa del territorio en América Latina, entre 2012-2016. Análisis a partir de dos casos: Copinh (Honduras) y Fuerza de mujeres Wayúu (Colombia). *Revista Ecúmene de Ciencias Sociales*, 1(1), 205-230. <https://revistas.uaq.mx/index.php/ecumene/article/view/461/492>
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, 52, 1-17.
- Zaragocin, S., Moreano, M. & Álvarez, S. (2018). Hacia una reapropiación de la geografía crítica en América Latina. Presentación del dossier. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (61), 11-32. <https://doi.org/10.17141/iconos.61.2018.3020>
- Zaragocin, S. (2020). Geografía feminista descolonial. *GEOPAUTA*, 4(4), 18-30. <https://doi.org/10.22481/rg.v4i4.7590>

I.

MUJERES EN RESISTENCIA:
DEBATES Y REBELDÍAS EN TORNO
AL LUGAR DE LAS MUJERES
EN LOS TERRITORIOS

FORMAS DE HACER HOGAR: CUIDAR Y ALIMENTAR COMO BASE PARA LA CONSTRUCCIÓN DE ESPACIALIDAD DE MUJERES DOMINICANAS EN EL CAMPAMENTO RIBERA SUR DE COLINA, SANTIAGO

Daniela Frías Montecinos

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, los desplazamientos en América Latina han aumentado drásticamente debido a conflictos políticos y económicos complejos que afectan a la zona. En este escenario, Chile ha experimentado un aumento en las cifras de migrantes latinoamericanas y latinoamericanos que arriban al país, posicionándolo como el principal polo migratorio en la región (Gissi *et al.*, 2019). Las expectativas de mejorar su realidad socioeconómica y alcanzar una estabilidad familiar son amplias. Sin embargo, el acceso a la vivienda atraviesa una serie de obstáculos, donde los abusos en los precios de los arriendos y las precarias condiciones de habitabilidad de la oferta disponible, les obliga a buscar otras alternativas.

Para las y los recién llegados, el subarrendamiento se consolida como una de las posibilidades más concretas para habitar, teniendo que aceptar el aprovechamiento y la discriminación por su condición de migrantes a la hora de arrendar, con precios elevados, espacios reducidos y materialidades frágiles (Bonhomme, 2021). Actualmente, existen diversas experiencias en Chile que demuestran que, debido a la falta de oportunidades o al racismo que enfrentan las y los migrantes al momento de arrendar, los asentamientos informales se manifiestan como una alternativa residencial concreta (Palma & Pérez, 2020). Conocidas son las experiencias en Copiapó, (Campos, 2017), Santiago (Acuña *et al.*, 2020) y el campamento multicultural de Antofagasta (Méndez, 2021), que evidencian y visibilizan la problemática del acceso formal al hábitat por parte de migrantes.

Este artículo aborda el estudio de las prácticas sociales de mujeres dominicanas en un asentamiento informal localizado en la comuna de Colina, en la ciudad de Santiago de Chile. El estudio se llevó a cabo durante el año 2016 en el campamento Ribera Sur, donde gran parte de sus pobladores son de nacionalidad dominicana y una cifra aún mayor son específicamente mujeres dominicanas. Así, se abordan tres intersecciones que se entrelazan en este contexto particular, a saber, mujer, madre y migrante, y se exploran las prácticas que definen la organización espacial de este territorio.

El objetivo de la investigación se basó en comprender la construcción de la espacialidad asociada a las prácticas de reproducción social de mujeres dominicanas residentes en este asentamiento informal situado al norte de la capital. En términos metodológicos, el estudio se realizó a partir de un enfoque cualitativo e inductivo, mediante la realización de entrevistas y relatos fotográficos contruidos por las propias mujeres dominicanas del asentamiento. Esto, con el objetivo de configurar un análisis situado desde sus propios relatos y representaciones de sus barrios. Las técnicas utilizadas permiten profundizar en las experiencias cotidianas de las mujeres al interior del campamento, pudiendo visibilizar cómo se entrecruzan las diferentes dimensiones de la migración, la informalidad residencial, la maternidad y las relaciones de género.

En este sentido, se plantea la existencia de una construcción de espacialidad por parte de mujeres migrantes mediante prácticas de reproducción social, principalmente el cuidado y la alimentación. El argumento central es que la complejidad de las actividades realizadas por las mujeres, tanto en la conquista de espacios para la vivienda como en las labores domésticas, se traduce en prácticas de construcción del espacio comunitario, las cuales adquieren características afectivas y materiales que van dando forma y sostienen el barrio. Teóricamente, esta construcción sexuada y generizada del espacio se fundamenta desde la geografía humana (Soja, 1996), las geografías feministas (Massey, 1994; 2005) y teorías críticas de género (Batthyány, 2015; Federici, 2013), que establecen que las prácticas realizadas por las mujeres que habitan el campamento configuran materialmente los espacios y le impregnan a su vez un carácter identitario desde su posición migrante.

Los resultados exponen que la construcción de la espacialidad de las mujeres dominicanas que participaron de la investigación sobrepasa los límites de la escala doméstica/familiar, permitiendo la constitución de espacios comunitarios a través de las prácticas de cuidado y alimentación que se extienden en el territorio. Las actividades de reproducción social no se quedan inmóviles en los espacios privados de la vivienda, sino que se visibilizan en el campamento y a la vez lo movilizan, posibilitando la unidad sociocultural del colectivo migrante y la recreación de las costumbres de su país de origen. La construcción de la espacialidad de las mujeres dominicanas se enfoca en su dimensión comunitaria como característica fundamental, a la vez que permite relevar el protagonismo y centralidad de sus acciones en el sostenimiento del espacio comunitario.

En este sentido, se propone que la relevancia del enfoque de género para el estudio de fenómenos urbanos y territoriales radica en la necesidad urgente de reconocer, comprender y poner en valor las experiencias de las mujeres en la ciudad, las que han permanecido ocultas por la separación ficticia entre el espacio público y el espacio doméstico. Las ideas espaciales sobre la manifestación y visibilización del género en el espacio urbano demuestran, a su vez, que las

prácticas y las formas de habitar la ciudad no son neutrales, sino que muestran diferencias entre hombres y mujeres, así como entre los distintos colectivos latinoamericanos que se van consolidando en las ciudades de Chile.

CONSTRUIR ESPACIALIDAD DESDE EL ENFOQUE DE GÉNERO

La construcción de espacialidad se puede entender desde la noción de *espacio vivido* de Soja (1996), entendido este como un conjunto de manifestaciones, procesos, formas de ocupar y organizar los espacios. Estas constituyen prácticas espaciales que pueden transformar los espacios a partir de acciones concretas. En este sentido, la espacialidad puede ser interpretada como una construcción social, tanto en sus formas materiales como en sus relaciones complejas, la cual es construida colectivamente. Para Soja, esto ocurre de manera dialéctica entre las múltiples relaciones sociales y espaciales que acontecen dentro de una colectividad. Por su parte, Massey (2005) agrega que el espacio se conforma en la confluencia y relación de múltiples trayectorias y relaciones sociales, dándose una construcción constante y que está siempre transformándose.

El dinamismo y las interrelaciones en la construcción del espacio son un lenguaje común entre Soja (1996) y Massey (2005), donde la autora define la espacialidad como «la esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad ... en donde coexisten distintas trayectorias, la que hace posible la existencia de más de una voz. Sin espacio, no hay multiplicidad» (p. 105). Esta definición integra también las relaciones implícitas en esa multiplicidad, compartiendo las palabras de Soja sobre las prácticas cotidianas en la construcción del espacio urbano. Estas prácticas no son finitas ni definidas, pues a través de las múltiples dinámicas de relaciones que se desenvuelven en el espacio, se transforman constantemente y de manera simultánea, co-produciéndose.

Las prácticas cotidianas enlazan las distintas esferas de la vida, tanto las que pertenecen al ámbito de lo público como al ámbito de lo privado, donde históricamente se ha situado a las mujeres a partir

del trabajo doméstico no remunerado y el cuidado de los miembros del hogar (McDowell, 1999). Sin embargo, estas prácticas de reproducción social no pueden enmarcarse dentro o fuera de espacios específicos cuando, por ejemplo, se debe transitar desde el hogar al supermercado para realizar las compras, encargarse de los cuidados de los niños cuando se enferman, llevar remedios, acompañar a alguien, etc. Como señalaba Massey (2005) el espacio es dinámico y relacional. Por lo mismo, analizar el espacio con perspectiva de género permite entender cómo estas prácticas van construyendo espacio, a pesar de las divisiones de género que sitúa a hombres y mujeres en tareas y lugares específicos (Massey, 1994).

El debate construido desde Latinoamérica sobre el enfoque de género adquiere a su vez sus propias particularidades, donde el cuidado del territorio y la reivindicación de las mujeres en las luchas populares forman parte de este relato. En Latinoamérica, la perspectiva de género penetró en los movimientos feministas originados a mediados de los años sesenta, reivindicando luchas para visibilizar el trabajo de las mujeres en contextos de resistencia frente a las dictaduras cívico-militares en países como Brasil, Uruguay, Argentina y Chile (De Giorgio, 2016; Carosio, 2019). Estas acciones incorporan a su vez la noción de comunidad y el reconocimiento de la dominación en términos de clase, raza, etnia y género (Stefoni & Fernández, 2011). Es así como la construcción del enfoque de género en América Latina ha levantado sus discursos esencialmente desde las experiencias de mujeres trabajadoras y su participación política en organizaciones sociales.

Es a partir de esto que las mujeres despliegan diversos mecanismos para visibilizar y reivindicar sus luchas desde lo doméstico, a la vez que se enfrentan a las complejidades del sistema económico capitalista, principal artífice de sus condiciones de vulnerabilidad social y económica (Federici, 2013). El contexto político de las mujeres latinoamericanas dista de los procesos vividos por mujeres en América del Norte y Europa, pues las mujeres precarizadas no solo son las principales responsables de labores de reproducción social, sino que, históricamente, también han formado parte de partidos

de izquierda y asociaciones de mujeres organizadas en cada país y a nivel latinoamericano (Schild, 2016).

Las mujeres feministas latinoamericanas centraron sus luchas en la diversidad de sus necesidades comunitarias, ampliando y profundizando, al mismo tiempo, su protagonismo político y social. Estos roles develan la trascendencia de sus acciones y discursos ante la colonización europea y la violencia vivida,

nos dimos cuenta que las feministas latinoamericanas más que tibias eran dispersas, pues no limitaron su actuación a los espacios de la lucha por la emancipación femenina. Por motivos propios de la historia americana, las mujeres participaron en organizaciones políticas mixtas y actuaron y escribieron en esos ámbitos masculinos que les eran negados a sus colegas europeas (Gargallo, 2013b).

En este sentido, la producción de conocimiento desde el sur —el Abya Yala— aporta a la reflexión para superar las interpretaciones extranjeras de los feminismos, con un enfoque plural y comunitario donde prevalece la idea del «buen vivir» (Zaragocin, 2017). Los feminismos comunitarios complementan la construcción del espacio y de las actividades entre hombres y mujeres desde lo colectivo, con base en la idea de que «las comunidades actuales son patriarcales y por ello es que estamos proponiendo otra forma de comunidad, horizontal y recíproca» (Gargallo, 2013a, p. 187), todo esto para dividir equitativamente las labores de reproducción social en espacios domésticos.

Es desde esta articulación entre feminismos —sus particularidades situadas en Latinoamérica— y la geografía, que podemos entender cómo el espacio se enmarca en divisiones de género, las cuales dan forma a relaciones sexuadas y de género que a su vez se espacializan (Menéndez, 2010). Asimismo, es necesario enmarcar estas interacciones y construcciones sociales en dinámicas de globalización económica, las que trascienden los límites de la microescala y evidencian su rol protagónico en el contexto de migración, puesto que «las dinámicas de género han sido invisibilizadas en términos de su articulación concreta con la economía global» (Sassen, 2003,

p. 46). Bajo este sistema, las condiciones de desigualdad en las que habitan las mujeres extranjeras y las dinámicas del mercado del trabajo las responsabiliza de las labores de cuidados y servicios para terceros. El vínculo entre género, migración y reproducción social permite reflexionar sobre las relaciones espaciales de mujeres migrantes como parte de su trayectoria migratoria, al mismo tiempo que las localiza al interior de un circuito global de cuidados.

PRÁCTICAS DE REPRODUCCIÓN SOCIAL: EL CUIDADO Y LA COMIDA

Las prácticas de reproducción social se entienden como todas las labores que se encuentran vinculadas al espacio doméstico y a la sobrevivencia familiar, tanto en el cuidado del hogar como de sus miembros (Carrasquer *et al.*, 1998). Estas labores, ejercidas principalmente por mujeres, son el conjunto de prácticas necesarias para cubrir las «necesidades inmediatas del cuerpo» como alimentar-se, cuidar-se, lavar-se, vestir-se, educar-se, relacionar-se, y se reconocen como «el complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario» (Federici, 2013, p. 21). Para Federici (2013) las labores de reproducción social, en tanto son consideradas fuera del régimen del salario, se caracterizan por invisibilizar a quienes las realizan (mujeres) y por mantener una indefinición del trabajo realizado en términos de tiempo. Arendt señala que esta labor «nunca designa un producto acabado» (2005, p. 98) y permite una apropiación de un cuerpo que se deteriora, de una actividad invisible y sin recompensa. La labor, por tanto, se construye como una acción que, aun cuando responde a las necesidades básicas del ser humano, conlleva sacrificio, «que no deja nada tras sí, que el resultado de su esfuerzo se consume tan rápidamente como se gasta el esfuerzo» (Arendt, 2005, p. 102). Esto repercute en la reproducción histórica y económica de una serie de relaciones de dominación y subordinación vividas por las mujeres, anclando y naturalizando el rol de la mujer en el sistema patriarcal.

Diversos discursos en la literatura revelan que la triada mujer-madre-trabajadora agrava las condiciones de vulnerabilidad en las

que estas se encuentran, además de limitar las posibilidades de emancipación (Gargallo, 2013a). Estas mujeres, madres y trabajadoras, no cesan su trabajo y sus funciones son indefnibles, pues se pierde el límite de cuándo empiezan y cuándo terminan (Arendt, 2005). Las labores reproductivas realizadas por estas mujeres tienen un producto intangible (Meza, 2014), es decir, no se observan físicamente y no otorgan valor a quien las realiza, siendo este trabajo de cuidados algo que se asume y no se reconoce por la sociedad.

El concepto de cuidados se corresponde principalmente con la acción y labor esencial que realizan en su mayoría mujeres para el sostenimiento de la vida, y se desprende en este trabajo desde la concepción de la economía feminista (Orozco, 2019). Desde las ciencias sociales, el cuidado se define como la acción de ayudar a una persona dependiente en el desarrollo y bienestar en su vida (niñeces, vejez, personas enfermas, entre otros). En los últimos años, el debate ha ganado notoriedad debido a la falta de políticas que ayuden en la gestión de los cuidados que antes de la inserción acelerada de las mujeres en el mercado recaía en ellas y sus familias. Así, la crisis de los cuidados surge como síntoma de la emancipación económica de las mujeres y la ausencia de mecanismos públicos orientados a estas actividades (Montaño & Calderón, 2010). En consonancia con las políticas estatales que aluden al mejoramiento de la calidad de vida de las personas, los cuidados se proponen como el cuarto pilar del bienestar social, en donde el Estado debe articular políticas públicas para conseguir acciones concretas que transformen la valoración y distribución de estos cuidados (Batthyány, 2015).

Federici (2013) ha profundizado en la relevancia estratégica, económica y política del trabajo de cuidado, y la falta de incorporación al análisis económico, en tanto «la devaluación del trabajo reproductivo ha sido uno de los pilares de la acumulación capitalista y de la explotación capitalista del trabajo de las mujeres» (p. 30). La economía del cuidado, como aporte de la economía feminista, declara que en Latinoamérica la preocupación por estas labores ha ido más allá de la mera exposición y relevancia de las actividades no remuneradas de las mujeres cuidadoras en la economía, sino

que se ha estado trabajando en proponer «políticas concretas de redistribución del cuidado» (Esquivel, 2016, p. 112). Estas no sólo tienen que ver con el tiempo que se le dedica al cuidado, quién lo proporciona y dónde, sino también con distintos elementos que forman parte de la cotidianidad de las personas, elementos que están llenos de afectos y dan forma a las relaciones. Uno de ellos es la comida y la alimentación.

La dimensión de la alimentación se define con base en el rito que se construye al momento de preparar la comida y de comer. Se entiende que la alimentación es la base de la sobrevivencia de un grupo familiar, al mismo tiempo que se configura como una actividad de socialización, en la cual se estrechan vínculos comunitarios (Maury, 2010). Mangieri (2006) señala la triada «lenguaje, cocina y sociedad», aludiendo a la importancia social y cultural de la cohesión y solidaridad grupal que se manifiesta tanto en el proceso de preparación como de consumo de los alimentos. Asimismo, como indica Maury «la comida es uno de los referentes más evidentes para introyectar y transferir sentido respecto a la identidad de un grupo en función de lo que come» (2010, p. 2). El autor también hace referencia a la conformación de las espacialidades que constituyen el rito de la comensalidad, pues varían si se realizan en el espacio público o en el espacio privado.

Dentro del trabajo doméstico, Díaz y Gómez (2005) indican que, desde la perspectiva de género, es posible esclarecer las relaciones culturales provenientes del análisis de la alimentación, las que tienen un estrecho vínculo con la economía informal a la que las mujeres se integran: «Lo doméstico se ha visto particularmente favorecido en esta nueva visión del mundo, poniendo de manifiesto el peso de las mujeres en el funcionamiento de la vida social» (2005, p. 24). La alimentación, por tanto, se plantea como una actividad estructurante y organizadora de las prácticas sociales, es un medio de comunicación identitario y cohesionador.

METODOLOGÍA

Este estudio se desarrolló bajo un enfoque fenomenológico, utilizando diversas técnicas y herramientas cualitativas: notas de campo, entrevistas semiestructuradas, entrevistas en profundidad y relatos fotográficos. Así, se buscó rescatar la experiencia de quienes narran sus propias historias y su propia realidad socioespacial, construyendo así una «dimensión micro geográfica del estudio de los lugares, de la vida cotidiana, tal y como es vista y entendida por sus propios actores» (Ballesteros, 1998, p. 18). Centrar el foco en esta microescala, entendida como los espacios interiores del campamento, permite apreciar y aproximarse a la realidad de las prácticas cotidianas de las mujeres dominicanas, relevando y significando las labores de reproducción a nivel individual y también colectivo.

Las personas involucradas en este estudio fueron mujeres y madres de nacionalidad dominicana residentes del campamento Ribera Sur de Colina. Se utilizó una muestra intencionada con base en estos dos roles, ya fuera que sus hijos se encontraran residiendo con ellas o en su país de origen. Este texto profundiza en el levantamiento de información realizado por medio de las entrevistas en profundidad y relatos basados en las fotografías que realizaron las participantes. Este último método privilegia y pone en valor la participación de la experiencia de las mujeres y las hace protagonistas de la recolección e interpretación de la información (Given, 2008), pues permite que ellas interpreten sus fotografías y resignifiquen la imagen con su discurso, lo que ayudó a complementar el análisis realizado en las entrevistas.

El uso de la fotografía como una herramienta de investigación exploratoria permite un acercamiento que pone el foco en la perspectiva de quien realiza la fotografía, existiendo diversas posibilidades de expresión y análisis de las imágenes (Banks, 2010). En este caso, también actúa como un complemento a las entrevistas realizadas a las mujeres dominicanas, a quienes se les entregó una cámara análoga desechable con 24 disparos, para que pudieran capturar su vida cotidiana al interior del campamento. La fotografía se utilizó desde un método exploratorio, para conocer a las

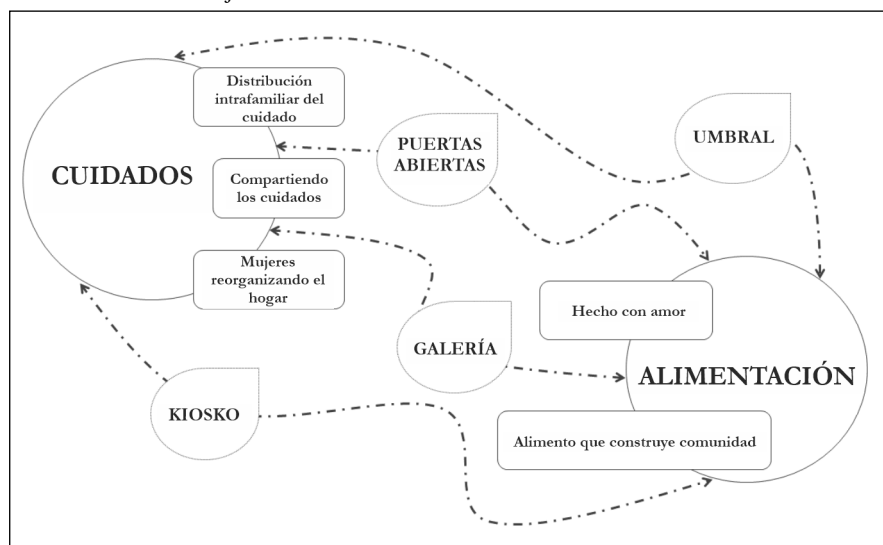
personas con las que compartían en el campamento y los espacios más significativos para ellas, con libertad de escoger los espacios que quisieran mostrar.

La espontaneidad de la captura análoga posibilita un acercamiento a los sentires y emociones vividas en el momento de la fotografía, limitando una alteración o montaje de la imagen en su versión digital. En este análisis las fotografías fueron entendidas como textos (Calabrese, 2012), en donde la realidad material se interpreta como un relato, ya que la hermenéutica de cada fotografía realiza su propio proceso interpretativo de la realidad. De esta forma, la fotografía permite recuperar el discurso (texto) de la imagen, a la vez que las mujeres realizan un autoretrato de su propia realidad ya sea validando o no sus relatos con las imágenes. Esto se confirma mediante la participación de las mujeres como co-investigadoras, situándolas como contribuyentes de información para la investigación, principalmente como fotógrafas.

IMPORTANCIA DE LAS LABORES DE REPRODUCCIÓN SOCIAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE ESPACIOS COMUNITARIOS

Para comprender estas prácticas de reproducción social —cuidados y alimentación— es necesario posicionar la escala barrial como el centro de la construcción espacial que realizan las mujeres (Figura 1). El barrio dominicano al interior del campamento Ribera Sur se constituye en un espacio trascendental, pues es allí donde las prácticas son significativas, colectivas y comunitarias, reafirmando un vínculo identitario. Las dos prácticas mencionadas se articulan y vinculan con espacios físicos al interior del campamento, y permiten la construcción de la espacialidad de las mujeres mediante su realización.

FIGURA 1. ESQUEMA QUE ARTICULA LAS PRÁCTICAS DE REPRODUCCIÓN SOCIAL DE MUJERES DOMINICANAS EN EL CAMPAMENTO RIBERA SUR



Fuente: elaboración propia, 2023.

Como es posible observar, la Figura 1 resume las categorías que se crearon a partir de las prácticas identificadas, cuyos espacios como el umbral, la galería y el kiosko visibilizan el sentido identitario y de sobrevivencia de la organización de las mujeres. En este sentido, los diferentes espacios al interior del campamento son transformados, activados y repensados para desarrollar estas actividades. A continuación, se detallan y describen las categorías mencionadas, vinculadas directamente con las trayectorias cotidianas de las mujeres en estos ámbitos.

IDENTIFICACIÓN DE LAS PRÁCTICAS DE CUIDADOS: «ES QUE ACÁ ES ASÍ, NOS CUIDAMOS ENTRE TODOS»

La primera práctica realizada por mujeres, reconocible en los espacios del campamento, es la de cuidados, los que se definen en este trabajo como cuidados comunitarios. Esto, debido al componente social de su realización, en tanto son prácticas que traspasan

las barreras del ámbito doméstico y familiar para situarse en los espacios comunes al interior del campamento (Figura 2).

FIGURA 2. DEFINICIÓN DE CATEGORÍAS DE ANÁLISIS
A LA DIMENSIÓN DE CUIDADOS

Distribución intrafamiliar del cuidado	Composición del grupo familiar Edad de las hijas e hijos Días de la semana Cuidado de las mujeres
Mujeres reorganizando el hogar	Tiempos y espacios de madres trabajadoras Alejar el machismo
Compartiendo los cuidados	Vecinos y vecinas más cercanas “En la casa de una amiguita/o”

Fuente: elaboración propia, 2023.

Se definen tres categorías para diferenciar y comprender cómo se articulan las prácticas basadas en el cuidado en el campamento. El cuidado se refiere a la organización dentro del grupo familiar para realizar los trabajos de cuidados para las personas más vulnerables, que en este caso son las hijas, hijos y personas enfermas (Acosta, 2011). La primera categoría se define con base en la composición del grupo familiar y se le denomina «Distribución intrafamiliar del cuidado», es decir, las maneras en que el cuidado se distribuye cuando hay dos adultos a cargo de la casa (madre y padre/pareja) o si es monoparental (madre sola). Si la responsabilidad del cuidado recae sobre dos adultos, existe una carga menor para la madre, y si la casa es constituida solo por la madre la tarea se vuelve compleja, pues dependen de un tercero que pueda ayudarlas con el cuidado.

Para las mujeres que crían solas a sus hijos, no es opción decidir si trabajar o no, pues de ello depende el mantenimiento de sus hogares.

La edad de los hijas e hijos es importante al momento de realizar las labores de cuidado puesto que, si se encuentran en edad preescolar o básica, existe una mayor preocupación y responsabilidad asociadas durante los días de semana, y su cuidado afecta más la organización de los tiempos de las cuidadoras. En cambio, si los hijos se encuentran ya cursando la educación media o el nivel técnico-profesional, la organización del cuidado conlleva una menor preocupación respecto a quien puede cuidarles mientras sus tutoras no se encuentran en casa, en tanto poseen mayor autonomía o entran ellos mismos a la red de distribución intrafamiliar del cuidado como cuidadores y cuidadoras de sus familiares más pequeños.

En relación con los días de la semana, el fin de semana es un momento en que pueden ejercer ellas mismas el cuidado, pues las mujeres entrevistadas en general tienen turnos de lunes a viernes. Declaran que es tan reducido el tiempo y las oportunidades que tienen de compartir con sus hijos, que el fin de semana lo aprovechan al máximo, siempre y cuando las posibilidades económicas lo permitan. En este sentido y bajo una dimensión espacial, es posible que esta práctica sea diferente durante el fin de semana e incluso traspase las barreras del campamento, como se relata en la siguiente cita,

Cuando llego en la noche, nos ponemos a cenar, ahí conversamos hablamos de lo que hicieron en el día ... Pero el fin de semana, nos sentamos a almorzar y ahí nos preguntamos, lo aprovechamos, cenamos, conversamos, nos contamos chistes, hablamos de lo bueno que les pasa y lo malo. Una como madre siempre tiene que estar pendiente lo que le pasa sus hijos, una madre debe darles esa confianza a sus hijos o si no, no me enteraría de su vida (V, 46 años).

Por último, expresan que el sexo de los hijos es un factor más de preocupación al momento de delegar los cuidados a terceros, pues en general existe mayor prevención y cautela con las mujeres. Esto en razón de los peligros y violencias que pueden sufrir las niñas y

adolescentes por parte de los hombres, pues el machismo y la violencia sexual las posiciona en un lugar de inseguridad constante.

La segunda categoría, «Mujeres reorganizando el hogar», apunta a la organización de las mujeres con base a sus tiempos y en los espacios disponibles. Las mujeres entrevistadas declaran que hombres y mujeres en su país son machistas y que las labores domésticas recaen siempre en ellas. Ya sean madres, hijas o nietas, son las mujeres quienes ejercen la responsabilidad del cuidado. Sin embargo, rescatan que la actitud de los hombres al migrar debe cambiar, pues en el contexto actual no es viable que la mujer se encargue de todas las labores domésticas, ya que a ellas se agrega el trabajo que realiza fuera del hogar durante la semana. «A veces, llegamos juntos, pero como yo llego cansada, me ayuda. Mi esposo trabaja en la construcción o a veces yo trabajo más horas, entonces él me guarda la cena lista, o él la hace» (B, 34 años).

Cuando las mujeres se encuentran trabajando fuera del hogar, existen algunos hombres y parejas de ellas que se hacen parte de las labores domésticas, sin embargo, su participación no se equipara a las labores realizadas por las mujeres. De este modo, todo o la mayor cantidad del trabajo del hogar sigue dependiendo de cómo la mujer organice sus tiempos. En las entrevistas mencionan que es común «acostarse de las últimas y levantarse de las primeras en la casa». Estos relatos explicitan la desproporción en las cargas de trabajo de las mujeres y la invisibilización del valor de su trabajo y esfuerzo realizados para el mantenimiento y sobrevivencia del grupo familiar.

La tercera categoría, «Compartiendo los cuidados», apunta a la manifestación de la disposición y apoyo que existe entre los y las habitantes del campamento. Si bien existe una organización de los cuidados dentro del ámbito familiar, la confianza entre las residentes del campamento permite compartir los cuidados al interior de los espacios del barrio.

Los sábados si ella sale a comprar pa' su negocio me dice voy a Santiago, entonces yo hago almuerzo y le paso a los niños y así nos cuidamos uno al otro (S, 40 años).
Sí, yo lo hago. Aquí yo soy la niñera, todo el mundo viene... como yo salgo poco, me dicen Rosa, te puedes quedar un

ratico con mi niña, yo sí, no hay problema, pero la tienes que venir a buscar de una vez, porque como yo trabajo al otro día trabajo y trabajo, lo tienen que venir a buscar al tiro (R, 33 años).

Los espacios definidos para realizar las labores de cuidado de manera comunitaria son al interior de las viviendas; sin embargo, es el carácter colectivo de esta práctica lo que permite considerar que se construyen espacios comunitarios de cuidado, independientemente si se realiza al interior o fuera de los hogares. En el ejercicio del cuidado, se abren las puertas de las casas del barrio y la disposición para cuidar a los hijos o hijas de alguna vecina. Los hogares (en plural) son el espacio físico colectivo para ejercer los cuidados, como si fuera uno solo. Si el cuidado se ejerce al interior de los espacios del campamento, se manifiesta una mayor confianza y seguridad con sus hijos.

FIGURA 3. PUERTAS ABIERTAS



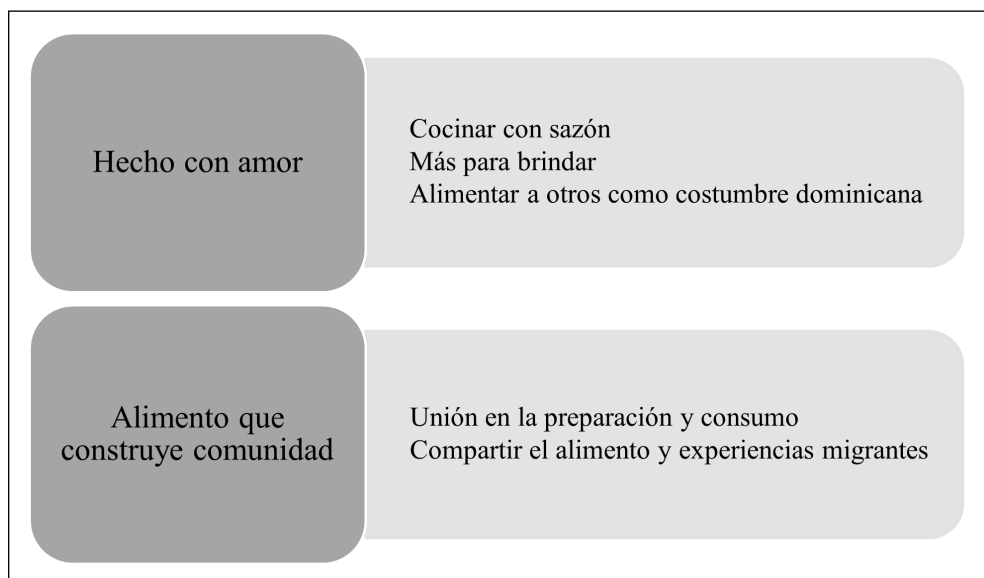
Fuente: fotografía capturada por V, 46 años.

Al interior del campamento, las puertas abiertas de las viviendas se materializan como un espacio comunitario de cuidado, pues no son individuos dentro de sus casas organizando actividades solo con sus familias, sino que son distintos espacios familiares que se abren para construir materialmente un espacio de cuidado colectivo. Es costumbre que las puertas de las casas estén abiertas, y aunque no sean personas de la familia o amistades, pueden ingresar a sus hogares sin ser invitados. Cuando las mujeres se levantan abren las puertas para demostrar que están libres, que están disponibles si otros desean entrar a la casa, ya sea para pedir comida, una conversación o un favor. Según sus relatos, ellas cuentan que en su país es una costumbre de *toitos* y si se sale a la calle, es posible que se vean todas las puertas de las casas abiertas, incluso todo el día, desde que las personas se levantan hasta que se van a dormir.

IDENTIFICACIÓN DE LAS PRÁCTICAS DE ALIMENTACIÓN: «SI TA COMIENDO, TA BIEN»

Para la comunidad dominicana, la acción de alimentarse va más allá del mero acto de comer, pues no solo se come dentro del hogar, sino también en los espacios comunitarios. La comida para las mujeres dominicanas se convierte en un elemento transversal que significa y construye diversos aspectos de su identidad cultural. Es a través de los diferentes alimentos que incluye la comida dominicana –como el arroz, el guineo, la carne, las habichuelas– que se manifiesta la base de su cultura caribeña. De este modo es posible identificar prácticas de alimentación mediante dos categorías: el alimento «Hecho con amor» y el «Alimento que construye colectividad», mediante la concepción de que mientras las personas estén comiendo se encuentran en buenas condiciones, por lo que dentro de sus labores domésticas se da especial énfasis a la preparación del alimento y a compartirlo con los demás.

FIGURA 4. DEFINICIÓN DE CATEGORÍAS DE ANÁLISIS
A LA DIMENSIÓN DE ALIMENTACIÓN



Fuente: elaboración propia, 2023.

El alimento «Hecho con amor» habla del afecto con el que se preparan las comidas, en tanto ellas definen que el alimento se prepara con mucho cariño para quien lo consuma, para que se sienta a gusto. Las mujeres dominicanas procuran sazonar mucho sus comidas, lo que explicita para ellas la entrega que hay en cada acción en el proceso de cocinar.

Desde la idea del colectivo, las mujeres se responsabilizan de que las personas queridas tengan siempre alimento a su disposición, y en este sentido las porciones que se cocinan en un hogar dominicano siempre son mayores a la cantidad de personas que componen dicho grupo familiar. Es costumbre que las mujeres dominicanas, en una manifestación de cuidado y amor, atiendan las necesidades de alimento de otras personas. Se trata de una costumbre que se transmite de generación en generación:

Es un hábito, una costumbre que tenemos nosotros como caribeños siempre se cocina más de la cuenta, para el que llegue uno brindarle comida, porque uno no sabe quién llega

con hambre y quién no, y tampoco es que el otro llegue con hambre solamente, sino que nosotros tenemos la costumbre de siempre tener algo para el que llegue de la calle de donde sea. Es una costumbre que nos forman los abuelos, los papás, la mamá para que una sea así (Y, 36 años).

Por otro lado, el «Alimento que construye colectividad» plantea que tanto la preparación como el consumo de alimentos, despliega y construye espacios por parte de las mujeres que comparten y socializan dentro del campamento. Así, tanto la preparación como el consumo de alimentos se realiza en colectivo, sobrepasando las barreras espaciales de lo doméstico y familiar. Si bien un grupo familiar comparte comida al interior del hogar, también es una actividad que se moviliza al espacio comunitario, es decir, fuera de las viviendas:

Por ejemplo, si yo no puedo cocinar voy donde la amiga y le digo mira guárdame comida que no voy a cocinar y ella me guarda mi comida no hay problema con eso porque son costumbres de allá (C, 58 años).

Ofrecer comida a las personas cercanas que visiten las casas o se acerquen durante la hora de comer es parte esencial de los valores de las mujeres dominicanas entrevistadas. Esto permite compartir experiencias que constituyen parte fundamental de la significación social que los residentes de Ribera Sur le atribuyen a su lugar de residencia actual, definiendo su identidad mediante la comida. Las mujeres declaran que, en los espacios donde se comparte la comida es posible generar mayores vínculos con las personas, independientemente de si se les conoce con anterioridad o no. Estar en un lugar sentada conversando, comiendo o tomando algo, participando de una conversación grata, propicia un clima de fraternidad y confianza entre las mujeres dominicanas. Luego de tener una semana de trabajo agotador, compartir un «pica pollo» y una cerveza con una vecina, es una actividad que les gusta disfrutar. Además, se reconocen y caracterizan los espacios en donde se congregan a compartir.

El espacio más importante para compartir la comida es el antejardín, o como ellas llaman la «galería», que es el lugar definido desde la puerta de calle hasta la puerta de entrada de la casa, que

generalmente está techado y con sillas o sillones para sentarse a comer y compartir. La galería constituye el primer lugar de la casa en donde se reciben visitas y es un espacio estratégico porque entrega visibilidad hacia el exterior (cuidar a los niños cuando juegan en el barrio) y al interior del hogar que les permite mirar la comida si están cocinando.

Según sus relatos, las galerías recrean espacios similares a los de sus hogares en República Dominicana y se encuentran decoradas con una gran cantidad de plantas que les recuerda a su hogar de origen; paisajes tropicales como suele observarse en ciudades como Bonao, Puerto Plata y Mao, con mucha vegetación, con espacios de recreación rodeados de naturaleza, ríos y parques. El arreglo de sus antejardines con flores y plantas favorece una mayor conexión identitaria, al tratar de acercar visualmente sus espacios en el campamento con sus casas en el Caribe.

FIGURA 5. GALERÍA ORNAMENTADA CON PLANTAS QUE LES RECUERDA A SU HOGAR DE ORIGEN



Fuente: fotografía por C, 58 años.

En la definición de este espacio se reconoce la indefinición temporal y lo interminable de las labores de reproducción social asumidas por las mujeres, pues si bien constituye un espacio en donde se puede tener un tiempo de ocio o sociabilidad con sus vecinas o familiares, al mismo tiempo es un espacio intermedio entre el interior y el exterior de la casa. Así, están preocupadas de lo que puede estar sucediendo al interior del hogar (como vigilar la comida si están cocinando) y al exterior, en la calle del campamento (si es que sus hijas e hijos están jugando en la calle). Las mujeres, siempre que pueden, se conceden espacios de conversación, por lo que la galería se construye con la práctica social más que por su materialidad. La invitación a conversar no se compone solamente de una conversación, el «síntese» va inmediatamente precedido del «¿comió?», por lo que se consumen alimentos o bebidas mientras se comparte en la galería. En este sentido la galería se transforma tanto en un espacio simbólico como material, que permite el desarrollo de diferentes acciones que deben realizar a diario para la sobrevivencia de su comunidad.

Si no se encuentran en la galería, las mujeres trasladan sillas desde el comedor para organizarlas fuera de su casa, en el «umbral». La práctica de organizar las sillas fuera de la casa transforma ese espacio público y de tránsito en un lugar exclusivo de conversación. Las funciones del umbral pueden homologarse a las del espacio de la galería, debido a que materialmente tiene elementos similares, como un lugar para sentarse y compartir. La diferencia radica en que el umbral es un espacio móvil, más fluido, pues las sillas se mueven desde el interior del hogar hacia afuera, por lo que ese espacio a veces puede estar y a veces no. En cambio, la galería es un lugar permanente en la entrada de sus hogares, con elementos definidos y fijos.

Otro espacio donde es posible socializar con el consumo de alimentos es el «kiosko», un negocio que se encuentra localizado en la sección media del campamento, cuya dueña es una mujer dominicana también. En este lugar se venden comidas típicas dominicanas como el «pica pollo» (pollo frito), el guineo y la berenjena frita. El kiosko abre solo los fines de semana, pues su dueña trabaja el resto de la semana en una empresa y es ella quien cocina con ayuda de su hija

mayor. La importancia del kiosko radica en que, al vender comidas típicas, se constituye como un espacio de identificación grupal, pues «se sienten como en casa». Las sillas y las mesas fuera del kiosko son elementos que invitan a reunirse mientras se espera la comida. El kiosko es un espacio seguro y agradable para compartir y reafirmar las relaciones entre el colectivo dominicano.

FIGURA 6. RESIDENTES COMPARTIENDO EN EL KIOSKO DURANTE EL DÍA



Fuente: fotografía capturada por V, 46 años.

A este lugar también se acercan a comprar personas que viven fuera del campamento, por lo que las interacciones en este espacio no son solo entre dominicanos, sino también con vecinos de otras nacionalidades, volviéndolo un espacio culturalmente permeable, a diferencia de los anteriores. La localización del kiosko no es fortuita. En República Dominicana, cerca de los lugares de diversión como bares y discotecas, siempre hay almacenes o, como ellos lo llaman, «las frituras». Lo mismo sucede en Ribera Sur. A dos casas del kiosko se encuentra el billar, que oficia de local nocturno en donde se juega *pool*, dominó, se hacen apuestas y se baila. La música nunca está

ausente, ya sea en las casas o en el billar. Las características y localización de estos dos lugares manifiestan el traslado de las prácticas de socialización que tenían en República Dominicana y su vínculo particular con la alimentación.

En cada uno de los espacios contruidos en el campamento por las mujeres dominicanas se manifiesta la reproducción de prácticas culturales e identitarias de su país de origen, lo que permite el sostenimiento de la vida familiar y, por sobre todo, comunitaria. Esto apunta a que la construcción de los espacios comunitarios que hacen posible la sobrevivencia del colectivo migrante, busca replicar las lógicas espaciales, sociales y culturales que ellos traen desde República Dominicana y que les permiten hacer hogar en Chile.

CONCLUSIONES

En este estudio, fue posible identificar que la espacialidad de las mujeres dominicanas en el campamento Ribera Sur se construye con base en las prácticas vinculadas a las labores de reproducción social en la escala barrial. Estas acciones se identifican tanto en las prácticas de cuidado como de alimentación. Estos espacios son dispuestos, organizados y contruidos por ellas mismas.

Como fue presentado, las actividades de cuidado y alimentación se realizan tanto en el interior de los hogares como al interior del campamento, otorgándole un carácter colectivo y compartido a los cuidados de niñas y niños principalmente. Los espacios donde se realizan estas actividades son reconocibles materialmente, si bien de manera individual se puede identificar el espacio del hogar, y de manera colectiva es posible reconocer las puertas abiertas de los hogares, el umbral, la galería y el kiosko. Estos espacios contruidos también develan un componente cultural y simbólico en su (re)organización.

Uno de los factores más relevantes a la hora de comprender esta organización de los cuidados es el tiempo, pues se debe tener en cuenta aspectos como el tiempo de la familia disponible para cuidar, tiempos de trabajo de las madres, horario de estudio en las

escuelas de los hijos e hijas, los días de la semana (o fin de semana) que es necesario cuidar, etc. De esta forma, quién y cómo se cuida al interior del campamento depende directamente de la (re)organización del tiempo de las mujeres dominicanas. Este factor constituye una determinante para que los cuidados sigan estando en manos de las mujeres, pues la participación de hombres o padres de familia en estas labores es limitada e insuficiente. Es en este punto donde se activa el componente comunitario y estratégico de las madres y cuidadoras.

El carácter colectivo de las acciones de las mujeres posibilita la sobrevivencia del grupo como unidad socio-cultural. Asimismo, las diferentes actividades realizadas al interior del campamento refuerzan los valores y las costumbres de su país de origen, materializando diferentes espacios inspirados en su barrio dominicano. Por otro lado, las actividades de alimentación develan un fuerte carácter dominicano de origen, en donde las mujeres proyectan una forma de alimentación y preparación de recetas en su estadía en Chile, tal como lo hacían en su país. Preparar frituras, guineo, sancocho con arroz blanco o pollo guisado con sus propios ingredientes —aunque sea más difícil encontrarlos—, es una aproximación directa a su lugar de origen, replicando y (re)construyendo su identidad y cultura caribeña a través del alimento que preparan y comparten. Más importante aún, replican acciones que se vinculan con formas de compartir el alimento, atribuyendo un carácter fundamental al ofrecer comida a quien lo necesite o visite el hogar.

Los espacios contruidos material, cultural y simbólicamente por las mujeres del campamento Ribera Sur son reconocibles en cuatro formas: a) puertas abiertas, b) galería, c) umbral y d) kiosko. Estos espacios son permeables, algunos fijos y otros intermitentes, dependiendo de las formas y la organización que practican las mujeres para cuidar y alimentar. Algunas de estas formas, como la galería o el kiosko, ya existen materialmente. Sin embargo, lo significativo de estos lugares se construye en la medida que las mujeres llevan a cabo dichas acciones en colectivo. Por otro lado, las puertas abiertas y el umbral son visibles por tanto y en cuanto las mujeres definen estos espacios con la finalidad de realizar estas labores, cuidar y alimentar.

La comprensión de la construcción de espacios enfocada en las prácticas de las mujeres migrantes dominicanas, permite des-enmascarar y romper con las dinámicas económico-políticas que las oprimen y subordinan en el ejercicio del poder. Este escenario es, por poco, ambivalente y contradictorio, pues es gracias a ellas y a sus formas espaciales de realizar las labores, que existe un beneficio directo impregnado de identidad para toda la comunidad del campamento. En suma, ellas son protagonistas en la construcción y supervivencia del colectivo. Sin embargo, es gracias a este protagonismo y estas estrategias de organización y colectividad que el sistema capitalista y patriarcal puede articularse en favor de esta reproducción, sin valorizar ni reconocer estas labores. Si bien son protagonistas de un proceso de conquista en la toma de terreno y también en el sustento de la vida familiar y comunitaria, se mantienen las relaciones de desigualdad de género frente a la responsabilidad (carga física y emocional) que supone la sobrevivencia del colectivo en un país desconocido.

El sentimiento de comunidad se mantiene con las prácticas de reproducción social de las mujeres y de los espacios que materializan al interior del campamento. Por esto, es urgente reconocer sus labores, en tanto son las mujeres dominicanas las encargadas de resguardar su identidad dominicana en Chile. Las labores que realizan las mujeres guardan directa relación con las luchas políticas a las que se han enfrentado durante décadas los feminismos desde el sur, en donde la sobrevivencia del colectivo, de manera cotidiana y dentro de sus trayectorias, construye espacialidad. Por ello, los estudios sociales realizados con enfoque de género deben ser transversales, al tiempo que valoran particularidades culturales. Los feminismos latinoamericanos, con una base en el buen vivir, plantean una reivindicación de las condiciones de vida de las mujeres desde lo comunitario y en conexión con sus espacios. Para ello, es relevante exponer las estructuras de poder que subordinan a la mujer en diversos planos de la vida, además de denunciar las lógicas misóginas-capitalistas que naturalizan la opresión tanto en las prácticas cotidianas como en la esfera de las decisiones públicas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta, E. (2011). Valorar los cuidados al estudiar las migraciones: la crisis del trabajo de cuidado y feminización de la inmigración en Chile. En Stefoni, C. *Mujeres inmigrantes en Chile. ¿Mano de obra o trabajadoras con derecho?* (p. 320). Universidad Alberto Hurtado.
- Acuña, V., Pucheu J., Tironi, M. & Valdivieso, S. (24 de junio de 2020). *La pandemia en Toma Dignidad: re-pensando la gestión del riesgo de desastres en asentamientos informales*. CIPER Chile (blog). <https://www.ciperchile.cl/2020/07/24/la-pandemia-en-toma-dignidad-re-pensando-la-gestion-del-riesgo-de-desastres-en-asentamientos-informales/>
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Editorial Paidós Ibérica.
- Ballesteros, A. (1998). *Métodos y técnicas cualitativas en geografía social*. Editorial Oikos-Tau.
- Banks, M. (2010). *Los datos visuales en investigación cualitativa*. Ediciones Morata.
- Batthyány, K. (2015). *Las políticas y el cuidado en América Latina: una mirada a las experiencias regionales*. Serie Asuntos de Género. CEPAL, Naciones Unidas. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37726/S1500041_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Bonhomme, M. (2021). Racismo en barrios multiculturales en Chile: precariedad habitacional y convivencia en contexto migratorio. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 31(1), 167-182.
- Calabrese, O. (2012). La fotografía como texto y como discurso. *EUTopías*, 3, 1-10.
- Campos, K. (2017). Inmigración en campamentos, percepciones sobre la vida en asentamientos precarios de Copiapó. *Revista CIS*, 14(22), 109-129.
- Carosio, A. (2019). Sin disociar la investigación de la lucha: feminismos militantes en la academia latinoamericana y caribeña. *Revista CS*, (29), 139-162. <https://doi.org/10.18046/recs.i29.3744>
- Carrasquer, P., Torns, T., Tejero, E. & Romero, A. (1998). El trabajo reproductivo. *Papers*, 55, 95-114.
- De Giorgio, A. (2016). A la calle con la cacerola. El encuentro entre la izquierda y el feminismo en los ochenta. En M. Valdivieso (*et al.*), *Movimiento de mujeres y lucha feminista en América Latina y el Caribe* (1a ed., pp. 239-274). CLACSO. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20160713103853/Movimiento_mujeres.pdf
- Díaz, C., & Gómez, C. (2005). Sociología y Alimentación. *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, 63(40), 21- 46.
- Esquivel, V. (2016). La economía feminista en América Latina. *Revista Nueva Sociedad* (265), 103-116.

- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- Gargallo, F. (2013a). *Feminismos desde Abya Yala: Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América*. Editorial Quimantú.
- Gargallo, F. (7-10 de mayo de 2013b). *Consolidación de las ideas y Prácticas Feministas Latinoamericanas: del Feminismo de la Igualdad al Feminismo Comunitario* [conferencia]. Seminario Ideas y Prácticas Feministas Latinoamericanas: Retos y Desafíos. Caracas, Venezuela. <http://wp.me/P1Mnan-p2>
- Gissi, E., Ghio, G., & Silva, C. (2019). Diáspora, integración social y arraigo de migrantes en Santiago de Chile: imaginarios de futuro en la comunidad venezolana. *Migraciones*, (47), 61-88. <https://doi.org/10.14422/mig.i47y2019.003>.
- Given, L. (2008). *Encyclopedia of Qualitative Research Methods*. SAGE.
- Mangieri, R. (2006). Rituales de contacto a través de la cocina y las maneras de mesa: aproximación a una semiótica del sancocho. *Revista DeSignis*, (9), 21-32.
- Massey, D. (1994). *Space, place and gender*. University of Minnesota Press.
- Massey, D. (2005). *For Space*. SAGE.
- Maury, E. (2010). Ritos de comensalidad y espacialidad. Un análisis antro-po-semiótico de la alimentación. *Gazeta de Antropología*, 26 (2), 1-12.
- McDowell, L. (1999). La definición del género. En Santamaría, R., Salgado, J. & Valladares, L. *El género en el derecho. Ensayos críticos* (pp. 5-35). Ministerio de Justicia y Derechos Humanos del Ecuador.
- Méndez, L. (2021). Mujeres migrantes sudamericanas y redes descolonizadoras en campamentos de Antofagasta, Chile. *Perífrasis. Revista De Literatura, Teoría Y Crítica*, 12(24), 164-184. <https://doi.org/10.25025/perifrasis202112.24.09>
- Menéndez, A. (2010). *Teoría urbana postcolonial y de género: la ciudad global y su representación*. Ediciones KRK.
- Meza, M. (2014). *Estrategias de sobrevivencia en familias de mujeres. Santiago y Buenos Aires (2000-2010)* [tesis de magíster, Universidad de Chile]. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/117600>
- Montaño, S. & Calderón, C. (2010). *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo*. CEPAL, Naciones Unidas.
- Orozco, A. (2019). *Subversión feminista de la economía. Sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños (mapas).
- Palma, C., & Pérez, M. (2020). Migrantes en campamentos: autoconstrucción, aspiraciones de permanencia e integración en Santiago de Chile. *Antropologías Del Sur*, 7(14), 15-33. <https://doi.org/10.25074/rantros.v7i14.1608>.

- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización: género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Traficantes de sueños.
- Schild, V. (2016). Feminismo y neoliberalismo en América Latina. *Revista Nueva Sociedad*, (265), 32-49.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace: journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Blackwell.
- Stefoni, C & Fernández, R. (2011). Mujeres inmigrantes en el trabajo doméstico: entre el servilismo y los derechos. En Stefoni, C. *Mujeres inmigrantes en Chile. ¿Mano de obra o trabajadoras con derecho?* (pp. 43-72). Universidad Alberto Hurtado.
- Tronto, J. (2013). *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*. NYU Press.
- Zaragocin, S. (2017). Feminismo decolonial y buen vivir. En Varea, S. & Zaragocin, S. (Comps.). *Feminismo y buen vivir. Utopías decoloniales* (pp. 17-25). Pydlos.

ANÁLISIS DE LA EXPERIENCIA DE INSERCIÓN RESIDENCIAL DE MUJERES VENEZOLANAS EN LA COMUNA DE SANTIAGO, CHILE

Catalina Ramírez González

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas dos décadas, Chile se ha establecido como el principal destino para las personas migrantes de América Latina (Organización Internacional de las Migraciones, 2021). En 1992, las y los migrantes representaban el 0,81% de la población. Para finales de 2021, se estimó que aproximadamente el 14% de los residentes eran de origen extranjero (Rojas & Vicuña, 2019). Inicialmente, el país ofrecía oportunidades a personas de países fronterizos y, a partir de 2015, para aquellas provenientes de Colombia, Haití y Venezuela (Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana Migraciones y Desarrollo, 2016). Al analizar los últimos cinco años, se ha observado una concentración demográfica del colectivo venezolano en Santiago.

Dentro de las ciudades, las zonas centrales suelen concentrar atributos que resultan atractivos para la mayoría de la población.

Las personas migrantes suelen optar por los centros de las ciudades principales y Santiago, al igual que otras capitales sudamericanas, no es la excepción. En esta comuna, que representa el centro del área metropolitana de Santiago, se concentra el 30,2% de la migración neta reunida en la ciudad (Perticara, 2018). Algunos estudios han señalado que ha sido preferida por las personas migrantes debido a la localización de sus redes familiares y de amistad, así como su ubicación estratégica en la ciudad (Stefoni, 2005; Mora, 2008; Canales & Zolniski, 2001). Esta localización tiene lugar principalmente en un tipo de vivienda particular: departamentos en zonas de alta densidad.

Sin embargo, las condiciones de habitabilidad de los colectivos migrantes en el país de llegada han sido un motivo de preocupación en los últimos años. Las investigaciones que se centran en la residencia de la comuna sugieren que el 33,1% de la comunidad migrante se encuentra en algún grado de hacinamiento y en peores condiciones de habitabilidad en comparación con el 14% de nacionales (Rojas & Silva, 2016). Adicionalmente, la concentración actual del colectivo venezolano en el centro de la ciudad presenta la particularidad de estar asociada a una zona con un aumento sostenido del valor por metro cuadrado (González, 2018). Sin embargo, para acceder a una mejor geografía de oportunidades, se asume el hacinamiento, el sobreprecio y la discriminación como realidades acreditables (Casgrain, 2017).

Por otro lado, la búsqueda y obtención de un primer alojamiento es gravitante para la inserción social en el país de destino. Incluso, se ha considerado que la etapa de inserción en una nueva ciudad representa un momento de vulnerabilidad, en tanto se dispone de menor información (Leralta, 2005), y una etapa de alta incertidumbre donde el principal referente son las redes de contacto en el país de destino (Alegoría, 2010). Al respecto, se reconoce que las mujeres están más propensas a migrar cuando existen redes de apoyo en el país de acogida (Bustillos, Painemal & Albornoz, 2018), y son ellas quienes están más expuestas a los desafíos de integración a la sociedad de llegada (Balbo, 2012). Por ello, es

preciso considerar al género y el origen nacional como variables clave en la inclusión/exclusión social en los nuevos territorios receptores (Stefoni, 2005).

En este contexto, el presente artículo busca indagar en la trayectoria de inserción residencial de mujeres venezolanas que han optado por arrendar en la comuna de Santiago. Nuestro objetivo es profundizar en la comprensión de la primera etapa de asentamiento en la ciudad como un nudo crítico en la realización, o no realización, de su proyecto migratorio. De este modo, esperamos contribuir a la comprensión de la dimensión espacial del fenómeno migratorio en la comuna de Santiago desde un enfoque de género.

PROCESO DE CONCENTRACIÓN Y SEGREGACIÓN DE GRUPOS MIGRANTES

Dentro de los estudios urbanos, la Escuela Sociológica de Chicago detectó que los migrantes se concentraban por colectividades nacionales. Se trataba de un proceso persistente, que ocurría dentro del mercado habitacional y con la característica de ser un fenómeno temporal (Park, 2004). En el caso de América Latina, el análisis de la Escuela de Chicago se hace insuficiente. Actualmente, como sostiene la revisión realizada por Alegría (2010) para el caso de América Latina, la reunión residencial de los inmigrantes en proporciones destacadas se atribuye a una pluralidad de causas. El abanico incluye desde las relacionadas con características de la vivienda, patrones culturales y la interacción de las características sociales y económicas con los patrones urbanísticos y socioculturales de la sociedad local o receptora.

Diversos autores han explorado las razones por las cuales los migrantes se instalan en los centros urbanos de Chile. Sheehan (2022) identificó que los migrantes, en particular aquellos provenientes de Venezuela, son canalizados hacia departamentos compartidos de gran altura en Santiago, creando enclaves verticales. López-Morales *et al.* (2018) sugieren que el mercado de suelo y vivienda socioeconómicamente excluyente en Chile deja el alquiler deficiente como la única opción formal disponible para las personas

en situación de pobreza, incluidas las poblaciones inmigrantes vulnerables. Este colectivo migrante enfrenta desafíos de hacinamiento, sin embargo elaboran prácticas diarias para mitigar estas limitaciones y se involucran en la construcción de áreas comunes, espacios públicos y vecindarios.

Ortiz y Morales (2002) reconocen que los movimientos migratorios, particularmente los que ocurren dentro del sector urbano, tienen un papel principal y decisivo en la transformación de las ciudades compactas en ciudades dispersas en Santiago. Finalmente, Alejandro Garcés (2012) analiza cómo los migrantes peruanos han dado forma a espacios polivalentes en Santiago, los que constituyen recursos para las nuevas comunidades migrantes y permiten el acceso a información clave para la reproducción económica, la construcción de memoria espacial y como fuente de sentido para una nueva territorialidad.

En el caso de la población venezolana, y en particular de la población venezolana femenina, se advierte concentración, pero la concentración tiene más características: ocurre en el centro, se deposita en edificios y no necesariamente toma la forma de arrendamiento, sino que también incluye allegamiento (un tipo de cohabitación sin pago de renta en dinero). En el caso de las mujeres que no tienen ingresos para pagar un subarriendo en un departamento, cultivan a su favor la familiaridad y afinidad política entre connacionales desplazados a Chile por la inmigración.

PROCESO DE INSERCIÓN MIGRATORIA Y RETOS ASOCIADOS

Uno de los desafíos primordiales en la trayectoria migratoria es encontrar un espacio de alojamiento que permita llevar a cabo el proyecto de inmigración. Este proceso de inserción en la ciudad representa un momento de alta vulnerabilidad y urgencia, dado que es un punto en el que el migrante dispone de la mínima información (Leralta, 2005). Durante este periodo crítico, el capital social y cultural que el migrante posee se pone a prueba ante las estructuras del lugar de destino (Bourdieu, 1999). Las políticas públicas, las leyes e

incluso las historias particulares que han conformado la ciudad, se entrelazan para construir un escenario que puede ser más o menos propicio para los recién llegados.

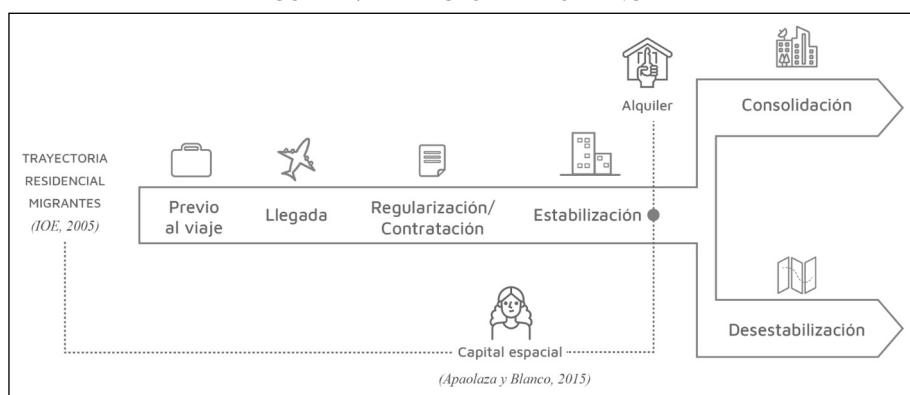
Es en esta etapa temprana de inserción donde se construyen las redes de apoyo que pueden ser determinantes en las proyecciones personales y familiares del migrante (Leal, 2010). Sin embargo, es importante señalar que la inserción residencial no es un proceso lineal, sino el resultado de la interacción de diversos factores que incluyen el tiempo de permanencia, el género, y las redes de apoyo. Bayona (2008) subraya que estas variables son cruciales y se desarrollan en el contexto de una ciudad en proceso de digitalización, en el que las redes sociales y las plataformas digitales (como los grupos de Facebook, Whatsapp, Airbnb y el Portal Inmobiliario en el caso chileno) se convierten en variables fundamentales que permiten el acceso a nuevos espacios, redes e información sobre la ciudad.

El mercado de alquiler de bienes raíces es una actividad comercial que implica proporcionar un bien de primera necesidad y presenta un alto riesgo para los oferentes. Para mitigar la incertidumbre en caso de impago, se utilizan barreras de acceso y se requiere que los arrendatarios acrediten su capacidad económica. Estas barreras se materializan en documentos burocráticos, como meses de adelanto, garantías, cheques, certificados de antecedentes, entre otros. Aquellos que no pueden cumplir con estas barreras suelen buscar ofertas informales, caracterizadas por infraestructuras deficientes y falta de regulación (Alegría, 2010). La valoración y los prejuicios que el país receptor tenga sobre diferentes nacionalidades pueden facilitar u obstaculizar el acceso al mercado de alquiler. En este sentido, para aquellos que emigran, asentarse en el espacio urbano implica interactuar con las estructuras locales y adaptarse a ellas, particularmente en lo que respecta a los valores del transporte y las dinámicas del mercado de vivienda (Alegría, 2010).

Según lo propuesto por el Colectivo Ioé (2011), dentro de la trayectoria residencial de las y los migrantes, en un primer momento la vivienda adquiere un carácter de refugio temporal. Esto se debe a la urgencia de las y los recién llegados por instalarse en algún lugar,

a menudo sin tiempo para valorar las condiciones materiales y de habitabilidad del mismo. En un segundo momento, y una vez que las personas migrantes ya cuentan con información suficiente sobre el mercado de la vivienda y disponen de ciertos recursos económicos, pueden elegir un nuevo espacio de convivencia, aunque todavía de forma provisional. Durante este periodo, a menudo ponen en marcha estrategias de reunificación familiar para llegar a la ciudad, por lo que suelen alojarse con familiares o amigos. Un tercer momento está marcado por el objetivo de conseguir estabilidad relacional. Para ello intentarán acceder a su vivienda habitual de forma estable, ya sea en régimen de alquiler o en propiedad, y mejorar sus condiciones (Sánchez, 2013).

FIGURA 1. TRAYECTORIA RESIDENCIAL



Fuente: elaboración propia en base en el modelo del Colectivo Ioé (2011).

Las particularidades del proceso de asentamiento de los migrantes venezolanos en el país son una clara demostración de cómo el «capital espacial» interactúa dialécticamente entre el agente y la estructura. Como sostienen Apaolaza y Blanco (2015), «una misma oferta y configuración territorial puede ser ventajosa para un determinado sujeto o grupo social y no para otro... unas mismas competencias subjetivas pueden resultar ventajosas en ciertos contextos territoriales y no en otros» (p. 11).

Además, es crucial reconocer que la población migrante es heterogénea y las razones para migrar pueden variar. Bustillos,

Painemal y Alborno (2018) aportan nuevos matices a esta discusión al caracterizar el perfil de la migración venezolana en Santiago. Su investigación sugiere que, aunque la migración de profesionales por motivos políticos y de seguridad es significativa, también hay migrantes que no han concluido los estudios secundarios o tienen grados técnicos, y que buscan escapar de la crisis económica en su país de origen. Esta diversidad en el perfil migratorio resalta la complejidad de los procesos de inserción residencial y la necesidad de políticas que consideren estos factores.

LAS MUJERES MIGRANTES EN LAS CIUDADES DESDE UNA PERSPECTIVA INTERSECCIONAL

Los colectivos migrantes en las ciudades contemporáneas representan una población diversa y dinámica, cuyas interacciones con el espacio urbano son únicas y significantes. La complejidad de sus experiencias y relaciones con la ciudad se da no solo por su estatus migratorio, sino también por otros factores como su género, origen étnico y clase social. El análisis de sus vivencias desde una perspectiva interseccional proporciona una vista más integral sobre cómo las diversas identidades y circunstancias de las mujeres migrantes se entrelazan para moldear sus experiencias urbanas.

La interseccionalidad, concepto introducido por Kimberlé Crenshaw (1989), hace referencia a cómo diferentes formas de discriminación y opresión convergen e interactúan. Patricia Hill Collins (1990) ha ampliado este marco teórico al poner en consideración la manera en que múltiples identidades y desigualdades se interrelacionan y se reflejan en las experiencias cotidianas de las personas. En el contexto de las mujeres migrantes en la ciudad, este enfoque permite un análisis más profundo y matizado sobre el modo en que las estructuras de poder en áreas como el género, la raza, la clase y el estatus migratorio se cruzan para influir en las experiencias y oportunidades de estas mujeres.

La consideración de estas experiencias interseccionales es crucial para la planificación urbana y la formulación de políticas públicas. Doreen Massey (1994) ha resaltado que los espacios urbanos son

construcciones sociales que pueden reflejar y reproducir desigualdades sociales existentes. Floya Anthias (2002) y Eleonore Kofman (2004) han argumentado que las experiencias de las mujeres migrantes en las ciudades a menudo están influenciadas por una variedad de factores, incluyendo género, raza, estatus migratorio y clase social. Para lograr ciudades más inclusivas y equitativas, se vuelve imprescindible tomar en cuenta estas intersecciones y su impacto en las mujeres migrantes. A través de la lente interseccional, se pueden analizar de manera más comprensiva las experiencias de las mujeres migrantes en la ciudad.

El proceso de inserción de las personas migrantes en un nuevo país se realiza en el espacio urbano, donde deben interactuar y adaptarse a las estructuras locales preexistentes (Alegría, 2010). Esta interacción puede generar tensiones entre las personas migrantes y la estructura social de acogida, y está influenciada por las características particulares de la sociedad receptora, la diversidad y el valor asignado al capital económico (Alegría, 2010). Las diferencias de género se reflejan en el uso del espacio, ya que hombres y mujeres, desde sus roles sociales, tienen estrategias diferenciadas de ocupación del espacio. Por esto, es importante reconocer estas diferencias para deconstruir los patrones de discriminación y, en particular, el rol de cuidado tradicionalmente asignado a las mujeres que puede perpetuar un sistema de desigualdad y peculiaridades en el uso de la ciudad (Falú, 2016).

Desde las epistemologías feministas, entendemos que la experiencia es el resultado de la interacción semiótica entre el individuo y el mundo externo, y que en este proceso operan las relaciones sociales de género. Por lo tanto, profundizar en estas relaciones genera nuevas categorías de análisis. Como planteó Massey (1994), el espacio, el lugar y el sentido que tenemos de ellos, se estructuran sobre la base del género. Ante esto, es esencial considerar la perspectiva de género interseccional en la planificación y diseño de espacios urbanos que garanticen una inclusión efectiva y la construcción de ciudades más justas e igualitarias.

METODOLOGÍA

La investigación analiza el proceso de llegada de mujeres venezolanas a residir en la comuna de Santiago, específicamente en un área de alto desarrollo inmobiliario y con alta densidad de población. Para abordar la investigación se empleó un enfoque cualitativo que permite resaltar la experiencia desde la narrativa de las mujeres (Elliott, 2005). Se consideró en el análisis desde la etapa de preparación del viaje en Venezuela hasta el establecimiento en la comuna de Santiago.

Las etapas de la investigación consideraron dos fases. En primer lugar, se caracterizó la zona de estudio mediante una revisión documental y una representación cartográfica sobre los permisos de edificación en el sector correspondiente al período 2010-2017, con apoyo del software *Google Earth Pro* (Marca registrada) y el software *ArcGis 10.1*. Esta primera fase permitió focalizar el estudio en las zonas con mayor densidad de población venezolana dentro de la comuna de Santiago: los distritos Bulnes-Almagro, Barrio Santa Isabel y Barrio San Isidro. En dichas zonas, el 60% de la población migrante y residente es de nacionalidad venezolana. Posteriormente, se procedió a realizar observaciones participantes de manera cotidiana en los barrios para integrar un análisis del espacio público.

La segunda fase de investigación se centró en analizar la experiencia de las entrevistadas. La selección de la muestra no fue aleatoria y consideró 15 mujeres venezolanas residiendo en edificios de segunda renovación en el área de estudio. Para tener una aproximación profunda de las narrativas se hicieron entrevistas semiestructuradas que indagaron en sus trayectorias, su situación migratoria y el proceso de búsqueda de alojamiento, entre otros. Las entrevistas fueron codificadas con el software *Atlas.ti 9*.

CASO DE ESTUDIO

El área de estudio está compuesta por los distritos censales Eje Bulnes-Almagro, Barrio Santa Isabel y Barrio San Isidro, en la comuna de Santiago.

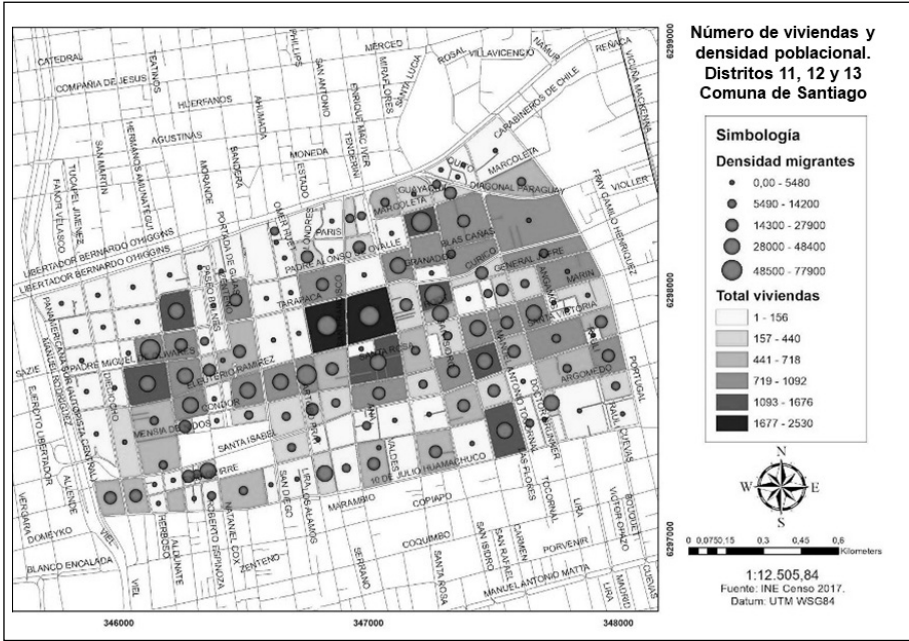
FIGURA 2. DELIMITACIÓN DEL ÁREA DE ESTUDIO



Fuente: elaboración propia (2019).

Según los datos del CENSO 2017, los distritos seleccionados presentan una alta población de personas migrantes (Ver Figura 3). Esto permite ilustrar las particularidades de las personas que provienen de otros países y que se emplazan en el centro de la ciudad, en una zona de intenso desarrollo inmobiliario y en edificaciones de más de 10 pisos. En la Figura 3 es posible reconocer puntos de concentración de personas migrantes en zonas de alta densidad habitacional, con densidades de vivienda en rangos entre las 1.677 y 2.530 unidades.

FIGURA 3. NÚMERO DE VIVIENDAS Y DENSIDAD POBLACIONAL DE PERSONAS MIGRANTES EN EL ÁREA DE ESTUDIO



Fuente: elaboración propia con base en datos censales del INE (2017).

El centro de Santiago presenta una robusta infraestructura de movilidad, lo que representa una buena conectividad entre el área de estudio y el resto del área metropolitana. La presencia de estaciones de metro, como Moneda, Universidad de Chile y Santa Lucía en la Línea 1, brinda conexiones eficientes hacia la zona norte. Las avenidas 10 de Julio y Santa Isabel proporcionan una importante arteria de transporte público en la dirección oriente-poniente. A su vez, la zona norte-sur de la ciudad se articula a través de las avenidas Lord Cochrane, Nataniel Cox, San Diego, Santa Rosa y Portugal. La infraestructura para el transporte no motorizado, como las ciclovías en las calles Eleuterio Ramírez, Marín, Santa Isabel y Portugal, añade otra dimensión a la conectividad en la zona.

ETAPAS DEL PROCESO DE INSERCIÓN RESIDENCIAL EN LA COMUNA DE SANTIAGO

Analizar la concentración residencial desde las narrativas de las mujeres migrantes permite entender las dinámicas que se esconden tras las estadísticas demográficas: cómo experimentan las transformaciones del barrio y el rol que tiene la vivienda en sus vidas. La presentación de los resultados de la investigación se desarrolla siguiendo la trayectoria de las mujeres migrantes desde el país de origen hasta la llegada a la ciudad y su asentamiento en la comuna de Santiago, con base en la trayectoria residencial de personas migrantes planteada por el Colectivo Ioé (2011).

PREVIO AL VIAJE

La migración desde Venezuela se ha convertido en uno de los flujos más rápidos y grandes de personas vulnerables en el mundo, con aproximadamente 3.4 millones de personas que han emigrado debido a la crisis económica, política y social que afecta al país, según el ACNUR (2018). Desde las experiencias de las entrevistadas, la migración se experimenta como una necesidad vital, y en sus relatos reflejan un desconocimiento respecto al país de destino. Las entrevistadas indicaron que la decisión de salir de Venezuela se tomó después de haber tolerado la situación en el país hasta cierto límite. En algunos casos, el desplazamiento se convirtió en una huida, lo que influyó en la falta de información específica sobre el lugar de destino. Solo una de las entrevistadas planificó estratégicamente su traslado a Chile, ya que lo consideraba la mejor alternativa para su desarrollo profesional.

Las representaciones sobre el lugar de destino se construyen a partir de relatos de familiares y amigos que iniciaron el proceso migratorio a Chile con anterioridad. En la construcción de los imaginarios de lugar, las entrevistadas destacan que las imágenes y videos publicados en redes sociales son un referente a partir del cual construyen la idea de Santiago como una ciudad «ordenada, limpia y segura». Incluso, en los recorridos de observación del barrio, fue

recurrente reconocer a grupos de personas que visten ropas identificativas de la bandera venezolana sacando fotos con sus móviles, principalmente en el Paseo Bulnes y el Parque Almagro.

Otro elemento que se reitera en el relato de las entrevistadas son las imágenes de alimentos y tiendas de ropa de marca en las redes sociales. María Carmen, quien lleva 12 meses en Chile, relata que para ella la idea era estar en un lugar que le brindara estabilidad y tranquilidad, y por eso decidió venir a Chile. Sin embargo, en varias narraciones de participantes se evidencia la frustración que les genera llegar y enfrentarse, no a un desabastecimiento estructural como el que describen que hay en Venezuela, sino a su propia incapacidad de pago para acceder a los productos debido a su alto precio, pese a la oferta disponible.

LLEGADA Y BÚSQUEDA DE RESIDENCIA

Dentro de las estrategias principales que utilizaron las entrevistadas para encontrar alojamiento, destaca la búsqueda digital de anuncios de alquiler. Al respecto, un estudio de Arriendo Justo (2018) identificó que el 41% de las personas encuestadas de nacionalidad venezolana señaló buscar vivienda a través de páginas de avisos. Una de las entrevistadas indicó que logró encontrar su segundo alquiler a través de estas plataformas. Además, destacó la importancia de las comunidades de venezolanos en las redes sociales digitales durante el proceso de búsqueda de alojamiento. En estas comunidades se intercambian datos de oferta de alquiler, muebles y referencias de barrios, entre otros elementos necesarios para habitar en el lugar. Por ejemplo, Elvira (24 meses en Chile) señaló que «hay páginas de venezolanos en Instagram que siempre van publicando arriendo».

Diez de las entrevistadas mencionaron que, además de buscar asesoría estratégica en grupos de connacionales organizados durante la búsqueda y gestión de alojamiento, también optaron por recorrer el barrio donde se encuentra su primer alojamiento. Este método llevó a Marcela (18 meses en Chile) y María Ángeles (12

meses en Chile) a residir en alojamientos cercanos. Según Elena, ella y su compañero encontraron su alojamiento después de empezar a buscar en el mismo edificio en el que se encontraban. Elena vivió allí durante 5 meses.

Respecto a la búsqueda de alojamiento, las entrevistadas hacen referencia a las «corredoras para venezolanos», que ofrecen servicios de alquiler en páginas web. Según las entrevistadas, estas corredoras operan como una especie de inmobiliaria propia y cobran tarifas más altas que el precio original del alquiler (por ejemplo, si el alquiler original es de \$230.000 pesos chilenos, ellos lo ofrecen por \$260.000) a cambio de facilitar el acceso al alojamiento. Las corredoras reducen los requisitos para acceder al alquiler, destacando como principal acreditador el hecho de ser venezolano con título universitario.

Otra corredora mencionada es Level Euro, que facilita el proceso de alquiler al no exigir documentos como cotizaciones o acreditaciones, pero sí solicita el pago de un mes de alquiler, dos meses de garantía y el 50% del valor del arriendo, así como el pago de los gastos comunes de una sola vez. A pesar de que estos servicios son útiles para las y los venezolanos recién llegados, el costo de las tarifas resulta excesivo, ya que pueden llegar a \$1.000.000 pesos chilenos, lo cual representa una cantidad de dinero significativa, más aún para alguien que acaba de llegar¹.

El proceso de búsqueda de alojamiento en régimen de alquiler es identificado por las entrevistadas como la etapa más compleja y desafiante. Las entrevistadas se ven obligadas a establecer contacto directo con los potenciales arrendadores o intermediarios para negociar las condiciones del alquiler. En algunos casos analizados, las entrevistadas han optado por una estrategia consistente en solicitar a conocidos chilenos que actúen como avales o como titulares del contrato de alquiler. Esta práctica les permite obtener el alojamiento deseado y, al mismo tiempo, superar las barreras que a menudo se presentan para los migrantes en el mercado de alojamiento en Chile.

¹ Monto correspondiente al año 2018, cuando se realizó la entrevista.

En este mismo proceso, el primer asentamiento para las entrevistadas no necesariamente implica un contrato de arrendamiento, sino que puede incluir también el allegamiento, una forma de convivencia sin pago de una renta en dinero. Para aquellas mujeres que no cuentan con ingresos suficientes para pagar incluso un subarriendo en un departamento, la discriminación positiva, la familiaridad y la afinidad política entre connacionales desplazados a Chile por motivos migratorios se convierten en factores determinantes para encontrar alojamiento. Según Troncoso *et al.* (2018), la colectividad venezolana destaca sobre otras nacionalidades en cuanto a la práctica del allegamiento como forma de residencia. En palabras de Mónica (10 meses en Chile): «Tuve la suerte de contar con un amigo que me brindó alojamiento, ya que él era el encargado del local y me conocía».

En el contexto de la complejidad en la búsqueda de vivienda, las entrevistadas han recurrido a diversas estrategias como la cohabitación, el subarriendo y el arriendo compartido. Las palabras de María Carmen (12 meses en Chile) describen de manera gráfica su estrategia de cohabitación frente a los desafíos de acceso al mercado laboral: «Es un apartamento de una sola habitación y vivían cuatro hombres. Había doble litera. Dos literas allá y dos literas acá, y un futón acá afuera».

Una de las entrevistadas logró obtener un alquiler directamente del dueño al explicar su situación migratoria y solicitar una oportunidad. Sin embargo, para cubrir el costo de la vivienda, tuvo que buscar a varias personas para compartir el apartamento. En el caso de María Paz (18 días en Chile), ella vive con sus primos y han subarrendado a dos amigos, compartiendo los gastos de luz, agua y gas. Por otro lado, Marcela (18 meses en Chile) experimentó el término de su contrato de alquiler porque el dueño descubrió que había extranjeros residiendo en la propiedad, a pesar de que el contrato había sido establecido con una ciudadana chilena.

HABITAR EN EDIFICIOS EN LA COMUNA DE SANTIAGO

En el contexto de la vivienda en edificios altos, el espacio habitado presenta fricciones en la intimidad, tal como lo describe María Carmen (12 meses en Chile) al vivir en un departamento de una habitación con cuatro hombres. Para las entrevistadas, una de las dimensiones más importantes es la convivencia con personas fuera del núcleo familiar. Aunque el espacio permite el encuentro, también puede generar conflictos. Así se evidencia en las experiencias de las entrevistadas, que señalan, por ejemplo, que la aislación acústica es baja, lo que puede llevar a problemas en la vida cotidiana como ronquidos y disputas por el uso del baño. El orden y la limpieza del departamento también son fuente de conflictos, ya que vivir con más de dos personas en una misma habitación puede generar discusiones. Estas experiencias en el espacio íntimo pueden llevar a quiebres en las relaciones de pareja o de amistad.

En el contexto de la fricción en el espacio íntimo, las entrevistadas destacan la posibilidad de ocupación del espacio público. Para ellas, contar con el acceso a plazas y áreas verdes resulta relevante. En contraste con su experiencia en Venezuela, donde según sus palabras «no podía ni siquiera agarrar transporte público» (Carmen, 6 meses en Chile) debido a la violencia en la ciudad de origen. «Estás hablando con una persona que ha sido asaltada 16 veces en los últimos meses antes de llegar a Chile», relata María Paz (18 días en Chile). Frente a esto, una de las entrevistadas señala que vivir en su barrio le permite volver a hacer cosas que no había hecho en mucho tiempo y siente que es una especie de bienvenida.

La elección de habitar en el centro de la ciudad ha permitido a las entrevistadas desarrollar emprendimientos que les permiten mantenerse en la zona y generar ingresos sostenibles. Este cambio ha provocado una alteración en la oferta de servicios del barrio, destacando la venta de productos venezolanos por encima de otras nacionalidades. El centro de la ciudad es considerado como un epicentro que facilita el acceso a productos que permiten mantener sus costumbres culturales, especialmente en términos de alimentación,

al tener al alcance productos como las arepas, los aliños y el queso, además de mantener una conexión constante con sus redes cercanas.

En el mismo sentido, en los horarios diurnos, la ocupación del espacio público por parte de las y los venezolanos se manifiesta en la realización de deportes como el vóley en el Parque Almagro, así como clases de baile y deporte al aire libre impartidas por venezolanos que cobran una cuota mensual. Además, durante estas horas es posible encontrar la venta de «chicha venezolana», una bebida dulce a base de leche que, gracias a la poca infraestructura necesaria para su venta, se puede encontrar en diversos puntos del sector. Por otro lado, en el horario nocturno se destacan zonas donde se concentra la venta de alimentos tradicionales. Los carros de venta de productos venezolanos incorporan bancas de plástico que favorecen la permanencia de los comensales en los puntos de comercialización. Si bien en el barrio hay una oferta de productos de personas con diversas nacionalidades, destaca el nivel de desarrollo e infraestructura que tienen los puestos de venta de venezolanos.

CONCLUSIONES

La dimensión espacial en la inserción residencial de las migrantes en Chile es un proceso que genera incertidumbre y riesgo, y donde las redes de contacto son fundamentales. En este país, las principales redes de apoyo son la familia y las y los compatriotas. La privatización del suelo y la especulación inmobiliaria han dado lugar a respuestas privadas a la demanda de ciudad y vivienda, manifestadas en organizaciones comunitarias que ofrecen apoyo y relaciones de reciprocidad. Las fuerzas centrípetas de atracción residencial hacia el centro de Santiago están relacionadas con la proximidad geográfica y social respecto al resto del sistema urbano metropolitano, así como con la cercanía de las redes sociales, laborales y familiares. Las características del espacio habitado y su localización en la ciudad tienen un impacto en las redes sociales y en la delimitación de los contextos. Puede plantearse entonces, que la demanda de vivienda de las personas migrantes en el centro de

la ciudad se relaciona con la búsqueda de las ventajas que ofrece una ciudad compacta, donde los servicios y oportunidades están a la mano y la conectividad es alta.

No obstante, este acceso al centro de la ciudad también supone una contradicción, ya que las y los migrantes a menudo quedan relegados a mecanismos informales de arriendo que refuerzan los prejuicios existentes sobre ellos. Esto puede derivar en condiciones de hacinamiento que afectan no solo su bienestar, sino también su economía familiar. Y más aún, cuando en el centro de Santiago las formas posibles de asentamiento están asociadas a un proceso de «verticalización». En respuesta a esta situación, las familias migrantes despliegan estrategias de cohabitación y emprendimiento económico para mejorar su acceso a la vivienda.

Por otro lado, el uso del espacio público por parte de las mujeres entrevistadas puede ser visto como una forma de apropiación del espacio urbano y una oportunidad para generar intercambios culturales y comunitarios, aunque también puede desencadenar tensiones con las dinámicas preexistentes.

Para las mujeres migrantes, el espacio habitado es la plataforma que facilita u obstaculiza su incorporación a la sociedad de llegada. La inserción de estas comunidades en el mercado del suelo está influida por su ingreso, su proceso de visado y la operación del mercado inmobiliario. En América Latina, el mercado muestra una opacidad y los costos de difusión de la oferta inmobiliaria son muy elevados, por lo que las inquilinas prefieren sus redes al momento de ofrecer arriendo, lo cual complejiza el acceso a la vivienda.

En conclusión, la experiencia de residir en el centro de la ciudad para las migrantes venezolanas que participaron de esta investigación ha sido en gran parte positiva a pesar del allegamiento y las dificultades para encontrar arriendo. Esto en la medida en que han podido acceder a viviendas bien ubicadas, lo que les ha permitido desarrollar emprendimientos y tener acceso a oportunidades laborales y culturales. Sin embargo, esta experiencia coexiste con sentimientos de desarraigo y desafiliación social que no pueden ser ignorados. A pesar de la discriminación positiva que han experimentado, aún

enfrentan barreras para su integración plena en la sociedad chilena. Por esto, es importante que se siga reflexionando y trabajando en políticas públicas y estrategias de integración urbana para fomentar la inclusión de las personas migrantes en la ciudad y reducir las desigualdades que aún enfrentan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2018). *Venezuela situation supplementary appeal - January-December 2018*. (s/f). UNHCR; UNH-R - The UN Refugee Agency. Recuperado el 12 de junio de 2023, de <https://www.unhcr.org/media/37089>
- Anthias, F. (2002). Where do I belong?: Narrating collective identity and translocational positionality. *Ethnicities*, 2(4), 491-514. <https://doi.org/10.1177/14687968020020040301>
- Apaolaza, V., & Blanco, E. (2015). Capital espacial: acercamiento a su definición y uso en el análisis del mercado inmobiliario. *Revista de Estudios Regionales*, 103, 105-136.
- Alegría, T. (2010). *Contribuciones para una teoría de la segregación residencial y los mercados étnicos de los inmigrantes en ciudades de América Latina*. SSIIM Volumen 4. http://www.unescochair-iauav.it/wp-content/uploads/2014/03/ssiimpsno4_alegria1.pdf
- Arriendo Justo (2018). *Sondeo de caracterización de la inserción residencial de migrantes en Chile*. Manuscrito no publicado.
- Balbo, M. (2012). Los migrantes internacionales y la ciudad: ciudadanía y espacio colectivo. En A. Ziccardi (Coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social* (pp. 791-806). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bayona, J. A. (2008). Procesos de inserción residencial de los inmigrantes en la ciudad de Madrid. *Migraciones Internacionales*, 4(1), 105-138.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bustillos, F., Painemal, C., & Albornoz, L. (2018). La migración venezolana en Santiago de Chile: entre la inseguridad laboral y la discriminación. *Revista Internacional de Estudios Migratorios*, 8(1). <https://doi.org/10.25115/riem.v8i1.2164>
- Canales, A. & Zolniski, Z. (2001). Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización. *Notas de Población CEPAL*, (73), 221-252.
- Casgrain, A. (2017). *Arrendando un lugar: estrategias residenciales de arrendatarios de bajos ingresos en Santiago de Chile* [tesis de doctorado, Pontificia Universidad Católica de Chile]. Repositorio UC.

- <https://doctorado.fadeu.uc.cl/arrendando-un-lugar-estrategias-residenciales-de-arrendatarios-de-bajos-ingresos-en-santiago-de-chile/>
Colectivo Ioé (2011). *Impactos de la crisis sobre la población inmigrante*. <https://www.colectivoioe.org/uploads/0bae582aa3b0842a9eaf50cd e16f4f97d9527bcb.pdf>
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 43(1), 139-167.
- DEM (Departamento de Extranjería y Migración). (2018). *Informe de solicitudes de visas temporarias*. Santiago, Chile: Ministerio del Interior y Seguridad Pública.
- Elliott, J. (2005). *Using narrative in social research. Qualitative and quantitative approaches*. Sage.
- Falú, A. (2016). *Género y espacialidad en América Latina: una aproximación conceptual*. Serie Mujer y Desarrollo, (n° 127). Comisión Económica para América Latina y el Caribe. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/40411/1/S1600366_es.pdf
- Garcés, A. (2012). Localizaciones para una espacialidad: territorios de la migración peruana en Santiago de Chile. *Chungará (Arica)*, 44(1), 163-175. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562012000100012>
- González, A. (2018). Migración venezolana y acceso al suelo en Santiago de Chile: ¿una oportunidad o una amenaza? *Papeles de Población*, 24(97), 69-98.
- Hill, P. (1990). Black Feminist Thought. *Ethnic and Racial Studies*, 38(13), 2349-2354. <https://doi.org/10.1080/01419870.2015.1058515>
- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE] (2017). *Censo de Población y Vivienda 2017*.
- Kofman, E. (2004). Gendered Global Migrations. *International feminist journal of politics*, 6(4), 643-665. <https://doi.org/10.1080/1461674042000283408>
- Leal, A. C. (2010). Inserción residencial de inmigrantes y capital social en ciudades de la globalización: el caso de Madrid. *Revista de Geografía Norte Grande*, (47), 79-94. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022010000300005>
- Leralta, F. (2005). Inmigración y alojamiento: la experiencia de los inmigrantes en el mercado inmobiliario de Madrid. *Scripta Nova*, 9(189). <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-189.htm>
- López-Morales, E., Flores, P. & Orozco, H. (2018). Inmigrantes en campamentos en Chile: ¿mecanismo de integración o efecto de exclusión? *Revista INVI*, 33(94), 161-187. <https://www.scielo.cl/pdf/invi/v33n94/0718-8358-invi-33-94-00161.pdf>

- Margarit, D., & Bijit, K. (2014). Barrios y población inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29(81), 19-77.
- Martínez, P., Blanco, I., & García, J. (2011). La vida cotidiana en la ciudad: análisis geográfico desde una perspectiva de género. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 16(106). <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-1062.htm>
- Massey, D. (1994). *Space, place and gender*. University of Minnesota Press.
- Mora, A. (2008). *Experiencias migratorias en Santiago de Chile*. Documentos de Trabajo FLACSO-Chile, (37), 1-25.
- Organización Internacional de las Migraciones (2021). *Datos migratorios en América del Sur. Portal de Datos sobre Migración*. <https://www.migrationdataportal.org/es/overviews/mgi/chile#0>
- Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana Migraciones y Desarrollo (2016). *La migración en Chile breve reporte y caracterización*. Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones.
- Ortiz, J., & Morales, S. (2002). Impacto socioespacial de las migraciones intraurbanas en entidades de centro y de nuevas periferias del Gran Santiago. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 28(85), 171-185. <https://doi.org/10.4067/s0250-71612002008500009>
- Park, R. E. (2004). Los migrantes en la ciudad. En M. F. Hidalgo & G. Prévot (Eds.), *Escuela de Chicago* (pp. 249-278). Siglo XXI.
- Perticara, M. (2018). *Migración: cifras más claras. Observatorio económico* (26). <http://fen.uahurtado.cl/2018/noticias/migracion-cifras-mas-claras/> [16-09-2018]
- Rojas, N., & Silva, C. (2016). *La migración en Chile: breve reporte y caracterización*. Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo.
- Rojas, N. & Vicuña, J. (2019). *Migración en Chile: evidencia y mitos de una nueva realidad*. LOM Ediciones.
- Sánchez, M. (2013). *Los retos de la integración de los inmigrantes. Una perspectiva multidisciplinar*. Edición Laborum.
- Sheehan, M. (2022). Everyday verticality: migrant experiences of high-rise living in Santiago, Chile. *Urban Studies*. <https://doi.org/10.1177/00420980221114206>
- Stefoni, C. (2005). La migración colombiana en Santiago de Chile: construyendo el barrio Patronato. *Polis (Santiago)*, 4(12), 1-24.
- Troncoso, M., Troncoso, C., & Link, F. (2018). *Situación habitacional de las personas migrantes en algunas comunas urbanas de la región metropolitana y Antofagasta*. Servicio Jesuita a Migrantes - Fundación Colunga.

ESTRATEGIAS DE ACCIÓN DE LAS POBLADORAS: PRÁCTICAS DE CUIDADO Y PRODUCCIÓN SOCIAL DEL BARRIO EN VILLA LA REINA, SANTIAGO

Laura V. Orlando Romero

INTRODUCCIÓN

La literatura contemporánea señala que las reformas hechas a las políticas habitacionales que formalizan el acceso a la vivienda han generado un escenario adverso para la organización social en general, conduciendo a su desarticulación (Özler, 2011; Posner, 2012). Un antecedente estructural para comprender esto es la atención institucionalizada de la pobreza en Chile, la cual ha dispuesto mecanismos para desarticular la organización social por medio del Estado, instituciones, políticas y sus formas de administración (Ruiz-Tagle *et al.*, 2021). En el ámbito urbano-habitacional, este proceso se ha dado principalmente a través de las políticas habitacionales

y modificaciones sociales hacia la figura de las Juntas de Vecinos¹ (Letelier, 2018). Estas modificaciones, realizadas durante la dictadura y mantenidas por los gobiernos posteriores, incluyeron la coordinación de los barrios bajo lógicas neoliberales estandarizadas que incentivaron la desarticulación de lo colectivo a partir del fomento de la búsqueda individual de la solución habitacional (Özler, 2011; Posner, 2012).

En este contexto, diversas perspectivas teóricas han problematizado la relación entre el Estado, las políticas y los efectos en la organización popular. Por ejemplo, Özler (2011) expone que la nueva visión de estas políticas concibió a las pobladoras y pobladores ya no como sujetos de derechos, sino como beneficiarios del Estado. Para Posner (2012) esta reorganización y cambio de perspectiva ha producido efectos en al menos dos niveles: por un lado, la consolidación del modelo de privatización de la vivienda, y por otro, la estratificación de los hogares que ahora compiten por los beneficios. Estas políticas neoliberales, en su rol asistencialista, han mantenido una lógica no solo de segmentación de las colectividades, sino que también promueven una posición conservadora en la distinción de roles de género dentro de las dinámicas familiares. Allí, la figura de «lo femenino» se ha anclado históricamente en el rol de madre, anulando otras dimensiones como la de trabajadora y ciudadana (Rojas, 2019). Esto, al conducir políticas de apoyo (bonos, reconocimiento, etc.) al desempeño de las mujeres en las tareas domésticas, tras ver truncada sus trayectorias laborales para abocarse al cuidado de los hijos, lo que incluye múltiples actividades como el cumplimiento de los controles de salud, asistencia y rendimiento escolar. Si bien estas políticas identifican la importancia de dichas tareas, se les atribuyen únicamente a las mujeres, mientras que se establece una relación de dependencia entre ellas y los beneficios del Estado.

Por otro lado, Angelcos y Pérez (2017) y Angelcos y Doran (2021), han dado cuenta de la relevancia de contemplar las subjetividades políticas de los movimientos de pobladores y su capacidad de

¹ En julio del año 1968, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, es promulgada la Ley de Juntas de Vecinos y Organizaciones Comunitarias.

conformarse como sujetos políticos, en tanto las lógicas neoliberales también pueden ser subvertidas desde las trayectorias individuales y grupales. Aquí, las prácticas de producción social del hábitat y las prácticas de cuidado que pobladores y pobladoras articulan en la conformación de barrios, son fundamentales para subvertir roles históricamente establecidos. Por un lado, las prácticas de participación y producción social del barrio por medio de intervenciones culturales entregan sentidos al espacio urbano que difieren del orden de lo público-productivo, transformándolo en espacios de resistencia y de creación (Soto, 2018; Pérez & Gregorio, 2020). Mientras, las prácticas de cuidado, entendidas como aquellas acciones que son esenciales para la reproducción de la vida y que mayoritariamente recaen en las mujeres, permiten entender la vida cotidiana fuera de la dicotomía tradicional entre lo público y lo privado, visibilizando el papel político del cuidado y de las pobladoras para la construcción del hábitat (Ossul-Vermehren, 2018; Col·lectiu Punt 6, 2019) y el sostenimiento de las sociedades (Escalante & Valdivia, 2015).

Este artículo recoge algunos de los resultados de una investigación² enmarcada en las denominadas «poblaciones emblemáticas» en la ciudad de Santiago de Chile, indagando sobre el rol de las mujeres dentro de las políticas de vivienda, y particularmente dentro de los proyectos de autoconstrucción, como fue el caso de Villa La Reina. Este barrio se constituye como una experiencia excepcional de autoconstrucción tutelada en el país, no solo por su ubicación central dentro de una comuna del sector oriente de la capital, sino también por su fuerte identidad territorial, la cual han sostenido durante décadas mediante acciones culturales y la mantención de un trabajo de cuidado hacia el barrio y sus habitantes, donde el rol de las mujeres es parte fundamental de sus imaginarios. Partiendo de la premisa de que las mujeres se han configurado políticamente como agentes del mundo urbano por medio de su participación en los movimientos de pobladores, este artículo busca comprender

² Esta investigación forma parte de los resultados de la tesis de Magíster de la autora, la cual fue parte del proyecto FONDECYT Regular ID 1201488: *La política de la marginalidad urbana: Institucionalidad de la pobreza y roles de género en la reconfiguración de las «Poblaciones Emblemáticas»*.

cómo se articula el rol de las pobladoras a partir del despliegue de prácticas de cuidado y producción social del barrio, utilizando métodos de análisis de discurso y análisis visual de expresiones artísticas. En suma, hablar de políticas de vivienda, de barrio y cuidados desde la óptica feminista permite reivindicar el rol de las mujeres en el espacio urbano, atendiendo a las subjetividades insertas en la vida cotidiana, las cuales encarnan procesos políticos complejos. En este sentido, como señalan Pérez y Gregorio (2020), es necesario dar cuenta de la dimensión política de las estrategias de resistencia cotidiana para comenzar a visibilizarlas y valorarlas junto con la apropiación simbólica del espacio y la reivindicación de los cuidados a nivel social e institucional.

POLÍTICA HABITACIONAL EN CHILE

El abordaje estatal al problema de la vivienda en Chile data de principios del siglo XX³. Sin embargo, no es hasta 1965 que se crea el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) para administrar este déficit y establecer mecanismos de «control y orientación de la actividad habitacional, distribución de los recursos para la construcción de vivienda, planificación del desarrollo urbano y la atención de obras de equipamiento comunitario, pavimentación e instalaciones sanitarias» (Hidalgo, 2004, p. 220). Si bien se logró reducir este déficit durante los primeros años, la demanda siguió aumentando debido a la continua migración campo-ciudad y la estimulación y expectativas potenciadas por el gobierno demócrata cristiano entre 1965 y 1970 (Posner, 2012).

Este incremento en las políticas habitacionales confluye con las medidas promulgadas por el programa de Salvador Allende y la Unidad Popular (UP), junto con la construcción de una identidad nacional, promoviendo alternativas colectivas a los problemas habitacionales (Posner, 2012). Desde el punto de vista político-organizacional, se elevan discursos asociados al derecho a organizarse, cuestión que quedará impresa en el discurso de la UP en 1969, un

³ Implementación de la Ley de Habitaciones Obreras en el año 1906.

programa del cual los Movimientos de Pobladores son parte (Quinteros, 2007). En este contexto, las estrategias de organización de las pobladoras y pobladores consistieron en la conformación de comités de vivienda, organizaciones comunitarias para la colaboración en la autoconstrucción y un sentido de clase relevante para el movimiento (Castells, 1973).

Durante el gobierno de Salvador Allende y la UP, el Estado participó activamente en las distintas esferas de la sociedad, donde la vivienda fue uno de los ejes centrales. En la práctica, la política se orientó hacia la compra de tierras a propiedad del Estado para regularizarlas y construir, habilitando fábricas populares para la confección de insumos para la construcción (Hidalgo, 2004). En este sentido, Posner (2012) sostiene que la centralidad del Estado de bienestar y de vocación popular del período permitió la universalidad de los beneficios, propiciando la solidaridad social y la disminución de la diferenciación entre los postulantes, y fomentando la articulación colectiva de pobladores por la vivienda propia.

No obstante, tras la abrupta irrupción del golpe cívico-militar de 1973, la posterior dictadura termina de cerrar estos procesos hacia fines de la década, cuando se concentran los cambios más significativos entre el Estado y su vínculo con la sociedad. A partir de la implementación de políticas de orientación neoliberal cuyo objetivo era desarticular el rol del Estado, la gestión y promoción de la vivienda pasa a ser un asunto del mercado inmobiliario, nuevo encargado de regular esta oferta. La delegación de la responsabilidad de construcción al sector privado mediante la nueva Política Nacional de Desarrollo Urbano (PNDU) de 1979, propició el alza del valor del suelo debido a la especulación (Sabatini, 2000 citado en Hidalgo, 2004). Se establece la segregación en general de los sectores populares hacia las periferias y trasladando, en el contexto de la Política de Erradicación de campamentos (1980), a pobladores hacia terrenos de menor plusvalía con el fin de liberar suelo y desarticular la organización popular (Rodríguez, 1989 citado en Montes, 2021). En este nuevo escenario, la implementación de programas de construcción masiva y la postulación a subsidios individuales para

la superación del déficit habitacional bajo lógicas de mercado se transforman en la política de urbanización (Özler, 2011).

Si bien los gobiernos de la Concertación (1990-2010) asumieron el extremo déficit de vivienda que experimentaba el país, decidieron continuar con las políticas de base neoliberal. Durante los primeros gobiernos de transición (Patricio Aylwin, 1990-1994 y Frei Ruiz-Tagle, 1994-2000) las políticas de Vivienda Básica y Vivienda Progresiva inauguradas en dictadura se mantienen (Özler, 2011), enfocándose aún en la cantidad por sobre su calidad. Asimismo, se conserva la mirada represiva hacia las movilizaciones de pobladores bajo discursos de «buena participación», los cuales orientan a las personas a mantenerse dentro de los procesos estandarizados de acceso a la vivienda, renegando el valor de la organización popular y su tradición en las políticas de acceso a la vivienda (Angelcos & Pérez, 2017).

LA AUTOCONSTRUCCIÓN COMO RESPUESTA COLECTIVA: EL SURGIMIENTO DE VILLA LA REINA

Como se señaló anteriormente, una de las estrategias desarrolladas por los Movimientos de Pobladores para acceder a la vivienda fue a partir de la toma de terrenos y la autoconstrucción de asentamientos populares (Cortés, 2014; Garcés, 2015). A fines de los años 60, aún durante el gobierno de Frei Montalva, nace Villa La Reina como una propuesta de autoconstrucción tutelada, guiada por Fernando Castillo Velasco, arquitecto y también alcalde de la comuna de La Reina en ese momento. La iniciativa respondía a la necesidad de proveer vivienda a miles de pobladores que por entonces vivían en la comuna sin las condiciones adecuadas. Este proyecto se dio en el marco de la política habitacional levantada el año 1965, llamada «Operación Sitio», donde el Estado proveía de terrenos para la autoconstrucción. Igualmente importante fue la gestión de Castillo Velasco mediante la aplicación de cambios en el Plan de Desarrollo Comunal de La Reina, los que permitieron integrar la figura de la vivienda popular con el fin de asegurar espacio para los pobladores

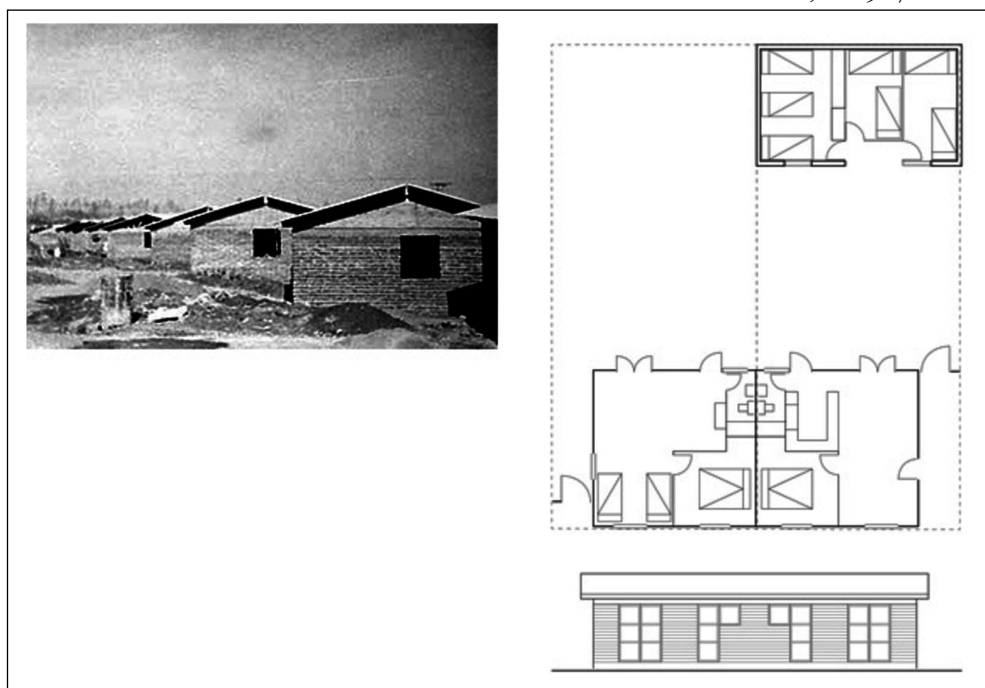
dentro de la comuna y que no fueran desplazados hacia otros sectores de la capital (Márquez, 2006; Quintana, 2014).

El proyecto, de aproximadamente 1600 viviendas,

recoge los postulados centrales y más radicales de la época: la integración social a la ciudad y a las fuentes laborales; la participación, la organización y la autoconstrucción ... inspirándose también en la constatación de una sociedad chilena y santiaguina que tiende a segregar y marginalizar (Eduardo San Martín, en: Zerán, 1998, como se citó en Márquez, 2006, p. 86).

Arquitectónicamente, las viviendas fueron de un piso, de materiales como ladrillo y yeso, que se planificaron dentro de pasajes y calles construidos por sus propias pobladoras y pobladores (Figura 1).

FIGURA 1. AUTOCONSTRUCCIÓN VIVIENDAS DE VILLA LA REINA, C. 1967



Fuente: Alvarado, Autoconstrucción Villa La Reina, 1967, p. 36.

Así, Villa La Reina encarna una condición inédita desde el punto de vista de la planificación urbana y equidad social, al situarse en una comuna de la zona oriente, con gran conectividad y acceso a bienes y servicios. Esta situación difiere de la mayoría de proyectos de autoconstrucción de menor capacidad organizativa, donde la construcción era de menor calidad y se encontraban en sectores periféricos y/o con escasa conectividad (Quintana, 2014).

MUJERES POBLADORAS EN CHILE: PRÁCTICAS DE CUIDADO Y LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL BARRIO

Si bien existen antecedentes sobre el rol de las mujeres en la autoconstrucción y los movimientos de pobladores en general, su figura como parte de estos movimientos ha tendido, desde sus inicios, a su invisibilización desde la academia (Massolo, 1998). A principios de los años 70, si bien la autoconstrucción se muestra como una forma efectiva de organización y acceso a la vivienda, enfrenta también conflictos políticos dentro de los sectores de izquierda, en tanto «le quitaba al trabajador horas de descanso, contribuyendo a aumentar la cesantía o el paro» (Hidalgo, 2004, p. 225). Precisamente, la crítica desde el marxismo de ese momento estaba dirigida hacia el perjuicio que sufrirían los hombres trabajadores que debían ejercer una doble jornada, la del trabajo formal y la autoconstrucción. Sin embargo, estas discusiones centradas en la fuerza laboral remunerada no incluyeron el problema de la carga de las mujeres, que ya ejercían incluso una triple labor al llevar adelante las tareas del hogar, mientras participaban tanto de los aspectos organizacionales de la autoconstrucción como en la construcción en sí. En este sentido, se acentúa el rol del hombre como obrero-trabajador, haciéndose cargo del abastecimiento del hogar, reforzando la imagen del hombre en la esfera productiva y su participación en el mundo público/político, mientras que a la mujer se le vincula con la esfera reproductiva y las actividades del mundo privado, viéndolos como procesos separados (Rojas, 2019).

De esta manera, durante los años 80, parte de la lucha de las pobladoras y pobladores se orientó hacia la crítica a la dictadura

y la lucha por la democracia. Surgieron diversas organizaciones comunitarias levantadas por mujeres con el fin de subsistir y generar apoyo en la comunidad, al tiempo que debían reconstruir las redes que habían sido diluidas por la dictadura (Angelcos & Pérez, 2017). Desde la década de los 90 hasta hoy se observan algunos de los efectos de la reconfiguración de la organización barrial. La representación mayoritariamente masculina en la esfera pública y política comenzó a reorientarse hacia un mayor liderazgo femenino en torno a las políticas habitacionales y hacia el reconocimiento de la multiplicidad de labores femeninas, donde la organización social es una de las esferas de especialización (Zenteno *et al.*, 2023).

En Chile, la literatura de los últimos veinte años ha intentado incursionar de manera más rigurosa en el tema del género en los territorios. Por su lado, Garcés (2003) pretende esbozar la posición de las mujeres dentro del Movimiento de Pobladores en la Latinoamérica contemporánea, deslizando que las nuevas características del movimiento se asocian con mayor autonomía respecto al Estado y a los partidos políticos y «un nuevo papel de las mujeres» (Zibechi, 2003, como se citó en Garcés, 2003). En este sentido, la relevancia de la figura de las mujeres pobladoras en los procesos de autoconstrucción y creación de barrios corresponde aún a procesos históricos poco visibilizados (De Armas, 2019), así como el reconocimiento de las prácticas que mantienen y sostienen estos espacios hasta el día de hoy.

Tal como podemos experimentar día a día, existen diversas prácticas cotidianas que permiten el funcionamiento de la vida individual y de la sociedad en general (Escalante & Valdivia, 2015), las cuales se entienden como prácticas de cuidado. Aun así, este conjunto de prácticas ha pasado a segundo plano en la estructura de las sociedades neoliberales. Esta desvalorización se sustenta en distintos factores, siendo la reproducción de los roles de género a partir de la división sexual del trabajo (Todaro, 2016) uno de los más estructurales. Bajo este sistema, las mujeres tienen una representación mayor en la ejecución del trabajo doméstico del hogar y los hombres en las tareas públicas del trabajo, la economía y la política (Rico

& Segovia, 2017). Esto ha conducido a una «feminización» de las prácticas de cuidado, asociadas al trabajo no remunerado y a todo aquello que ocurre supuestamente en la dimensión de lo privado, como la alimentación, la limpieza, el cuidado a otras personas, entre otras (Vaquiro & Stiepovich, 2010). De este modo, la delimitación de los cuidados dentro de los márgenes de lo privado y de las tareas asociadas a las mujeres ha invisibilizado su relevancia para el desarrollo de la vida y el sostenimiento de la sociedad en general (Escalante & Valdivia, 2015) y de forma integral, en los aspectos económicos, políticos, culturales, emocionales, urbanos, entre otras dimensiones (Col·lectiu Punt 6, 2019).

Siguiendo esta idea, Ossul-Vermehren (2018) expone que distintas prácticas de la vida cotidiana permiten subvertir las normas de género establecidas, donde lo político y lo privado dejan de aparecer como una dicotomía necesaria. Así, al visualizar la relevancia del hogar, el cuidado y las dinámicas de barrio como espacio de coyuntura, las prácticas que son comúnmente asociadas a lo íntimo y cotidiano se colectivizan, evidenciando su carácter político y contingente (Baldez, 2002; Ossul-Vermehren, 2018). Esta reivindicación de la vida cotidiana en los espacios urbanos es sumamente relevante por tratarse justamente de aquellos espacios que, por norma, se han volcado a lo privado, como la gestión de la vivienda y la planificación de la ciudad (Col·lectiu Punt 6, 2019). Así, como indica Matus (2017), la construcción de la ciudad y las prácticas que llevan a cabo los sectores populares en Chile, poseen características especiales que se separan del orden inicial pensado para ese espacio. Es decir, por medio de intervenciones, tanto simbólicas como tangibles en el territorio, se han constituido diversas expresiones de planificación local o urbanismo popular que tienen su raíz en las prácticas de cuidado que producen y sostienen los barrios.

En el caso de Latinoamérica, se ha estudiado fuertemente la capacidad de organización política de las mujeres en torno a demandas urbanas y sociales. Precisamente en temáticas de vivienda, autoproducción e identidad de barrio. Estas discusiones han instaurado la necesidad de reintegrar lo público con lo privado y de posicionar la

idea de una «ciudad cuidadora» (Valdivia, 2018) o «ciudad de los cuidados» (Chinchilla, 2020). Esta perspectiva reconoce, en primer lugar, que los espacios de la ciudad han sido concebidos para privilegiar el ámbito económico y productivo más que la reproducción de la vida. Una idea que ya anunciaba de cierta manera Lefebvre en *El derecho a la ciudad* (1968), fundamentando que la ciudad moderna se convertía en la representación de una sociedad de mercado. Asimismo, la sociedad de mercado configuró una ciudad de espacios hostiles para la manifestación de otro tipo de subjetividades y formas de habitar y ha ignorado la multifuncionalidad de lo urbano.

Las prácticas de cuidados, además de ser necesarias y beneficiosas para el mantenimiento del sistema y de la sociedad, tienen la capacidad de sustentar formas más democráticas de habitar en la medida que, a través de la consolidación y apertura al mundo público de estas prácticas, se pueden revertir la concepción fragmentada de lo público y lo privado sostenida en las políticas neoliberales que limitan la plena realización de la sociedad (Tronto, 2017). Desde el punto de vista político de la agencia, autoras como Escalante y Valdivia (2015) sostienen que las prácticas de cuidado desde la óptica urbana colaboran a visibilizar las necesidades de un conjunto de «marginados» de los procesos urbanos, donde no solo se encuentran las mujeres sino también las personas que cuidan, los sujetos que requieren cuidados, las personas con capacidades diversas, entre otras.

METODOLOGÍA

El estudio adoptó un enfoque cualitativo que permitió generar instancias de reflexión interpretativa respecto al problema tratado (Creswell, 1998). A nivel de discurso compartido, se realizó un grupo focal en Villa La Reina durante agosto de 2021, por medio de la plataforma *Zoom*. Se convocó a pobladoras sin participación formal en las Juntas de Vecinos y también a dirigentes de la Villa. Esta técnica permitió reconstruir la experiencia en torno al fenómeno colectivo de la organización de mujeres y su interacción con las instituciones del Estado u otras (De Sousa Santos, 2010 en Benavides & Apolo,

2016). A nivel de discurso individual se realizaron nueve entrevistas semiestructuradas presenciales a pobladoras históricas (de 50 años o más). A nivel de territorio, se realizó un registro fotográfico de los principales hitos, murales y otras expresiones diversas en espacios significativos de la Villa. Posteriormente, una de las entrevistadas que estuvo a cargo de la realización y/o coordinación de distintas obras en la Villa nos da un breve relato de cada una de ellas. Desde el punto de vista metodológico, esta técnica permite reconstruir, por medio de la imagen visual y sus interpretaciones, diversas problemáticas complejas (Lara, 2014).

CUADRO 1. RESUMEN DE ENTREVISTADAS

ALIAS	EDAD	ROL	DURACIÓN ENTREVISTA	FORMATO
Magnolia	85 años	Ex dirigente vecinal	51 minutos	Presencial
Alondra	55 años	Pobladora	48 minutos	Presencial
Mayte	59 años	Pobladora - organización Mujeres Hoy	55 minutos	Presencial
Solange	61 años	Dirigente vecinal	50 minutos	Presencial
Alma	81 años	Pobladora	37 minutos	Presencial
Adela	79 años	Ex dirigente vecinal	54 minutos	Presencial
Lucrecia	80 años	Ex dirigente vecinal	30 minutos	Presencial
Ingrid	63 años	Pobladora	44 minutos	Presencial
Irene	79 años	Pobladora	32 minutos	Presencial
	Promedio 71 años		Promedio 42 minutos	

Fuente: elaboración propia, 2021.

Las entrevistas individuales y el grupo focal han sido interpretadas por medio del análisis de contenido discursivo. El análisis del material se realizó a través del programa *ATLAS.ti v.11*, generando códigos en torno a las temáticas de interés y contemplando temas emergentes. Las imágenes se analizaron en contexto de los relatos, permitiendo potenciar visualmente aquellas experiencias narradas por las pobladoras.

LA ORGANIZACIÓN DE LAS POBLADORAS EN TORNO A LAS PRÁCTICAS DE CUIDADO

Poner el foco en las prácticas de cuidado nos permite volver a mirar los procesos de urbanización en Chile con otros ojos. Bajo esta idea, en este apartado se analizan los discursos asociados a las prácticas de cuidado llevadas a cabo por las pobladoras, las cuales se remontan a la autoconstrucción y que se han mantenido a lo largo de los años, actualizándose según las diversas necesidades hasta el presente. Estas prácticas son bien relatadas por las mujeres pobladoras en Villa La Reina, quienes narran sus experiencias de cuidado y producción social del barrio presentes en su lucha por la vivienda desde los años 60, donde emergen memorias sobre acciones de formación popular contra el machismo, la colectivización de la vida cotidiana y la apertura de espacios de discusión política.

Como sostiene Massolo (1998), las primeras aproximaciones académicas sobre el Movimiento de Pobladores silenciaron el rol de las mujeres pobladoras en el proceso de lucha por la vivienda, al desatender otras dimensiones que están presentes en la vida cotidiana y que construyen, social y materialmente, tanto la vivienda como el barrio. En este sentido, Irene nos permite conocer más detalles de la organización por el cuidado de niñas y niños en los comienzos de la Villa:

Bueno yo traía niños del campamento (en Talinay) porque los papás de familias muy pobres no tenían para nada. Yo crié varios niños acá en mi casa. Otros los iba a buscar al campamento, les daba una lechita con Milo y un sanguchito. Les ponía ropita limpia de las donaciones. Para las navidades hacíamos cenitas, yo dejaba acá la casa sola pero todo hecho listo, y los niños [sus hijos] tarde me esperaban. Me pasaba en la parroquia haciendo las cenas, las familias quedaban contentas porque les llegaba su pollito asado, unos duraznitos con crema (Irene, 79 años).

Desde el comienzo, tanto el cuidado de la infancia como la alimentación han sido parte importante de las experiencias fundacionales de la Villa. Allí, la figura de las ollas comunes ha sido ampliamente

identificada en la historia de las «Poblaciones Emblemáticas» desde la figura de la solidaridad y las redes sociales en momentos de necesidad particulares. Sin embargo, al ser prácticas cotidianas sostenidas por años, las ollas comunes adquieren una dimensión constitutiva de la construcción del espacio y la identidad de la Villa:

Hicimos ollas comunes, empezamos con desayunos para los niños, en plena dictadura, después dijimos que el desayuno no bastaba, había que hacer almuerzo para los niños, veíamos que los papás teníamos hambre, hubo mucha hambre en este sector, mucha pobreza, pobreza pero no pobre (Adela, 79 años).

Estas ollas comunes representan prácticas de cuidado que buscan suplir la necesidad básica de la alimentación que no distingue entre lo privado y lo público, y que en este contexto se articula colectivamente en los espacios públicos y comunes. Al mismo tiempo, las pobladoras cuentan que este cuidado se extendió también hacia personas más vulnerables o que requerían apoyo con sus enfermedades, más aún considerando las restricciones en los desplazamientos por causa de la dictadura y la situación económica del país:

Pero, después del golpe como se puso tan mala la cosa, empecé muy dura la cosa, entonces yo me tuve que salir para poder trabajar. Y, nosotros en este centro de madres hacíamos muchas cosas solidarias, si había enferma una socia, un vecino, y no tenía plata, le comprábamos la receta, lo íbamos a ver, hacíamos muchas cosas en el centro de madres, fue el primer centro de madres que hubo aquí en Villa La Reina, en el 67 (Alma, 81 años).

En este contexto, en la Villa también se visibilizaron problemáticas que afectaban a un gran segmento de la sociedad en ese momento. Este fue el caso del abandono de personas mayores, lo que se transformó en una demanda directamente emplazada hacia las autoridades, buscando colaboración:

Ya hice todo eso, lo que tenía que hacer [durante su periodo como presidenta]. Antes de terminar me pedí tres casas para tercera edad, andaban dos viejitas botadas durmiendo en sacos de dormir, imposible. Le dije yo al alcalde que estaba

todavía que era don Fernando y me dijo «te voy a entregar el sitio de la esquina por mientras, y le vamos a poner unas mejoritas» —pintura externa, reparación de ventanas y goteras— (Lucrecia, 80 años).

Con el paso del tiempo, comienzan a salir a la luz casos de violencia contra las mujeres. Esta realidad vivida en lo privado del hogar fue compartida con otras pobladoras, transformándose en una preocupación a tratar en las actividades realizadas en los espacios comunes, elevándose un discurso político sobre la necesidad del involucramiento de las instituciones para el entendimiento de la violencia y la planificación de estrategias para entregar apoyo a sus víctimas. Así surge la organización para crear la «Casa de la Mujer» dentro de la Villa, como relata Mayte:

La idea de generar y comprar una casa para que las mujeres tengan un espacio de la no violencia y cuando tu entras en esa dinámica, entras en un mundo totalmente nuevo, porque no solo piensas en generar un espacio para las mujeres, si no que te encuentras con la violencia misma y tienes que hacer apoyo donde en el sector, la municipalidad no existía. Entonces tienes que ir abriendo, educándote, formándote, pero a la vez te llegaban los trazos de violencia que tenías que ir a constatar lesiones a los servicios de urgencia o a las comisarías, apoyar en este peregrinar, más la casa, más todo entonces entras en un mundo totalmente nuevo de la violencia con la mujer y empiezas a estudiar y leer qué pasa con las mujeres (Mayte, 59 años).

Las pobladoras cuentan que, respecto a esta lucha, una de las principales misiones ha sido acompañar a las mujeres para superar situaciones de violencia, así como también propiciar el reconocimiento de todos sus derechos. En este sentido, una de las dimensiones de las prácticas de cuidado presentes en las historias de la Villa tiene relación con el fortalecimiento de las capacidades de las propias mujeres, de entregar apoyo para su educación y promover instancias para el reconocimiento de la violencia de género, como indica Solange:

Y se iban generando actividades de mujeres, todos estos talleres, pero montones año tras año. Y hasta que hubo algunos temas de, yo creo que la formación de las mujeres es importantísima. Educar a las mujeres, de por qué tienen que defender los derechos de las mujeres (Solange, 61 años).

En este sentido, los discursos iluminan sobre la manera en que se establecen relaciones de confianza y apoyo. A su vez, esta experiencia compartida transversalmente ha permitido a las pobladoras elevar discursos políticos e increpar a las instituciones a modernizarse, instruirse y llevar adelante las demandas de género y particularmente aquellas que tienen que ver con violencia. Precisamente, reconocen que el tema de género ha sido algo nuevo en la interacción con las instituciones y que algunos segmentos políticos han sido constantemente reticentes:

Es que había un gobierno de derecha en la comuna [Se refiere al periodo 2004-2012]— a Luis Montt no le interesaba. A la derecha en este país nunca le interesa el tema de género. Es más, si tú ves políticamente quieren sacar el Ministerio de la Mujer que está dentro de los programas, entonces ¿De qué estamos hablando? ¿Por qué? Porque no hay una formación. Entonces ... estamos viendo todo un tema de ganarnos el espacio (Mayte, 59 años).

De este modo, situaciones de la vida cotidiana como la alimentación, cuidado, acompañamiento y educación han sido abordadas por las pobladoras a través de la organización colectiva desde sus inicios. Mediante el ejercicio de prácticas de cuidado las pobladoras han reivindicado los asuntos del mundo privado, rearticulándolos y desplegándolos en distintos espacios dentro y fuera del hogar. Este último ya no se asocia únicamente a un espacio privado, sino que hacer hogar se ha traducido en una práctica colectiva, arraigada en un modo de vivir que aún no ha podido ser aprehendido por las políticas de vivienda actuales, mucho menos por aquellas heredadas de la dictadura.

PRODUCCIÓN SOCIAL DEL BARRIO A TRAVÉS DEL IMAGINARIO ARTÍSTICO

Los discursos de las entrevistadas han permitido una aproximación a sus acciones por la producción social de su propio barrio. Estas acciones a su vez se han consolidado en la Villa a través de actividades culturales que fomentan la creación artística, donde las mujeres participan activamente. A través del levantamiento de espacios culturales o sociales para intercambiar opiniones y la apropiación y resignificación de espacios públicos, han trabajado en mejorar las condiciones del barrio para que sea un espacio seguro, tanto para las mujeres como para el resto de los habitantes de la Villa. Esto último contempla también el trabajo de mejoramiento del entorno con la mantención de plazas y veredas, así como la ilustración de diversas intervenciones en sus paredes que colorean el barrio y difunden mensajes de empoderamiento popular que caracterizan la Villa. Aquí, las menciones al rol de las pobladoras y su lucha constante por reivindicar sus derechos y su rol político forman parte de un imaginario que recorre gran parte del barrio.

Como sostiene Matus (2017), los sectores populares han establecido dinámicas espaciales específicas, dando cuenta de las expresiones de este urbanismo popular. En este contexto, las pobladoras y pobladores de Villa La Reina han mantenido diversas actividades culturales e identitarias desde el nacimiento de la Villa, conformando una identidad propia que ha quedado plasmada en las paredes del barrio, paredes que a su vez se siguen cuidando y manteniendo con el pasar de los años (Figura 2).

FIGURA 2. FOTOGRAFÍA DE RECORRIDO (1):
MURAL AGRUPACIÓN VIOLETA PARRA



Fuente: elaboración propia, 2021.

Algunos de los hitos culturales más significativos para las pobladoras ha sido la materialización de iniciativas que responden a procesos colectivos dentro del barrio, como la creación de la biblioteca popular. Un espacio que refleja una gestión continua que contempla la identificación de una necesidad, la toma de decisiones y acuerdos para concretar una propuesta, junto con compromisos para el cuidado y mantención de estos espacios construidos:

Entonces hicimos una encuesta, entonces la gente pedía que ojalá hubiera una biblioteca más cerca, nosotras hicimos la biblioteca popular que la tenemos todavía en la agrupación. Peñas, festivales, pascuas populares, pasacalles, hicimos la Cantata de Santa María, eso es cultura, mi agrupación es cultura, ... por eso se llama Agrupación Cultural Violeta Parra (Adela, 79 años).

De esta manera, las instancias de colectivización de las necesidades y la capacidad de organizarse por lograr soluciones responden a la constante configuración de la identidad del barrio con base en el trabajo común. Desde la óptica de Negro (2016) las expresiones artísticas son una técnica de habitar. Es decir, además de la apropiación material de los muros y plazas, se da paso a la resignificación simbólica de las mujeres y de los habitantes en general con su barrio. Para Soto (2018) esta expresión de resistencia cotidiana donde los colectivos transforman muros y calles, ayuda a constituir «un territorio discursivo desde donde resistir, transformar y proponer cambios» (p. 23), siendo los mensajes sobre el rol de las mujeres algo común en esta discursividad.

Si bien en todos los pasajes que componen la Villa existen murales o intervenciones, el mapeo realizado junto a las pobladoras (Figura 3) permitió reconocer algunos de los murales más característicos que, justamente, se encuentran en el cuadrante más antiguo de la Villa, de las primeras viviendas autoconstruidas y donde habitan la mayoría de las pobladoras entrevistadas.

FIGURA 3. MAPEO DE PRINCIPALES MURALES



Fuente: elaboración propia, 2021.

Las prácticas de producción social del barrio que se concretizan en el espacio público han dado paso a nuevas interacciones, promoviendo el fortalecimiento de las relaciones sociales y afectivas de las mujeres aún con el pasar de los años:

Todavía nos juntamos entre nosotras, somos familia. Nos acompañamos porque muchas quedamos solas y nos conocemos de tanto. De cada grupo yo he sacado una amiga, nos decimos las termitas, porque todo se lo comen (Magnolia, 85 años).

Estas acciones, reivindican la agencia de las mujeres, tal como exponen Pérez y Gregorio (2020), cuestión que no tiene que ver solamente con reunirse con un objetivo común, sino que da cuenta de cómo quieren vivir las mujeres, de una manera que es valorada por ellas, donde el acompañamiento y los lazos afectivos han sido imprescindibles (Figura 4). El recorrido guiado por Mayte nos permite comprender de qué manera las intervenciones urbanas y la

participación en la producción del barrio han permitido realizar una crítica hacia los roles de género en general y específicamente hacia la violencia, derivando en procesos de reflexión y teniendo además un resultado que puede ser contemplado posteriormente por los habitantes, provocando algo en ellos (Figura 5).

FIGURA 4. FOTOGRAFÍA DE RECORRIDO: MURAL «COLABORACIÓN»



Fuente: elaboración propia, 2021.

Estos mensajes e intervenciones son muy valorados por las pobladoras organizadas. A través de estas producciones artísticas, se manifiesta una resistencia hacia la ciudad tradicional y un espacio público que adopta ritmos, símbolos y estructuras que responden principalmente a lo productivo, sin ofrecer espacio para otro tipo de subjetividades. En este sentido es que las pobladoras recalcan el valor de hacer arte en una ciudad hostil.

Nosotras empezamos con rayados, nos empezamos a tomar los muros del sector. Pintamos, llamando a la no violencia, el número o la cantidad de mujeres que había muerto ese año está en ese muro de allá. Generamos algo ahí, hicimos intervención en el espacio urbano entonces nos empezamos a dar a conocer (Mayte, 59 años).

Además de la apropiación material, existe una resignificación simbólica de las pobladoras con su barrio. De esta manera, usar lugares públicos del barrio para tener conversaciones, organizar distintas actividades y plasmar ideas o demandas en sus murallas, posibilita la apropiación de espacios que originalmente no fueron concebidos para ello o estaban restringidos a ser simples lugares de paso.

FIGURA 5. COMPILADO DE MURALES EN VILLA LA REINA



Fuente: elaboración propia con base en recorrido fotográfico, 2021.

De este modo, los espacios intervenidos a través del arte o actividades colectivas movilizan sentimientos de intimidad, posibilitando y afianzando las redes entre mujeres (Pérez & Gregorio, 2020). A su vez, incentivan al cuidado del barrio y la transformación de espacios percibidos como inseguros en lugares reapropiados, creando constantemente una forma de habitar que no es cualquiera, sino que persigue ser organizada, participativa, diversa y propia.

CONCLUSIONES

Los resultados permiten, a modo general, refutar una de las hipótesis de literatura sobre el Movimiento de Pobladores que señala el declive de su capacidad de agencia post dictadura e incluso su catalogación como sujetos de beneficencia durante la «vuelta a la democracia». A su vez, evidencia el rol activo que las mujeres han llevado a cabo desde el comienzo de la lucha por la vivienda y que se ha reorientado constantemente a través de diversas estrategias de organización, tanto en aspectos de cuidado hacia la comunidad como el cuidado material del barrio.

Precisamente este rol político es atribuido y valorado al reflexionar en torno a dos niveles. En un primer nivel, al momento de reconocer las acciones vinculadas históricamente al mundo privado de los cuidados en Villa La Reina, como es el caso de la alimentación de familias a través de ollas comunes, cuidado de niñas y niños y adultos mayores, autocuidado de las mujeres respecto a la violencia y acompañamiento de grupos de mujeres a través de los años, entre otras. Así, estas labores han sido indispensables tanto para la autoconstrucción de la Villa como para el desarrollo de la vida cotidiana de sus habitantes. En un segundo nivel, al comprender que estos elementos reconocidos como lo privado forman parte también de la esfera pública, en tanto le conciernen y sustentan al colectivo. En este punto, la dicotomía entre lo privado y lo público se diluye y podemos comenzar a ver estas tareas productivas-reproductivas, remuneradas-no remuneradas, económicas-de cuidado como elementos que no

pueden concebirse de manera separada, menos aún al momento de planificar ciudades y políticas de vivienda.

Ambos niveles permiten evidenciar que las pobladoras de Villa La Reina han encarnado un rol político invisibilizado, donde la distinción de lo femenino y lo masculino dentro de la sociedad capitalista, neoliberal y patriarcal ha determinado las prácticas del mundo público y privado generando quiebres imaginarios y valoraciones diferenciadas. Sin embargo, a través del despliegue de prácticas de cuidado y la producción social del barrio, las pobladoras de Villa La Reina trazan formas de hacer política en los espacios urbanos que diluyen barreras y van desde la vivienda hacia el barrio y a la inversa. En esta experiencia de habitar el territorio surge la construcción de una identidad barrial que se modela a medida que las demandas se van colectivizando y materializando en intervenciones artísticas, las que permiten resignificar los espacios tradicionales de la ciudad en espacios de resistencia y cuidados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarado, J. (1967). *Auto Construcción Villa La Reina* [tesis Constructor Civil, Pontificia Universidad Católica de Chile].
- Angelcos, N., & Doran, M. (2021). Participación, conflicto y politización de los pobladores en Chile. En J. Ruiz-Tagle, M. Álvarez & G. Labbé (Eds.), *Marginalidad Urbana y Efectos Institucionales. Sociedad, Estado y territorio en Latinoamérica a comienzos del siglo XXI* (pp. 485-513). RIL Editores, Colección Estudios Urbanos UC.
- Angelcos, N., & Pérez, M. (2017). De la «desaparición» a la reemergencia: continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile. *Latin American Research Review*, 52(1), 94-109.
- Baldez, L. (2002). *Why women protest: women's movements in Chile*. Cambridge University Press.
- Benavides, J., & Apolo Buenaño, D. (2016). El enfoque biográfico como estrategia metodológica de investigación. *Tsafiq-i - Revista Científica En Ciencias Sociales*, 7(8), 36-41.
- Castells, M. (1973). *Movimientos sociales urbanos*. Siglo XXI Editores.
- Chinchilla, I. (2020). *La ciudad de los cuidados*. Los Libros De La Catarata.
- Col·lectiu Punt 6 (2019). *Urbanismo Feminista. Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus Editorial.

- Cortés, A. (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 40(119), 239-260.
- Creswell, J. W. (1998). *Qualitative Research Inquiry and Research Design. Choosing among Five Traditions*. Sage Publications Ltd.
- De Armas, T. (2018). *Memorias del movimiento de mujeres y feministas. Voces desde el territorio: Valparaíso. 1973-2010*. Universidad de Playa Ancha.
- Escalante, S., & Valdivia, B. (2015). Planning from below: using feminist participatory methods to increase women's participation in urban planning. *Gender & Development*, 23(1), 113-126. <https://doi.org/10.1080/13552074.2015.1014206>.
- Garcés, M. (27-29 de marzo de 2003). *La revolución de los pobladores, treinta años después* [presentación de conferencia]. Panel LASA, XXIV International Congress, Dallas, EEUU.
- Garcés, M. (2015). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago 1957-1970*. LOM Ediciones.
- Hidalgo, R. (2004). La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: Actores relevantes y tendencias espaciales. En C. De Mattos, M. Ducci, A. Rodríguez & G. Yáñez Warner (Eds.), *Santiago en la globalización. ¿Una nueva ciudad?* (pp. 219-241). Ediciones Sur. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=16>.
- Lara, E. (2014). La fotografía como documento históricoartístico y etnográfico: una epistemología. *Antropología Experimental*, (5).
- Lefebvre, H. (1968). *El derecho a la ciudad* (Vol. 44). Península.
- Letelier, L. (2018). *El barrio en cuestión: fragmentación y despolitización de lo vecinal en la era neoliberal*. Universitat de Barcelona.
- Márquez, F. (2006). Políticas sociales de vivienda en Chile: de la autoconstrucción tutelada a la privatización segregada 1967-1997. *Cadernos Gestão Pública e Cidadania*, 11(49). <https://doi.org/10.12660/cgpc.v11n49.44067>
- Massolo, A. (1998). Defender y cambiar la vida. Mujeres en movimientos populares urbanos. *La Aljaba, segunda época*, 3, 65-76.
- Matus, C. (2017). Planificación participativa y urbanismo popular. Usos de la memoria, la identidad y el patrimonio en poblaciones históricas de Santiago y Concepción. *Revista Planeo*, (51).
- Montes, M. (2021) La acción del Estado en los procesos de desorganización social en Chile: el caso de la población Yungay (La Granja, Santiago). En J. Ruiz-Tagle, M. Álvarez & G. Labbé (Eds.), *Marginalidad Urbana y Efectos Institucionales. Sociedad, Estado y territorio en Latinoamérica a comienzos del siglo XXI* (pp. 391-416). RIL Editores, Colección Estudios Urbanos UC.

- Negro, V. (2016). Tácticas del habitar: la producción social del hábitat como estrategia cotidiana para la construcción de una nueva ciudadanía urbana. *Serie (IV-2B) del Congreso Internacional Contested Cities*, Madrid, España.
- Ossul-Vermehren, I. (2018). Lo político de hacer hogar: una mirada de género a la vivienda autoconstruida. *Revista INVI*, 33(93), 9-51.
- Özler, Ş. (2011). The Concertación and Homelessness in Chile: Market-based Housing Policies and Limited Popular Participation. *Latin American Perspectives*, 39(4), 53-70. <https://doi.org/10.1177/0094582X10397917>
- Pérez, P., & Gregorio, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), 1-33.
- Posner, P. (2012). Targeted Assistance and Social Capital: Housing Policy in Chile Neoliberal Democracy. *International Journal of Urban and Regional Research*, 36, 49-70.
- Quinteros, R. (2007). Los Sectores Populares dentro de los Discursos Presidenciales de Salvador Allende. *Cyber Humanitatis*, (44).
- Quintana, F. (2014). Urbanizando con tiza. *ARQ*, (86), 30-43. <https://doi.org/10.4067/S0717-69962014000100005>
- Rico, M. & Segovia, O. (2017). *¿Quién cuida la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad*. Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL).
- Rojas, C. (2019). *Ayudar a los pobres: etnografía del Estado social y las prácticas de asistencia*. Universidad Alberto Hurtado.
- Ruiz-Tagle, J., Álvarez, M. & Labbé, G. (2021). *Marginalidad Urbana y Efectos Institucionales: Sociedad, Estado y Territorio en Latinoamérica a comienzos del Siglo XXI*. RIL Editores, Colección Estudios Urbanos UC.
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2).
- Todaro, R. (2016). Flexibilidades, rigideces y precarización: trabajo remunerado y trabajo reproductivo y de cuidado. En Fernández, D., Baca, N., & Todaro, R. (Eds.), *Trabajo global y desigualdades en el mercado laboral* (pp. 185-202). CLACSO.
- Tronto, J. (2017). La democracia del cuidado como antídoto frente al neoliberalismo. En Domínguez-Alcón, C., Kohlen, H. & Tronto, J., *El futuro del cuidado. Comprensión de la ética del cuidado y práctica enfermera* (pp. 17-35).
- Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y sociedad*, (11), pp. 65-84. <https://doi.org/10.12795/HabitatYSociedad.2018.i11.05>

- Vaquiro, S. & Stiepovich, J. (2010). Cuidado informal, un reto asumido por la mujer. *Ciencia y enfermería*, 16(2), 17-24.
- Zenteno, E., Sepúlveda, K., Johnson, K., & Díaz, J. (2023). Mujeres pobladoras en la reemergencia y consolidación de las tomas de terreno de Viña del Mar, Chile. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 49(147), 1-22. <https://doi.org/10.7764/EURE.49.147.01>

GÉNERO Y CONFINAMIENTO EN CONTEXTOS DE ALTA SEGREGACIÓN: LAS MUJERES DEL SECTOR EL CASTILLO EN LA COMUNA DE LA PINTANA ENFRENTANDO LA PANDEMIA COVID-19¹

Karina Cavieses Negrete

INTRODUCCIÓN

Las ciudades son espacios atravesados por tensiones intrínsecas al proceso de urbanización y a su conformación, en los cuales las desigualdades derivadas del modo de producción capitalista se traducen en diferentes condiciones de acceso a lo urbano (Elorza,

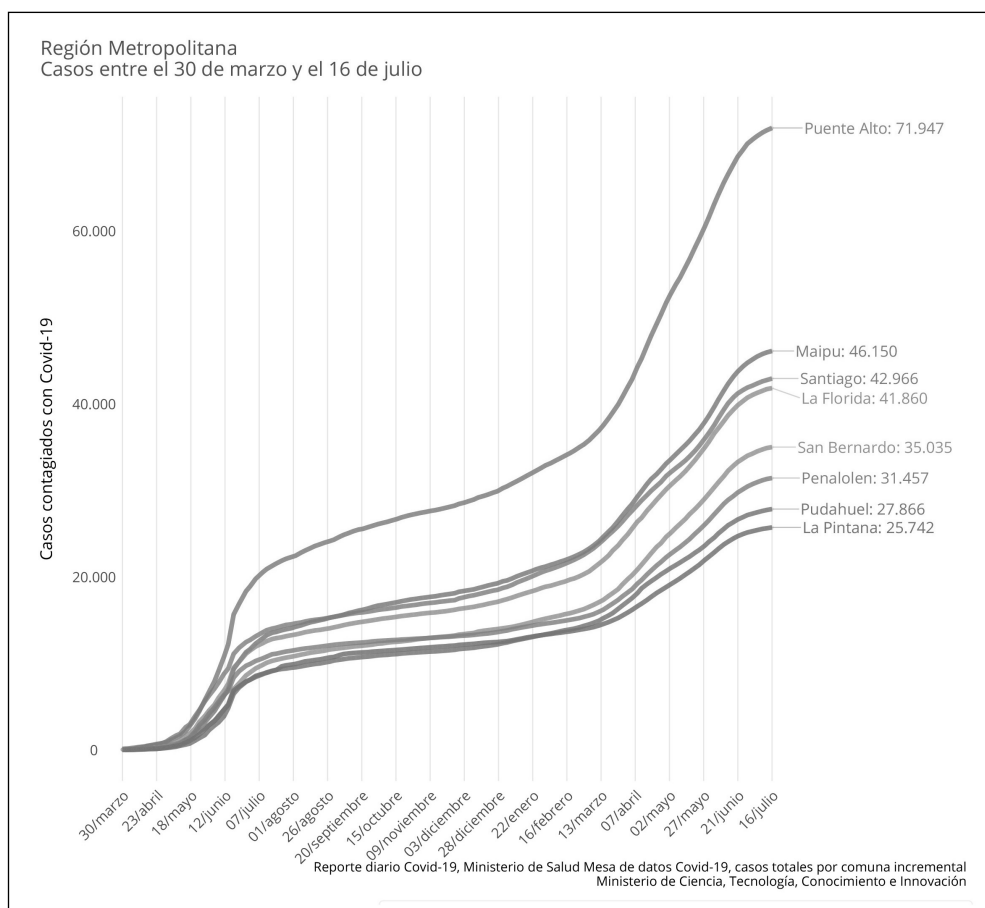
¹ Este artículo forma parte de los resultados de la tesis «Género y confinamiento en contextos de alta segregación: el caso de las mujeres del sector El Castillo durante la pandemia COVID-19» realizada en el 2021 para optar al grado de Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Tesis enmarcada en el proyecto ANID COVID «Vivienda, barrio y ciudad en el control de epidemias. Consideraciones sociales y urbanas para la formulación de políticas públicas de aislamiento y distanciamiento social en Chile» (COVID N° 0584).

2019). En Chile, y particularmente en Santiago, existen sectores que no cuentan con las mismas posibilidades de acceder a servicios, áreas verdes, equipamientos o a la misma red de transporte público; aspectos que sumados terminan por configurar un contexto de alta segregación. Una de las explicaciones de este fenómeno radica en la aplicación de la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 1979 (en adelante PNDU) durante la dictadura militar. Esta política incluyó la erradicación de campamentos para «desplazar los hogares más pobres» con el fin de remover obstáculos para el desarrollo de los mercados inmobiliarios (Sabatini, 2000). Dicha erradicación tuvo un gran impacto debido a que los habitantes de los campamentos generalmente eran del sector centro y oriente de la Región Metropolitana, siendo obligados a vivir en sectores más periféricos que no necesariamente tenían los servicios y condiciones adecuadas para una mejor habitabilidad. Dentro de este contexto, uno de los sectores periféricos del área metropolitana de Santiago que recibió gran parte de esta erradicación fue la comuna de La Pintana, comuna que hasta el día de hoy concentra principalmente hogares de bajos ingresos y variados problemas habitacionales (Cornejo, 2012).

Recientemente, la experiencia compleja de los efectos producidos por la pandemia de COVID-19, hizo más visible e incluso intensificó esta desigualdad urbana en Chile. La emergencia sanitaria puso en cuestionamiento no solo la salud misma, sino también la calidad de vida en general de las personas y las posibilidades de implementar o acatar las medidas instauradas por el gobierno para enfrentar la crisis. Teniendo en cuenta que la acción más importante para enfrentar el COVID-19 fue mediante el autoaislamiento, la cuarentena y el distanciamiento físico (CEPAL, 2020a), es posible afirmar que comunas desfavorecidas como La Pintana no contaban con las mismas posibilidades de lograr un confinamiento efectivo en comparación con otras comunas, dado que a las personas que pertenecen a sectores empobrecidos y con alta segregación urbana les fue casi imposible seguir la recomendación de distanciamiento físico (Fernández *et al.*, 2020). Además, esta situación se hizo aún más compleja para las mujeres, ya que se intensifican las actividades

domésticas y de cuidado. La Pintana se encuentra entre las seis comunas de la Región Metropolitana en las que sus trabajadores estuvieron más expuestos al contagio por COVID-19 (Fosco & Zurita, 2020), puesto que, a pesar de las recomendaciones e instrucciones del gobierno, los habitantes debieron movilizarse a sus lugares de trabajo (Figura 1). A la fecha 24 de abril de 2021 existían 711 casos activos y 17.708 casos confirmados en La Pintana, mientras que en la Región Metropolitana existían 16.104 casos activos y 483.760 casos confirmados (MBN, 2021).

FIGURA 1. CASOS COVID-19 SEGÚN COMUNA



Fuente: visualizador COVID-19 Chile (2020). <https://coronavirus.mat.uc.cl/>

No obstante, si bien la pandemia afectó a la población total, lo hizo de manera muy diferentes entre hombres y mujeres, realzando la brecha de género y sus desigualdades implícitas, y dejando sobre ellas una mayor carga en varios aspectos. Las mujeres estuvieron más expuestas a consecuencias negativas por el aumento exponencial de las actividades domésticas y de cuidado, sumado además a su desproporcionada participación laboral en el comercio informal, por lo que estaban altamente expuestas al COVID-19 (Cuesta & Pico, 2020). Al respecto y debido a la suspensión de actividades en las ciudades y la restricción de los movimientos, el acceso al trabajo asalariado diario, del que muchas mujeres dependen para su propia supervivencia y la de sus dependientes en los entornos urbanos, se vio gravemente mermado (IASC, 2020). Además, hay que considerar que el cierre de escuelas para controlar la transmisión del COVID-19 tuvo un efecto económico diferencial en las mujeres, ya que ellas se ocupan de la mayor parte del cuidado familiar, con consecuencias que limitan sus oportunidades laborales (UNFPA, 2020).

Las tensiones económicas individuales y familiares de la pandemia aumentaron también la exposición de las mujeres a la violencia de género en el hogar durante el distanciamiento social prolongado (Ryan & El Ayadi, 2020). En efecto, se ha alertado respecto de que la situación de confinamiento conlleva serias amenazas a la seguridad de muchas mujeres y niñas que sufren violencia en sus hogares, por ejemplo, debido al aumento del tiempo que las mujeres están solas con sus abusadores, lo que reduce también las posibilidades de buscar ayuda (CEPAL, 2020b).

Este artículo indaga en la percepción de vivencias de las mujeres en el contexto de la pandemia COVID-19 del sector El Castillo, perteneciente a la comuna de La Pintana, con altos índices de segregación. La segregación urbana de barrios y las condiciones de precariedad afectan no solo en términos de acceso a recursos materiales, sino también la forma en que se vive en la ciudad y las relaciones sociales que se entretienen en el espacio urbano. Ambas dimensiones inciden finalmente en la fragmentación socioespacial

de la interacción social y la conformación de espacios diferenciados de sociabilidad (Saraví, 2004).

Así, se busca aportar en la investigación tanto de las condiciones sociales como urbanas que afectaron la experiencia de confinamiento y distanciamiento físico durante la pandemia COVID-19, desde las experiencias y percepciones de las mujeres del sector El Castillo como un contexto de alta segregación. Las condiciones sociales se refieren a las redes de apoyo, el riesgo de sufrir violencia de género y el acceso a protección económica. Las condiciones urbanas se relacionan con los fenómenos de segregación y hacinamiento en que viven estas mujeres. La segregación se refiere a una experiencia urbana con precario acceso a servicios y bienes necesarios, así como al estigma social con el que cargan por residir en un territorio que se construye y juzga muchas veces como conflictivo. El hacinamiento se entiende como una problemática dentro de los hogares que se acentuó aún más durante la pandemia COVID-19, pues dificulta el aislamiento y el distanciamiento físico. Esta dimensión de hacinamiento influye en las mujeres en muchos aspectos relacionados con el desenvolvimiento dentro de sus viviendas y por sobre todo en el impacto que tiene en los hijos y las pocas posibilidades de una óptima habitabilidad, bienestar y salud mental.

EL CASO DE ESTUDIO

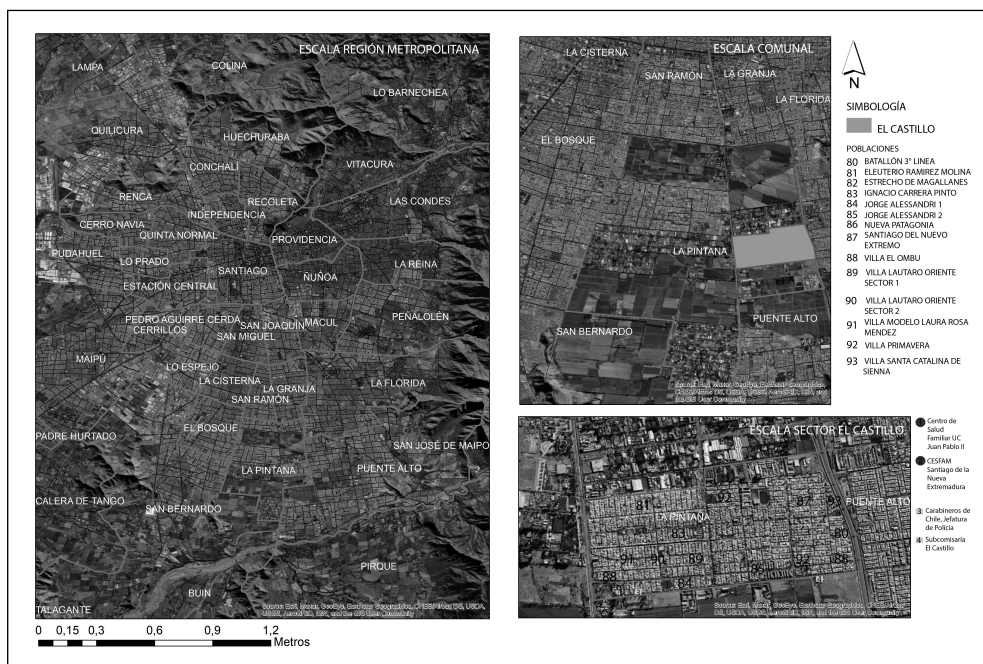
El sector El Castillo se ubica «al sur oriente de la comuna de La Pintana, enmarcado por la avenida Batallón Maipo al norte, avenida La Primavera al sur, avenida Santa Rosa al oeste y avenida La Serena-Carretera Acceso Sur al oriente» (Cornejo, 2012, p. 186) y su población es de un total de 33.000 habitantes (Municipalidad de La Pintana, 2020). El 28% de las familias residentes en la comuna provienen de la erradicación de campamentos llevada a cabo durante la dictadura militar (Rodríguez, 2015). Según Álvarez y Cavieres (2016) «La comuna de La Pintana, fue creada el año 1981 por un decreto con fuerza de ley de la dictadura militar, en el contexto de

formación de nuevas comunas destinadas a acoger población erradicada de distintas zonas» (p.156).

A través de este proceso histórico, el desarrollo de la comuna de La Pintana no ha sido favorable para sus habitantes, ya que posee un 13,9% de pobreza por ingresos, lo cual se encuentra por sobre la tasa nacional en un 3,5%; y un 7,7% por sobre la tasa regional. En relación con la pobreza multidimensional, la tasa comunal asciende a un 42,4%; lo cual corresponde a un 25,8% por sobre el nivel nacional y a un 27,4% sobre el regional. Por último, el porcentaje de personas que viven en situación de hacinamiento asciende a un 24,8% a nivel comunal, lo cual se encuentra por sobre el porcentaje nacional (16,2%) y regional (17,3%) (Municipalidad de La Pintana, 2020).

El crecimiento del sector El Castillo cuenta actualmente con 14 poblaciones, 2 centros de salud y 2 comisarías (Figura 2).

FIGURA 2. EMPLAZAMIENTO SECTOR EL CASTILLO DESDE DISTINTAS ESCALAS



Fuente: elaboración propia con base en el CENSO 2017, INE, OCUC y DOM de La Pintana.

SEGREGACIÓN, HACINAMIENTO Y COVID-19

La segregación puede definirse como el grado de proximidad o concentración espacial de individuos pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicos (Sabatini *et al.*, 2001). Se considera la segregación como la falta de interacción entre grupos sociales, que deviene de la separación de clases (segregación socioeconómica), la ubicación espacial (segregación residencial) y los diferentes intereses y/o estilos de vida (segregación simbólica y/o cultural) (Ruiz-Tagle, 2016). Los costos de la segregación se plantean en términos de perjuicios ambientales y desigualdades de acceso, debido a que los barrios más pobres tienen las localizaciones menos deseables, ya que están más lejos de los centros de trabajo y servicios y/o más expuestos a toda clase de problemas ambientales (Espino, 2008).

En el caso de La Pintana, la segregación también está asociada al concepto de hacinamiento, ya que afecta la calidad de vida de los habitantes tanto en el ámbito material como personal. El hacinamiento indica un umbral a partir del cual se define un uso excesivo del espacio, variando según el nivel de desarrollo de las sociedades, el momento histórico y las particularidades culturales (Lentini & Palero, 1997).

Relacionando estas circunstancias con la pandemia COVID-19, se menciona que la población más vulnerable es la que vive en mayores niveles de hacinamiento, lo que hace que su habitar sea aun más complejo, ya que el hacinamiento se percibe como un factor de riesgo frente a las escasas posibilidades que existen para guardar distancia y así evitar contagiar al resto del grupo familiar (Guajardo *et al.*, 2020). Adicionalmente, se ha mostrado que esta condición urbana agrava otra de las consecuencias del contexto del COVID-19, a saber, el deterioro de la salud mental, el cual está cada vez más pronunciado en Chile y en el mundo (Madariaga & Oyarce, 2020).

DESIGUALDADES DE GÉNERO Y VIOLENCIA EN EL ESPACIO URBANO CONFINADO

Las desigualdades de género producto de un sistema patriarcal, se inscriben en la ciudad al separar espacios productivos y reproductivos como una «autoridad impuesta desde las instituciones, de los hombres sobre las mujeres y sus hijos en la unidad familiar» (Castells, 2006, p. 159). Además, el espacio urbano es el resultado de una sociedad supuestamente sin diferenciación entre hombres y mujeres; sin embargo, se toma el punto de vista masculino como criterio interpretativo, los hombres son la norma y de acuerdo con ellos se explican los funcionamientos espaciales dentro de la ciudad (Soto, 2011). En ese sentido, las relaciones sociales no solo estarían marcadas por la dominación y la violencia que se originan en la cultura y las instituciones del patriarcado, sino también en la separación de espacios domésticos y laborales, de cuidado y ocupacionales, no remunerados y remunerados, privados y públicos; todos ellos cruzados por la distinción de quienes se espera que los habiten con mayor propiedad. Es por esto que es necesario incorporar lecturas del espacio desde el punto de vista de las asimetrías de género, es decir, cómo los espacios y lugares, así como el sentido que tenemos de ellos, se estructuran sobre la base de las diferencias entre roles femeninos y masculinos (Massey, 1994).

La Nueva Agenda Urbana imagina ciudades y asentamientos urbanos que logren la igualdad de género, empoderando a las mujeres y las niñas, asegurando la participación plena y efectiva de las mujeres y la igualdad de derechos en todas las esferas. Esto incluye potenciar puestos de liderazgo y el acceso a la toma de decisiones; previniendo y eliminando todas las formas de discriminación, violencia y acoso contra las mujeres y las niñas en espacios públicos y privados (Naciones Unidas, 2016). Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos para implementar medidas que protejan a las mujeres, o al menos disminuyan las desigualdades, la pandemia COVID-19 instala escenarios inéditos en cuanto al confinamiento, potenciando los factores de riesgo de violencia de género individuales y sociales

por medio del aislamiento y las barreras que dificultan la solicitud de ayuda y la denuncia (Lorente, 2020).

La violencia de género no solo expresa un poder desde el centro mismo de las relaciones de género, sino que es expresión de un poder múltiple, localizado tanto en lo público como en lo privado (Vargas, 2009). En efecto, existen diferentes tipos de violencia basada en género (VBG), tales como violencia sexual y física, la violencia psicológica, la violencia económica y patrimonial, la violencia intrafamiliar y la violencia simbólica e institucional (Londoño, 2020). Por lo tanto, es importante considerar que la pandemia COVID-19 no solo ha afectado la salud de la población propiamente tal, sino que existen también diversos ámbitos y formas de violencia que se agravan en contextos socioespaciales específicos, donde las mujeres están más expuestas y de maneras más intensas.

REDES DE APOYO Y GÉNERO

La importancia de las redes de apoyo radica en que estas constituyen un recurso al cual acceder en situaciones de crisis económica (Arteaga, 2007). En contextos de alta segregación, las redes toman mayor relevancia, puesto que representan y ayudan a dar forma a una organización social vital para suplir las necesidades de sobrevivencia de los sectores marginados socioeconómicamente (Arteaga, 2007).

Un concepto muy extendido para entender una red de apoyo es el de capital social. Para Putnam (2002) este representa un activo importante, individual y socialmente, en tanto plantea que las redes y los vínculos que se dan entre personas tienen un valor e importancia para los individuos, los grupos y las comunidades. Esta red se logra a través de vínculos, ya que los lazos sociales de un individuo pueden ser concebidos por la organización en la que se dan o por sus agentes, a través de los cuales se expresan los recursos que se poseen gracias a esas redes y relaciones (Millán & Gordon, 2004). Existen tanto lazos débiles como fuertes, los primeros se conciben para unir a miembros de diferentes grupos pequeños, mientras que los lazos fuertes se concentran en grupos particulares (Granovetter,

1973). Las redes son imprescindibles para las mujeres que necesitan recibir apoyo social y/o económico en contextos y situaciones de conflicto. En ese sentido, las asociaciones de mujeres han logrado fundamentar su actuar en principios propios del capital social como el trabajo en red, la consolidación y apropiación de normas y el desarrollo de confianza en sus relaciones, lo que les ha impulsado a trabajar de manera recíproca, unida, cooperante y sustentada para la superación personal y grupal (Ramírez *et al.*, 2016).

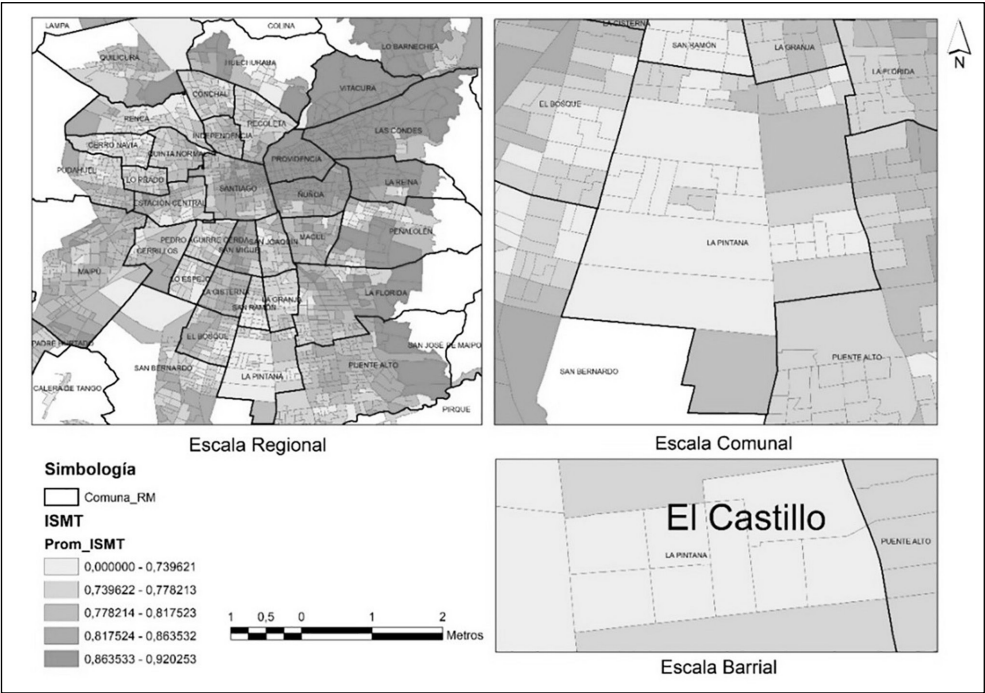
METODOLOGÍA

Esta investigación adoptó un carácter exploratorio con enfoque metodológico mixto, debido a que se trata de un fenómeno complejo y llevado a cabo en un contexto de variaciones sobre el cual aún se está conociendo (Hernández, 2014). Como esta tesis se desarrolló con base en el proyecto de investigación ANID COVID «Vivienda, barrio y ciudad en el control de epidemias. Consideraciones sociales y urbanas para la formulación de políticas públicas de aislamiento y distanciamiento social en Chile», se trabajó en un indicador sintético denominado «*Índice de Condiciones socio-territoriales para las medidas de control y prevención del COVID-19*» (ISOT-COVID). Este se utilizó para guiar el trabajo de campo, el cual buscó conocer la experiencia de las mujeres en el contexto de la pandemia a partir de la aplicación de 18 entrevistas remotas y semiestructuradas. Las participantes fueron contactadas a través del Departamento del Área de la Mujer de la Comuna de La Pintana. Además, para la caracterización socioespacial se recorrieron poblaciones y villas importantes del sector El Castillo con el propósito de observar las tipologías de vivienda y abarcar tanto la dimensión espacial como material del estudio.

CONTEXTO Y CARACTERIZACIÓN SOCIOESPACIAL

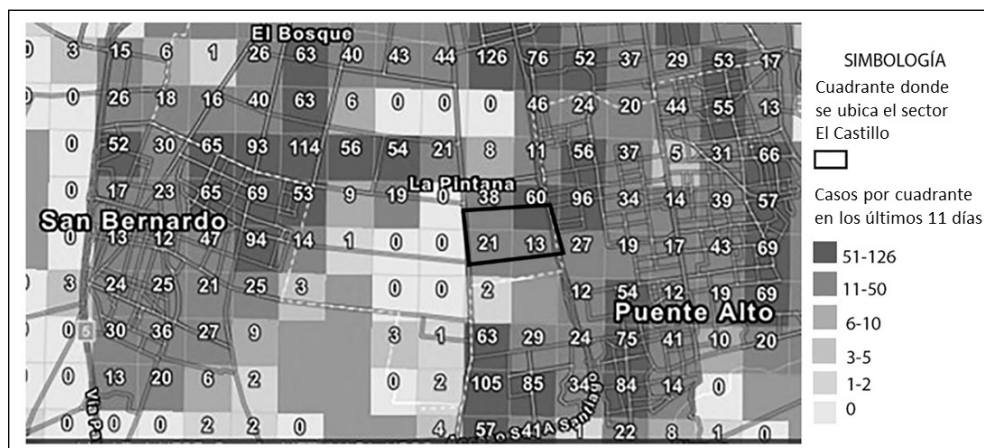
En primer lugar, se presenta el Índice Socio Material Territorial (ISMT) de la comuna de La Pintana y del sector El Castillo, que conjuga escolaridad, allegamiento, hacinamiento y materialidad de la vivienda (Figura 3). Para esto, es necesario también mencionar algunas cifras importantes que el contexto de pandemia agrega a esta caracterización. Según el visor territorial del Ministerio de Bienes Nacionales (MBN, 2021) en la comuna de La Pintana a la fecha 04 de mayo de 2021, existían 662 casos activos y 18.852 casos confirmados. Mientras, el sector El Castillo tuvo en esa misma fecha los casos por cuadrante más elevados en relación con otros sectores de la comuna (Figura 4).

FIGURA 3. ÍNDICE SOCIO MATERIAL TERRITORIAL, ISMT



Fuente: elaboración propia con base en datos CENSO 2017, INE y OCUC.

FIGURA 4. CASOS POR CUADRANTE AL 04 DE MAYO DE 2021
(CASOS ACUMULADOS EN LOS 11 DÍAS PREVIOS)



Fuente: elaboración propia con base en datos de www.visorterritorial.cl del MBN.

Con respecto a la caracterización socioespacial, el sector El Castillo se compone de distintas poblaciones y villas donde existen viviendas de diferentes tipologías. Mayoritariamente se destacan villas de un piso, pero con ampliaciones construidas por sus propios habitantes, es decir, ampliaciones irregulares. Tal es el caso de la Población Ignacio Carrera Pinto (Figura 5). Además, se constata en la Villa Primavera (Figura 6) que aparece una nueva tipología de vivienda, basada en edificios de tres pisos, en los cuales se observa un marcado hacinamiento y una reducción de espacios comunes debido a las ampliaciones.

FACILITADORES Y OBSTACULIZADORES DE LAS MEDIDAS DE DISTANCIAMIENTO FÍSICO Y CONFINAMIENTO

Existen diversos factores que influyen tanto en facilitar como obstaculizar las medidas de distanciamiento físico y confinamiento. Dentro de este apartado se indaga en determinantes tales como la diferencia de arrendatarios y propietarios, el desarrollo de las tareas domésticas, cómo influye la alteración en la rutina de los hijos, y las respuestas de la institucionalidad en el contexto de la pandemia.

Para las mujeres que son allegadas, la vida cotidiana presenta desafíos más específicos, dado que los espacios son más reducidos y es más difícil encontrar independencia en el uso del espacio, lo cual perjudica su vida diaria.

FIGURA 5. POBLACIÓN IGNACIO CARRERA PINTO



Fuente: gentileza de Erika, 53 años, auxiliar de cocina.

FIGURA 6. VILLA PRIMAVERA



Fuente: registro propio (2021).

Este hecho obstaculiza las medidas de distanciamiento físico, sobre todo cuando hay niños en el hogar, debido a las dificultades de las rutinas y el hacinamiento que genera preocupaciones y angustia, tal cual indica Elena:

como son dos familias, los espacios son super reducidos para todos los niños que hay en la casa, entonces el tema de habitación por ejemplo igual está complicado ... yo utilizo una habitación y mi mamá utiliza otra, son dos habitaciones entonces igual dormimos como todos juntos (Elena, 29 años, cesante, viven 7 personas, soltera).

Así surgen diversas complicaciones en cuanto al espacio, que se agregan a las preocupaciones de las mujeres porque son familias numerosas y eso dificulta el estudio de sus hijos, al no contar con un recinto adecuado, ocupando un mismo espacio para varias dinámicas dentro de la casa. Por ejemplo, el comedor no solo sirve para dicho rol, sino que también como lugar de estudio. Del mismo modo, cuando se tiene también una fuente laboral que puede ser realizada de manera online (mediante el teletrabajo), se compite por

este espacio, afectando la privacidad de los integrantes del hogar. Esto diariamente repercute en el estado mental de las mujeres, ya que se genera un conflicto interno entre la gestión de sus trabajos y la educación de sus hijos, lo que también afecta la calidad de vida y la parte emocional de las mujeres. A esto, se le agrega la sensación de ansiedad al no poder ocupar los espacios públicos:

Porque ... es que, no tenemos un, que digamos un lugar donde nos podemos recrear o, o conversar, o hacer otra cosa porque todo es tan pequeñito. No ... no, no tenemos, no sé cómo explicarlo es que la casa es tan chiquitita, entonces si hay dos personas en la sala o tres, se siente como si hay mucha gente (Katherine, 35 años, viven 4 personas, suspendida del trabajo, soltera).

Para las mujeres que viven en casas arrendadas se manifiesta una situación particular, porque inmediatamente asocian el tamaño de sus casas con la dificultad de hacer una cuarentena o un posible distanciamiento físico. Consideran que sus viviendas no están preparadas para lograr un aislamiento del resto de la familia ante la eventualidad de que alguien se contagie de COVID-19. Ellas manifiestan que se sienten en un barrio que no tiene todas las características para cumplir con el abastecimiento o condiciones adecuadas para su habitabilidad en el contexto de la pandemia y también describen que hay sectores peligrosos debido al narcotráfico. Al ser viviendas arrendadas no poseen tanta autonomía a la hora de tomar decisiones con respecto a posibles ampliaciones o remodelaciones. En el caso de las mujeres que tienen vivienda propia, y como ya llevan bastante tiempo habitando en el sector, se manifiestan dificultades en la habitabilidad o calidad de vida asociada a la propia estructura de la casa y el contexto de hacinamiento, porque no cumplen con todas las condiciones para poder vivir cómodamente y no poseen mayores recursos para poder rehabilitarlas.

Con respecto a las respuestas del sistema comunal, las mujeres dicen que la Municipalidad de La Pintana ha respondido bien frente a esta pandemia, siendo este factor un facilitador en este contexto, porque se preocupan de la higiene de espacios públicos, del

abastecimiento para las ollas comunes y la entrega de mercadería proveniente del Estado. Mientras, en relación a las respuestas del sistema de salud hay mujeres que declaran que ha respondido bien, sobre todo en los tiempos de espera y en la higiene, pero otras dicen que el sistema está colapsado y eso influye en que las personas no reciban atención oportuna en este difícil contexto.

GÉNERO Y REDES DE APOYO EMOCIONAL ANTE LA CRISIS

Esta sección busca comprender de qué forma influyen las redes de apoyo, la violencia de género y la protección económica en el logro del confinamiento y distanciamiento social efectivo en el contexto COVID-19. Para ello, se analizan cuatro perspectivas claves: «Apoyo de Familiares», «Relación con los Vecinos», «Situación Económica» y «Conflictos en Pandemia». Aquí, la creación y trabajo de las ollas comunes que se articulan en el sector fueron redes de apoyo fundamentales.

Para contextualizar, según las mujeres entrevistadas, la pandemia impidió la realización de sus actividades normales y sus modos de ocupar el espacio público del sector, disminuyendo también sus posibilidades de desarrollar sus vidas no solo en sus hogares sino en lugares de esparcimiento o al aire libre. Para aquellas que no pertenecen a una organización social, se hace mención en reiteradas ocasiones al cambio radical que han experimentado sus vidas en cuanto a prácticas de prevención y cuidado, ya que no podían salir y tenían que mantenerse encerradas, donde en muchos casos extrañaban la vida normal que tenían:

Salir a trabajar en la feria, salía ... Y eso no lo puede hacer ahora. Como que ... no pudimos hacer na po, no pudimos salir, porque para todo permiso po ... Quiero que termine luego esto para ... que el mundo siga como era antes (Claudia, 39 años, vivienda propia, viven 5 personas, soltera).

Quizás uno de los conflictos más intensos que se ha identificado durante el período de la pandemia ha sido el deterioro de la salud mental. Como se mencionó anteriormente, esto se acentúa en el caso

de las mujeres del sector El Castillo, debido a que los espacios de la vivienda son reducidos, provocando estrés, sensación de encierro, miedo, inseguridad, ansiedad, desesperación y crisis de pánico:

Bueno, los primeros días fueron con miedo, con harta precaución ... de incertidumbre y también de un poco de agobio por la situación de estar encerrados, por el espacio. Negativamente ... para mí el tema de salud mental (Estefanía, 31 años, viven 10 personas, ejecutiva de call center, allegada, soltera).

Esta situación se agrava particularmente entre quienes se encuentran solteras o son la base de familias monoparentales, porque manifiestan que sí bien se han sentido apoyadas económicamente, el apoyo más requerido para enfrentar este contexto ha sido el emocional. Por esto, buscan apoyo en familiares, y aquí las redes son un tema fundamental para sobrellevar la pandemia, independiente incluso de la proximidad geográfica de esas redes:

Es como más en lo emocional, en el estar llamando, preocupada; o tener de repente, así como: «Ya tienes que estar tranquila» o como una palabra de aliento, en esas cosas ha estado más presente (Estefanía, 31 años, allegada, soltera conviviendo).

Las entrevistadas manifiestan que la experiencia fue terrible y sorpresiva para quienes están en una situación de familia monoparental, porque no se encontraban económicamente preparadas para tal situación, teniendo que recurrir a otros medios para poder sustentar a su familia como incluso vender en la feria algunos de sus propios bienes. Sin embargo, de alguna u otra forma aparecen estrategias para sobrellevar esta experiencia. Aquí la red de apoyo que se generó a partir del surgimiento de las ollas comunes en el sector fueron fundamentales, tal como se aprecia en el relato de Fernanda:

Nos sorprendió mucho a nosotras. A nosotras como familia las dos solitas —se refiere a su hija— viviendo acá. Pero igual tuvimos que salir adelante, igual partíamos a la feria a trabajar pal pan, o si no partíamos a la feria a echarle algo a la olla, o si no, íbamos a las ollas comunes a pedir comida, a pedir

once, y así. A mí no me daba vergüenza (Fernanda, 37 años, vivienda propia, viven 2 personas, soltera).

Con respecto al mismo tema económico, las entrevistadas relatan y coinciden en que la pandemia sí afectó radicalmente su situación económica, porque la mayoría no estaba preparada desde ese punto de vista para enfrentarla. Además, manifiestan su influencia en poder lograr el confinamiento y distanciamiento físico efectivo, donde rescatan la ayuda del gobierno como un factor importante para enfrentar esta etapa. Algunas recibieron el Bono COVID-19 y lo utilizaron para comprar mayoritariamente alimentos y asegurar ese aspecto dentro de su hogar, siendo esta una de las mayores incertidumbres.

A pesar de las desventajas del contexto de la pandemia COVID-19, hay quienes manifiestan consecuencias positivas a nivel familiar, porque sienten que les ha permitido estar más unidas, incluso a través de las redes que permiten las nuevas tecnologías. Dentro de este mismo contexto, la percepción con respecto al apoyo de los vecinos ha sido fundamental para sobrellevar los conflictos que provoca la pandemia. Aquí, la organización para poder ayudar a otros a través de grupos de *WhatsApp* evidencia un incremento en el apoyo social para la vida cotidiana, mediante el uso de herramientas tecnológicas:

Le avisamos a los vecinos y los vecinos ya se portaron súper bien, un siete. Ellos nos traían el pan, todo lo dejaban ahí, en la puertita, en la reja. Pero, gracias a Dios se portaron un siete (Katherine, 35 años, suspensión de trabajo, soltera).

Sin embargo, y a pesar de la ayuda de los vecinos, hay otras situaciones que se hacen visibles y dan cuenta de un aspecto que tiende a ser invisibilizado en el tratamiento de la violencia de género y en especial en contextos de segregación, donde se tiende a poner el foco en violencias específicas, corresponde a la violencia psicológica y económica. Esta situación en donde las mujeres dependen de los hombres y ellos son conscientes de aquello, provocándose una situación de ventaja y violencia en la administración de los recursos.

Ante esto, las mujeres sienten angustia y sensación de inferioridad por el sometimiento que los hombres mantienen constantemente en el núcleo familiar, como da cuenta el relato de Erika:

Y me cansé ya de ser maltratada ahí, y quedarme callada. Sí. Sí. Y el carabinero le dijo: «No caballero, usted no puede estar acá en su casa, tiene que irse. Sí. Sí yo creo que él siempre ejerció violencia conmigo, pero más psicológica. Económica y psicológica (Erika, 53 años, auxiliar de cocina, separada, pertenece al Programa de la Mujer).

La pandemia ha afectado de forma transversal la situación económica de las mujeres y sus familias. Es por esto que se hace necesario el apoyo económico y también el de tipo emocional para enfrentar los conflictos de salud mental implicados en la pandemia. Pero además, se percibe que en algunos casos y de acuerdo con sus condiciones específicas, emergen algunos cambios que pueden ser vistos como ventajas, como la implementación del teletrabajo: la posibilidad de un encuentro familiar que, en la cotidianeidad es escaso debido a la sobrecarga de tareas y distancias. Así, se develan nuevas oportunidades de acompañar, ayudar y asistir a los hijos en los procesos educativos y desarrollar estrategias de apoyo social oportuno entre los vecinos gracias a las nuevas tecnologías.

CONCLUSIONES

Con respecto a las condiciones urbanas, la segregación se manifiesta en las dimensiones mencionadas por Ruiz-Tagle (2016), siendo la de tipo socioeconómica producto de la escasa interacción social y también residencial por la ubicación espacial del territorio. Esta segregación obstaculiza el acceso a servicios necesarios para enfrentar la pandemia. La segregación influye de manera negativa en el contexto de la pandemia, porque dificulta las respuestas que tiene el Estado hacia sectores marginados, reflejándose las ideas de Espino (2008) referente a que la principal consecuencia de la segregación es la desigualdad de acceso.

Las experiencias de las mujeres del sector El Castillo observadas durante la investigación dan cuenta de algunas de las condiciones sociales que influyen en el logro del confinamiento efectivo durante el contexto de la pandemia COVID-19. La pandemia ha afectado la situación económica de las mujeres del sector El Castillo, donde es más frecuente su vinculación con trabajos informales y no remunerados (Colegio Médico de Chile, 2020). Las mujeres no tienen espacio suficiente para cumplir con el distanciamiento físico y aislamiento en la eventualidad de que algún integrante de la familia se contagie de COVID-19, lo que obstaculiza la vida y su habitabilidad. Esto influye en que pierdan su autonomía e independencia; además, dificulta el desarrollo normal del estudio de los hijos, provocando en las mujeres problemas emocionales y sensación de ansiedad.

Se da cuenta del deterioro de la salud mental como un fenómeno que aumenta debido al hacinamiento y que no ha sido contemplado exhaustivamente desde la perspectiva de la vivienda. Las mujeres se han visto afectadas en cuanto a su salud mental manifestándose diversas patologías como estrés, sensación de encierro, depresión, miedo y crisis de pánico. Hay que considerar que este conflicto puede permanecer a través del tiempo, porque no se han subsanado las condiciones de hacinamiento en el sector. Por otro lado, si bien la violencia de género en el contexto de la pandemia COVID-19 no es tan frecuente en los relatos, sí se manifiesta como una consecuencia en aumento, provocando niveles de riesgo en las mujeres. Esta violencia de género no se ve reflejada en las entrevistadas en cuanto al tipo físico, pero sí en términos de violencia psicológica y, de manera relacionada, de violencia económica.

Al profundizarse las condiciones de vulnerabilidad económica producto de la pandemia, nacen por parte de las mujeres del sector iniciativas como las ollas comunes, que buscan ayudar aliviando la carga económica en términos alimenticios, pero también actúan como apoyo fundamental, siendo incluso instancias para compartir sus experiencias entre los vecinos. Referente a esto, las redes de apoyo juegan un rol fundamental, ya sea dentro de la familia o entre vecinos. El apoyo de amistades, que según Granovetter (1973)

es un lazo fuerte y particular, resulta como un pilar que facilita las complicaciones que acarrea la pandemia.

Las mujeres manifestaron la necesidad de un apoyo emocional, ya que como mencionan Tello y Vargas (2020), las restricciones en este contexto producen tensiones que afectan el ambiente familiar. Allí, el apoyo emocional juega un rol importante para enfrentar los conflictos que provoca la pandemia. Sin embargo, la pandemia no solo trae consecuencias negativas, en tanto surgen oportunidades que son vistas como positivas para algunas mujeres, y nos hablan de deseos de otras formas de vivir y habitar, por ejemplo, una mayor unión familiar y la posibilidad de compartir con sus hijos en instancias que antes no podían tener y que ahora son posibles debido a la implementación del trabajo y estudio remoto.

Sin duda la pandemia COVID-19 produjo grandes niveles de incertidumbre, evidenciando en el caso de las mujeres del sector El Castillo que participaron de este estudio una mayor vulnerabilidad en cuanto a las desigualdades para enfrentar situaciones de crisis de estas características, considerando las condiciones de segregación, hacinamiento, pobreza y violencia de género. Por lo tanto, en sectores de alta segregación como El Castillo, se deben considerar factores más profundos, como la realidad del territorio, las problemáticas de sus habitantes y las condiciones socioeconómicas específicas en las que viven, para poder enfrentar futuras situaciones de crisis sanitarias que impactan de manera múltiple la vida de las personas en las ciudades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, M. & Cavieres, H. (2016). El Castillo: territorio, sociedad y subjetividades de la espera. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 42(125), 155-174. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612016000100007>
- Arteaga, C. (2007). Pobreza y estrategias familiares. Debates y reflexiones. *Revista MAD*, (17), 144-164. doi:10.5354/0718-0527.2011.13942.
- Castells, M. (2006). *La era de la información, Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza.

- CEPAL (2020a). *América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19 Efectos económicos y sociales*. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45337-america-latina-caribe-la-pandemia-covid-19-efectos-economiucos-sociales>
- CEPAL (2020b). *Ante la mayor exposición de las mujeres, la CEPAL llama a los Estados a garantizar sus derechos en el marco de la pandemia del COVID-19*. <https://cepal.org/es/comunicados/la-mayor-expósición-mujeres-la-cepal-llama-estados-garantizar-sus-derechos-marco-la>
- Colegio Médico de Chile (2020). *Género y salud en tiempos de COVID*. <https://www.colegiomedico.cl/dpto-de-genero-y-salud-presenta-documento-sobre-covid-19/>
- Cornejo, C. (2012). Estigma territorial como forma de violencia barrial. El caso del sector El Castillo. *Revista INVI*, 27(76), 177-200. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000300006>
- Cuesta, J., & Pico, J. (2020). The Gendered Poverty Effects of the COVID-19 Pandemic in Colombia. *The European Journal of Development Research*, 32, 1558-1591. <https://link.springer.com/article/10.1057/s41287-020-00328-2>
- Elorza, A. (2019). Segregación residencial y estigmatización territorial. Representaciones y prácticas de los habitantes de territorios segregados. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 45(135), 91-110. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612019000200091>
- Espino, A. (2008). La segregación urbana: Una breve revisión teórica para urbanistas. *Revista de Arquitectura*, 10, 34-47. <https://revistadearquitectura.ucatolica.edu.co/article/view/781>
- Fernández, H., Gómez, T. & Pérez, M. (2020). Intersección de pobreza y desigualdad frente al distanciamiento social durante la pandemia COVID-19. *Revista Cubana de Enfermería*, 36. <http://revenfermeria.sld.cu/index.php/enf/article/view/3795>
- Fosco, C. & Zurita, F. (2020). *Pandemia, riesgo laboral y salud: las comunas más afectadas de la Región Metropolitana*. Ciper Chile. <https://www.ciperchile.cl/2020/07/09/pandemia-riesgo-laboral-y-salud-las-comunas-mas-afectadas-de-la-region-metropolitana/>
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal Sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Guajardo, P., Silva, G., & Vergara, F. (2020). *Viviendas hacinadas y campamentos: dos rostros de la desigualdad frente al Covid-19*. Ciper Chile. <https://www.ciperchile.cl/2020/03/26/viviendas-hacinadas-y-campamentos-dos-rostros-de-la-desigualdad-frente-al-Covid-19/>
- Hernández, R. (2014). *Metodología de la Investigación*. Mc Graw Hill.
- Inter-Agency Standing Committee [IASC] (2020). *Alerta de género para brote de COVID-19*.

- Lentini, M., & Palero, D. (1997). El hacinamiento: la dimensión no visible del déficit habitacional. *Revista INVI*, 12(31), 23-32. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.1997.62068>
- Londoño Bernal, N. (2020). Expresiones de la violencia basada en género, en el marco del confinamiento por COVID-19. *Nova*, 18(35), 107-113. <https://doi.org/10.22490/24629448.4194>
- Lorente, M. (2020). Violencia de género en tiempos de pandemia y confinamiento. *Revista Española de Medicina Legal*, 46(3), 139-145. <https://doi.org/10.1016/j.reml.2020.05.005>
- Madariaga Araya, C., & Oyarce Pisani, A. M. (2020). Pandemia por COVID-19: un hecho social total. Sus efectos sobre la salud mental de los chilenos. *Revista Chilena de Salud Pública*, 13-29. <https://doi.org/10.5354/0719-5281.2020.60371>
- Massey, D. (1994). *Space, Place, and Gender*. University of Minnesota Press.
- Millán, R. & Gordon, S. (2004). Capital social: una lectura de tres perspectivas clásicas. *Revista Mexicana de Sociología*, (4), 711-747.
- Ministerio de Bienes Nacionales [MBN] (2021). *Visor territorial*. <https://www.visorterritorial.cl/>
- Municipalidad de La Pintana (2020). *Plan de Desarrollo Comunal, 2020-2023*.
- Naciones Unidas. (2016). *Nueva Agenda Urbana. Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Vivienda y el Desarrollo Urbano Sostenible, Habitat III*. <https://uploads.habitat3.org/hb3/NUA-Spanish.pdf>
- Putnam, R. (2002). *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Galaxia Gutenberg.
- Ramírez, C., Martínez, L., & Calderón, L. (2016). Capital Social y Empoderamiento en mujeres para disminución de pobreza en Colombia. *Revista Venezolana de Gerencia*, 21(76), 693-708. <https://doi.org/10.31876/revista.v21i76.22157>
- Rodríguez, P. (2015). Población El Castillo, el derecho a una vivienda habitable. En A. Rodríguez, P. Rodríguez & A. Sugranyes (Eds.), *Con subsidio, sin derecho. La situación del derecho a una vivienda adecuada en Chile* (pp. 113-132). <https://www.sitiosur.cl/detalle-de-la-publicacion/?con-subsidio-sin-derecho-la-situacion-del-derecho-a-una-vivienda-adecuada-en-chile>
- Ruiz-Tagle, J. (2016). La segregación y la integración en la sociología urbana: revisión de enfoques y aproximaciones críticas para las políticas públicas. *Revista INVI*, 31(87), 9-57. <http://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/1070>
- Ryan, N., & El Ayadi, A. (2020). A call for a gender-responsive, intersectional approach to address COVID-19. *Global Public Health*, 15(9), 1404-1412. <https://doi.org/10.1080/17441692.2020.1791214>

- Saraví, G. (2004). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista Cepal*, (83), 33-48.
- Sabatini, F. (2000). Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 26(77), 49-80.
- Sabatini, F., Cáceres, G. & Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 27(82), 21-42.
- Soto, P. (2011). La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. Reflexiones teóricas y empíricas. *La Ventana*, (34), 7-38.
- Tello, C. & Vargas, O. (2020). Género y trabajo en tiempos de Covid-19: una mirada desde la interseccionalidad. *Revista Venezolana de Gerencia*, (90), 389-393.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas [UNFPA] (2020). *COVID-19: Un Enfoque de Género. Proteger la salud y los derechos sexuales y reproductivos y promover la igualdad de género*.
- Vargas, V. (2009). La Violencia de Género: pistas para un análisis. En A. Falú (Ed.), *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos* (pp. 55-60). Red Mujer y Hábitat de América Latina y Ediciones SUR.

II.

ENFOQUES EN EXPANSIÓN:
MOVILIDAD, OCIO Y CUIDADOS COMO
PARADIGMAS DE INVESTIGACIÓN

EL OCIO DE LAS MUJERES EN LA CIUDAD: PRÁCTICAS Y REDES DE CREACIÓN DEL ESPACIO EN EL CERRO CORDILLERA, VALPARAÍSO

Consuelo Banda Cárcamo

INTRODUCCIÓN

A principios del 2019, durante uno de mis paseos por Valparaíso en busca de espacios de ocio, fui a parar a una pequeña pero agradable plaza de juegos frente al borde costero, camino a Playa Ancha. Este lugar, definitivamente menos concurrido que el centro de la ciudad, tenía la capacidad de mostrar con lujo de detalles todas las escenas que allí acontecían. En el transcurso de las horas, pude contar la llegada de doce mujeres, tres hombres, catorce niñas y dos niños. Todos los grupos repitieron las mismas acciones indistintamente: llegar, estacionar (la mayoría de ellas), subir a las niñas a los juegos un par de veces, descansar junto a un árbol y luego convencerlas de que ya había sido suficiente. Mientras los niños subían y se encaramaban por todos los juegos, las niñas solo podían acceder a algunos de ellos, siempre acompañadas. «¡Martina, tú no!», repetía constantemente

una madre a su hija que intentaba subir donde se encontraba su hermano. De las doce mujeres, dos estaban acompañadas por hombres y el único hombre que llegó sin la compañía de una mujer o niño, se dirigió hacia el fondo para practicar una mezcla de entrenamiento deportivo y meditación. Él llegó en moto y estacionó en el medio de la plaza, a diferencia de los autos familiares conducidos por mujeres y apilados a un costado. Tanto para el joven hombre de la moto como para los niños y niñas, la plaza sí era, con sus diferencias, un espacio de ocio y juego. Mientras, las madres intercalaban su tiempo entre perseguir a sus hijas por el lugar y de vez en cuando descansar bajo la sombra de los árboles. ¿Qué representa este espacio para ellas? ¿Cómo se dibujaba y experimentaba, en las niñas y madres, el ocio y el juego en un lugar como este? ¿Cuántas actividades interceptan el tiempo de las mujeres en un espacio supuestamente diseñado y aislado para el ocio?

En esta imagen confluyen diversos problemas que las geografías feministas han venido develando desde hace ya varias décadas, identificando cómo las nociones de género y lugar se construyen y se producen mutuamente a partir de las prácticas socio-espaciales (Massey, 1994), entrelazándose con otras categorías como clase, etnia, edad u otras, de manera interseccional (Rodó-de-Zárate & Baylina, 2018). Los aportes de las geografías feministas, compuesto de diversas epistemologías y cruces disciplinares, han discutido ampliamente sobre las dicotomías espaciales que separan lo privado y lo público, las concepciones socioespaciales de lo femenino y lo masculino y las relaciones de poder que se despliegan en el espacio a partir de las categorías de sexo y género (Soto, 2018).

En el marco de los estudios urbanos, las lecturas realizadas desde epistemologías feministas han dado cuenta de una estructura espacial y social de la ciudad que se rige bajo una perspectiva capitalista y androcéntrica, donde el trabajo asalariado marca la pauta de las decisiones urbanas, otorgándole más espacio, mejores localizaciones y mayor conectividad a aquellas acciones necesarias para la productividad (Valdivia, 2018). En este escenario, otros aspectos de la vida cotidiana como el cuidado y el ocio son desatendidos en

la planificación urbana, lo que se traduce en espacios desconectados que no garantizan el acceso a bienes y servicios públicos en la población ni contemplan sus experiencias y requerimientos diversos (Soto, 2014). En los últimos años y en el contexto regional, el cuidado se ha vuelto fundamental para entender las formas en que nos movemos cotidianamente por la ciudad desde la interdependencia (Jirón & Gómez, 2018). Mientras, las aproximaciones al ocio se han concentrado principalmente en el ámbito juvenil (Matus, 2005) o en la calidad y distribución de los espacios públicos (Ipiña, 2016), haciendo que los significados e implicancias diferenciadas para la vida cotidiana de las personas permanezcan aún poco exploradas.

Los Estudios de Ocio con perspectiva feminista han hecho hincapié en la necesidad de profundizar en las desigualdades que emergen a partir de las relaciones de género (Setién & López, 2002); donde la sobrecarga en las tareas de cuidado que recaen en las mujeres conducen a la restricción de sus elecciones y a la gestión del ocio de otros integrantes de la familia, desatendiendo muchas veces sus propios deseos y necesidades (Henderson & Allen, 1991). Dichas relaciones han sido fundamentales en la configuración de usos y espacios destinados al ocio segregados por género, lo que se manifiesta inseparablemente en el tiempo que destinamos a ello. De acuerdo con la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo 2015, los hombres ocupan 6,43 horas al día para descansar, mientras que las mujeres ocupan 5,94 horas. Una de las razones por las cuales se genera esta brecha, es que las mujeres invierten 5,80 horas diarias en realizar trabajo doméstico; más del doble de las 2,59 horas que destinan los hombres a las mismas tareas (INE, 2018). A esto debemos agregar la violencia sexual e inseguridad que las mujeres y diversidades de distintas edades experimentan en las ciudades, respecto a los cuales los estudios enfatizan la condición de vulnerabilidad que enfrentan estos grupos en los espacios públicos (Concha, 2023). Segovia y Neira (2005) han señalado cómo esto se traduce en sensación de inseguridad y desconocimiento frente a los espacios públicos, permitiendo a los hombres realizar un uso más intenso de los mismos, masculinizando y condicionando su diseño a sus propias prácticas.

Mientras, niñas, jóvenes y adultas son educadas bajo el temor y el escrutinio de habitar la ciudad (Zúñiga, 2014).

En un escenario en que las mujeres viven una progresiva inclusión en el campo laboral pero no una disminución en las labores reproductivas (Yopo, 2016), la pregunta por cómo se configura la esfera del ocio en la vida cotidiana es relevante, así como lo es conocer también las prácticas y estrategias que las mujeres utilizan para acceder al ocio en la ciudad. Esto, considerando además los problemas conceptuales que presenta el fenómeno del ocio en Latinoamérica, y en Chile particularmente, donde se ha traducido en una condición de privilegio, más que en un derecho (Ried, 2015); privilegio que a su vez está cruzado por líneas de clase, género, etnia o edad. En este artículo, basado en los resultados de un proceso de investigación¹ realizado entre los años 2019 y 2020, exploro algunas de las diferentes formas que asume el ocio en la vida cotidiana de un grupo de mujeres habitantes del Cerro Cordillera en la ciudad de Valparaíso. Por medio de una aproximación etnográfica y el uso de bitácoras personales, abordo los significados y espacios-tiempos del ocio y sus vínculos con los cuidados, la participación de las mujeres en la creación y gestión de lugares de ocio a nivel comunitario y la relevancia de las redes de amistad para la experiencia del ocio en el espacio público.

¿QUÉ ES EL OCIO?

El concepto de ocio posee múltiples interpretaciones y definiciones dependiendo del lugar geográfico y el enfoque de investigación, siendo un fenómeno desde el cual observar aspectos sociales, culturales, espaciales o ambientales, y cuyo énfasis suele situarse en la inclusión y la equidad (Ried, 2015). Para Elizalde y Gomes (2010) este concepto se ha abordado desde dos tradiciones distintas

¹ Este artículo forma parte de los resultados de mi tesis de magister, la cual contó con financiamiento COES (Centre for Social Conflict and Cohesion Studies, ANID/FONDAP n°15130009) durante el año 2019 y el Proyecto Anillos SOC180033 - ANID PIA «Aspiration and everyday life under neoliberalism: A multi-sited ethnographic study of self-making in Chile» durante el 2020.

en Latinoamérica: el *recreacionismo* como proyecto socioeducativo surgido en Estados Unidos y, por otro, la concepción clásica del ocio asociada al ejercicio de la filosofía y la antigua Grecia. Ambas aproximaciones, según los autores, requieren considerar las particularidades con las que el ocio se asume en los distintos países de la región, donde los significados son distintos. Asimismo, es importante visibilizar los prejuicios sobre el ocio a partir de las referencias al vicio y la vagancia con las que carga el concepto en la persecución del sujeto latinoamericano (Pinochet, 2017), lo que ha contribuido también a su «mala fama» y su ausencia en los estudios sociales regionales.

A pesar de las distintas connotaciones y enfoques respecto al ocio moderno, este se encuentra intrínsecamente atado a la separación entre lo que es y no es trabajo, lo que también tiene implicancias diversas dependiendo de la clase social. Para Juniu y Henderson (2002) el ocio dentro de las clases populares está relacionado con la falta de esfuerzo y la culpa, a diferencia de las clases sociales acomodadas que le dan una mayor valoración dada su relevancia para el desarrollo de capital social y cultural. Ambos contrapuntos instalan en el ocio un trasfondo moral complejo, puesto que no solamente importa la cantidad de tiempo de ocio sino también qué es lo que se hace con ese tiempo, en tanto no todas las actividades son apreciadas de la misma manera. Estas cuestiones se complejizan aún más cuando se introduce una perspectiva de género, siendo las dimensiones del trabajo, tiempo y placer —condiciones profundamente arraigadas al ocio— precisamente el marco desde el cual se construyen las desigualdades.

ENFOQUES SOBRE LOS ESTUDIOS DE OCIO DESDE MIRADAS FEMINISTAS

Desde un enfoque de género, esta relación entre trabajo y ocio expone las diferencias diametrales que hombres y mujeres presentan en materia laboral. Primero, porque las condiciones de trabajo y precarización de las mujeres, desde su entrada al régimen productivo, han sido sistemáticamente desiguales, con una menor

participación en el empleo asalariado, sobrerrepresentación en áreas de menor productividad y en el empleo informal, sobrecarga de trabajo de reproducción no remunerado, entre otras (CEPAL, 2019). Segundo, porque al compatibilizar diversas labores de producción y reproducción, el tiempo de las mujeres se vuelve acelerado, múltiple, simultáneo y fragmentado (Yopo, 2016). Y tercero, porque debido a este uso del tiempo, la diferencia entre obligación, ocio o trabajo no es tan sencilla, por cuanto una misma actividad puede ser ocio o trabajo reproductivo dependiendo del contexto (Setién & López, 2002).

La incorporación del enfoque de género en los estudios de ocio durante los años ochenta dejó en evidencia hasta qué punto las definiciones conceptuales y las metodologías utilizadas eran insuficientes para representar la experiencia diversa y desigual del ocio en la población (Mowl & Towner, 1995). Esto dio pie a que diversas académicas contribuyeran a una reformulación de este campo, tensionando inicialmente la relación ocio-trabajo y trabajo productivo-reproductivo (Deem, 1982), las posibilidades del ocio para la resistencia de las mujeres y la imaginación de identidades propias (Merelas & Caballo, 2018), y los problemas de su conceptualización desde distintas latitudes, tradiciones y culturas (Juniu & Henderson, 2002).

La relación entre el trabajo y el ocio vincula a este último directamente con la ética del cuidado, en tanto la distribución desigual de las labores de cuidado es una de las barreras más determinantes al momento de estudiar el acceso y las limitaciones del ocio por parte de las mujeres (Henderson, 2002). Según el estudio de las dinámicas familiares, el tiempo propio de las mujeres es más negociable en relación con otras labores —tanto domésticas como asalariadas— que el de los hombres (Green, 2002), y que las actividades que a menudo son clasificadas como tiempo libre, frecuentemente son percibidas por las mujeres como trabajo en lugar de ocio (Henderson & Allen, 1991). Estas condiciones, si bien se agudizan en determinados ciclos de vida, conforman prácticas de ocio que se intencionan de manera disímil entre hombres y mujeres desde temprana edad; en contextos

educacionales como el patio de recreo (Aminpour, 2016), en entornos urbanos como en los usos de plazas de juego (Karsten, 2003) o en el fomento a la participación deportiva (Vilanova & Soler, 2008). En suma, las dimensiones del ocio están inscritas en la encarnación y performatividad del género, cuyo contexto específico es tanto el capitalismo como el patriarcado (Rojek, 2005). Ambos sistemas en su conjunto generan un engranaje en el que la confianza y el derecho al ocio de las mujeres se reprime y segmenta espacialmente. En este último punto, la planificación urbana ha jugado un papel fundamental en la consolidación de esta estructura.

EXCLUSIÓN, RESISTENCIA Y CREACIÓN DE LUGAR DESDE EL OCIO

El espacio ha sido una característica importante dentro de los estudios de ocio, contribuyendo a determinar aspectos que nutren las políticas de desarrollo urbano del ocio, pero también para la exploración del sentido del lugar, las prácticas sociales, la identidad y las estructuras de poder que los espacios de ocio revelan (Crouch, 2006). Los bares y clubes, por ejemplo, plasmaron en las ciudades industriales la posibilidad para los hombres de contar con un «tercer espacio» separado del hogar y del trabajo, que a su vez les permitía cultivar vínculos fuertes entre socios o miembros de una comunidad (Oldenburg, 1989). Al mismo tiempo, las actividades sociales para mujeres vinculadas al ocio constituyeron sus espacios arraigados al ámbito privado, en tanto las restricciones de viajes y paseos limitaron considerablemente su participación en este ocio urbano (Kane, 1990). Estos estudios de ocio y género con perspectiva espacial han dado cuenta de las diferencias respecto a los recursos disponibles para las comunidades y la falta de programas representativos de la población y las necesidades de las mujeres, particularmente en cuanto a lo deportivo (Shaw, 1994). Por último, han visibilizado la relevancia de un enfoque interseccional para entender las múltiples condiciones cotidianas que operan en las prácticas de ocio también entre mujeres, como los ciclos de vida, aspectos culturales, etarios, entre otros (Scruton & Watson, 1998).

Además de las desigualdades que se reproducen en los espacios de ocio, también se han identificado sus potencialidades para la resistencia frente a las estructuras de género, con base en la conformación de identidades diversas y la creación de espacios representativos que surgen desde las mujeres (Wearing, 1998; Shaw, 2001). Green (1998) estudió la importancia de los contextos de ocio entre mujeres para revisar sus vidas, entrelazando colectivamente significados comunes, disímiles o de confrontación a las identidades de género establecidas. En este sentido, la amistad y los intercambios afectivos se transforman en espacios privilegiados de ocio y un mecanismo clave a través del cual se aseguran y comprenden las subjetividades. No obstante, Shaw (1994) repara en que, aunque no todo el ocio puede verse a través de este lente, sí es necesario considerar que hay otras formas de entenderlo más allá de la opresión y las limitaciones, donde su percepción como resistencia o no es principalmente contextual.

ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS PARA ESTUDIAR EL OCIO EN PANDEMIA

Abordé este trabajo desde una perspectiva etnográfica, utilizando principalmente la observación participante y no participante, bitácoras personales y entrevistas semiestructuradas y en profundidad. El trabajo de campo fue realizado durante los meses de diciembre del año 2019 y mayo de 2020, el cual consideró un periodo de pre-campo durante el cual recorrí la ciudad en busca de espacios urbanos de ocio como plazas, parques o canchas, así como también prácticas y grupos con quienes trabajar. Por medio de algunas informantes clave, me puse en contacto con un grupo de mujeres habitantes del Cerro Cordillera que pertenecían a diversas iniciativas del sector, incluyendo un equipo de básquetbol femenino, una cooperativa de artes y un huerto comunitario. Durante este periodo asistí y participé en diferentes actividades coordinadas por estos grupos, tanto en el cerro como en otros lugares de Valparaíso.

En un principio, contemplé utilizar el recurso de las entrevistas caminadas como forma de abordar el habitar de las mujeres participantes de una manera reflexiva y a la vez «ociosa» en sí misma.

Sin embargo, la contingencia global del COVID-19 hizo imposible seguir con este plan. En marzo del 2020, las autoridades decretaron el comienzo de las cuarentenas obligatorias en todo el país, por lo cual tuve que regresar a mi residencia en Santiago y re-diseñar el resto de las etapas del trabajo de campo. Debido a esto, opté por la utilización de diarios personales² o bitácoras que pudiesen registrar las prácticas de ocio de las participantes a pesar de no poder seguir interactuando físicamente con ellas. Estos diarios (Ver Figura 1)³ contenían preguntas sobre el ocio y la ciudad, los cuales fueron acompañados del seguimiento de cada participante mediante conversaciones telefónicas. Esto, con el fin de poder aclarar, ampliar y reflexionar sobre lo escrito, entregando mayor riqueza al análisis de los datos recopilados (Kenten, 2010); aspecto que fue vital en aquel contexto particular de distanciamiento e incertidumbre. Finalmente, cada participante me entregó de manera digital su diario, finalizando el proceso con una entrevista semiestructurada y un recorrido virtual por el barrio utilizando *Google Street View*. Aunque inicialmente contacté a 20 mujeres, finalmente participaron 13, cuyas edades iban entre los 24 y 62 años. Tres de ellas fueron informantes clave que posibilitaron el contacto con el resto de las participantes a través de la técnica de bola de nieve.

² Para diseñar la bitácora me basé en trabajos de investigaciones nacionales como el desarrollado por La Reconquista Peatonal y Proyecto Ocio, adaptando el contenido al contexto de cuarentena. La Reconquista Peatonal es una organización sin fines de lucro enfocada en relevar la caminata como forma esencial del habitar. Su trabajo puede ser revisado en: <https://www.lareconquistapeatonal.org/cuadernos>. Proyecto Ocio es un proyecto FONDECYT y FONDART que indaga en las condiciones de trabajo y las prácticas de ocio de productores culturales en Santiago. Su trabajo y material publicado puede verse en: <https://www.proyectoocio.cl/descripcion-del-proyecto/>.

³ Los diarios fueron co-diseñados con las participantes que pertenecían al taller de oficios, quienes también se encargaron de su confección y de su entrega entre el resto de las participantes.

FIGURA 1. DIARIOS PERSONALES CONFECCIONADOS EN CONJUNTO
CON LAS PARTICIPANTES DEL TALLER DE OFICIOS



Fuente: registro personal facilitado por una de las participantes, abril 2020.

Los diarios, como instrumentos utilizados para examinar experiencias en curso, ofrecen la oportunidad de investigar procesos sociales en situaciones cotidianas y de reconocer la importancia de los contextos en los que estos se desarrollan (Bolger, Davis & Rafaeli, 2003). Asimismo, permiten tener una visión de la vida de quienes participan, entregan una comprensión sobre cómo perciben los eventos que les rodean y proporcionan un enlace entre lo público y lo privado por medio de la escritura (Kenten, 2010). Esta técnica me permitió rescatar aspectos experienciales, reflexivos y narrativos del ocio con las participantes, pero por sobre todo, me permitió establecer una relación en momentos donde la cercanía física no era posible.

OCIO, TRABAJO Y CUIDADO. EL LUGAR DEL OCIO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL GÉNERO

Una de las primeras reflexiones que aparecieron entre las participantes fue la impresión de que sus experiencias ligadas al ocio no eran lo suficientemente relevantes o interesantes como para escribir sobre ellas. Al conversar con las mujeres y proponerles el ejercicio de las bitácoras, expresiones como «la verdad no hago mucho» o «no se si te sirva lo que puedo contarte», fueron bastante frecuentes, aun cuando tuviesen una buena disposición a colaborar. Como señala Henderson (2002), parte de las dificultades de estudiar las dimensiones del ocio están dadas por la idealización del término, como una experiencia activa, necesaria y emancipadora por definición. Sin embargo, esta impresión se fue transformando a medida que avanzó el ejercicio, donde las participantes comenzaron a mirar sus actividades y sus sensaciones de otra manera. Asimismo, al momento de realizar las entrevistas, aparecieron importantes contrastes entre lo que habían registrado y lo que se profundizaba a través del diálogo, dando cuenta a su vez de las relaciones diversas que las personas mantienen con determinadas expresiones de ocio como la escritura o la conversación. Algunas de ellas manifestaron que escribir no les era tan cómodo como hablar, y otras señalaron que en un principio habían pasado por alto muchas actividades que ahora podían relevar con mayor facilidad luego de haberse «dado ese espacio». Como señala Gloria:

Antes tú no le dabas sentido po ... Uno era como, «ah ya, estoy aburrida, voy a leer, voy a tejer», y no lo disfrutaba. Y ser consciente de que tú tienes derecho a tus momentos de ocio y disfrutarlos, es increíble ... Tantos años con culpa, por haber estado cansada y no poder descansar, por atender al resto, y sufrías. En cambio, ahora, darle ahora sentido al ocio, a lo que significa esa palabra, es maravilloso (Gloria, 53 años).

Otra dificultad aparece al momento de situarlo en un espacio-tiempo concreto. Esto coincide con lo que plantean Henderson (2002) y Yopo (2016), pues es común que la distribución de las

actividades de las mujeres se intercale y traslape, debido a que realizan distintas tareas simultáneamente, haciendo difícil determinar cuánto tiempo se dedica a cada cosa. Sumado a esto, las percepciones y valoraciones sobre sus actividades fueron cambiando durante el ejercicio:

Cuando me pasaron el libro como que yo dije «bah, no tengo como mucha cosa que contar» y estaba pensando y de repente pensé en una caminata, en alguna cosa, pero después digo «ah esto también es ocio, esto también...» (Ana, 62 años).

A pesar de ello, persistió una especie de culpa por no realizar actividades más «interesantes», no tener tiempo o realizar demasiadas tareas y roles, lo que Green (2002) identifica como el carácter negociable del ocio de las mujeres. Así puede verse en lo descrito por Macarena:

Que nunca pensé que ... nunca consideré, como que igual cocino como ocio. Y... no tengo actividades de ocio que me guste hacer, no me da el tiempo ..., ni siquiera dibujo, no tengo tiempo para nada. Como que, entre el trabajo, el taller y algunas organizaciones que participo me absorbe todo el tiempo. (Macarena, 26 años).

Esta percepción del ocio como algo restringido o esquivo habla de esa relación intrínseca con el trabajo, pero también de las intersecciones entre clase y género, donde las condiciones laborales son inestables, flexibles e intensas, como es el caso de Macarena, quien trabaja como arquitecta *freelance* y ha estado especialmente activa en el trabajo comunitario durante la pandemia. A la vez, habla de una condición contextual del ocio en la medida que dependen tanto del lugar dónde se realicen como de quién lo realice. Para Jocelyn (50 años), por ejemplo, las tareas domésticas como cocinar o planchar forman parte de sus prácticas de ocio, porque guardan relación con su disfrute personal y sus momentos de relajación.

Este vínculo de las participantes con el espacio de ocio como mayoritariamente doméstico varía su intensidad y significado según sus trayectorias, ciclos de vida y si se está a cargo del cuidado de

otros o no. Gloria está separada desde hace un par de años, vive con su única hija de 20 y ocupa gran parte del día en el cuidado de su padre de 86 años, quien vive en el piso de arriba en una casa independiente. Parte importante de su rutina diaria está vinculada a esta relación de cuidado, siendo las noches los momentos ideales para sus actividades de disfrute personal:

Mi living, mi sofá y mi cama. Esos son los lugares fantásticos para mí. Por ejemplo, en el living a veces prendo la tele, otras veces no, o prendo música y me pongo a tejer y a veces cuando me da frío me voy a la pieza ... Y me acuesto en mi cama y dejo todo desparramado en mi cama y me encanta, y luego lo pongo en un rincón y me duermo, total ya nadie me webea (Gloria, 53 años).

La descripción que Gloria hace de esta relación doméstica con el ocio guarda relación también con su separación y la reinterpretación de su casa como un lugar propio, un espacio de elección personal y autodeterminación. En el caso de quienes tienen hijos pequeños a su cuidado, los acomodos de tiempo para realizar actividades de ocio implican compatibilizar el tiempo propio con el tiempo que se comparte con ellos, lo que no es en lo absoluto una relación resuelta y conlleva cuestionamientos sociales. Tal como reflexiona Violeta:

Siento que no sé manejar mis tiempos de una forma efectiva, que los tiempos de ocio siempre están asociados a mí y no en relación con mi hijo, desde mi maternidad ... porque me cuesta, me cuesta como equilibrarlo todo y siento como culpa todo el rato ... entonces ahí surgen otras preguntas como ¿Mis tiempos de ocio pueden estar asociados también a estar con mi hijo? (Violeta, 32 años).

Estos testimonios demuestran el carácter personal y a la vez interseccional de la experiencia del ocio. Pero también, como plantean Sofía y Paula, puede dar pie a definiciones propias y perspectivas políticas para el concepto:

Creo que no se debe plantear como ocio. Porque se siente como una wea [sic] muy culposa la palabra ocio; mejor esparcimiento, recreación, desarrollo personal también ... Como

que eso pienso del ocio, que, igual yo estoy intentando como otras lógicas, porque quiero tener esos tiempos po. Que son, no sé, para mí un momento de esparcimiento, es jugar con mi hija, cocinar, me gusta caleta (Sofía, 24 años).

Mira para mí el ocio significa placer... y si nosotras no somos capaces de sentarnos, de ser críticas hacia nosotras mismas, de enfrentarnos a nuestras miserias, el ocio podría significar enajenación... que no es lo mismo que el ocio, entonces yo propongo el ocio como un estado placentero, de un encuentro consigo mismas (Paula, 53 años).

Hay una ambigüedad en la definición que las mujeres tienen sobre el concepto de ocio que dificulta hablar sobre él, explicarlo e identificarlo, pero que también ofrece una oportunidad para experimentarlo bajo términos propios. Como señala Green (1998), el lenguaje es un sitio clave de producción de identidad de género y de subjetividades cuyos significados se negocian y luchan constantemente. En este sentido, el ocio es visto como culposos, intrascendente o difuso, pero también una actividad que genera goce, como un espacio personal y necesario. Un tiempo no planificado, compartido o solitario, «arrebatado» de algún otro tiempo.

ESPACIOS RECUPERADOS Y MÚLTIPLES. POSIBILIDADES DEL OCIO COMUNITARIO

Las dinámicas socioespaciales de las participantes están envueltas en un contexto particular de activación comunitaria muy presente en su día a día, lo que también se entremezcla con sus actividades de ocio. Esta característica forma parte de la identidad del Cerro Cordillera, pero también de las cualidades geográficas de la ciudad de Valparaíso. Debido a sus condiciones morfológicas y su proceso de poblamiento y urbanización con base en la autoconstrucción, sus habitantes continuamente trabajan en la recuperación de espacios, remanentes de los planes reguladores o edificaciones y terrenos abandonados (Mercado, 2018). La parte baja del cerro, que va desde el ascensor Cordillera hasta la Población Obrera,

concentra diversos espacios públicos y comunitarios como plazas, parques, multicanchas, centros culturales y clubes deportivos, muchos de los cuales forman parte de sus relatos en torno al ocio. A través de ellos, las mujeres participan de actividades recreativas y de la construcción y mejoramiento de espacios comunes para el barrio, trabajo que se intensificó durante el Estallido Social de 2019 a través de ollas comunes, levantamiento de huertos comunitarios, plazas o murales⁴.

Una de las prácticas mayormente mencionadas por las mujeres es ir o estar en el Huerto Comunitario. Aquí se mezclan acciones como trabajar arreglando la tierra o las plantas, conversar con vecinos y vecinas, o asistir a alguna actividad que se lleve a cabo en el lugar como proyecciones de cine, comidas, asambleas, música en vivo u otros. En este sentido, el Huerto Comunitario es un espacio que funciona como un «multiespacio», donde confluyen prácticas de agricultura, reuniones políticas, recuperación de infraestructura y actividades de ocio (Ver Figura 2). Ana (62 años) cuenta que el huerto ha sido un trabajo principalmente de jóvenes del sector, pero que también responde a una necesidad común de las viviendas de Valparaíso y su falta de patios y jardines. Por esto mismo, es un espacio que las familias del sector aprovechan como extensión de sus casas, pero también para compartir entre vecinos de distintas generaciones. Para Richter y Cuenca (2018), la agricultura urbana es una práctica de ocio cuyo potencial para la vida cotidiana en Latinoamérica es aún poco explorado. En Valparaíso, esta práctica tiene sentido desde su potencialidad morfológica y comunitaria, pero también como manifestación de otras economías alimenticias, las que han ganado fuerza frente a la pandemia y la crisis económica que devino de ella.

⁴ En otro texto escrito junto a Paz Concha abordamos otras experiencias de recuperación de espacios y prácticas de ocio identificadas en el mismo estudio. Ver: Banda, C., y Concha, P. (2022). «Ocio y apropiación socioespacial desde una perspectiva feminista: el caso del Cerro Cordillera, Valparaíso». *Bitácora Urbano Territorial*, 32(1), 233-246.

FIGURA 2. HUERTO COMUNITARIO DEL CERRO CORDILLERA



Fuente: registro personal, cortesía de Ana.

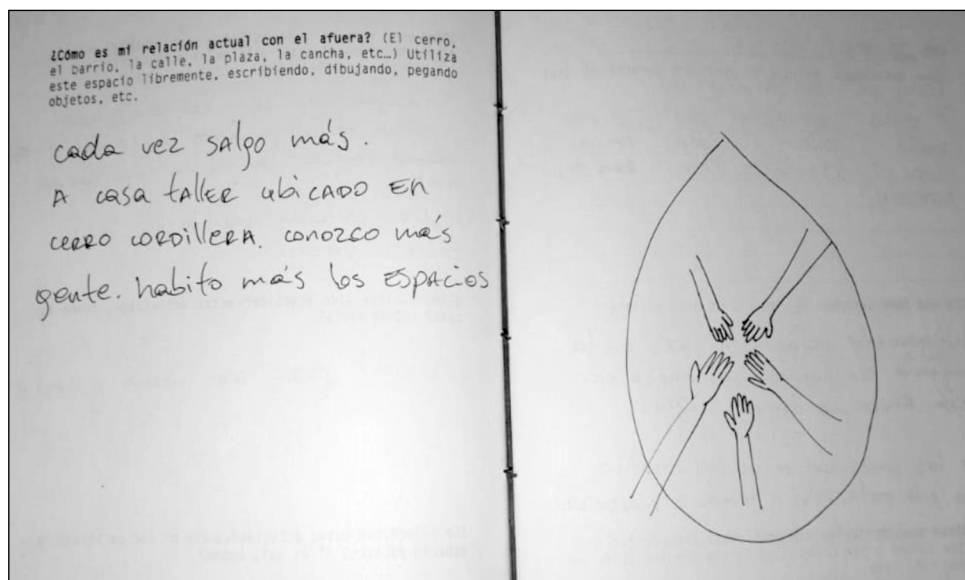
Este tipo de experiencias da cuenta tanto de una concepción comunitaria de ocio como de una forma de creación y significación del lugar que es colectiva y para la comunidad. A partir de esta ocupación, los rincones desaprovechados de la ciudad aparecen y transforman los lugares en espacios de valor social, tanto a nivel personal como colectivo. El huerto y lo que sucede alrededor de él se transforma en una de las actividades que las participantes relacionan tanto con el trabajo político como con el ocio, que mezcla beneficios sociales, afectivos y de realización personal, y que a su vez permite encontrarse en el día a día.

ESPACIOS DE AMISTAD

Para las participantes más jóvenes, el espacio para el ocio está más vinculado a las personas con las que se tiene relación —quienes suelen ser amigas del mismo barrio— lo que a su vez varía si trabajan en casa o fuera de ella, si tienen hijos a su cuidado o no, o si viven solas, con sus familias o amistades. Quienes asisten a la Cooperativa Casa Taller Aduanilla han buscado construir un espacio principalmente de trabajo, pero también de lazos afectivos en la medida que coinciden en otros espacios y eventos del barrio. Para Bowlby (2011), la geografía del cuidado ha relevado la importancia de la amistad como soporte para el desarrollo de la vida cotidiana

y cómo el espacio da forma, a su vez, a estas relaciones mediante intercambios emocionales y experiencias encarnadas de un lugar o un evento, los que luego se transforman en recuerdos compartidos. Respecto a este punto, Green (1998) otorga un rol fundamental a la conversación para sobrellevar y subvertir situaciones de desventaja, coacción u opresión. Son sentimientos que colaboran con el reconocimiento y la catarsis, sentimientos sancionados o excluidos de los espacios públicos y que encuentran arraigo en un espacio construido para ello. Como muestra Tamara en su bitácora (Ver Figura 3), el reconocimiento del barrio y la creación lazos de amistad han sido parte de un mismo proceso:

FIGURA 3. BITÁCORA DE TAMARA



Fuente: registro personal, cortesía de Tamara.

La red de participantes de la Cooperativa se ha construido a partir de distintas actividades del sector, como la Asamblea de Mujeres del cerro y el equipo de básquetbol femenino, el cual funcionó en la cancha Merlet hasta la pandemia. Este último, fue relevante también para articular otras relaciones y compartir espacios para la maternidad, como cuenta Sofía:

Yo iba con mi hija igual, entonces había otras mujeres que también iban con sus hijas y se convirtió en un espacio para compartir con ellas. Mi hija me apañaba en los entrenamientos, cachai. Y eso igual era pulento, porque podía estar yo con ella y porque, no sé, era un espacio comunitario, pese a que se utiliza igual para otras cosas po (Sofía, 24 años).

A su vez, Celeste menciona que el equipo generó redes virtuosas que también le propiciaron a ella y su pareja, una casa en el sector:

Como ella [se refiere a su pareja] sabía jugar me enseñó a mí y comenzamos a abrir de nuevo la rama femenina, que no se hacía hace muchos años atrás. Conseguimos a muchas chicas y entonces por la cancha fue que llegamos a esta casa también, porque esta casa es de la nieta del caballero que fundó esa cancha hace casi 100 años ... (Celeste, 29 años).

Estas prácticas muestran que tanto el ocio como los lugares de ocio implican un trabajo de construcción y reinterpretación para dotarlos de valor afectivo, donde las relaciones personales —individuales y colectivas— ocurren. Al mismo tiempo, a partir de los espacios de ocio las participantes han desarrollado lazos, resuelto problemas cotidianos y generado reflexiones e intercambios respecto a ideas sobre la maternidad, el trabajo comunitario y los roles de género. En este sentido, los espacios de ocio construyen prácticas y afectos, y a su vez los afectos y las prácticas son fundamentales para construir espacios de ocio.

CONCLUSIONES

He mostrado a lo largo de este artículo algunas de las maneras en las que el ocio es vivido por un grupo de mujeres de Valparaíso, permitiendo una aproximación a un fenómeno poco estudiado en Chile. El contexto de pandemia por el COVID-19 y las cuarentenas, supusieron varias complicaciones logísticas para llevar a cabo un enfoque etnográfico a cabalidad, debiendo adecuar aspectos metodológicos constantemente e impidiendo la continuación del trabajo en terreno. No obstante, esto hizo surgir con mayor

preponderancia un componente de carácter más íntimo y reflexivo, que se vio reflejado en las bitácoras y las entrevistas con las participantes. Esto permitió, en primer lugar, dar cuenta del ocio como un concepto difuso y lleno de complejidades relacionadas a la construcción del género, donde este se entrecruza con el trabajo remunerado, el trabajo doméstico y el cuidado. Las reflexiones y conversaciones con las participantes revelan que el ocio sitúa a las mujeres en constantes negociaciones con el resto de las actividades que realizan para conseguirlo y percibirlo como tal. A su vez, se plantea como un concepto que requiere resignificaciones que se adapten más a sus propios deseos y formas de vida.

Por otra parte, en el caso particular del territorio observado del Cerro Cordillera, el ocio adquiere un vínculo importante con la cultura comunitaria de Valparaíso a partir de la reconversión de espacios deteriorados para la comunidad, siendo las mujeres participantes activas de estos procesos. Dentro de esta resignificación, emergen dos ideas que son importantes para las participantes a la hora de valorar sus momentos y espacios de ocio: la capacidad de albergar múltiples actividades como el Huerto Comunitario y la creación de relaciones afectivas que funcionan como apoyo para la vida cotidiana. Las experiencias narradas por las participantes hablan de búsquedas y construcciones de oportunidades de vivir la ciudad que surgen de ellas mismas, pero también ofrecen pistas para pensar en cómo construir espacios que faciliten experiencias de ocio diversas y principalmente colectivas, que hagan posible entrelazar el trabajo de cuidado con el trabajo remunerado, el ocio, la amistad o el trabajo político. En este sentido, las esferas de la vida cotidiana se revelan como esferas que se traslapan constantemente, haciendo de la idea del espacio aislado del ocio algo imposible.

Otro aspecto relevante que surge a partir de la investigación del ocio desde una perspectiva de género, es la falta de literatura producida en Latinoamérica, lo que en primera instancia hizo que la aproximación al fenómeno partiese desde un escenario dislocado, haciendo compleja su aplicación en el contexto regional. Como señala Shaw (2007), la bibliografía sobre ocio no ha incorporado

perspectivas globales tan dispares, generando una predominancia del estudio y las condiciones de vida del «norte global». En este sentido, se hace necesario contar con un mayor número de aproximaciones locales que den cuenta de la dimensión socioespacial del ocio, pero que también nos permitan expandir nuestras propias conceptualizaciones sobre el fenómeno; que en el caso de Valparaíso se muestra entrelazado con la vida comunitaria más que un espacio-tiempo que se persigue de manera individual. Esto no quiere decir que todo el ocio de las mujeres pueda ser abordado desde esta perspectiva, pero ciertamente muestra que el carácter contextual del ocio no solo depende del momento y el espacio en el que se realice y quién lo realice, sino también las dinámicas territoriales donde las personas están inscritas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aminpour, F. (Julio de 2016). *Children's Gendered Use of School Grounds: The Role of the Physical Environment, Informing education theory, design and practice through learning environment evaluation* [Presentación en Conferencia]. LEARN International Graduate REsearch Symposium.
- Bayón, F., Cuenca, J., & Caride, J. (2017). Reimaginar la ciudad. Prácticas de ocio juvenil y producción del espacio público urbano. *OBETS. Revista De Ciencias Sociales*, 12(3), 21–41. <https://doi.org/10.14198/OBETS2017.12.1.10>
- Bolger, N., Davis, A., & Rafaeli, E. (2003). Diary methods: Capturing life as it is lived. *Annual Review of Psychology*, 54(1), 579-616. 10.1146/annurev.psych.54.101601.145030
- Bowlby, S. (2011). Friendship, co-presence and care: neglected spaces. *Social & Cultural Geography*, 12(6), 605-622. <https://doi.org/10.1080/14649365.2011.601264>
- Crouch, D. (2006). Geographies of Leisure. En C. Rojek, S. Shaw & A. J. Veal (Eds.), *A Handbook of Leisure Studies* (pp. 533-546). Palgrave Macmillan.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] (2019). *Indicadores que visibilizan las brechas de género en el mercado laboral*.
- Concha, P. (2023). Mujeres y espacios públicos: de ausencias y miedos. Un análisis de las brechas de acceso y uso del espacio público y posibilidades para su inclusión. En B. Flores, C. Reyes-Housholder,

- G. Jiménez-Moya, H. Carvacho & P. Jirón (Eds.), *Tejiendo rutas. Perspectivas para un Chile con equidad de género* (pp. 223-236). Fondo de Cultura Económica.
- Deem, R. (1982). Women, leisure and inequality. *Leisure studies*, 1(1), 29-46.
- Elizalde, R., & Gomes, C. (2010). Ocio y recreación en América Latina: conceptos, abordajes y posibilidades de resignificación. *Polis. Revista Latinoamericana*, 9(26), 19-40. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682010000200002>
- Green, E. (1998). Women Doing Friendship?: an analysis of women's leisure as a site of identity construction, empowerment and resistance. *Leisure Studies*, 17(3), 171-185. <https://doi.org/10.1080/026143698375114>
- Green, E. (2002). ¿Mujeres on-line en sus ratos de ocio? Un estudio sobre la repercusión de las tecnologías electrónicas en el ocio de las mujeres en el hogar. En M. Setién & A. López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos*. Documentos de Estudios de Ocio N° 19 (pp. 191-208). Universidad de Deusto. <http://www.deusto-publicaciones.es/index.php/main/libro/573>
- Henderson, K. (2002). Ocio y género: ¿Un concepto global? En M. Setién & A. López (Eds.), *Mujeres y Ocio: Nuevas redes de espacios y tiempos*. Documentos de Estudios de Ocio N° 19 (pp. 21-38). Universidad de Deusto. <http://www.deustopublicaciones.es/deusto/pdfs/ocio/ocio19.pdf>
- Henderson, K. & Allen, K. (1991). The Ethic of Care: Leisure Possibilities and Constraints for Women, Loisir et Société. *Society and Leisure*, 14(1), 97-113. DOI: 10.1080/07053436.1991.10715374
- Instituto Nacional de Estadísticas de Chile [INE] (2018). *Encuesta Nacional Sobre el Uso del Tiempo 2015, Síntesis de los resultados*. <https://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/enut>
- Ipiña, O. (2016). El espacio público dedicado al ocio en el siglo XXI y la búsqueda de los Oasis urbanos. *Estoa*, 5(9), 81-88. <https://doi.org/10.18537/est.v005.n009.06>
- Jirón, P. & Gómez, J. (2018). Interdependencia, cuidado y género desde las estrategias de movilidad en la ciudad de Santiago. *Tiempo Social*, 30(2), 55-72. 10.11606/0103-2070.ts.2018.142245
- Juniu, S. & Henderson, K. (2002). Los problemas a la hora de describir e investigar el ocio y las mujeres: Perspectivas multiculturales. En M. Setién & A. López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y Tiempo*. Documentos de Estudios de Ocio N°19 (pp. 101-116). Universidad de Deusto. <http://www.deusto-publicaciones.es/index.php/main/libro/573>
- Kane, M. (1990). Female Involvement in Physical Recreation—Gender Role as a Constraint. *Journal of Physical Education, Recreation & Dance*, 61(1), 52-56. <https://doi.org/10.1080/07303084.1990.10606414>

- Karsten, L. (2003). Children's use of public space: the gendered woman in the playground. *Childhood*, 10(4), 457-473. <https://doi.org/10.1177/0907568203104005>
- Kenten, C. (2010). Narrating oneself: Reflections on the use of solicited diaries with diary interviews. *Forum: Qualitative Social Research*, 11(2). <http://dx.doi.org/10.17169/fqs-11.2.1314>
- Lindón, A. (2009). La construcción socio-espacial de la ciudad: el sujeto-cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, (1), 6-20.
- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. University of Minnesota Press.
- Matus, C. (2005). El carrito como escenario: Una aproximación etnográfica a los códigos de la sexualidad ocasional en jóvenes urbanos. *Última década*, 13(22), 09-37. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362005000100002>
- Mercado A. (2018). Los retazos urbanos de Valparaíso: Reinterpretación del ocio como práctica urbana. *Revista AUS*, (24), 34-45. <https://doi.org/10.4206/aus.2018.n24-06>
- Merelas, T. & Caballo, B. (2018). Enfoques feministas sobre los tiempos de ocio de las mujeres. En A. M. Ortúzar & A. P. de León Elizondo (Eds.), *Ocio y participación social en entornos comunitarios* (pp. 101-117). Universidad de La Rioja.
- Mowl, G. & Towner, J. (1995) Women, gender, leisure and place: towards a more 'humanistic' geography of women's leisure. *Leisure Studies*, 14(2), 102-116. [10.1080/02614369500390091](https://doi.org/10.1080/02614369500390091)
- Oldenburg, R. (1989). *The great good place: Cafés, coffee shops, community centers, beauty parlors, general stores, bars, hangouts, and how they get you through the day*. Paragon House Publishers.
- Pinochet, C. (2017). El ocio en crisis. Trabajo cultural y capitalismo cognitivo. *Ansible, Revista de crítica*, (4), 56-66. <https://www.proyectoocio.cl/documentos/>
- Richter, F. & Cuenca, J. (2018). Huertos de ocio y vida comunitaria. La agricultura urbana como experiencia de participación ciudadana. En A. Madariaga & A. Ponce de León (Eds.), *Ocio y participación social en entornos comunitarios* (pp. 189-212). Universidad de La Rioja.
- Ried, A. (2015). La experiencia de ocio al aire libre en contacto con la naturaleza, como vivencia restauradora de la relación ser humano-naturaleza. *Polis, Revista Latinoamericana*, 14(41), 499-516.
- Rodó-de-Zárate, M. & Baylina, M. (2018). Intersectionality in feminist geographies. *Gender, Place & Culture*, 25(4), 547-553. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2018.1453489>
- Rojek, C. (2005). *Leisure theory. Principles and Practices*. Palgrave Macmillan.

- Scrutton, S. & Watson, B. (1998). Gendered cities: women and public leisure space in the 'postmodern city'. *Leisure Studies*, 17(2), 123-137. <https://doi.org/10.1080/026143698375196>
- Segovia, O. & Neira, H. (2005). Espacios públicos urbanos: una contribución a la identidad y confianza social y privada. *Revista INVI*, 20(55).
- Setién, M. & López, A. (2002). Introducción. En M. Setién & A. López (Eds.), *Mujeres y Ocio. Nuevas redes de espacios y tiempos*. Documentos de Estudios de Ocio N° 19 (pp. 9-17). Universidad de Deusto. <http://www.deusto-publicaciones.es/index.php/main/libro/573>
- Shaw, S. (1994). Gender, Leisure, and Constraint: Towards a Framework for the Analysis of Women's Leisure. *Journal of Leisure Research*, 26(1), 8-22. <https://doi.org/10.1080/00222216.1994.11969941>
- Shaw, S. (2001). Conceptualizing Resistance: Women's Leisure as Political Practice. *Journal of Leisure Research*, 33(2), 186-20. <https://doi.org/10.1080/00222216.2001.11949937>
- Shaw, S. (2007). Explorando el ocio de las mujeres: conceptos fundamentales, retos teóricos y directrices futuras. *Adoz: revista de estudios de ocio*, (31), 31-48.
- Soto, P. (2014). Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 19(42), 199-214.
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Revista Perspectiva geográfica*, 23(2), 13-31. <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/perspectiva/article/view/7382>
- Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, (11), 65-84. <https://revistascientificas.us.es/index.php/HyS/article/view/5172>
- Vilanova, A. & Soler, S. (2008). Las mujeres, el deporte y los espacios públicos: Ausencias y protagonismos. *Apunts. Educación Física y Deportes*, (91), 29-34.
- Wearing, B. (1998). *Leisure and Feminist theory*. Sage Publications.
- Yopo, M. (2016). El tiempo de las mujeres en Chile: repensar la agencia. *Revista de Estudios Sociales*, (57), 100-109. <http://dx.doi.org/10.7440/res57.2016.08>
- Zúñiga, M. (2014). Las mujeres en los espacios públicos: entre la violencia y la búsqueda de libertad. *Región y Sociedad*, (4), 77-100. <https://doi.org/10.22198/rys.2014.0.a87>

EL DIAGNÓSTICO URBANO SITUADO: APORTES PARA COMPRENDER LA MOVILIDAD COTIDIANA DE MUJERES Y DISEÑAR POLÍTICAS DE MOVILIDAD CON JUSTICIA DE GÉNERO

Acoyani Adame Castillo

INTRODUCCIÓN

La calle es de quien la camina.
Francesca Gargallo

La experiencia cotidiana de la ciudad para las mujeres en Latinoamérica puede comprenderse desde la multiplicidad de barreras físicas, económicas y sociales que influyen y condicionan sus prácticas de movilidad (Jirón, 2017). El modelo vigente de hacer ciudad fundado en el sistema de división sexual del trabajo determina destinos espaciales para las mujeres en función de los roles de género, lo que en términos espaciales ha significado confinarlas al espacio privado, doméstico y a un entorno cercano a su vivienda (Rico & Segovia, 2017). Esto determina a su vez las pautas de movilidad de las mujeres, que se caracterizan por tener trayectos más cortos, más

cerca de casa, por viajar en horarios valle, viajar acompañadas, utilizar más el transporte público y caminar (Miralles-Guasch, 1998).

La división entre las políticas de planeación urbana, vivienda y de movilidad, promueven un modelo de ciudad expandido y fragmentado que aumenta las brechas de acceso de la población a las oportunidades y satisfactores urbanos según su lugar de residencia (Walsh, 2009; Miralles-Guasch, 2009; Jirón & Mansilla, 2014; Fainstein, 2009).

Adicionalmente, la condición de precariedad laboral en la que se encuentran algunas mujeres en América Latina les impide elegir su lugar de residencia, provocando una exclusión y segregación residencial que las lleva a habitar en periferias urbanas (Falú, 2018). Estas zonas están caracterizadas por una baja densidad, que imposibilita proveer una red de transporte público, equipamientos y servicios, incidiendo negativamente en la autonomía de las mujeres (Rico & Segovia, 2017).

El modelo dicotómico privado-público de hacer ciudad genera mayores impactos negativos en la movilidad de las mujeres, ya que el nivel de acceso a los satisfactores urbanos depende de la zona en la que se habita (Soto, 2018). El habitar en las periferias de la ciudad las sitúa como dependientes de una oferta deficiente de servicios, proyectos urbanos y transporte público. Mientras, habitar en zonas centrales les permite un alto nivel de acceso a servicios y satisfactores urbanos, un entorno urbano denso, compacto, con distancias cortas y proximidad que, siguiendo a Sánchez de Madariaga (2020), responde mejor a las necesidades de cuidado que siguen realizando principalmente las mujeres.

En este sentido, se hace necesario comprender, por un lado, cuáles son las dimensiones que las mujeres toman en consideración al momento de evaluar sus experiencias de movilidad cotidiana, y particularmente de la caminata, en zonas periféricas y centrales de la ciudad. Y, por otro lado, identificar la existencia, o no, de la institucionalización del enfoque de género en la planeación urbana y de movilidad a nivel local. Para ello, se presenta un caso de estudio comparativo entre las comunas de Providencia y El Bosque en Santiago, Chile. La primera, una comuna ubicada en la centralidad

del área metropolitana de Santiago, y la segunda, localizada en la periferia urbana. La aproximación se realiza desde los enfoques de justicia espacial y de género (Fraser, 1997), en tanto nos permiten comprender y develar los vínculos entre las dimensiones sociales, físicas, económicas y normativas implicadas en la movilidad de las mujeres.

REPLANTEAR EL MODELO DE CIUDAD PARA GARANTIZAR EXPERIENCIAS DE MOVILIDAD JUSTAS: APORTES DE LA GEOGRAFÍA DE GÉNERO Y FEMINISTA

El modelo imperante de hacer ciudad ha sido denominado en América Latina como «Urbanismo Fragmentador», una práctica de intervención y desarrollo urbano que fragmenta la vida cotidiana de los habitantes urbanos (Jirón & Mansilla, 2014). Este modelo se caracteriza por ser expansivo, de baja densidad, y por promover una zonificación restrictiva, monofuncional y dicotómica al separar los usos privados (vivienda) y los públicos (mercados, servicios de salud, oficinas de gestión gubernamental, entre otros).

Esta forma de hacer ciudad impacta negativamente en la experiencia urbana de las personas, pero de manera particular para las mujeres al ser las principales encargadas de gestionar las tareas de la vida cotidiana. Esto, al trasladarles los costos de la expansión urbana en términos de uso del tiempo, movilidad y una oferta residencial y de equipamientos inadecuada, que hace compleja la articulación de las actividades cotidianas (Rainero, 2005; Sánchez De Madariaga, 2004, 2009). Esto último se identifica como una de las causas de la feminización de la pobreza y la pobreza de tiempo para las mujeres en América Latina (Falú, 2018; Chant, 2003), a la vez que limita sus posibilidades de ejercer su derecho a una movilidad libre.

La geografía de género y la geografía feminista han señalado la necesidad de romper con esta dicotomía público-privada. Al respecto, diversas autoras han aportado un marco para comprender cómo se ha operacionalizado la división sexual del trabajo en la planificación urbana de la ciudad (Massey, 1994; McDowell, 1999) y en particular en la movilidad (Law, 1999; Hanson, 2010; Walsh, 2009).

Su contribución ha distinguido la necesidad de integrar un análisis espacial del género a la planeación urbana y de la movilidad, ya que coinciden en que el modelo dicotómico de hacer ciudad impone destinos espaciales a las mujeres en función al género y su condición socioeconómica, lo que genera experiencias desiguales de habitar la ciudad. Ante ello, se ha considerado la necesidad de promover políticas de localización de satisfactores urbanos que sean accesibles a través de la caminata (Grieco & Turner, 2000; Law, 1999).

En este sentido, la propuesta teórica de justicia de género es pertinente para integrar un análisis espacial del género a la planeación urbana. Para Fraser (1997), la justicia es un concepto bidimensional que requiere tanto del reconocimiento de la diferencia como de la redistribución de los derechos. Para la autora, el género tiene una valoración cultural que lo introduce en el ámbito del reconocimiento, y una vertiente económico-política que lo introduce en el ámbito de la redistribución, por lo que, para alcanzar una justicia de género deben contemplarse ambas dimensiones a la vez. Ante un modelo que reproduce desigualdades de acceso y movilidad en función al género, es necesario reconocer las pautas de movilidad asociadas a este rol de género impuesto, para entonces trabajar en disminuir las brechas de acceso a la ciudad por medio de políticas urbanas redistributivas. Esta propuesta teórica se ha buscado materializar espacialmente mediante el urbanismo género-consciente (De Simone, 2018).

EL URBANISMO GÉNERO-CONSCIENTE

El género contribuye a la producción y reproducción de jerarquías de poder que se expresan espacialmente (Soto & Mejía-Dorantes, 2019). A su vez, la falta de reconocimiento de la diversidad de presencias en el espacio público y la imposibilidad de visibilizar los distintos cuerpos en acción, reproduce distintas desigualdades (Jirón, 2017). Por ejemplo, cuando las mujeres tienen que desplegar una serie de estrategias adaptativas para sobreponerse a las barreras físicas espaciales de la ciudad, más las implicaciones del coste económico asociado a los desplazamientos en el territorio (*ibid.*)

Al respecto, De Simone (2018) retoma la noción de Arendt del espacio público como un «espacio de aparición», señalando que los grupos cuyos roles son asignados socialmente están restringidos de aparecer en el espacio público –ya sea por estar relegados a la esfera privada o por su pobreza de tiempo– y permanecen marginados en la planificación urbana. Por esto, se ha planteado que las mujeres, así como otros grupos excluidos de esta idea de espacio público androcéntrico, precisan ser visibilizados.

En este sentido, se ha señalado la necesidad de considerar al género en la planeación urbana y del transporte como una forma de reconocer y abordar las desigualdades en el uso de la ciudad en función de este constructo cultural (Soto & Mejía-Dorantes, 2019). Como respuesta, la propuesta de un urbanismo género-consciente de De Simone (2018) plantea herramientas metodológicas para reconocer los efectos invisibles del género en la reproducción de inequidades y segregación espacial en la vida urbana; pero también proporciona herramientas para equiparar el acceso a las oportunidades que la sociedad promete a las personas.

METODOLOGÍAS PARA COMPRENDER LA CAMINATA. APORTES DESDE EL URBANISMO GÉNERO-CONSCIENTE

La movilidad, como enfoque, plantea que las prácticas y experiencias de las personas deben ser los nuevos vértices para analizar a la movilidad (Urry & Sheller, 2005; Cresswell, 2006). Asimismo, propone considerar las dimensiones físicas, sociales y económicas que atraviesan las prácticas de movilidad (Jirón & Zunino 2017). Desde esta visión, la movilidad es una práctica social que no es neutra, se enmarca en relaciones de poder desiguales y contextos socioespaciales concretos (Soto & Mejía-Dorantes, 2019) y permite develar si la elección de moverse, el modo, el lugar, el horario en que se realiza, es una práctica deseada o restringida (Levy, 2013).

Hanson (2010) identifica dos corrientes dentro de los estudios de la movilidad y el género. La primera se enfoca en estudiar cómo la movilidad da forma al género, concentrándose en entender las pautas de viaje y la movilidad como sinónimo de empoderamiento,

y a la inmovilidad como ausencia de poder para mantener a las mujeres en la subordinación. Sin embargo, plantea la necesidad de trascender esta visión, dado que es necesario considerar la diversidad de contextos socioeconómicos y espaciales en los que las mujeres realizan sus movibilidades.

La segunda corriente identificada por Hanson (2010) se ha enfocado en entender cómo el género da forma a la movilidad; es decir, se ha concentrado en encontrar diferencias entre las pautas de movilidad de mujeres y hombres, aunque revelen poco acerca de los elementos del entorno, psicosociales y del género como proceso. Por ello, la autora propone una nueva aproximación a la movilidad y al género desde la justicia social y ambiental, al señalar que es necesario entender qué elementos de la esfera privada y pública influyen en los grados de movilidad o inmovilidad de las mujeres, tales como vida en familia, vivienda, comunidad, entorno construido, elementos de la infraestructura de transporte, y qué accesos a oportunidades tienen las mujeres dependiendo de sus niveles de movilidad. Su propuesta apunta a relacionar ciertos elementos del contexto con elementos específicos de la movilidad y el género, como una vía para mejorar nuestro entendimiento de cómo el contexto urbano los modifica y qué puede ayudar a mejorar las políticas públicas de transporte.

Las diferencias de género en relación con las experiencias del caminar aún no son temas prioritarios en los estudios de movilidad (Jensen, 2011). Algunas autoras han señalado incluso que su abordaje es reciente en los estudios del Sur global y América Latina (Herrmann-Lunecke *et al.*, 2020), sin embargo, se está generando un creciente cuerpo de conocimiento al respecto. En particular, se reconoce la propuesta de Jirón (2017), que analiza la caminata desde la dimensión de la intermodalidad e interdependencia, así como las de Miralles-Guasch (2009) y Sánchez de Madariaga (2004), quienes analizan cómo las pautas y experiencias de la caminata de las mujeres están influidas por sus características socioeconómicas, el entorno urbano construido y variables ambientales como son el confort térmico, la presencia de arbolado urbano o la exposición a fuentes contaminantes.

A su vez, se han desarrollado distintas metodologías que abordan la movilidad como enfoque, principalmente cualitativas y participativas. Estas pueden ser agrupadas en distintas técnicas según sus objetivos y escala de aplicación, sin embargo comparten el objetivo de utilizar al trayecto como herramienta de diagnóstico situado para identificar las necesidades asociadas al caminar de las mujeres, poniendo en valor la experiencia femenina en el desarrollo de lo urbano (Sánchez de Madariaga & Zucchini, 2020).

Al respecto, y para desarrollar la estrategia metodológica de esta investigación, se identifican las siguientes metodologías: a) las prácticas de sombreado y etnografías móviles (Jirón, 2017); b) los mapeos de relieves de la experiencia (Rodó-Zárate, 2013); c) las inspecciones para evaluar problemáticas de diseño urbano, como *Auditorías de seguridad de las mujeres* (Women in Cities International WICI, 2009; Collectiu Punt 6, 2014) o la *Auditoria de caminabilidad con perspectiva de género* (Liga Peatonal, 2017). A su vez, se retoma el trabajo sobre indicadores de género y gobernabilidad urbana de Rainero y Rodigou (2003) para la construcción de indicadores del instrumento «Bitácora Mi Caminata».

ENFOQUE METODOLÓGICO Y ESTRATEGIAS DE INVESTIGACIÓN

La investigación se abordó desde una aproximación cualitativa-exploratoria, mediante el desarrollo de tres herramientas de investigación. Por un lado, 1) el diseño y la aplicación de la «Bitácora Mi Caminata», y 2) la aplicación de la «Auditoría de Caminabilidad con Perspectiva de Género», para comprender las experiencias de caminata cotidiana de mujeres. Por otro, 3) la aplicación de entrevistas semiestructuradas a funcionarias y funcionarios públicos de las comunas de Providencia y El Bosque, para identificar cómo se desarrolla la institucionalización del enfoque de género en la planeación urbana y de movilidad.

1. La Bitácora Mi Caminata es un instrumento que se diseñó como formato de diario impreso, con la intención de permitir su portabilidad y ser llenado de forma manual. Recoge la siguiente información con la intención de caracterizar un día completo: a) características de las participantes: edad, ocupación, comuna de residencia, frecuencia de caminata, restricciones de movilidad, tiempo para llegar a sus actividades, costos de sus trayectos; b) caracterización de sus recorridos, pudiendo ingresar hasta cinco recorridos registrando el origen, destino, modo, motivo de viaje, combinación de modos, si viajó con objetos, y si viajó acompañada y por quien; c) evaluación de elementos que permiten tener una experiencia cómoda y disfrutable o una incómoda e insegura; d) evaluación de los recorridos respecto a indicadores de seguridad personal, comodidad, accesibilidad e inclusión utilizando una escala de ponderación cuantitativa; y, e) un apartado en blanco para señalar sus propuestas para mejorar su experiencia de caminar en la ciudad (Ver Figura 1).

FIGURA 1. BITÁCORA MI CAMINATA

Datos de la caminante

TU NOMBRE
EDAD
ESTADO CIVIL
HIJOS O DEPENDIENTES
OCUPACIÓN
RESTRICCIONES FÍSICAS
¿CADA CUÁNTO CAMINAS?
¿EN CUÁNTO TIEMPO LLEGAS A TUS ACTIVIDADES?
¿GASTO DIARIO PARA MOVERSE?
¿QUÉ % REPRESENTA ESTE GASTO EN TU PRESUPUESTO MENSUAL?

Mis recorridos

Registra los viajes que realizas durante todo un día, desde que sales de tu casa hasta tu último viaje. Puedes registrar hasta 5 recorridos.

Nombre recorrido: _____ Fecha: _____
Hora de salida: _____ Hora de llegada: _____
Origen: _____ Destino: _____
Modo del viaje: _____
Trayecto: Estación, Recreación, Salud, compras, visitas, recoger a alguien o alguien. Otro: _____

¿Caminaste todo el viaje?
Combinaciones con otros modos: _____
¿Viajaste con objetos?
¿Viajaste acompañada?
¿Viajaste acompañada?

Caminando mi ciudad

Haz un dibujo de tus recorridos, marca el lugar de inicio de tus recorridos y los destinos, y los lugares a los que fuiste caminando durante el día.

Elementos de la Ciudad para una experiencia incómoda, insegura, insegura.

evaluando la experiencia de caminar

Evalúa tus recorridos continuando de acuerdo a los siguientes indicadores. Haz anotaciones sobre tus percepciones y emociones, y otorga una calificación de la siguiente manera: 0.No hay, 1.No funciona, 2.Mala o Insuficiente, 3.Medio, 4.Buena, 5.Excelente.

INCLUSIÓN **SEGURIDAD**

ACCESIBILIDAD **COMODIDAD**

PROPUESAS

¿Qué propones para mejorar tu experiencia de caminar por la ciudad?

NOTAS

MI CAMINATA

DATOS GENERALES

AMINANDO MI CIUDAD

MIS RECORRIDOS

evaluando la experiencia de caminar

PROPUESAS

Fuente: elaboración propia (2018).

2. La Auditoría de Caminabilidad con Perspectiva de Género (Liga Peatonal, 2017) es una herramienta para evaluar el espacio público desde la perspectiva de las mujeres, que permite generar indicadores de diseño y rediseño de la infraestructura en el espacio público. Se evalúan 12 indicadores: accesibilidad, iluminación, señalética, mobiliario, movilidad, usos y equipamiento, espacios para el cuidado, áreas verdes, habitabilidad del espacio, olores, higiene, belleza y sonidos; seguridad y percepción de peligro en el espacio. Cada uno de estos indicadores se analiza a través de una escala ordinal que va desde el «no funciona» hasta el «excelente».
3. Entrevistas semiestructuradas. Se diseñó una pauta para la directora del departamento de Asesoría Urbana de Providencia, el Asesor Urbanista de El Bosque de la Secretaría Comunal de Planificación (SECPLAN), la directora del Centro de Desarrollo Integral Mujer y Género de la Municipalidad de El Bosque y la directora de la Oficina Municipal de la Mujer de Providencia. Con esta entrevista se buscó entender cuatro aspectos de planificación: a) si los planes e instrumentos fomentan una movilidad activa y responsiva al género; b) la partida presupuestal destinada a este rubro; c) si existe transversalización del género en la obra y diseño de infraestructura pública; y, d) la vinculación entre ambas dependencias.

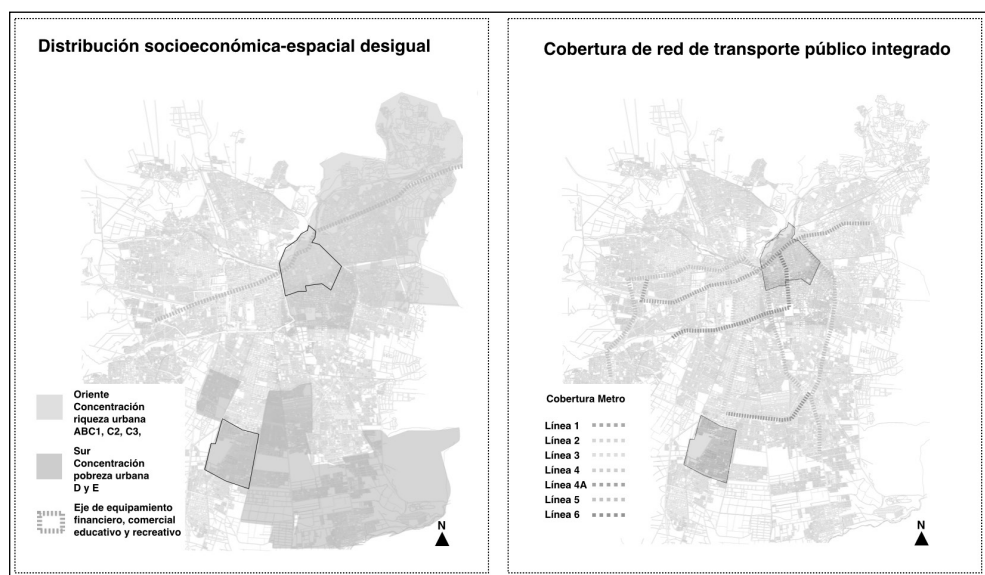
CASO DE ESTUDIO

Se determinó trabajar con las comunas El Bosque y Providencia (Figura 2) por tener en común que la caminata es de los principales modos utilizados por las mujeres, por lo que se identifican como las comunas más sustentables de la ciudad (Allen *et al.*, 2019), pero con diferenciadas brechas de desigualdad (IEUT & CChC, 2018).

En Providencia y en las comunas del oriente existe una centralización de las actividades económicas, equipamiento y servicios, que se refleja en un mayor gasto municipal por habitante y un valor del suelo por metro cuadrado que excluye a ciertos grupos de población.

Mientras que las comunas periféricas, como El Bosque, tienen niveles muy bajos de acceso a satisfactores urbanos, un menor gasto municipal y un valor del suelo por metro cuadrado más accesible para los distintos grupos poblacionales.

FIGURA 2. DISTRIBUCIÓN SOCIOECONÓMICA Y COBERTURA DE TRANSPORTE PÚBLICO EN SANTIAGO



Fuente: elaboración propia (2018).

Providencia es una comuna central, modelo en términos de gestión territorial y diseño urbano, que se caracteriza por tener infraestructuras y conectividad para desplazarse a escala de barrio, comuna y área metropolitana. Se encuentra en una zona con alta conectividad a una red de transporte público estructurado e intermodal en el que se incluye el sistema metro. Se considera el primer ensayo de la «Ciudad jardín» en Chile, lo que definió su característica naturaleza peatonal (Municipalidad de Providencia, 2017). El Bosque, por su parte, es una comuna periférica al sur de Santiago que se conformó históricamente para dar solución a la demanda habitacional de sectores de bajos ingresos como consecuencia de su expulsión de la centralidad urbana.

Actualmente tiene un uso de suelo predominantemente residencial de baja altura (Municipalidad de El Bosque, 2017).









SELECCIÓN DEL PERFIL DE LAS PARTICIPANTES DEL DIAGNÓSTICO SITUADO

Para elegir a las participantes de la investigación, se consideró que fueran residentes de cada comuna y que tuvieran una ocupación remunerada o no remunerada que les exigiera un traslado fuera de casa para hacer un registro cotidiano de su movilidad dentro y fuera de la comuna de residencia. En el caso de El Bosque, las mujeres fueron convocadas a través de la vinculación del Centro de Desarrollo Integral Mujer y Género, ya que habían participado en experiencias previas de diagnósticos de movilidad con mujeres, por lo que tenían identificadas a posibles participantes. Para el caso de Providencia, el contacto fue a partir de la técnica bola de nieve, puesto que la Oficina Municipal de la Mujer no pudo proporcionar apoyo dado que, a la fecha, no desarrolla un trabajo vinculado a la planeación urbana.

OCHO EXPERIENCIAS DE CAMINAR LA CIUDAD

Las ocho mujeres que compartieron su experiencia mediante la Bitácora Mi Caminata (Figura 3), señalan que su comuna les permite realizar caminatas cómodas, en las que se sienten incluidas y representadas en el diseño de los proyectos de movilidad, a diferencia de las caminatas realizadas fuera de su comuna. El indicador mejor evaluado de las mujeres de El Bosque fue la seguridad y el de menor puntaje fue la inclusión; en Providencia los mejor evaluados fueron comodidad y seguridad, y el peor evaluado fue la inclusión, coincidiendo con El Bosque.








FIGURA 3. OCHO EXPERIENCIAS DE CAMINAR POR LA CIUDAD

Caminantes								
Comuna de residencia	El Bosque	El Bosque	El Bosque	El Bosque	Providencia	Providencia	Providencia	Providencia
Edad	53	56	34	23	30	37	40	49
Ocupación	trabajadora doméstica y ama de casa	trabajadora doméstica y ama de casa	trabajadora doméstica y ama de casa	chef	psicóloga	psicóloga	periodista	diseñadora gráfica
Frecuencia de sus caminatas	diario	diario	diario	diario	diario	diario	diario	diario
Tiempo de recorrido	1:30-2:00 hrs caminata+tren+tp	1:00-2:00 hrs caminata+tren+tp	1:30-2:00 hrs caminata+tren+tp	1:30 hrs caminata+tp	10 minutos caminando	30 minutos camina+tp	1:10 hrs caminata+tp	30/ 50 min caminata+taxi+tp
Costos movilidad diaria	\$ 2,800 clp	\$ 3,500-4,000 clp	\$ 2,800 clp	\$ 1,100 clp	\$ 0	\$ 1,500 clp	\$ 1,500-2,100 clp	\$ 2,000 clp
% Mensual p/ movilidad	10%	33%	10%	10%	0%	5%	4%	5%

Fuente: elaboración propia con figuras de Escalatina (2018).

Respecto a los resultados de la Auditoría (Figura 4), tanto las participantes de El Bosque como de Providencia diagnosticaron a su comuna y su espacio cotidiano de movilidad como malo e insuficiente. Por su parte, en Providencia el indicador de movilidad fue el mejor evaluado, y el peor fue el de espacios para el cuidado. Mientras que, en El Bosque, la percepción de seguridad fue el mejor calificado, siendo peor evaluados la accesibilidad, el mobiliario, y los usos y equipamiento. A su vez, las participantes más jóvenes fueron más críticas al evaluar sus entornos, como la caminante 4 de El Bosque que evaluó con la menor puntuación los doce indicadores.

FIGURA 4. RESULTADOS DE LA AUDITORÍA

Indicadores	Puntaje Máximo	1 	2 	3 	4 	5 	6 	7 
ACCESIBILIDAD	45	12	18	14	6	21	19	33
ILUMINACIÓN	25	16	17	20	21	16	9	24
SEÑALÉTICA	25	10	13	10	13	8	9	14
MOBILIARIO	45	16	18	12	15	24	20	37
MOVILIDAD	60	29	32	22	28	35	31	54
USOS Y EQUIPAMIENTO	70	33	60	36	30	40	27	59
ESPACIOS PARA EL CUIDADO	40	14	20	14	14	12	12	27
ÁREAS VERDES	45	27	29	31	19	31	19	43
HABITABILIDAD DEL ESPACIO	55	31	43	33	31	33	27	47
OLORES, HIGIENE, BELLEZA Y SONIDOS	25	13	16	9	5	16	14	24
SEGURIDAD	50	18	28	20	8	24	20	45
PERCEPCIÓN DE PELIGRO	50	6	6	8	13	15	16	2
Total	535	226	300	229	203	275	223	409
Total / 12	45	18 Insuficiente	25 Insuficiente	19 Insuficiente	17 Malo	22 Insuficiente	19 Insuficiente	34 Bueno

Fuente: elaboración propia, las figuras son de Escalatina (2018).

CAMINATA EN BARRIOS CENTRALES Y PERIFÉRICOS: PROXIMIDAD, INTERMODALIDAD Y COMODIDAD

Las mujeres participantes de El Bosque utilizan el transporte público para trasladarse fuera de sus comunas por motivo de trabajo remunerado, mientras que dentro de su comuna realizan viajes por motivos de cuidado y recreación, caminando completamente. Este resultado coincide con lo señalado por Miralles-Guasch (2009) y Sánchez de Madariaga y Zucchini (2020), respecto a que los viajes que las mujeres realizan caminando son principalmente por motivos de cuidado.

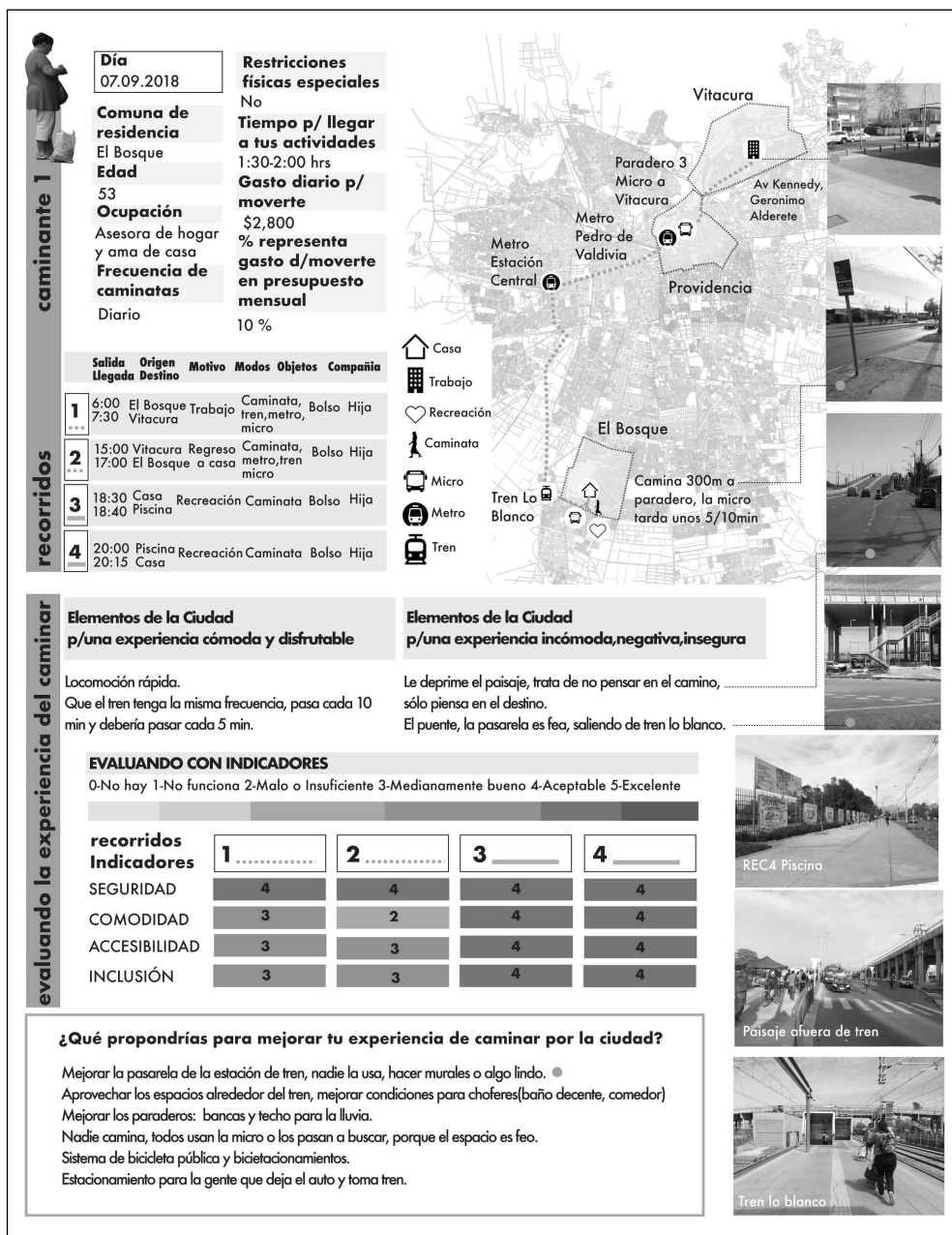
En Providencia, las participantes pueden satisfacer todos sus viajes en la misma comuna, por la existencia de servicios de proximidad, empleo remunerado, satisfactores urbanos y por la condición socioeconómica de las mujeres de renta alta. Si bien las participantes se desplazan a comunas vecinas para ir a trabajar o por motivos de recreación, señalan que esto lo realizan por decisión propia y no

porque la comuna no provea las condiciones para ello, de manera que la proximidad fue uno de los indicadores mejores evaluados.

En ambas comunas las participantes señalaron la necesidad de realizar trayectos cortos a pie hacia los lugares cotidianos a los que requieren ir; es decir, que identifican la proximidad como una dimensión indispensable para tener una experiencia positiva de caminata. A su vez, señalan ciertos elementos de la infraestructura peatonal que les permiten una experiencia cómoda: veredas continuas y anchas, calles o manzanas cortas para cruzar la vialidad en un solo tiempo, calles sin contaminación visual y ambiental, así como la presencia de arbolado y mobiliario urbano, paradas de transporte público adecuadas con mobiliario de espera, sombra y señalética. En la comuna de El Bosque fue más evidente la ausencia de un diseño urbano que cumpla estas características, como se aprecia en la Figura 7.

En correspondencia con lo que plantea Levy (2013), es posible identificar que la elección del modo de transporte está determinada por la clase socioeconómica, ocupación laboral y los servicios de proximidad en el entorno urbano inmediato. Esto se aprecia en el viaje de la Caminante 1 de El Bosque, que por su ocupación como trabajadora del hogar debe atravesar toda la ciudad para llegar a su lugar de trabajo ubicado en Vitacura, una de las comunas de mayor renta en el área metropolitana de Santiago (Figura 5).

FIGURA 5. VIAJE DE LA CAMINANTE I DE EL BOSQUE



Fuente: elaboración propia (2018).

Para las participantes de El Bosque, la intermodalidad es un recurso que les permite satisfacer sus traslados, ya que caminan para conectarse con otros modos de transporte público para desarrollar sus viajes laborales. Sin embargo, calificaron que sus traslados no son cómodos, ya que implican mayor tiempo de espera, no poder ir sentadas, y cansancio físico por la distancia entre las conexiones. Esto coincide con el planteamiento de Jirón e Imilan (2018) y Soto (2018) al señalar que los conflictos en la movilidad se producen en la intermodalidad, ya que la planificación del transporte no considera el diseño de estos espacios de transición o conexión de los que muchas mujeres dependen para satisfacer sus movilidades.

CAMINATA E INCLUSIÓN: COSTOS, TIEMPO Y EQUIPAMIENTO URBANO

A la luz de los testimonios de las mujeres de El Bosque y Providencia, a excepción de la caminante 7 de Providencia, la dimensión de inclusión en la Bitácora Mi Caminata fue evaluada con la escala más baja. Con base en las experiencias y percepciones registradas por las participantes, se puede decir que sus prácticas de movilidad se ven impactadas negativamente por los costos y tiempos invertidos en el viaje, las características del entorno urbano, la falta de acceso a equipamiento público caminando y al nivel de renta.

Las mujeres participantes de El Bosque son trabajadoras del hogar, su ingreso es un salario mínimo y, como el caso de la caminante 2, invierten casi un tercio de su presupuesto mensual en sus traslados diarios. Sin embargo, señalaron que en algunas ocasiones prefieren tomar el transporte público en tramos cortos para evitar caminar debido al cansancio físico por la agotadora jornada laboral, aunque esto implique un mayor gasto. Con ello se visualiza la necesidad de equipamientos y sistemas de transporte que sean próximos a la vivienda.

En contraste, la caminante 5 de Providencia (Figura 6) puede elegir tener pocos gastos en movilidad al poder acceder a pie a todas sus actividades, a pesar de tener un automóvil propio. Esta es una decisión individual facilitada por sus características personales como el nivel de renta y ocupación, pero también por el entorno urbano

caminante 5

Día
10.09.2018

Comuna de residencia
Providencia

Edad
30

Ocupación
Psicóloga

Frecuencia de caminatas
Diario

Restricciones físicas especiales
No

Tiempo p/ llegar a tus actividades
10 minutos

Gasto diario p/ moverte
\$0

% representa gasto d/moverte en presupuesto mensual
0%

	Salida Llegada	Origen Destino	Motivo	Modos	Objetos	Compañía
1	6:50 7:00	Providencia	salud	caminata	bolso sola	
2	9:30 9:45	Providencia Las condes	compras	caminata	bolsa sola	
3	14:30 14:40	Las condes Providencia	regreso	caminata	bolsa amiga a casa	
4	15:00 15:10	Providencia Providencia	trabajo	caminata	bolsa amiga	
5	20:15 20:25	Providencia Providencia	regreso	caminata	bolsa sola a casa	

Casa

Trabajo

Salud Recreación

Compras

Caminata

Micro

Metro

Tren

Elementos de la Ciudad p/una experiencia cómoda y disfrutable

Calles adecuadas para caminar

Naturaleza

Actividades cerca de mi hogar

Elementos de la Ciudad p/una experiencia incómoda,negativa,insegura

Calles oscuras y solitarias

Calles cortadas/discontinuas

Ciclistas en la vereda

EVALUANDO CON INDICADORES

0-No hay 1-No funciona 2-Malo o Insuficiente 3-Medianamente bueno 4-Aceptable 5-Excelente

recorridos Indicadores	1	2	3	4	5
SEGURIDAD	3	4	4	4	3
COMODIDAD	4	3	3	4	4
ACCESIBILIDAD	4	4	4	4	4
INCLUSIÓN	4	4	4	4	4

¿Qué propondrías para mejorar tu experiencia de caminar por la ciudad?

Más pasos peatonales

Educación vial para ciclistas que no respetan espacio de peatones

paseos peatonales, zonas 30

zonas 30 en varias calles del recorrido

Paisaje recorrido 4

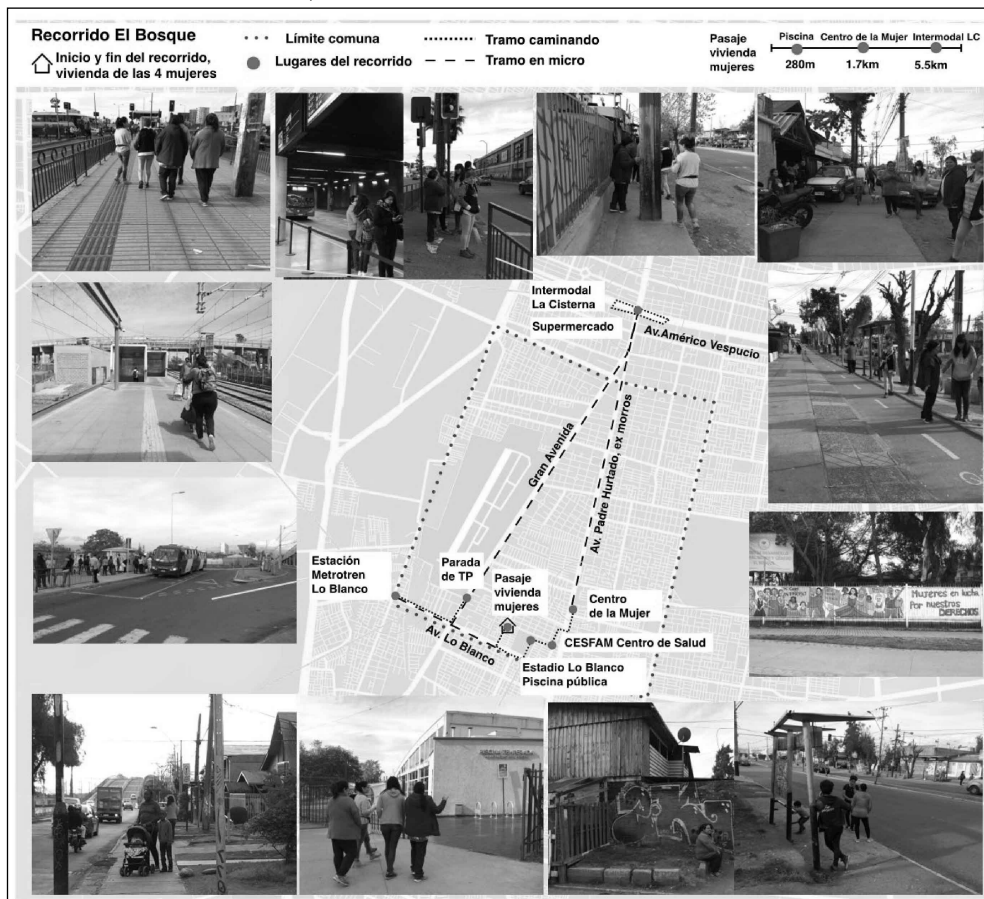
Paisaje recorrido 2

Paisaje recorrido 2

En relación a los tiempos destinados a los viajes de las mujeres participantes, la caminante 5 de Providencia demora 10 minutos a su trabajo, mientras que las caminantes 1 y 2 de El Bosque pueden tardar hasta dos horas. Sin embargo, la dimensión temporal de los viajes no se limita únicamente al tiempo invertido en el traslado, sino a los horarios del día en que estos se realizan, y si son compatibles con sus diversas actividades y con los horarios de operación de los espacios y equipamiento. Las participantes de El Bosque hacen uso de los transportes y servicios fuera del horario punta, ya que su empleo como trabajadoras del hogar difiere de los horarios de entrada y salida de las oficinas y otros establecimientos. Como señalan Sánchez de Madariaga y Zucchini (2020), los viajes de cuidado no son predecibles. Esto implica un mayor tiempo de espera de las mujeres por la menor frecuencia de paso del transporte, ya que el diseño de la operación del sistema de transporte público se realiza generalmente en función a las horas punta para atender principalmente los viajes por motivos laborales remunerados.

Las experiencias de movilidad de las mujeres participantes son afectadas por las condiciones del entorno urbano en el que realizan los trayectos. En ambas comunas, salvo en el caso de la caminante 7 de Providencia, el indicador de usos y equipamiento fue evaluado como insuficiente o malo. Si bien el resultado fue mejor para Providencia, en El Bosque varió según la edad de las caminantes. Las participantes más jóvenes de esta última comuna señalan que hay insuficiente equipamiento comercial y recreativo, como cafés, parques y espacios públicos; mientras que las mayores indican que la provisión de equipamiento en su comuna es adecuado y suficiente para realizar sus actividades. Por su parte, las caminantes de Providencia y El Bosque coincidieron al indicar que no existe actividad comercial por la noche, por lo que evitan ciertos traslados al percibir sus comunas inseguras, a la vez que no existen equipamientos y espacios públicos diseñados para realizar actividades de cuidado, como baños públicos con cambiadores de bebés.

FIGURA 7. AUDITORÍA EN LA COMUNA EL BOSQUE

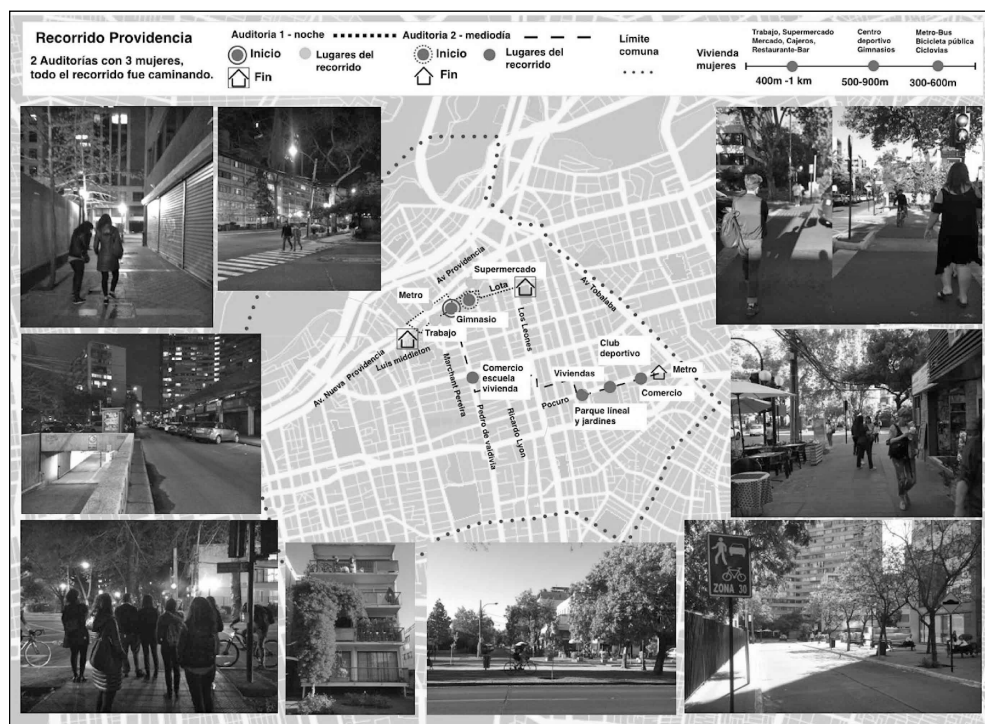


Fuente: elaboración propia, 2018.

En relación a los resultados, podemos decir que una experiencia positiva no se restringe únicamente a la disponibilidad de infraestructura peatonal, si no a la calidad de esta y al nivel de acceso al equipamiento y empleo que se obtiene mediante los trayectos caminando. Esto es más evidente en el caso de Providencia, donde el entorno urbano permite una experiencia de caminabilidad próxima e intermodal (Figura 8). Sin embargo, en El Bosque las mujeres participantes identificaron que existen condiciones y elementos del diseño urbano que afectan su movilidad cotidiana. Señalan la necesidad de un acceso próximo a lugares de trabajo, equipamientos y

servicios básicos. Por otro lado, faltan también espacios y elementos relacionados con el cuidado, como guarderías, comedores públicos, parques y espacios públicos con baños públicos o bebederos.

FIGURA 8. AUDITORÍA EN LA COMUNA PROVIDENCIA



Fuente: elaboración propia, 2018.

ENFOQUES MUNICIPALES DISTINTOS: POLÍTICAS DE MOVILIDAD Y GÉNERO EN LA COMUNA EL BOSQUE Y PROVIDENCIA

El Bosque

Con base en la entrevista realizada al director de Asesoría Urbana del SECPLAN, se puede reconocer que la dependencia no cuenta con una política de transversalización del género en la planeación de la movilidad sustentable de la comuna. Si bien realizan procesos participativos como diagnósticos urbanos con enfoque de género

para identificar y proponer soluciones adaptadas a las necesidades de las mujeres, son acciones aisladas que no están en el marco de un plan o programa. Ante el desafío de incorporar el género en sus planes de movilidad sustentable, señala que no se ha hecho principalmente por falta de financiamiento, de articulación de las instituciones, por superposición o evasión de funciones administrativas y por la ausencia de recursos legales para actuar. A su vez, señala que existen brechas de conocimiento con respecto a la integración del enfoque de género en la agenda urbana.

Sin embargo, se observa que en la comuna de El Bosque existe una política de género gestada desde el Centro de Desarrollo Integral Mujer y Género de la Municipalidad. La directora del Centro señala que se impulsa la transversalización del género en el espacio urbano, mediante la generación de capacitaciones a las áreas técnicas de transporte para la integración de variables de género en sus diagnósticos. Asimismo, se realiza la transferencia de habilidades y conocimiento para el empoderamiento económico de la comunidad de mujeres vecinas. Adicionalmente, la directora señala que buscan incorporar en su agenda las necesidades prácticas y estratégicas de hombres y mujeres. En específico, plantea la necesidad de cuestionar los materiales y enfoques con los que las instituciones trabajan, para promover una transformación radical en la vida de hombres y mujeres y proponer un cambio en la política municipal de género.

Sobre el reto de implementar un plan de movilidad sostenible sensible al género, las personas entrevistadas señalan una serie de necesidades vinculadas a esta posibilidad. Por un lado, la de garantizar la sostenibilidad financiera del Centro que le permita seguir mejorando las capacitaciones y proyectos que se realizan para generar el empoderamiento económico de las mujeres. Por otro lado, la articulación del Centro con la dependencia de Asesoría Urbana, para fortalecer las capacidades de las personas funcionarias que implementan proyectos urbanos.

Providencia

Con base en las entrevistas, se reconoció que Providencia tiene una política de movilidad sustentable pionera en Santiago, así como una planificación y gestión urbana a escala humana que ha sido promovida en los distintos periodos gubernamentales. Las personas entrevistadas coinciden en señalar que Providencia se ideó como una comuna caminable con infraestructura y elementos que promueven la caminata, como veredas anchas y conectadas, dotación de sombra y una variedad de equipamientos.

Por otro lado, a partir de las entrevistas se identifica que el enfoque principal de los planes y políticas urbanas y de movilidad está centrado en los criterios de universalidad y accesibilidad, desde los cuales se generan procesos estandarizados para eficientar los recursos públicos. Una entrevistada señala que los programas de diseño urbano toman en cuenta a toda la población y que las estrategias de diseño contemplan las necesidades de las mujeres. En este sentido, se reconoce como un reto la inclusión del enfoque de género y de la interseccionalidad en la política urbana de Providencia para reconocer y atender las necesidades diversas de las y los habitantes de la comuna.

Con base en los testimonios, no es posible reconocer la existencia de una directriz de género en las políticas de movilidad de Providencia. Tampoco se ha identificado la necesidad expresada de vincular ambas temáticas y se ha señalado que desde el área de Asesoría Urbana y la Oficina Municipal de la Mujer no ha existido un acercamiento previo para trabajar de manera conjunta. Hasta el momento de la entrevista, la Oficina Municipal de la Mujer no tiene una línea de trabajo relacionada con la transversalización de género al espacio urbano, centrándose en temáticas relacionadas con la esfera privada de las mujeres.

CONCLUSIONES

La investigación se planteó comprender las dimensiones presentes en las prácticas de caminata de algunas mujeres que habitan periferias o centralidad, así como identificar las implicaciones de la

institucionalización del enfoque de género en la planeación urbana y de movilidad a nivel local.

En función de los hallazgos, podemos reconocer que, como señala Miralles-Guasch y Cebollada (2009), la planificación de la movilidad y el desarrollo urbano sigue realizándose de forma desarticulada, y los impactos negativos de este modelo de hacer ciudad son más evidentes en comunas de la periferia. Las experiencias de caminata de algunas mujeres están sujetas al desarrollo de estrategias individuales adaptativas, como respuesta a entornos que no dan soporte a sus actividades del día a día. Por ello, puede considerarse que, en general, sus caminatas son funcionales y no necesariamente para disfrutar el trayecto.

En relación con el diseño metodológico y los instrumentos propuestos, podemos señalar tres reflexiones principales. Primero, permitieron aportar un diagnóstico situado, en donde el caminar se convierte en una herramienta de diagnóstico al develar las problemáticas y oportunidades de un entorno. En particular, permite identificar las demandas y necesidades prioritarias de diseño urbano expresadas por las mujeres en su movilidad cotidiana, como la necesidad de servicios y transporte público de proximidad y una oferta de equipamiento y empleos accesibles a pie. Segundo, los instrumentos permitieron reconocer algunas variables personales que influyen en la experiencia de caminata de las mujeres, como son la ocupación, ingreso y edad. Tercero, estas herramientas de diagnóstico situado posibilitan una evaluación cualitativa y cuantitativa que permite identificar áreas de acción para intervenir, por lo que representa un conjunto de recursos clave para el diseño de políticas públicas urbanas y de movilidad, de un plan de movilidad con un enfoque de género consciente.

Por otro lado, se reconocen ciertos desafíos en la aplicación de las técnicas cualitativas y participativas, como la necesidad de ampliar la muestra e involucrar a mujeres de distintas ocupaciones, niveles de renta, edades, lugares de residencia, acceso a vivienda y estado civil. De igual modo, se reconoce la importancia de aplicar los instrumentos en distintos momentos del día, particularmente la

Auditoría de Caminabilidad con Perspectiva de Género, para identificar los cambios en la evaluación de cada indicador en función a la temporalidad y las condiciones contextuales del entorno.

Ante el propósito de analizar cómo inciden las políticas públicas y la gestión urbana en la experiencia del caminar, podemos señalar que la propuesta de entrevistas semiestructuradas a las personas funcionarias permitió entender de manera general los enfoques de planificación de cada comuna. En el caso de El Bosque, el enfoque para transversalizar el género en la planeación urbana se hace de forma sectorial, impulsado principalmente por el Centro de Desarrollo Integral Mujer y Género de la Municipalidad. En Providencia, en cambio, no se identifica una transversalización del enfoque de género en la planeación urbana y de la movilidad, ya que desde Asesoría Urbana se promueve un enfoque de diseño universal para todas las personas, y desde la Oficina de la Mujer una agenda de género que no se vincula a la planeación urbana.

Adicionalmente, se reconoce que ambas comunas cuentan con centros de la mujer activos, política que en sí misma ya constituye un logro para una planificación con perspectiva de género. Sin embargo, se considera que el paso siguiente sería consolidar un esquema de trabajo conjunto e integral entre las áreas de desarrollo urbano, movilidad y género en los planes y proyectos de diseño urbano, para contribuir a la mejora de las condiciones materiales y las experiencias de movilidad de las mujeres de sus comunas.

Finalmente, se propone que a nivel local se implemente una política pública de gestión del territorio y de movilidad vinculada a la agenda de género, y que se definan programas y mecanismos para que las autoridades puedan operacionalizar e implementar acciones. La caminata es una decisión interdependiente al contexto en el que se despliega, y si el modelo de ciudad sigue sin satisfacer un acceso equitativo a las necesidades básicas de equipamientos, trabajo y vivienda a través de distancias caminables y en condiciones adecuadas, la caminata seguirá siendo una elección para algunas mujeres, pero una imposición para aquellas que habitan las periferias urbanas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allen, H., Cárdenas, G., Pereyra, L. & Sagaris, L. (2019). *Ella se mueve segura (ESMS). Un estudio sobre la seguridad personal de las mujeres y el transporte público en tres ciudades de América Latina*. CAF y FIA Foundation.
- Chant, S. (2003). *Feminización de la pobreza nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género*. CEPAL, Santiago, Chile, noviembre de 2003.
- Collectiu Punt 6. (2014). *Auditoría de calidad urbana con perspectiva de género*. Editorial Comanegra.
- Cresswell, T. (2006). *On the Move. Mobility in the Modern Western World*. Routledge.
- De Simone, L. (2018). Mujeres y Ciudades. Urbanismo género-consciente, espacio público y aportes para la ciudad inclusiva desde un enfoque de derechos. En Arce, J. (Ed), *El Estado y las mujeres: el complejo camino hacia una necesaria transformación de las instituciones* (pp. 290-250).
- Falú, A. (2018). *Espacios metropolitanos igualitarios*. Metropolis, Observatorio. https://www.metropolis.org/sites/default/files/metobsip4_es.pdf
- Fraser, N. (1997). *Justice Interruptus. Critical Reflections on the «Post-socialist» Condition*. Routledge.
- Fainstein, S. (2009). *Spatial Justice and Planning*. <https://www.jssj.org/wp-content/uploads/2012/12/JSSJ1-5en1.pdf>
- Grieco, M. & Turner, J. (2000). Gender and time poverty: the neglected social policy implications of gendered time, transport and travel. Time International Conference on Time Use. *Time & Society*, 9, 129-136.
- Hanson, S. (2010). Gender and mobility: New approaches for informing sustainability. *Gender, Place and Culture*, 17(1), 5–23. <https://doi.org/10.1080/09663690903498225>
- Herrmann-Lunecke, M., Mora, R. & Sagaris, L. (2020). Persistence of walking in Chile: lessons for urban sustainability. *Transport Reviews*. DOI: 10.1080/01441647.2020.1712494
- Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales [IEUT] y Cámara Chilena de la Construcción [CChC] (2018). *Índice de Calidad de Vida Urbana Comunas y Ciudades de Chile*.
- Jensen, A. (2011). Mobility, Space and Power: On the Multiplicities of Seeing Mobility. *Mobilities*, 6(2), 255-271. <http://dx.doi.org/10.1080/17450101.2011.552903>

- Jirón, P. & Gómez, J. (2018). Interdependencia, cuidado y género desde las estrategias de movilidad en la ciudad de Santiago. *Revista de sociología tiempo social*, 30(2), 55-72. <https://doi.org/10.11606/0103-2070.ts.2018.142245>
- Jirón, P. & Imilan, W. (2018). Moviendo los estudios urbanos. La movilidad como objeto de estudio o como enfoque para comprender la ciudad contemporánea. *Quid*, 16(10), 17-36. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/153116>
- Jirón, P. & Zunino, D. (2017). Dossier Movilidad urbana y género: experiencias latinoamericanas. *Transporte y territorio*, (16), 1-8. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/144582>
- Jirón, P. (2017). Planificación urbana y del transporte a partir de relaciones de interdependencia y movilidad del cuidado. En M. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 406-432). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Jirón, P., & Mansilla, P. (2014). Las consecuencias del urbanismo fragmentador en la vida cotidiana de habitantes de la ciudad de Santiago de Chile. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 40(121), 5-28. <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612014000300001>
- Law, R. (1999). Beyond women and transport: towards new geographies of gender and daily mobility. *Progress in Human Geography*, 23(4), 567-588. <https://doi.org/10.1191/030913299666161864>
- Levy, C. (2013). Travel choice reframed: «deep distribution» and gender in urban transport. *Environment & Urbanization*, 25(1), 47-63.
- Liga Peatonal. (2017). *Auditoría de caminabilidad con perspectiva de género*.
- Massey, D. (1994). *Space, Place and Gender*. Polity Press.
- Mc Dowell, L. (1999). *Gender, Identity and Place. Understanding Feminist Geographies*. Polity Press.
- Miralles-Guasch, C. (1998). La movilidad de las mujeres en la ciudad. Un análisis desde la Ecología Urbana. *Ecología Política*, 15(15), 123-130.
- Miralles-Guasch, C. & Cebollada, A. (2009). Movilidad cotidiana y sostenibilidad, una interpretación desde la Geografía Humana. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (50), 193-216.
- Miralles-Guasch, C. & Martínez, M. (2012). Las divergencias de género en las pautas de movilidad en Cataluña, según edad y tamaño del municipio. *Revista Latino-Americana de Geografía E Género*, 3(2), 49-60.
- Rainero, L. & Rodigou, M. (2003). *Indicadores Urbanos de género. Un aporte a la construcción de ciudadanía de las mujeres*. Mimeo III Jornadas de Discurso Social y Construcción de Identidades. Centro de Estudios Interdisciplinarios de Género. CEA-UNC, Córdoba. Argentina.

- Rainero, L. (2005). *Derechos, legislaciones y prácticas, acceso a la vivienda y la ciudad*. Foro de Género de las Américas. Panel sobre Igualdad de Género en el Goce de los Derechos Sociales y Culturales.
- Rodó-Zárate, M. (2013). *Metodologías feministas visuales para el análisis de la experiencia del espacio desde una perspectiva interseccional*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Rico, M. & Segovia, O. (2017) ¿Cómo vivimos la ciudad? Hacia un nuevo paradigma urbano para la igualdad de género. En M. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 42-69). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Sánchez de Madariaga, I. (2004). Infraestructuras para la vida cotidiana y calidad de vida. *Ciudades*, 8, 101-133.
- Sánchez de Madariaga, I. (2009). Vivienda, movilidad y urbanismo para la igualdad en la diversidad: ciudades, género y dependencia. *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, 161-162.
- Sánchez de Madariaga, I. & Zucchini, E. (2020). «Movilidad del cuidado» en Madrid: nuevos criterios para las políticas de transporte. *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, 52(203), 89-102. <https://doi.org/10.37230/CyTET.2020.203.08>
- Soto, P. & Mejía-Dorantes, L. (2019). A review on the influence of barriers on gender equality to access the city: A synthesis approach of Mexico City and its Metropolitan Area. *Cities*, 96. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2019.102439>
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2). 10.19053/01233769.7382
- Urry, J. & Sheller, M. (2005). The new mobilities paradigm. *Environment and planning A*, 38, 207-226.
- Walsh, M. (2009). Gender and travel: mobilizing new perspectives on the past. En G. Letherby & G. Reynolds (Eds.), *Gendered Journeys, Mobile Emotions*. Routledge.
- Women in Cities International (WICI) (2004). *Women's safety awards 2004: a compendium of good practices*. Montreal: Women in Cities International.
- Zunino, G. & Jirón, P. (Eds) (2017). *Términos claves para los estudios de la movilidad en América Latina*. Biblos.

MOVILIDAD(ES) DEL CUIDADO: UNA APROXIMACIÓN CUANTITATIVA DESDE LA MIRADA DE GÉNERO E INTERSECCIONALIDAD EN SAN PEDRO DE LA PAZ, CHILE

Denisse Larracilla Razo

INTRODUCCIÓN

En los últimos años ha existido una producción creciente de estudios de la movilidad cotidiana que indagan en las implicancias del género en las experiencias y patrones de viaje diferenciados entre hombres y mujeres, las cuales suelen encarnarse en situaciones de desigualdad espacial respecto al uso de la ciudad (Jirón, 2015). Particularmente, la construcción cultural de género reproduce una distribución asimétrica del trabajo productivo y reproductivo entre hombres y mujeres, con consecuencias en el uso que se hace del tiempo y el territorio donde se mueven (Pérez, 2019). Tal es el caso de las actividades del cuidado, las cuales son fundamentales para la reproducción y sostén de la vida cotidiana (Valdivia, 2018) y que generalmente se encuentran a cargo de las mujeres (Arriagada, 2010; Rico & Segovia, 2017; Zucchini, 2015). Por *cuidado*, se

ha considerado al trabajo no remunerado realizado por personas adultas para atender a las infancias y otras personas dependientes, incluidas las labores relacionadas para el mantenimiento del hogar (Zucchini, 2015; Jirón, 2017).

El conjunto de desplazamientos vinculados a la realización de dichas tareas es conocido como *movilidad del cuidado* (Sánchez de Madariaga, 2009). Su conceptualización ha permitido reconocer el peso de aquellos viajes invisibilizados dentro de las metodologías tradicionales de recolección y análisis de datos de movilidad, así como en las decisiones de planificación del transporte; pues estas generalmente han centrado su atención en la movilidad con propósitos laborales, pese a que los viajes que se realizan con fines reproductivos tienen una significativa representación en las dinámicas diarias de viaje (Granada *et al.*, 2016; Casas *et al.*, 2019; Sánchez de Madariaga, 2009).

La creciente visibilización de las movilidades del cuidado, así como una constante producción de conocimiento sobre los patrones de viaje de las personas, ha permitido reconocer que la movilidad de las mujeres presenta características y patrones más complejos que la de los hombres, lo que se atribuye en gran medida a la división de labores en el hogar, el cuidado de otras personas y la distribución en el uso del tiempo (Jaimurzina *et al.*, 2017). Sin embargo, también se ha precisado la importancia de adoptar una mirada interseccional y reconocer que las mujeres no son un grupo homogéneo (Miralles-Guasch, 1998) y que, por tanto, en la movilidad de mujeres también existen necesidades y patrones diferenciados, determinados en gran medida por las características socioculturales y los contextos geográficos (Loukaitou-Sideris, 2016). Esta comprensión interseccional se torna fundamental, especialmente cuando alguna o varias de estas características personales o contextuales, como potenciales dimensiones de diferencia y desigualdad (Segura, 2014), pueden acentuar las brechas de género, representar condiciones desventajosas para el desarrollo personal o dificultar el acceso a las oportunidades de la ciudad de manera equitativa.

En este marco, se han realizado aproximaciones cuantitativas y cualitativas en el contexto iberoamericano (Zucchini, 2015; Jirón & Gómez, 2018; Chaves *et al.*, 2017; Gutiérrez & Reyes, 2017; Sánchez de Madariaga & Zucchini, 2020; Aguilera *et al.*, 2020) las cuales han buscado comprender la movilidad cotidiana con especial enfoque en el cuidado. Sin embargo, se ha identificado que aún son escasas las investigaciones empíricas realizadas en ciudades diferentes a las capitales metropolitanas (ej. Madrid, Santiago, Buenos Aires); las que podrían enriquecer el conocimiento sobre la movilidad del cuidado, en contextos urbanos con diferentes escalas territoriales y poblacionales.

Este artículo, que forma parte de un proyecto de investigación¹ mayor, indaga en la movilidad del cuidado de la comuna de San Pedro de la Paz, al sur de Chile. Una ciudad dormitorio del área metropolitana del Gran Concepción de poco más de 130 mil habitantes, que presenta un modelo de desarrollo urbano expansivo, de baja densidad y auto-intensivo, y que mantiene una estrecha relación funcional con la ciudad de Concepción.

La aproximación a las movilidades cotidianas en la comuna se plantea en este texto como un ejercicio especulativo de corte cuantitativo. Dado que la recolección y base de datos oficial de los viajes que se realizan en San Pedro de la Paz y el área metropolitana no cuenta con un enfoque de cuidado, este estudio propone reclasificar y analizar los viajes de la comuna bajo esta mirada para contribuir a la visibilización de los desplazamientos ligados al trabajo reproductivo. La indagación de la movilidad diaria se realiza desde dos dimensiones: a) una perspectiva de género para reconocer cómo y en qué medida los desplazamientos relacionados con el cuidado se realizan por mujeres y hombres de manera diferenciada; y, b) una mirada interseccional, para identificar los diferentes patrones y

¹ Los resultados que se presentan en este texto están basados en la tesis de magíster de la autora, la cual contó con el apoyo y financiamiento del Proyecto Fondecyt Regular N°1201362 «An interdependence, social networks, gender approach to understand daily activity-travel and mobility of care in two Chilean cities». La tesis se desarrolla desde una aproximación mixta de investigación, no obstante, en esta publicación se presentan los principales hallazgos de la indagación cuantitativa.

necesidades de movilidad diaria y del cuidado en la diversidad de mujeres, según sus características personales y contextuales.

De esta forma, se busca contribuir a una mayor comprensión de la(s) movilidad(es) desde el eje analítico del cuidado y del reconocimiento de su pluralidad y diversidad, esto según las implicancias que le concede el género, así como otros factores personales y contextuales. Sobre todo, cuando la identificación de estos matices puede contribuir al diseño de políticas públicas de movilidad, organización espacial e incluso del cuidado que favorezcan experiencias y accesos equitativos a las oportunidades distribuidas en el territorio.

EL TRABAJO REPRODUCTIVO Y EL CUIDADO

El concepto de trabajo de reproducción se plantea, en los años setenta, tras los debates encabezados por la economía feminista anglosajona que ponen de manifiesto la invisibilidad de las labores cargadas hacia las mujeres para el sostén de la vida y de la fuerza de trabajo (Arriagada, 2010; Carrasco, 2001). El trabajo reproductivo se refiere a aquellas actividades realizadas cotidianamente para la gestión de la vida y de la salud (Pérez-Orozco, 2006), que incluye las labores relacionadas con el mantenimiento del hogar y con el cuidado de personas (Pérez-Orozco, 2014). Su denominación plantea una distinción del trabajo productivo o de producción de bienes y servicios, vinculado al mercado laboral y que tradicionalmente ha sido reconocido como el único trabajo (Carrasquer *et al.*, 1998).

El cuidado o trabajo de cuidados dista de tener una conceptualización consensuada. Sin embargo, se considera parte de la esfera de trabajo de reproducción social, que se relaciona con las actividades de gestión y mantenimiento cotidiano para la sostenibilidad de la vida y de la salud (Pérez-Orozco, 2006). En las diversas acepciones sobre el cuidado, se plantea que puede manifestarse a través de diferentes dimensiones. Por un lado, una dimensión material en la que se incluyen las tareas de trabajo doméstico y cuidados directos, es decir, la interacción concreta con personas y la atención específica a cuerpos y necesidades fisiológicas, como la alimentación o limpieza

(Carrasco, 2001; Pérez-Orozco, 2014). Por otro lado, una dimensión inmaterial se asocia con el ámbito afectivo y relacional, que tiene que ver con la atención al estado emocional o intersubjetivo, la seguridad psicológica y los vínculos humanos (Mogollón & Fernández, 2016; Pérez-Orozco, 2006); o en las tareas de gestión mental, como la planificación, control, evaluación o supervisión de los procesos de cuidado (Carrasquer *et al.*, 1998; Pérez-Orozco, 2014).

EL CUIDADO EN LA CIUDAD

Se ha planteado que uno de los factores que han ralentizado la integración de la perspectiva de género en la planificación urbana es un criterio de «neutralidad» del género en el ordenamiento de las ciudades (Larsson, 2006). Principalmente, cuando desde esta visión se considera a las personas como seres idénticos, limitando la capacidad de reconocer la diversidad de necesidades y obstáculos que generan desigualdad en el acceso a los bienes y servicios de la ciudad (Sánchez de Madariaga, 2009).

Por otro lado, diversas autoras han planteado que las ciudades se han desarrollado desde una visión androcéntrica que ha puesto en una situación de ventaja a los hombres al enfocarse principalmente en atender las necesidades relacionadas con el trabajo productivo (McDowell, 1999; Sandercock & Forsyth, 1992; Valdivia, 2018). Adicionalmente, se ha denunciado que la planificación urbana difícilmente ha considerado a las ciudades como un soporte físico para llevar a cabo las actividades ligadas al trabajo reproductivo y de cuidados, invisibilizando las necesidades relacionadas con la reproducción y sostenimiento de la vida en la organización y diseño urbano (Moser, 1989; Muxí *et al.*, 2011; Scuro & Vaca-Trigo, 2017).

La planificación de la ciudad señalada en estos planteamientos implica una serie de complejidades para la vida cotidiana, principalmente para las mujeres. Sobre todo, porque existe una integración creciente de las mismas en el mercado laboral, pero no una participación proporcional de los hombres en el trabajo reproductivo (Carrasco, 2017). Incluso, es cada vez más común la doble jornada

de trabajo de las mujeres —al asumir el trabajo productivo y reproductivo— con impactos negativos en el uso de su tiempo, calidad de vida y su salud física y mental al intentar compatibilizar ambas esferas (Rainero & Rodigou, 2001).

LA MOVILIDAD DEL CUIDADO

Sánchez de Madariaga (2009) señala que desde una perspectiva de género es posible identificar que los diferentes espacios de la ciudad son, al igual que la vivienda, espacios de trabajo de cuidado no remunerado. Esto, debido a que quienes se encargan del cuidado de otros utilizan los espacios e infraestructuras urbanas para acompañar a las personas, realizar compras o hacer trámites y gestiones necesarias para el sostenimiento del hogar. En este sentido, el transporte representa una infraestructura que sostiene las actividades reproductivas (*ibid.*), al menos desde una dimensión material.

Al respecto, Sánchez de Madariaga y Zucchini (2020) se refieren a la *movilidad del cuidado*, como aquella que engloba

los viajes realizados para llevar a cabo las tareas cotidianas para esos propósitos, incluyendo el acompañar menores al colegio, a actividades extraescolares o a practicar deporte; hacer las compras; hacer recados, tanto en oficinas públicas como privadas; visitar o acompañar familiares enfermos y ancianos, etc. (p. 91)

Esta definición contribuye a reconocer que los patrones de movilidad de quienes realizan las tareas del cuidado —fundamentalmente mujeres— tienen características y necesidades particulares que deben considerarse en la planificación de la ciudad y el transporte. Además, este concepto surge como una denuncia ante la subestimación de los viajes relacionados al cuidado en los procesos de diseño, recolección, análisis y resultados dentro de los instrumentos tradicionales de recolección de datos en el transporte, como son las denominadas *encuestas de movilidad* o *encuestas origen-destino de viajes* (EOD) (Sánchez de Madariaga, 2009).

En cuanto a estos instrumentos, Sánchez de Madariaga (2009) ha identificado algunas limitaciones. Por un lado, los propósitos de viaje registrados en las EOD son separados en pequeñas categorías (trabajo, estudio, compras, salud, trámites, acompañamiento, recreación, entre otros), por lo que esta fragmentación no permite identificar el conjunto de viajes que se realizan por motivos de cuidado, propiciando su subrepresentación respecto de los viajes productivos y de los viajes totales. Sin embargo, se ha denunciado que los viajes de cuidado integran un conjunto más amplio y que su representación se equipara, o incluso excede, los viajes por motivos productivos o laborales (Sánchez de Madariaga & Zucchini, 2020). Por otro lado, Sánchez de Madariaga (2009) señala que en la interpretación de los datos recogidos por las encuestas no se consideran los viajes cortos, ni los viajes encadenados —realizados generalmente por mujeres—, y que algunos viajes relacionados con el cuidado se clasifican dentro de la categoría «otros». En este sentido, se precisan cambios en el diseño e interpretación de estas encuestas o de su complementación con otros instrumentos que permitan aproximarse a la esfera reproductiva desde su expresión móvil.

INTERSECCIONALIDAD EN LAS MOVILIDADES COTIDIANAS

A través de una revisión de estudios de movilidad, Jaimurzina *et al.* (2017) han identificado que las mujeres tienen patrones de viaje más complejos: realizan una mayor cantidad de viajes relacionados con el cuidado; con propósitos de viaje más diversos; en trayectorias encadenadas y más parecidas al zig-zag, fuera de los horarios punta de tránsito y a través de distancias cortas y medianas, más próximas al hogar; acompañando a personas dependientes y generalmente cargando algún elemento (p. ej. carros de bebés, bultos, compras). Por su parte, los viajes de hombres se realizan principalmente por motivos laborales, a través de distancias medianas y largas, en trayectos pendulares del hogar al trabajo (conocidos como *commuting*), con menos viajes de acompañamiento y sin elementos de carga particular.

Estas características son relevantes si se considera que las implicancias de género en las experiencias y prácticas diferenciadas de movilidad tienen efectos en la vida cotidiana y la calidad de vida urbana de las personas (Jirón, 2015). Sin embargo, también se ha reconocido la importancia de abordar las experiencias, necesidades y patrones de movilidad de mujeres desde una mirada interseccional (Zucchini, 2015; Loukaitou-Sideris, 2016). El concepto de interseccionalidad plantea la importancia de entrecruzar el género con otras categorías y otros factores potenciales de desigualdad para revelar lo que no es posible observar cuando las diferencias se conceptualizan como separadas unas de otras (Vázquez, 2012).

En este marco, el entrecruzamiento del género con otras variables —como características individuales o colectivas— se considera fundamental para comprender las razones que subyacen a las decisiones y estrategias de movilidad en general, y a los viajes por cuidado en particular. Entre estas se pueden considerar el nivel de ingreso, la etapa en el ciclo vital, educación, diversidad funcional, ocupación o estructura familiar, entre otros (Casas *et al.*, 2019; Allen, 2018; Rico & Segovia, 2017; Pérez, 2019; Zucchini, 2015). Sobre todo, cuando una o más de estas variables, como dimensiones de diferencia y desigualdad (Segura, 2014), pueden situar a las personas en condiciones de desventaja para su desarrollo personal o para acceder a las oportunidades de la ciudad de manera equitativa.

CASO DE ESTUDIO: SAN PEDRO DE LA PAZ

La comuna de San Pedro de la Paz forma parte de las once comunas que integran el área metropolitana de Concepción (AMC), conocida como el «Gran Concepción». La población total es de 131 mil 808 personas, con una representación del 13% de la población metropolitana (INE, 2017). El 52% de la población comunal está compuesta por mujeres y 48% por hombres.

La comuna ha presentado un marcado crecimiento poblacional y urbano desde la década de los setenta, atribuido en gran medida a la demanda de suelo habitacional por parte de las comunas de

Concepción y Talcahuano (Pérez Bustamante & Riffo, 2003; Municipalidad de San Pedro de la Paz, 2012). Se ha caracterizado por un desarrollo urbano periférico, disperso y fragmentado (Martínez *et al.*, 2016) en torno a la carretera Ruta 160, principal vía de transporte que conecta a Lota, Coronel y San Pedro de la Paz con la ciudad de Concepción.

De la mano de lo anterior, la movilidad urbana de la población de San Pedro de la Paz depende en gran medida de medios motorizados de transporte, especialmente del automóvil. En contraste con el reparto modal de las comunas que integran el Gran Concepción, a nivel general, en San Pedro se realiza una menor proporción de viajes a pie, en bicicleta y transporte público, y una mayor distribución de viajes en transporte privado (SECTRA, 2017).

METODOLOGÍA

Para identificar los patrones de movilidad cotidiana de mujeres y hombres en San Pedro de la Paz, se utilizaron los resultados de la Encuesta Origen-Destino (EOD) del Gran Concepción 2015 (SECTRA, 2015). La base de datos de la EOD contiene información detallada sobre los viajes de una muestra representativa de la población, como los propósitos de viaje, modos de transporte, duración, distancia, entre otras variables. También proporciona datos sociodemográficos de las personas encuestadas y de sus hogares, como el sexo, edad, composición del hogar, ocupación, jornada laboral e ingresos, lo que facilita un análisis interseccional de las movilidades.

Previamente, se han señalado algunas limitaciones en el diseño e interpretación de las EOD para comprender las movilidades del cuidado y su relación con el género (Sánchez de Madariaga, 2009). Por ejemplo, la inexistencia de una clasificación específica de viajes con propósitos de cuidado; la invisibilización de algunos viajes de cuidado dentro de la categoría «otros»; o interpretaciones estadísticas que no consideran los viajes cortos ni encadenados, que son característicos de la movilidad de mujeres.

Por esta razón, y dado que los propósitos de viaje levantados por la EOD del Gran Concepción no contienen específicamente el propósito de cuidado, se consideró como *proxy* de este tipo de movilidad a aquellos desplazamientos relacionados con las actividades no remuneradas para la reproducción de la vida diaria, incluido el cuidado de otras personas. En este sentido, se realizó un ejercicio especulativo de reclasificación de viajes, agrupándolos en cinco macro propósitos para distinguir los desplazamientos realizados por motivos de trabajo, estudio, cuidado y recreación (Cuadro 1). Por otro lado, se buscó compensar la subestimación que se hace a través de su análisis de los viajes cortos y los clasificados como «otros», puesto que se consideraron fundamentales para atender el objetivo de esta investigación.

CUADRO 1. PROPUESTA DE RECLASIFICACIÓN DE LOS PROPÓSITOS DE VIAJE (EOD 2015) EN MACRO PROPÓSITOS

Macro propósito propuesto	Propósitos de viaje (EOD 2015)
Trabajo	Trabajo; por trabajo
Estudio	Estudio; por estudio
Cuidado	Salud; visitar a alguien; buscar o dejar a alguien; buscar o dejar algo; de compras; trámites; otro (reunión de apoderados, acompañamiento)
Recreación	Recreación; comer o tomar algo; otro (ir al gimnasio)
Otros	Culto (iglesias, funerales, velorios)

Fuente: elaboración propia, 2021.

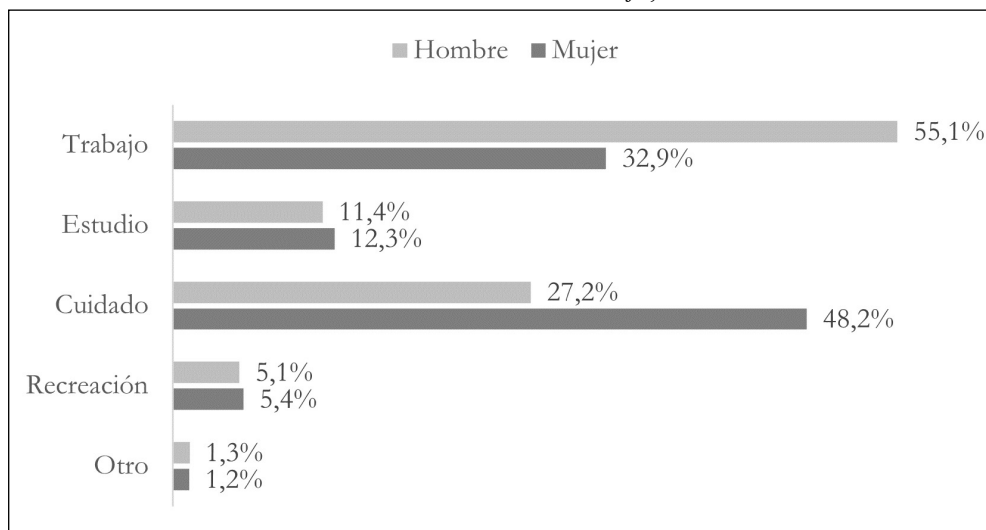
Cabe mencionar que, con el uso de esta encuesta, no se buscó dar respuestas generalizantes ni invisibilizar la complejidad de la movilidad cotidiana de la población en cuestión. Por el contrario, se busco explorar desde una significativa cantidad de registros y algunas características socioeconómicas (edad, nivel de ingreso, situación ocupacional, presencia de hijos/as), cómo son los desplazamientos diarios de la población de San Pedro de la Paz, en consideración de algunos factores con potencial diferenciador en las movilidades.

RESULTADOS

Diferencias de género tras los propósitos de las movilidades cotidianas

Tras el procesamiento de datos de la Encuesta Origen Destino del Gran Concepción 2015 se identificaron, en un primer momento, los propósitos diferenciados de viaje de hombres y mujeres en San Pedro de la Paz. Los resultados indican que las razones por las cuales se desplazan las personas que viven en la comuna están estrechamente relacionadas con los roles sociales asignados al género. Como se observa en la Figura 1, los hombres tienen al trabajo como propósito principal de viaje —representando incluso más de la mitad de los viajes— seguido de los viajes con propósitos de cuidado. Mientras que, en sentido inverso, la mayor proporción de desplazamientos de mujeres corresponde a propósitos relacionados con el cuidado, seguida por los viajes con fines laborales. Esta situación es consistente con lo que estudios de movilidad han identificado en ciudades como Montevideo, Buenos Aires, Ciudad de México o Madrid (Zucchini, 2015; Jaimurzina *et al.*, 2017; Casas *et al.*, 2019) y devela un peso inequitativo del trabajo reproductivo no remunerado cargado hacia las mujeres, expresado en sus desplazamientos diarios.

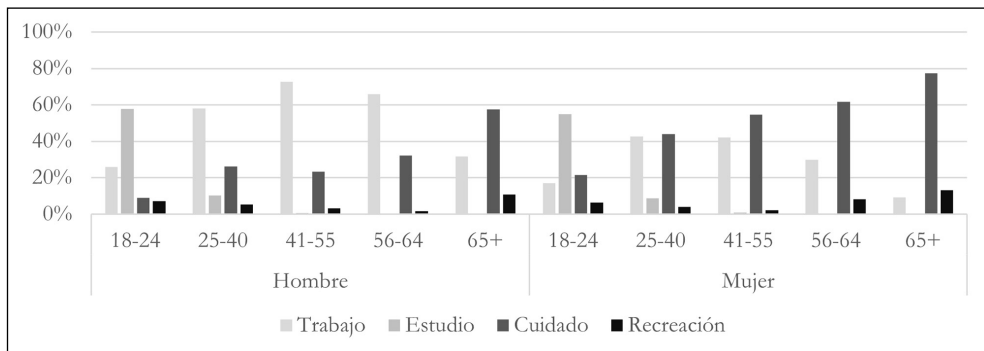
FIGURA 1. MACRO PROPÓSITO DE VIAJE, SEGÚN SEXO



Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

La desigualdad en la carga de trabajos de cuidado también presenta una relación entre el ciclo de vida y el género. Al realizar un análisis cruzado de propósitos de viaje y edad, como una aproximación al ciclo de vida (Figura 2), se reconoce que la mayor proporción de viajes de hombres está destinada al trabajo remunerado, independientemente del rango etario. La diferencia de viajes laborales en hombres es prominentemente mayor respecto a los viajes de cuidado en todas las etapas de la vida, salvo para adultos mayores. Por su parte, las mujeres tienen una proporción similar de viajes laborales y de cuidado en las etapas «productivas» de la vida (25-55 años), con una ligera prevalencia de los desplazamientos ligados a la reproducción.

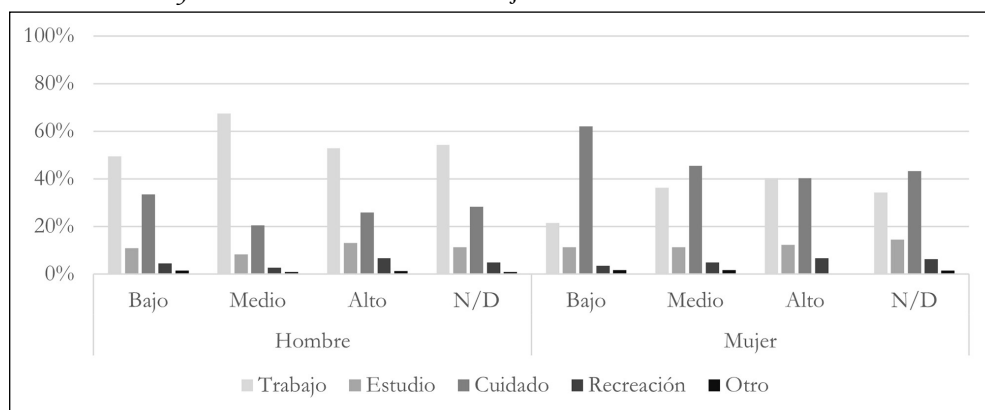
FIGURA 2. MACRO PROPÓSITO DE VIAJE, SEGÚN EDAD Y SEXO



Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

La presencia de hijas/os en edad escolar tiene un mayor impacto en la generación de viajes de cuidado en mujeres que son madres, respecto de hombres en condición de padres. Para las mujeres con hijas/os en edad escolar (hasta 13 años) la proporción de viajes de cuidado (60,5%) es relativamente mayor al de mujeres que no tienen hija/os (57,7%), pero duplica la proporción de viajes de cuidado de hombres con hijos (27,3%). Dentro de los viajes de cuidado de madres y padres de menores en edad escolar, el principal propósito es buscar, dejar o acompañar a alguien. Estos datos constatan el papel central que han tenido las mujeres en las actividades relacionadas con la crianza y la prevalencia de una distribución desigual del trabajo de reproducción (Chaves *et al.*, 2017). En lo referente al nivel de ingreso, también es posible distinguir que la proporción de viajes de cuidado es mayor en mujeres que hombres en los mismos estratos socioeconómicos (Figura 3).

FIGURA 3. MACRO PROPÓSITO DE VIAJE SEGÚN NIVEL DE INGRESO Y SEXO

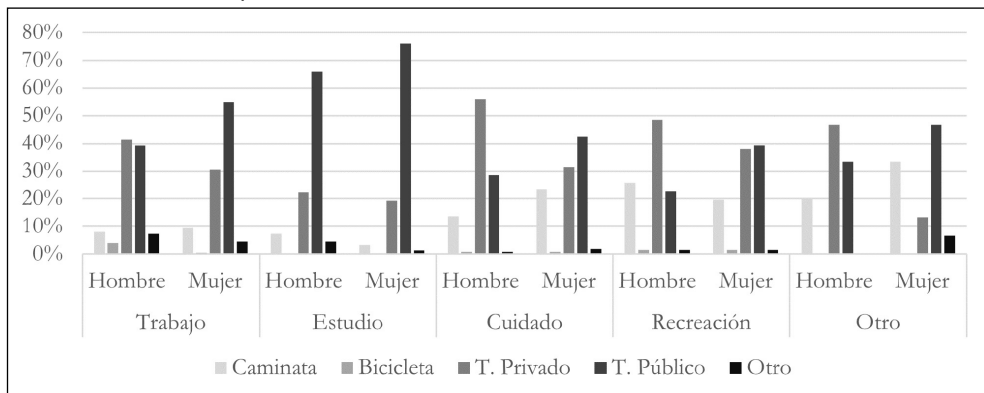


Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

USO DIFERENCIADO DE MODOS DE TRANSPORTE EN RAZÓN DEL GÉNERO

Las desigualdades de género se expresan, asimismo, en el acceso y uso de modos de transporte en San Pedro de la Paz. Al igual que diversos estudios de movilidad donde se identifican patrones diferenciados de viaje por género (Miralles-Guasch & Cebollada, 2003; Uteng, 2012; Granada *et al.*, 2016), los hombres hacen un mayor uso del automóvil, mientras que las mujeres tienen como principal modo de desplazamiento al transporte público. Respecto a la caminata, esta cobra mayor relevancia en los viajes de cuidado para el caso de las mujeres, mientras que en el caso de los hombres los viajes a pie se realizan principalmente por motivos de recreación.

FIGURA 4. REPARTO MODAL, SEGÚN MACRO PROPÓSITO Y SEXO



Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

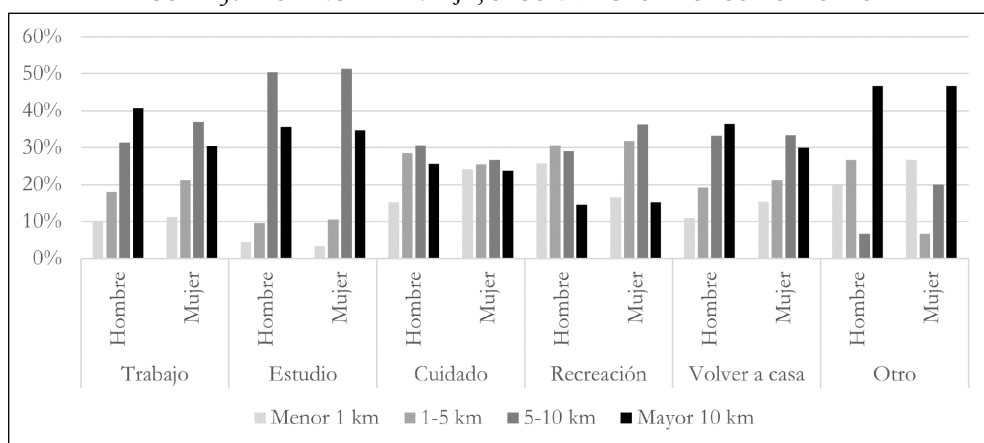
Las diferencias en el uso de modos de transporte motorizados por género se condicen con una menor tenencia de permiso de conducir en las mujeres. El 65,9% de las mujeres encuestadas en San Pedro de la Paz no cuenta con permiso de conducir mientras que, en orden inverso, el 65,9% de los hombres encuestados sí tienen ese tipo de credencial. Si bien la tenencia de una licencia de conducir aumenta para ambos sexos mientras mayor es el nivel de ingresos del hogar, la brecha de género para la conducción del automóvil persiste en los diferentes niveles económicos. Esto se presenta como una de las características de acceso desigual al uso del automóvil en términos de género, además de la propiedad y el acceso físico a este medio (Cebollada, 2006; Casas *et al.*, 2019).

El uso de la bicicleta es marginal en ambos sexos y en mayor medida para las mujeres, salvo para fines recreativos donde su utilización es equiparable. A través de resultados similares en otras ciudades latinoamericanas se ha planteado que esta diferencia se relaciona, entre otros aspectos, a que las mujeres frecuentemente viajan con personas a su cuidado y/o elementos de carga, lo que representa requerimientos adicionales en términos de espacio, facilidad y seguridad en los modos de transporte (Jaimurzina *et al.*, 2017).

Respecto a las distancias que se recorren para desarrollar actividades cotidianas, las mujeres en San Pedro de la Paz realizan

viajes más cortos en distancia y tiempo en comparación con los hombres; especialmente para viajar al trabajo y realizar actividades relacionadas con el cuidado. Esto corresponde con el uso de los modos de transporte utilizados por cada género, como se mencionó anteriormente, dado que el uso de transporte privado posibilita el desarrollo de viajes más largos, mientras que la caminata los circunscribe a distancias más reducidas. Siguiendo la investigación realizada por Uteng (2012) sobre la movilidad diferenciada por género en países en vías de desarrollo, la circunscripción de las mujeres a opciones de empleo a distancias más próximas al hogar estaría relacionada en gran medida con la pobreza de tiempo que implica conciliar la vida productiva y reproductiva, además de utilizar modos de transporte más lentos, como son los servicios de transporte público de calidad limitada.

FIGURA 5. DISTANCIA DE VIAJE, SEGÚN MACRO PROPÓSITO Y SEXO



Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

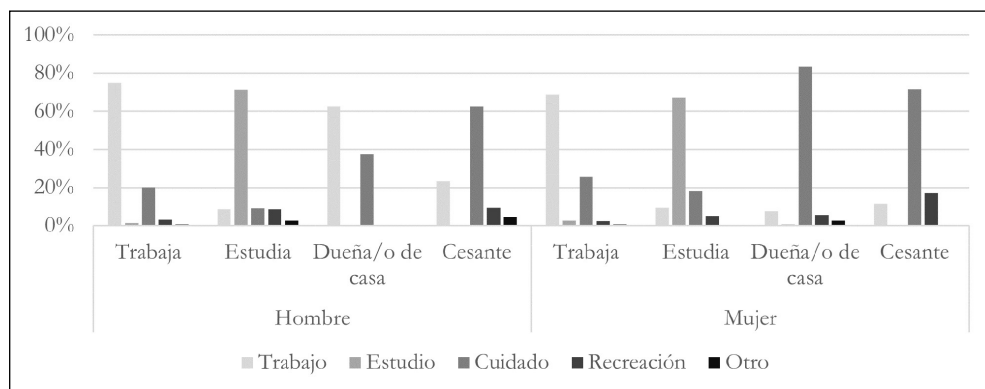
No obstante, no deja de haber una presencia importante de viajes de cuidado a distancias medianas y largas para ambos sexos (por arriba de los 5 km), lo que significa que no es posible acceder a los destinos ligados al ámbito reproductivo solo a través de la caminata. La situación en San Pedro de la Paz contrasta con lo que establece la literatura internacional en lo relativo a que las mujeres se mueven generalmente entre distancias cortas a medianas y

principalmente a través del transporte público y la caminata (Cebo-llada, 2006; Uteng, 2012; Jaimurzina *et al.*, 2017). Esta diferencia, sumada al bajo uso de la bicicleta, puede atribuirse al modelo de ciudad difusa y esencialmente monofuncional (residencial) de la comuna (Rojas *et al.*, 2009), que hace necesario que las personas se desplacen a través de distancias más largas para acceder a otros sectores o comunas donde se concentra una mayor oferta de empleos, equipamientos y servicios.

MOVILIDAD COTIDIANA DE MUJERES DESDE UNA MIRADA INTERSECCIONAL

Con respecto al análisis interseccional de las movilidades y desde la base de que las mujeres no son un colectivo homogéneo (Miralles-Guasch, 1998), fue posible reconocer que los viajes de cuidado varían entre el colectivo femenino según sus características socioeconómicas. La distribución de viajes por cuidado se presenta en mayor medida cuando los ingresos son menores y cuando las personas se desempeñan fuera del ámbito laboral remunerado o de estudios, acentuándose en mujeres de ingresos bajos y que se declaran *dueñas de casa*, quienes suelen tener una menor autonomía económica (Figuras 3 y 6). Esto coincide con los análisis de encuestas de uso del tiempo en otras ciudades latinoamericanas, en los cuales se ha reconocido que las tareas de cuidado no remunerado se presentan en mayor medida cuando existe una situación de pobreza (Benería, 2007).

FIGURA 6. MACRO PROPÓSITO DE VIAJE, SEGÚN SEXO
Y SITUACIÓN OCUPACIONAL



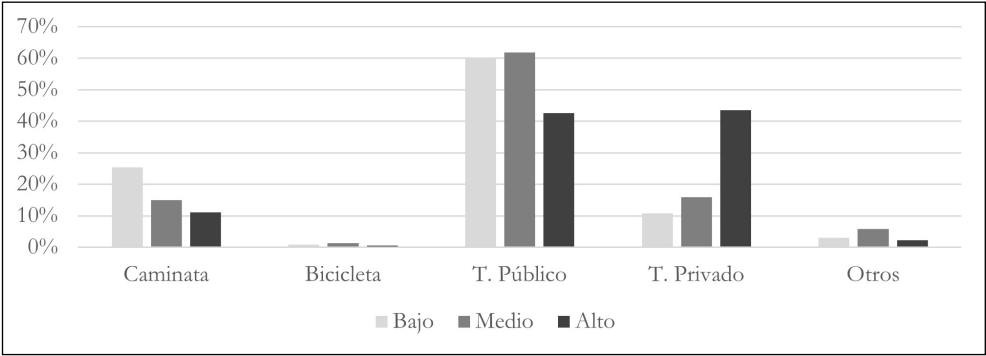
Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

Asimismo, la dedicación diaria al trabajo de reproducción varía entre mujeres según la clase social, pero también en función del ciclo de vida (Carrasquer *et al.*, 1998). Si bien los viajes de cuidado cobran mayor representatividad en la movilidad cotidiana para hombres y mujeres mientras se avanza en edad, son las adultas mayores quienes destinan la mayor proporción de sus viajes en actividades relacionadas con el cuidado respecto a todos los rangos etarios (Figura 2).

La situación ocupacional, el ciclo de vida y los niveles de ingreso también tuvieron una incidencia en el uso de los modos de transporte y las distancias recorridas. Cuando las mujeres tienen como principal ocupación la gestión del hogar, su movilidad se realiza principalmente a pie o en transporte público, y a través de viajes más cortos, como lo han revelado estudios previos para ciudades chilenas (Martínez *et al.*, 2016). La presencia de hijas/os en edad escolar se relaciona con que las mujeres realicen más viajes de cuidado y a distancias más cortas respecto de las que no tienen hijos en ese rango de edad. Por su parte, las adultas mayores tienen una mayor representación de viajes de cuidado, de desplazamientos a pie y un menor uso del auto respecto a mujeres en otras etapas de la vida. En este sentido, el papel del barrio se torna fundamental para las actividades ligadas al sostenimiento de la vida, sobre todo para mujeres con estas características. Cuando los ingresos son bajos y medios, también se hace un mayor

uso del transporte público y de la caminata, siendo esta última más representativa en mujeres de bajos ingresos (Figura 7).

FIGURA 7. REPARTO MODAL DE LOS VIAJES DE MUJERES, SEGÚN NIVEL DE INGRESO



Fuente: elaboración propia con datos de la EOD 2015.

Por otro lado, mientras mayores son los ingresos del hogar, las mujeres se desplazan más en transporte privado y recorren mayores distancias. El uso del automóvil también es más frecuente en la movilidad de mujeres que cuentan con un trabajo asalariado, presentando formas de movilidad más cercanas a los patrones de movilidad masculina (Maciejewska & Miralles-Guasch, 2019). Sin embargo, su movilidad cotidiana no deja de estar asociada a las labores de cuidado. Incluso, en mujeres de altos ingresos, los viajes en automóvil se presentaron en mayor medida cuando se tienen hijas/os en edad escolar; lo que puede indicar una mayor flexibilidad —pero también dependencia— de este modo de transporte para entretener el cuidado de infancias, las tareas del hogar y el trabajo remunerado, sobre todo en el contexto de una ciudad dispersa.

CONCLUSIONES

La presente investigación se planteó contribuir a una mayor comprensión de las movilidades cotidianas —sobre todo las vinculadas al cuidado— en San Pedro de la Paz, Chile, a partir de una mirada

de género-interseccional en el análisis de la Encuesta Origen-Destino del Gran Concepción.

Con respecto al análisis de género, se demostró que la movilidad cotidiana de hombres y mujeres en San Pedro de la Paz está relacionada con los roles de género y que esto tiene una expresión directa en los propósitos de viaje de cada sexo. Las mujeres presentan una carga desigual de trabajos de cuidado respecto de los hombres y se manifiesta con mayor evidencia cuando se considera el ciclo de vida. La presencia de hijas/os en edad escolar tiene un mayor impacto en la generación de viajes de cuidado en mujeres que son madres, respecto de hombres en condición de padres, reafirmando el rol central de las mujeres en la crianza pese a las transformaciones socioculturales de las últimas décadas, en las que se ha tendido a redistribuir el cuidado de hijas e hijos entre ambos sexos.

Las desigualdades de género se expresan también en el acceso y uso diferenciado de modos de transporte en la comuna, dado que los hombres hacen un mayor uso del automóvil, mientras que las mujeres tienen como principal modo de desplazamiento el transporte público. Este acceso diferenciado al transporte deviene en situaciones de desventaja hacia las mujeres. Por ejemplo, cuando en el contexto de una ciudad dispersa y monofuncional —como San Pedro de la Paz— se depende de medios motorizados para atravesar largas distancias y acceder a una mayor oferta de equipamientos y servicios.

Desde un análisis interseccional de las movilidades cotidianas, se reconoció que el peso de los viajes de cuidado varía entre mujeres según la clase social, la situación ocupacional y el ciclo de vida. Los resultados constatan que el peso de los viajes de cuidado es mayor en la movilidad diaria de mujeres con menores ingresos, en quienes se declaran *dueñas de casa* y en adultas mayores. Asimismo, se identificó que el uso de los modos de transporte está relacionado con el nivel de ingreso de las mujeres, su situación ocupacional y etapa en el ciclo de vida. Las mujeres de ingresos bajos, las mujeres que se dedican principalmente a la gestión del hogar y las adultas mayores, hacen un uso más intensivo de la caminata y del transporte público para desarrollar la vida cotidiana.

Identificar estas diferencias, desde una mirada de género-interseccional, permite reconocer que existen características socioeconómicas o relacionadas con la edad que pueden situar a algunas mujeres en condiciones desventajosas para desplazarse en el contexto de una ciudad dispersa como es San Pedro de la Paz. Por un lado, la necesidad de salir del barrio y atravesar largas distancias para acceder a las oportunidades urbanas —incluidas las relacionadas con el cuidado— implica un gasto en transporte público que puede tener un mayor impacto en el bolsillo de mujeres de menores ingresos o con una limitada autonomía económica. Por otro lado, las limitaciones económicas, pero también de autonomía física relacionadas con la edad, pueden contribuir a una reducción del espacio cotidiano de actividades, restringiendo la capacidad de acceder a los servicios y bienes necesarios para el desarrollo de la vida cotidiana, cuando estos se encuentran lejos del hogar.

En términos metodológicos, a través de esta investigación se identifica la importancia de desarrollar estudios de movilidad cotidiana en los que se consideren características o potenciales factores de desigualdad en el acceso a la ciudad (como el género, condición socioeconómica o ciclo de vida). Sin embargo, aunque la posición en estos ejes de diferencia explica parte de estas desigualdades, las dimensiones experienciales permiten revelar otras barreras que no son posibles de identificar en su totalidad a través del análisis de datos agregados, como los que ofrecen las encuestas origen-destino. En este sentido, se precisa el uso de aproximaciones cualitativas y esquemas más participativos —tanto en la investigación como en el quehacer de la gestión urbana— donde las experiencias, subjetividades y necesidades de las personas sean consideradas como variables clave para redireccionar el enfoque tradicionalmente centrado en los transportes, hacia uno orientado a las personas.

Finalmente, se considera necesaria la inclusión de los cuidados como un enfoque fundamental en los procesos de diagnóstico, planificación y diseño de las ciudades para su pleno ejercicio a nivel familiar y comunitario, en tanto los esfuerzos colectivos siguen trabajando

en hacer del sostenimiento de la vida una labor más corresponsable y equitativa con los hombres, el mercado y el Estado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allen, H. (2018). *Enfoques para una movilidad urbana responsiva al género* (2° ed.). Sociedad Alemana para la Cooperación Internacional (GIZ). <https://americalatinagenera.org/pagina-centro-de-recursos/enfoques-para-la-movilidad-urbana-responsiva-al-genero/>
- Aguilera, F., Rojas, C., Salas-Olmedo, H. & Carrasco, J. (2020). Visualización de las dimensiones espaciales y temporales de las estrategias de movilidad individual en entornos urbanos. *Revista Transporte y Territorio*, (22), 205-229.
- Arriagada, I. (2010). Usos del tiempo, cuidados y bienestar. *Revista de Ciencias Sociales*, 23(27), 58-67.
- Carrasco, C. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras tanto*, (82), 43-70.
- Carrasco, C. (2017). La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz*, (91), 52-77.
- Carrasquer, P., Torns, T., Tejero, E. & Romero, A. (1998). El trabajo reproductivo. *Papers. Revista de Sociología*, (55), 95-114.
- Casas, M., Lara, C., & Espinosa, C. (2019). *Determinantes de género en las políticas de movilidad urbana en América Latina* (Vol. 371). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). <https://repositorio.cepal.org/items/b655bc24-a886-4189-9882-919bca979459>.
- Cebollada, A. (2006). Aproximación a los procesos de exclusión social a partir de la relación entre el territorio y la movilidad cotidiana. *Document' d'anàlisi geogràfica*, (48), 105-121. <https://ddd.uab.cat/record/19324>
- Chaves, M., Segura, R., Speroni, M., & Cingolani, J. (2017). Interdependencias múltiples y asimetrías entre géneros en experiencias de movilidad cotidiana en el corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires (Argentina). *Revista Transporte y Territorio*, (16), 41-67. <https://doi.org/10.34096/rtt.i16.3602>
- Granada, I., Urban, A., Monje, A., Ortiz, P., Pérez, D., Montes, L. & Caldo, A. (2016). *El porqué de la relación entre género y transporte*. Banco Interamericano de Desarrollo (BID). <https://publications.iadb.org/es/publicacion/17068/el-porque-de-la-relacion-entre-genero-y-transporte>
- Gutiérrez, A. & Reyes, M. (2017). Mujeres entre la libertad y la obligación. Prácticas de movilidad cotidiana en el Gran Buenos Aires. *Revista*

- Transporte y Territorio*, 16, 147-166. <https://doi.org/10.34096/rtt.i16.3607>
- INE (Instituto Nacional de Estadística, Chile) (2017). *Censo de Población y Vivienda 2017*.
- Jaimurzina, A., Muñoz, C., & Pérez, G. (2017). *Género y transporte: experiencias y visiones de política pública en América Latina*. Serie de Recursos Naturales e Infraestructura de la CEPAL No. 184. <https://repositorio.cepal.org/items/c48aad6-c15e-44ad-b2bc-e202035ac627>
- Jirón, P. (2015). La movilidad como oportunidad para el desarrollo urbano y territorial. En A. Cornejo & P. Manuel (Eds.), *La ciudad que queremos* (pp. 47-61). Biblioteca del Congreso Nacional.
- Jirón, P. (2017). Planificación urbana y del transporte a partir de relaciones de interdependencia y movilidad del cuidado. En M. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 405-432). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Jirón, P., & Gómez, J. (2018). Interdependencia, cuidado y género desde las estrategias de movilidad en la ciudad de Santiago. *Tempo Social Revista de Sociología da USP*, 30(2), 55-72. <http://dx.doi.org/10.11606/0103-2070.ts.2018.142245>
- Larsson, A. (2006). From equal opportunities to gender awareness in strategic spatial planning: Reflections based on Swedish experiences. *Town Planning Review*, 77(5), 507-530. <https://doi.org/10.3828/tpr.77.5.2>
- Loukaitou-Sideris, A. (2016). A gendered view of mobility and transport: next steps and future directions. *Town Planning Review*, 87(5), 547-565. <https://doi.org/10.3828/tpr.2016.3>
- Maciejewska, M. & Miralles-Guasch, C. (2019). «I have children and thus I drive»: Perceptions and motivations of modal choice among suburban commuting mother. *Finisterra*, 54(110), 55-74.
- Martínez, C., Rojas, C., Rojas, O., Quezada, J., López, J. & Ruiz, V. (2016). Crecimiento urbano sobre geoformas costeras de la llanura de San Pedro, Área Metropolitana de Concepción. En R. Hidalgo *et al.* (Eds.), *En las costas del neoliberalismo. Naturaleza, urbanización y producción inmobiliaria: experiencias en Chile y Argentina* (pp. 87-312). Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Miralles-Guasch, C. (1998). La movilidad de las mujeres en la ciudad. Un análisis desde la Ecología Urbana. *Ciudad y ecología*, (15), 123-130.
- Miralles-Guasch, C. & Cebollada, Á. (2003). *Movilidad y transporte. Opciones políticas para la ciudad*. Fundación Alternativas. <https://fundacionalternativas.org/publicaciones/movilidad-y-transporte-opciones-politicas-para-la-ciudad/>
- McDowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra.

- Mogollón, I. & Fernández, A. (2016). *Arquitecturas del cuidado. Viviendas colaborativas para personas mayores. Un acercamiento al contexto vasco y las realidades europeas*. Emakunde Instituto Vasco de la Mujer.
- Moser, C. (1989). Gender planning in the Third World: Meeting practical and strategic gender needs. *World Development*, 17(11), 1799-1825.
- Municipalidad de San Pedro de la Paz (2012). *Plan de Desarrollo Comunal de San Pedro de la Paz 2012-2016*. <http://secpla.sanpedrodelapaz.cl/biblioteca.html>
- Muxí, Z., Casanovas, R., Ciocoleto, A., Fonseca, M. & Gutiérrez, V. B. (2011). ¿Qué aporta la perspectiva de género al urbanismo? *Feminismo/s Revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante*, (17), 105-129. <https://doi.org/10.14198/fem.2011.17.06>
- Pérez, G. (2019). *Políticas de movilidad y consideraciones de género en América Latina* (Serie Comercio Internacional, No. 152). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). <https://repositorio.cepal.org/items/5f70f042-7a2f-4dd4-a813-d6a56156f20b>
- Pérez, L., & Riffo, R. (2003). San Pedro de la Paz: elementos del patrimonio natural estructurantes del paisaje urbano, seccional El Venado. *Urbano*, 6(8), 62-70. <https://revistas.ubiobio.cl/index.php/RU/article/view/563>
- Pérez-Orozco, A. (2006). Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, (5), 7-37. <https://revistaeconomiacritica.org/index.php/rec/article/view/388>
- Pérez-Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida* (1a ed). Traficantes de Sueños.
- Rainero, L. & Rodigou, M. (2001). *Indicadores urbanos de género. Instrumentos para la gobernabilidad urbana*. Centro de Intercambios y Servicios Cono Sur Argentina.
- Rico, M. & Segovia, O. (2017) ¿Cómo vivimos la ciudad? Hacia un nuevo paradigma urbano para la igualdad de género. En M. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 42-69). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Rojas, C., Muñiz, I., & García, M. Á. (2009). Estructura urbana y policentrismo en el Área Metropolitana de Concepción. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 35(105), 47-70.
- Sánchez de Madariaga, I. (2009). Vivienda, movilidad y urbanismo para la igualdad en la diversidad: ciudades, género y dependencia. *Ciudad y territorio*, 51(161), 581-598. <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/75953>

- Sánchez de Madariaga, I., & Zucchini, E. (2020). Movilidad del cuidado en Madrid: nuevos criterios para las políticas de transporte. *Ciudad y territorio*, 52(203), 89–102. <https://doi.org/10.37230/CyTET.2020.203.08>
- Scuro, L. & Vaca-Trigo, I. (2017). La distribución del tiempo en el análisis de las desigualdades en las ciudades de América Latina. En M. Rico & O. Segovia (Eds.), *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 117-148). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Sandercock, L. & Forsyth, A. (1992). A gender agenda: new directions for planning theory. *Journal of the American Planning Association*, 58(1), 49-59. <https://doi.org/10.1080/01944369208975534>
- SECTRA [Secretaría de Planificación del Transporte] (noviembre 2017). *Encuesta Origen-Destino de viajes en Gran Concepción* [Diapositivas de Power Point].
- Segura, R. (2014). Ciudad, cuerpo y movimiento. Hacia una antropología de la movilidad urbana. En E. Camblor, O. Ron, & N. Hernández (Eds.), *Prácticas de la educación física* (pp. 193-203). Universidad de La Plata.
- Uteng, T. (2012). *Gender and mobility in the developing world. Citing cases from both Urban and Rural settings*. World Bank. <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/9111>
- Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, (11), 65-84. <https://doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2018.i11.05>
- Vázquez, V. (2012). Las contribuciones del feminismo poscolonial a los estudios de género: interseccionalidad, racismo y mujeres subalternas. *Revista Perfiles de la Cultura Cubana*, 1-12.
- Zucchini, E. (2015). *Género y transporte: análisis de la movilidad del cuidado como punto de partida para construir una base de conocimiento más amplia de los patrones de movilidad. El caso de Madrid*. [Tesis de doctorado, Universidad Politécnica de Madrid].

DE MUJERES CUIDADORAS A UNA RED DE CONTENCIÓN PARA LA SUPERVIVENCIA EN LOS BARRIOS DE BAJOS DE MENA EN PANDEMIA POR COVID-19¹

Berenice de Dios Sandoval

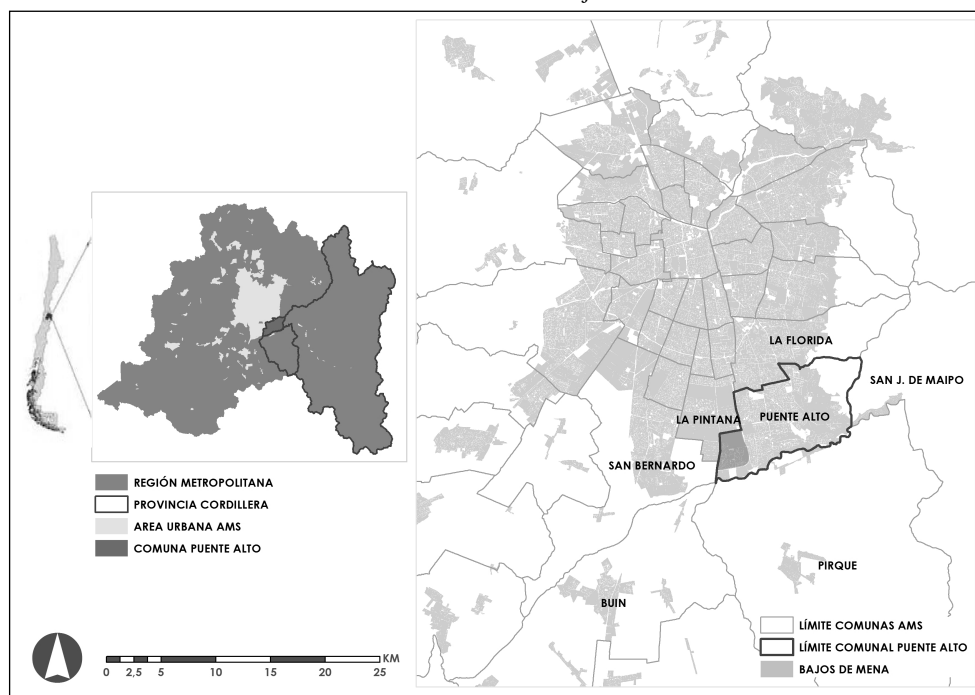
INTRODUCCIÓN

Las desigualdades ya presentes en barrios de pobreza multi-dimensional en las periferias del área metropolitana de Santiago fueron acentuadas con las medidas de confinamiento desarrolladas de abril a octubre del 2020 para hacer frente a la crisis sanitaria del COVID-19. Algunas de estas desigualdades se expresaron en el aumento de la brecha de género, como en el caso del sector Bajos de Mena (BM) al suroriente del área metropolitana. Bajos de Mena

¹ Este artículo forma parte de los resultados de la tesis «Mujeres, cuidados y reorganizaciones. La vivienda social como espacio para el confinamiento en contexto Covid-19 en Bajos de Mena», realizada en el 2021 para obtener el grado de Magister en Desarrollo Urbano en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Tesis asociada a Fondecyt Regular No 1201861 «Vivienda y Urbanismo. Una revisión crítica de la emergencia y desarrollo de la ciudad planificada en Chile (1936-1973)»

es una de las zonas periféricas de la ciudad de Santiago² (Figura 1) con una masiva construcción de vivienda social³ a través de políticas públicas y subsidios, construida por privados para reducir el déficit habitacional de hace 30 años (Hidalgo *et al.*, 2017). Los problemas de habitabilidad en las viviendas gestaron una organización sólida de dirigentes en el territorio para trabajar en pro de un hábitat digno, llevándolos a ser parte de los programas de regeneración urbana del Ministerio Nacional de Vivienda y Urbanismo⁴ (MINVU) y de la Política Nacional de Desarrollo Urbano (PNDU) desde el 2008, con intervenciones superpuestas en el territorio (ERU y MINVU, 2016).

FIGURA 1. UBICACIÓN DE BAJOS DE MENA



Fuente: elaboración propia.

² BM se localiza en la comuna de Puente Alto, en la periferia sur oriente del área metropolitana de Santiago y es la más poblada del país con 713.270 personas.

³ 49 villas y 25.466 viviendas sociales sin equipamientos e infraestructura.

⁴ Programas focalizados en rehabilitar áreas con gran deterioro urbano-habitacional en los conjuntos de vivienda social (CVS) denominados de Alta Criticidad y siendo declaradas zonas prioritarias de intervención.

Actualmente, la población de BM supera los 140.000 habitantes con un alto déficit de calidad de vida, deterioro habitacional, así como condiciones de hacinamiento y vulnerabilidad que han estigmatizado el sector (Intendencia Metropolitana, 2016; Rodríguez & Sugranyes, 2004; Núñez *et al.*, 2016).

La contingencia sanitaria por COVID-19 trajo aislamiento obligatorio, pero en BM se mantuvo el confinamiento más extenso y restrictivo del país, con casi seis meses de cuarentena estricta y altas cifras de contagios (Municipalidad de Puente Alto, 2020). La estrategia del Estado fue evitar aglomeraciones de personas y el uso de transporte público de forma masiva, confinando a un BM que ya enfrentaba precariedad económica, habitacional y urbana; y en donde inclusive se identificaron nueve áreas de alto riesgo de propagación del virus debido a sus altas densidades habitacionales y condiciones de vulnerabilidad social (Atisba Monitor, 2020). Esto marcó una brecha de mayor vulnerabilidad ante la contingencia sanitaria, así como la inmovilidad hacia fuera del barrio provocó una pérdida de acceso a servicios básicos, agudizando las estrategias de supervivencia. Con el sistema de salud sobrecargado, escuelas y guarderías cerradas y sin poder acceder al programa Chile Cuida⁵, aumentó la demanda de trabajo de cuidado para las mujeres y se necesitó a más personas para hacerse cargo de las necesidades básicas en las familias, como el cuidado de niños, enfermos y ancianos, tarea que fue cubierta principalmente por mujeres. Con ello, se vieron en la necesidad de repartir su tiempo y sobrecargarse con actividades realizando hasta triples jornadas de trabajo, lo que implicó un aumento de 9 horas semanales de trabajo doméstico y de 14 horas en tareas de cuidados (MOVID-19, 2020).

De acuerdo con el Censo 2017, el 16,7% de la población en Chile se encuentra en condiciones de discapacidad, 11,9% es mayor de 65 años y 24% está compuesto por niñas, niños y adolescentes. Es decir, en conjunto, suma un poco más del 35% de la población

⁵ Iniciativa a cargo del Ministerio de Desarrollo Social, y que forma parte del Sistema de Protección Social del Estado, teniendo como misión, apoyar a través de diferentes servicios a personas en situación dependencia, sus cuidadores, sus hogares y su red de apoyo.

nacional que se encuentra en una etapa o condición de vida en la que se requiere de cuidados de forma más directa. El informe MOVIED-19 (2020) señala que el 42% de las mujeres cuida de otras personas, tarea que compatibilizan simultáneamente con más actividades. Esta cifra tiene contrastes específicos al considerar la variable económica, dado que las mujeres con menor ingreso económico dedican en promedio 46 horas semanales al cuidado, mientras que las mujeres con mayores ingresos dedican alrededor de 33 horas a la semana (ONU Mujeres y CEPAL, 2020). Además, el 53% de las mujeres presenta pobreza de tiempo, independientemente de si cuentan o no con un trabajo remunerado. No obstante, la pobreza de tiempo asciende cuando se dedican exclusivamente a las tareas domésticas y se encuentran en hogares biparentales con hijos/as (Fundación Sol, 2021). En este sentido, entre menor independencia económica y social tengan las mujeres, mayor pobreza de tiempo se presenta, aumentando las desigualdades de género ante la crisis del trabajo, en lo que respecta a la sostenibilidad de la vida.

El rol de las mujeres en organizaciones vecinales como respuesta humanitaria a la crisis sanitaria en Chile ha sido trascendental, reconociendo a las ollas comunes como la principal forma de apoyo con liderazgo femenino (ONU Mujeres y Fundación Vértice Urbano, 2021; Rasse *et al.*, 2020). La cuarentena fue tan estricta en BM que la no-movilidad desencadenó una crisis alimentaria al restringir las ferias libres durante dos meses, reduciendo el acceso al abastecimiento principal (Boza & Kanter, 2021). Esto implicó que las mujeres se movilizaran de diversas maneras para resolver la escasez de alimentos y asumieran una mayor responsabilidad en el cuidado colectivo, aún con el alto riesgo al contagio.

En este marco, el artículo explora el trabajo de cuidados que realizaron las mujeres ante las medidas de confinamiento por COVID-19 en las villas Martha Brunet, El Volcán II y El Volcán III en Bajos de Mena; con particular atención en las estrategias, la organización espacial y las relaciones de interdependencia desarrolladas para gestionar los cuidados de su núcleo familiar y su comunidad. Esto, en el contexto de un territorio que presenta condiciones de

vulnerabilidad socio-espacial agudizadas por las restricciones de actividad para hacer frente a la pandemia.

MUJERES CUIDADORAS, VIVIENDA Y ESPACIO URBANO

Los cuidados se definen como aquellos actos que dan comienzo y continuidad a la vida humana de forma permanente y cotidiana (Collière, 1993). Dentro del sistema de cuidados, el trabajo no remunerado de cuidados no es estático y va cambiando de acuerdo con las etapas del ciclo de vida o las condiciones económicas y físicas. Si bien es realizado principalmente por personas adultas hacia infantes o personas dependientes, este tiene un carácter interdependiente, en tanto puede recaer de forma simultánea entre los diferentes miembros de un hogar o de la comunidad (Jirón & Gómez, 2018).

En el tejido social prevalece una mirada de género tradicionalmente patriarcal, donde el trabajo doméstico y las tareas de cuidado son parte de la esfera femenina, como una obligación anclada al ser mujer y que apunta a hacerse cargo de las necesidades de otros (Jirón & Gómez, 2018). En el entramado familiar, tías, hermanas, madres y/o abuelas tienden a realizar roles esenciales en el cuidado como una red de mujeres que permite que otros adultos de la familia lleven a cabo sus roles productivos (Carrasco *et al.*, 2011; Muxí, 2019). En este sentido, los cuidados pueden transformarse en relaciones de solidaridad si se desarrollan colectivamente. Sin embargo, en familias de bajos ingresos, la carencia de redes de apoyo puede implicar que las mujeres de estos hogares queden recluidas en la vivienda.

La vivienda tradicional, además de ser el pilar constitutivo de los tejidos urbanos, es el elemento perpetuador de las divisiones binarias y de segregación arquitectónica y geográfica (Spain, 1992). Booth *et al.* (1998) identifican tres zonas generales en la organización tradicional de la vivienda con base en las relaciones socioespaciales impuestas a las mujeres para habitarla: a) una zona intermedia a las áreas comunes exteriores y que funciona como lugar de encuentro con personas fuera del hogar; b) una zona común dentro de la vivienda, donde las mujeres integran a personas de confianza con

las que mantienen lazos fortalecidos; y, por último, c) una zona íntima, conformada por la recámara y las zonas de servicio —como la cocina—, cuya organización suele recaer en la mujer. Esta forma de pensar la vivienda fomenta que se siga asociando el realizar labores domésticas en los espacios habitacionales como «trabajo de las mujeres», manteniendo jerarquías espaciales.

El entorno genera un impacto en lo que define el género y los roles para las mujeres en la sociedad. En este sentido, el género no solo es un constructo social y cultural (de Beauvoir, 1989), sino que también se reafirma como construcción socioespacial que posee una carga cultural e histórica que se materializa constantemente en el espacio, condicionando a las mujeres en su vida cotidiana y la calidad de sus intercambios (De Simone, 2018). Sin embargo, pese a la insistencia de los roles de género en la sociedad, las mujeres habitan espacios de la ciudad de manera relacional, en la concatenación de sus actividades laborales, tareas domésticas y de cuidados, construyendo su movilidad y espacios, y resignificándolos según en el ciclo de vida que se encuentren.

Ser mujer en un sistema configurado desde el género, implica performar permanentemente roles binarios socialmente aceptados en el espacio urbano. El modelo idílico de urbanización en las periferias, perpetúa la subordinación de las mujeres en el espacio habitacional para realizar actividades asignadas socialmente a su género, y las excluye en la construcción del territorio (Muxí, 2019). La incorporación de visiones feministas en la geografía ha expuesto situaciones normalizadas y adversas para las mujeres, mostrando a la ciudad como un espacio contradictorio de libertades e inherentes opresiones (Wilson, 1992). En este sentido, los roles y estereotipos de género enmarcan la identidad urbana de las mujeres (Soto, 2018; McDowell, 2000).

Desde el punto de vista territorial, se ha señalado que los cuidados no remunerados tienen un impacto económico y una geografía que no es reconocida al planificar los territorios. Incluso, se ha planteado que, en sociedades capitalistas y sin un estado de bienestar, las ciudades son desarrolladas como centros de producción en donde

se demandan personas autosuficientes, ignorando el ciclo de la vida y su estrecha relación con las necesidades y tareas de cuidados (De Simone, 2018).

Por otro lado, la reflexión aislada del género como categoría es insuficiente para un análisis en torno a las mujeres y sus relaciones socioespaciales. El enfoque interseccional permite identificar la interacción de diferentes identidades que atraviesan al género —como la edad, raza, nivel de ingresos— y que pueden conllevar experiencias de exclusión y subordinación (Davis, 2008; Falú, 2020). Las implicaciones de estas identidades o categorías de diferencia pueden ser producto de hechos sociales y materiales en contextos histórico-sociales concretos y tienen efectos materiales en las vidas de las mujeres (Golubov, 2016). Al profundizar en la configuración de las ciudades desde una mirada de género interseccional, se hace evidente la construcción de espacios que no consideran a todos sus actores y sus diversas necesidades (De Simone, 2018).

REDES SOCIALES PARA AFRONTAR LAS CRISIS

Las redes sociales desempeñan un papel clave en sectores desfavorecidos. González de la Rocha (1999) plantea que las mujeres que gestionan barrios desarrollan redes sociales sólidas y a su vez construyen mecanismos efectivos para suplir la inseguridad económica de estos territorios. En espacios habitacionales precarizados se presentan redes comunitarias autónomas que diagnostican sus necesidades, redistribuyen bienes y servicios a través de actores clave y realizan actos de resistencia ante la insuficiencia de acción de las instituciones (Dabas & Najmanovich, 1995).

Coleman (1990) plantea que para que las redes sociales prosperen es necesario tener un capital social sólido, entendiéndolo como un conjunto de sentimientos de pertenencia social a redes y comunidades por las cuales existe la posibilidad de acceder a los recursos y apoyos que circulan en ellas. Los tipos de apoyos que se pueden proveer con un capital social fortalecido son de tipo material, instrumental, emocional y cognitivo, además de brindar identidad

social (Walker *et al.*, 1977; Maguire, 1980; Lomnitz, 1994; Khan & Antonucci; 1980). En el contexto local, Valdés y Weinstein (1993) identifican que estos cuatro tipos de apoyos se generaron en los movimientos urbanos populares protagonizados por mujeres para afrontar la crisis económica de los años setenta a los noventa en Chile. En este sentido, las redes con un capital social fuerte pueden proveer a las comunidades vulnerables herramientas para afrontar situaciones de crisis.

El barrio es uno de los espacios más significativos para entender la relevancia de estas redes. En ellos, las mujeres se han construido a sí mismas como agentes activos y locales de transformación, proyectando un sentido de identidad (Massolo, 1992). Desde su participación política, han moldeado las condiciones del hábitat popular y han mostrado su fuerte gestión ante regímenes autoritarios (Lomnitz, 1994; Soto, 2018). Estos movimientos han permanecido en los territorios urbanos, mostrando que la práctica de habitar la ciudad tiene diversas expresiones e implicancias de género.

METODOLOGÍA

La investigación se abordó desde una aproximación cualitativa con un carácter descriptivo. Se basó en entrevistas a mujeres cuidadoras para explorar las diversas experiencias personales en torno al incremento de los cuidados durante la pandemia. Los contactos para la etapa de trabajo de campo se establecieron en colaboración con el Laboratorio Urbano del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (CEDEUS)⁶ a través de una convocatoria abierta, y del apoyo del Departamento de Organizaciones Comunitarias (OOC) de la Municipalidad de Puente Alto.

Para convocar a las mujeres entrevistadas, se fijaron cuatro criterios generales: a) ser mayor de edad; b) residir en alguno de los barrios de BM; c) realizar tareas de cuidados; y d) ser parte de la

⁶ La convocatoria se realizó en el marco de los proyectos «Taller Mi Barrio ideal» (2018), «Diseño Urbano como herramienta para reducir la percepción de inseguridad» (2020) y «Movilidad del Cuidado» (2022) en Bajos de Mena.

red de dirigentes (no excluyente). Los criterios fueron flexibles en cuanto a la composición de sus hogares y el desempeño laboral. En cuanto a las personas cuidadas por ellas, se tomaron como referencia los diferentes ciclos de vida familiar (en adelante CVF) trabajados por Barriga y Sato (2021) para integrar a las personas que necesitan cuidados en relación a su estado de salud y edad.

De enero a abril del 2021 se realizaron entrevistas a 16 mujeres de 22 a 74 años que residen en los barrios Marta Brunet, San José del Volcán II y San José del Volcán III. Dos de ellas son parte del grupo de dirigentes sociales de su barrio (Cuadro 1).

CUADRO 1. LISTADO DE MUJERES ENTREVISTADAS

Nombre	Edad	Barrio	Ocupación	Ciclo de Vida Familiar	CVF Persona Cuidada	Características de Hogar
Nicol	30	Volcán II	Trabaja en Comisaria	Ciclo de Vida Inicial Primera Infancia 0 a 6 años	CVI Hija de 7 meses	Núcleo Monoparental. Hija de 15 años, de 12 y 7 meses
Inés	29	Marta Brunet	Comerciante		CVI Hijo de 1 año 3 meses	Familia Extensa Monoparental. Mamá y dos hijos, de 8 años y 1 año y 3 meses
Ángel	25	Volcán III	Comerciante		CVI Hija de 3 años	Familia Extensa Monoparental. Hijo de 7 años e hija de 3, hermana de 35 años e hijo de 12 años
Mar	54	Marta Brunet	Dueña de casa y Cuidadora	Ciclo de Expansión y Crecimiento Segunda infancia 6 a 12 años	CEC Vecino 7 años	Núcleo Biparental con Hijos. Esposo, hijo de 28 años e hija de 26 años
Lau	43	Marta Brunet	Dueña de casa y Delegada		CEC Hija de 9 años	Núcleo Biparental con Hijos Pareja de 45 años, hija de 16, hijo de 12 e hijo de 9 años
Clau	52	Marta Brunet	Dueña de casa y Presidenta de las Dirigentas Sociales		CEC Hija de 9 años	Núcleo Biparental con Hijos. Pareja de 45 años, hijo de 25 e hija de 9 años
Mía	28	Marta Brunet	Comerciante		CEC Hija de 10 años	Núcleo Biparental con Hijos. Esposo de 34 años e hija de 10 años

Dina	47	Volcán III	Comerciante	Ciclo de Consolidación y Salida Adolescentes 12 a 14 años	CCS Hijo de 13 años	Núcleo Biparental con Hijo. Esposo e hijo de 13 años
Mari	74	Marta Brunet	Dueña de casa		CCS Nieta 14 años	Familia Extensa Amplia. Hija de 39 años, pareja de hija de 42, y tres nietos (18, 16 y 14 años)
Jimena	40	Volcán III	Dueña de casa		CCS Hijo de 11 años e hijo de 20 en SD	Familia Biparental con Hijos. Esposo, hijo de 20 años y de 11 años
Carol	39	Marta Brunet	Dueña de casa	Adulto Mayor	AM tía de 56 años	Familia Extensa Monoparental. Papá de 63 años, tía de 56 e hija de 13 años
Estrella	49	Marta Brunet	Dueña de casa y cuidadora		AM Vecino de 74 años	Núcleo Biparental con Hijos. Pareja de 45 años, hijo de 25 e hija de 9 años
Ari	69	Marta Brunet	Dueña de casa		AM Esposo de 83 años	Núcleo Biparental sin Hijos. Pareja de 83 años
Nat	27	Marta Brunet	Dueña de casa	Personas en Situación de Discapacidad	CVI y PSD Hijo de 6 años	Núcleo Monoparental. Ella e hija de 6 años
Flor	57	Volcán III	Dueña de casa		CCS y PSD Hijo de 26 años	Familia Extensa Biparental con Hijos. Pareja de 67 años, hijo de 26, de 6 e hija de 3 años
Alison	22	Marta Brunet	Cesante		AM y PSD Mamá de 54 años	Núcleo Extenso Monoparental. Mamá de 54 años, hermana de 38, pareja de hermana de 42 e hija de 3 años

Fuente: elaboración propia, 2021.

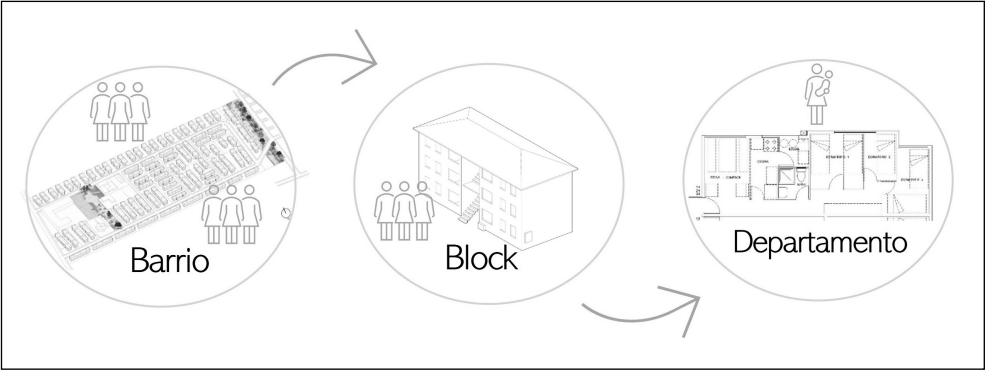
MUJERES CUIDADORAS Y ESCALAS TERRITORIALES

Históricamente, las mujeres han tomado acción alrededor de situaciones que engloban el cuidado de otras personas, situación que se acentuó en Bajos de Mena durante la pandemia por COVID-19. En los tres barrios, se encontró a mujeres con situaciones de vida

similares y con oportunidades de tejer redes de apoyo que brindaron contención en el periodo de pandemia, en correspondencia con lo que plantea Lomnitz (1994). La colaboración por cercanía al hábitat (Massolo, 1992) se presentó de manera diferenciada en cada barrio, pero coincidió en ser una forma de relacionarse y empatizar entre las mujeres, además de nutrir lazos. No obstante, el estricto aislamiento practicado por las cuidadoras redujo la frecuencia de encuentros sociales y, por ende, la posible construcción de nuevos lazos.

Se reconocieron tres escalas territoriales donde las mujeres organizan y realizan actividades de cuidado (Figura 2). Primero, la escala *barrial*, compuesta por un territorio de siete manzanas, con un número variable de entre 73 y 138 bloques o *blocks* de edificios de vivienda por barrio, con presencia de comercio local y parques. Segundo, la escala intermedia o del *block*; un edificio de tres pisos compuesto por 12 departamentos conectados por una escalera central como acceso comunitario. Finalmente, la escala del *departamento*, caracterizada por ser una vivienda de 42 m² (en caso de no presentar ampliaciones), de entre 2 y 3 habitaciones, cocina, logia, baño y área de estar. La escala *barrial* y la de *block* funcionan como dos esferas comunes donde las participantes socializan y colaboran con otras personas del barrio, mientras que la escala de *departamento* es la más privada y segura, donde solo mujeres del clan familiar pueden colaborar.

FIGURA 2. ESCALAS TERRITORIALES DE ORGANIZACIÓN DE LOS CUIDADOS



Fuente: elaboración propia con base en entrevistas, 2021.

ESCALA BARRIAL: CUIDADORAS COMUNITARIAS

Conforme se agravó la crisis sanitaria, la red de dirigentes de los barrios se movilizó para reunir apoyo económico y productos de la canasta básica para las personas del barrio. Las redes comunitarias de las villas tienen un alto capital social, por ello, lograron gestionar recursos materiales e instrumentales que venían de universidades y colegios donde están inscritas las personas a su cuidado, así como de la Municipalidad de Puente Alto. En este sentido, las redes comunitarias y el capital social se convierten en conceptos claves para la colaboración en comunidad (Maguire, 1980; Gottlieb, 1983; Chappell, 1992).

Entre las dirigentas y mujeres del barrio realizaron ollas comunes para los habitantes, brindando alrededor de 800 almuerzos diarios durante los seis meses iniciales de la pandemia. Después, el apoyo se focalizó en adultos mayores que viven solos y enfermos de COVID o alguna enfermedad preestablecida. En esta organización, la presidenta de las dirigentas fue la agente clave en la interacción con el Municipio; ella recibía la mercadería en la sede vecinal y en conjunto con las dirigentas se encargaba de empacar el alimento y repartirlo. Entre los mecanismos para suplir la inseguridad económica del barrio, la presidenta asistía una vez a la semana a la sede vecinal y al huerto comunitario; siendo común que llevara a su hija de segunda infancia para su cuidado. Como plantean Dabas y Najmanovich (1995) y Lomnitz (1994), existen redes comunitarias que diagnostican sus necesidades y redistribuyen bienes y servicios a través de actores clave, como acciones de resistencia ante situaciones complejas. Esta gestión la relata Clau, presidenta de las dirigentas.

Nosotras cuando vimos que comenzó esta cuestión del COVID dijimos «¿Saben qué?», si esta cuestión no tiene una cura nos vamos a tener que movilizar y nosotras vamos a tener que hacer la labor que no cumple el Estado acá, ahora yo atiendo a los COVID ... yo voy a dejar las cajas de mercadería y todo eso (Clau, 52 años).

Los beneficios materiales de la red comunitaria se traspasaron de las cuidadoras barriales a las cuidadoras de núcleos familiares que estaban a cargo de personas de primera infancia, adultos mayores, personas en situación de discapacidad y personas contagiadas de COVID-19. Con todo el apoyo que dieron las dirigentas, estas se transformaron en una red clave de vinculación entre los habitantes y entidades externas, transparentando lo que se vivió en territorios que atravesaron largos periodos de cuarentena.

Las interacciones y niveles de colaboración entre las participantes son diversas dentro de la escala barrial. Por un lado, la mitad de las participantes cuentan con un alto capital social y una relación fortalecida y solidaria desde antes de la pandemia, que ha favorecido una red con la cual sienten la confianza para recurrir ante emergencias. Por el contrario, las cuidadoras con mayor carga de tareas al interior del hogar no lograron construir lazos representativos a nivel barrial en pre-pandemia, manteniendo solamente una relación cordial y respetuosa con los vecinos que viven en diferentes sectores del barrio. Aunque en el día a día, tanto la presidenta como las dirigentas realizaron tareas de cuidado comunitario, también desarrollaron tareas de cuidado dentro de sus hogares para su red familiar.

ESCALA DE BLOCK O INTERMEDIA: CUIDADORAS DEL ESPACIO COMÚN

Las interacciones entre mujeres en estos espacios son más estrechas y estaban fortalecidas desde antes de la pandemia. Las mujeres prefieren fortalecer redes más directas con otras mujeres cercanas a su espacio de vivienda y que también realizan tareas de cuidado, al encontrar en estas relaciones un mayor sentido de identidad y la posibilidad de compartir experiencias comunes. Por ello, en la escala intermedia se combina la cercanía física y relacional, lo que propició que las mujeres cuidadoras generaran y recibieran apoyos materiales, emocionales e instrumentales en proporción a la solidez de la relación entre ellas. Entre mayor es la confianza es más común que surjan apoyos emocionales, como es descrito por Khan y Antonucci (1980).

Los apoyos materiales se reflejaron en la distribución de mercadería y apoyo económico. El apoyo emocional se caracterizó por el acompañamiento psicológico entre mujeres cuidadoras al vivir situaciones personales similares en pandemia, entre las que se incluyen las experiencias de cuidado en el hogar. Mientras, los apoyos instrumentales entre mujeres a nivel de block, consistieron en supervisiones rápidas de cuidado a las personas dependientes en los hogares de sus vecinas cuando tenían que salir de casa para comprar alimentos. Otra muestra de apoyo instrumental que surgió en contexto de pandemia fue la organización para la limpieza de las áreas de circulación del block y la generación de acuerdos de aislamiento entre vecinos para evitar contagios sin afectar la relación de convivencia, como lo expresa Jimena a continuación:

En la pandemia nos unimos, en ese sentido de tener más limpio, desinfectar las puertas, la escalera ... el apoyo cuando uno sube la escalera ... o poner la alfombra con cloro, con alcohol gel ... si nos hemos ayudado ... estamos encargados de ciertos días para sacar la basura, el container ... o sea, en ese sentido, nos hemos preocupado hartito como vecinos (Jimena, 40 años).

La red comunitaria también tiene injerencia en esta escala con las delegadas de sector. Las delegadas tienen un amplio capital social a través de contactos individuales con los cuales mantuvieron comunicación a través de grupos de *WhatsApp* para conocer los casos de COVID-19, así como las problemáticas y necesidades de la zona, para canalizarlo a las dirigentas y trabajar en un plan de acción. La participación de las mujeres cuidadoras en los espacios comunes está relacionada con una menor interdependencia con la(s) persona(s) a su cuidado ya que, ante una mayor dependencia, las mujeres están más limitadas a desarrollar los cuidados dentro de la escala de departamento.

ESCALA DEPARTAMENTO: CUIDADORAS DEL NÚCLEO FAMILIAR

En esta escala, las interacciones para las mujeres ya eran limitadas antes de la pandemia por la carga social e identitaria que las relaciona con el trabajo doméstico. Las mujeres de la misma estructura familiar conforman la única red de cuidados que se identifica en la escala de la vivienda. Las mujeres de esta red familiar de cuidados en su mayoría habitan en la misma vivienda; sin embargo, cuando no hay otras mujeres en el núcleo familiar se recurre a una familiar que resida cerca. Las mujeres confían más en otras mujeres del mismo clan familiar porque existen experiencias de vida similares y se reconoce un lazo que crea confianza mutua para el apoyo de cuidados. La red de cuidados de las mujeres entrevistadas de la Villa Marta Brunet vive en el mismo barrio y comuna, facilitando su movilidad cotidiana.

En trece de los dieciséis casos, es una mujer del núcleo familiar la que colabora con las tareas de cuidados que van rotando entre relaciones verticales, horizontales y transversales. Es decir, en estos casos, los cuidados y la resolución de los problemas asociados al contagio de COVID-19 se desarrollaron entre madres, hijas, hermanas y abuelas, sin importar la jerarquía de edad y asumiendo distintos roles dependiendo del caso. Es decir, que por el hecho de ser mujer se asume la responsabilidad de realizar tareas de cuidado, aunque existan hombres adultos en el núcleo familiar. En estas situaciones se reconoce una importante asignación y persistencia de tareas en función del género (de Beauvoir, 1989). Así lo relata Alison al realizar tareas de cuidado y trabajo doméstico para su madre, hermana, cuñado y sobrina.

Con mi mamá cambiaron los papeles porque ahora yo soy como la dueña de casa y ella es mi hija (risas), yo creo que fue la única alternativa que teníamos para que mi hermana y cuñado trabajaran, entonces no podían cambiar los papeles en otro sentido, tenía que ser sí o sí yo (Alison, 22 años).

Las largas distancias y las restricciones de movilidad por la pandemia limitaron las posibilidades de movilización de las redes familiares de cuidados de un punto de la ciudad a otro. Esta situación se reconoció como la más crítica para dos mujeres entrevistadas en este estudio ya que, al ser parte de un hogar monoparental con precariedad económica, la falta de redes de apoyo cercanas y la carencia de espacios barriales institucionalizados para el cuidado, implicó que la estrategia para el cuidado de personas de primera infancia fuera asumida por mujeres adolescentes, o en el ciclo de vida de consolidación, que aún requieren cuidados. Tal es el caso de Nicol:

Mía no puede ir a una sala cuna ... entonces gran parte del tiempo las niñas son las que se preocupan de su hermana... la responsabilidad de cuidar a su hermana es de ellas, porque igual yo tengo que salir a trabajar sí o sí (Nicol, 30 años).

La mayoría de las mujeres que son exclusivamente cuidadoras de su núcleo familiar habitaron solo sus viviendas por el alto grado de interdependencia con las personas a su cuidado. Al cuidar a personas con capacidades diversas y en el ciclo inicial de vida, la interdependencia es mayor y requiere más de su tiempo. La movilidad cotidiana de las mujeres se modificó a raíz de la pandemia y pasó a desarrollarse exclusivamente dentro del barrio para fines relacionados solamente al cuidado.

La geografía de cuidados mostró escenarios de cambio por la contingencia sanitaria. El cierre de los servicios e infraestructuras de cuidados —como escuelas o estancias infantiles— y la evasión de los espacios públicos —como plazas o jardines de juego— restringió la movilidad de las mujeres y de las personas a su cuidado, en especial de las personas con capacidades diversas, personas de primera infancia y adultos mayores. La geografía de cuidados pasó a componerse principalmente por los espacios cercanos a la vivienda para realizar todas las actividades.

CONCLUSIONES

La pandemia por COVID-19 reveló las deficiencias estructurales del sistema de cuidados y la falta de infraestructura urbana para soportarlo, particularmente en términos de vivienda. En casos como el de Bajos de Mena, la provisión cotidiana de los cuidados se complejizó al estar en las periferias y carecer de servicios. Aun así, la cohesión social preexistente a la pandemia generó que la organización de las mujeres en conjunto con sus redes de apoyo fueran los pilares que sostuvieron las actividades de cuidado del barrio, particularmente durante el periodo de confinamiento.

Por otro lado, se mostró lo complejo que puede ser la geografía de los cuidados al funcionar de forma multiescalar. Esto se expresa en la participación de las mujeres en las diferentes escalas en las que se requieren cuidados, ya que, además de ser cuidadoras de las personas que integran su núcleo familiar, también son cuidadoras a nivel barrial y dentro de su block de edificios, tomando liderazgos y generando apoyos que fueron base para la supervivencia en los meses de cuarentena más estricta.

En las tres escalas identificadas para la organización espacial de los cuidados, las mujeres asumen el papel principal para organizar y realizar los cuidados comunitarios; observando en la escala de departamento la mayor brecha de desigualdad respecto a la responsabilidad de las tareas de cuidado, ya que en los núcleos biparentales con hijos y en las familias extensas no se gesta una repartición equitativa de las tareas entre sus integrantes. La sobrecarga de tareas que desarrollaron las mujeres se manifestó como la presión impuesta por los roles que tienen que cumplir, lo que las llevó a una fatiga manifestada por la pérdida de autonomía y cuidado para ellas mismas.

Finalmente, se reafirmó la urgencia de reivindicar las corresponsabilidades, y la necesidad de construir territorios que den soporte a la diversidad de personas y necesidades dejando de replicar urbanismos hegemónicos. La implementación de una ciudad cuidadora requiere poner atención en las características de la vivienda dentro del sistema de organización de los cuidados y las distintas maneras de habitar estos espacios. La experiencia de la pandemia muestra

la necesidad de contemplar la diversidad funcional de las personas, los diferentes ciclos de vida que transitamos, así como el constante cambio de estado de la salud al que somos propensos y que puede afectar nuestra autonomía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Atisba Monitor (2020). *Hacinamiento urbano y riesgo propagación covid-19. Impactos urbanos + Propuestas*. <https://www.atisba.cl/monitor/hacinamiento-urbano-y-riesgo-propagacion-covid-19/>
- Barriga, F. & Sato, A. (2021). *¿El tiempo es oro? Pobreza de Tiempo, desigualdad y la reproducción del Capital* (documento de trabajo). Estudios de La Fundación Sol. <https://fundacionsol.cl/blog/estudios-2/post/pobreza-de-tiempo-y-desigualdad-la-reproduccion-del-capital-desde-una-perspectiva-feminista-6744>
- Booth, C., Darke, J., & Yeandle, S. (1998). *La vida de las mujeres en las ciudades. La Ciudad un espacio para el cambio*. Narcea Ediciones.
- Boza, S., & Kanter, R. (26 de marzo de 2021). Ferias libres y delivery: ¿Una combinación realista?. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2021/03/26/ferias-libres-y-delivery-una-combinacion-realista/>
- Carrasco, C., Borderías, C., & Torns, T. (2011) *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Libros de la Catarata.
- Chappel, N. (1992). *Social Support and Aging, Perspectives on Individual and Population*. Butterworths.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Collière, M. (1993). *Promover la vida. De la práctica de las mujeres cuidadoras a los cuidados de enfermería*. Mc Graw Hill.
- Dabas, E. & Najmanovich, D. (1995). *Redes sociales: el lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Paidós.
- Davis, K. (2008). Intersectionality as a buzzword: A sociology of science perspective on what makes feminist theory successful. *Feminist Theory*, 9(1), 67-85. <https://doi.org/10.1177/1464700108086364>
- De Beauvoir, S. (1989). *El segundo sexo*. Siglo Veinte.
- De Simone, L. (2018). Mujeres y ciudades. Urbanismo género-consciente, espacio público y aportes para la ciudad inclusiva desde un enfoque de derechos. En J. Arce Rizzo (Ed.), *El Estado y las mujeres: el complejo camino hacia una necesaria transformación de las instituciones* (pp. 229-250). Ril Editores.

- Equipo de Rehabilitación Urbana (ERU) & Servicio de Vivienda y Urbanismo Metropolitano (MINVU) (2016). *Diagnostico Social Conjunto Habitacional Marta Brunet Comuna de Puente Alto*.
- Falú, A. (07 de abril de 2020). *La pandemia: incertidumbres, violencias, cuidados, y género*. HIC-AL. <https://hic-al.org/2020/04/07/ana-falu-la-pandemia-incertidumbres-violencias-cuidados-y-genero/>
- Golubov, N. (2016), Interseccionalidad. En H. Moreno & E. Alcántara (Coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*, vol. 1 (pp. 197-213). UNAM-CIEG.
- González de la Rocha, M. (1999). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. El colegio de Jalisco/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- Gottlieb, B. (1985). Social networks and social support: an overview of research, practice, and policy implications. *Health Education Quarterly*, 12(1), 5-22.
- Hidalgo, R., Urbina, P., Alvarado, V., & Paulsen, A. (2017). Desplazados y ¿Olvidados?: Contradicciones respecto de la satisfacción residencial en Bajos de Mena, Puente Alto, Santiago De Chile. *Revista INVI*, 32(89), 85-110. <https://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/62775>
- Intendencia de la Región Metropolitana (2016). *Plan Integral Bajos de Mena. Un plan Integral para una situación excepcional*. Unidad de planes integrales.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2017). *Resultados definitivos Censo 2017*.
- Jirón, P., & Gómez, J. (2018). Interdependencia, cuidado y género desde las estrategias de movilidad en la ciudad de Santiago. *Tiempo Social*, 30(2), 55-72. <https://doi.org/10.11606/0103-2070.ts.2018.142245>
- Khan, R., & Antonucci, T. (1980). Convoys over the life course: attachment, roles and social support. En P. Baltes & O. Brim (Eds.), *Life-span development and behavior* (vol. 3, pp. 253-286). Academic Press.
- Lomnitz, L. (1994). *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Maguire, L. (1980). The interface of social workers with personal networks. *Social Work with Groups*, 3, 39-49. https://doi.org/10.1300/J009v03n03_04
- Massolo, A. (1992). *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*. El Colegio de México.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra.
- Monitoreo Nacional de Síntomas y Prácticas COVID-19 en Chile (MOVID-19) (2020). *¿Cuál ha sido el impacto de la pandemia en las labores de cuidado? Un análisis desde una perspectiva de género*. <https://www.movid19.cl/publicaciones/once-informe/>

- Muxí, Z. (2019). *Mujeres Casas y Ciudades. Más allá del umbral*. Editorial DPR Barcelona.
- Municipalidad de Puente Alto (2020). *Las medidas que adoptará Puente Alto para el desconfinamiento*. <https://www.mpuntealto.cl/?p=26141>
- Núñez, L., Estada, R., Poblete, A. & Salgado, I. (2016). *Diagnóstico Social Conjunto Habitacional Marta Brunet Comuna de Puente Alto*. Equipo de Rehabilitación Urbana Servicio de Vivienda y Urbanismo Metropolitano.
- ONU Mujeres & CEPAL. (2020). *Cuidados en América Latina y el Caribe en tiempos de Covid-19. Hacia sistemas integrales para fortalecer la respuesta y la recuperación*. <https://lac.unwomen.org/es/digiteca/publicaciones/2020/08/cuidados-en-america-latina-y-el-caribe-en-tiempos-de-covid-19>
- ONU Mujeres y Fundación Vértice Urbano. (2021). *El rol de las mujeres en las iniciativas solidarias y de ayuda en contexto de crisis de Covid-19. Composición y características de organizaciones de la sociedad civil que entregan respuesta humanitaria*. Vértice Urbano.
- Rasse, A., Vives, A., Luneke, A., Rivera, M. & Simon, F. (2020). *Postcrisis sociosanitaria y bienestar en territorios vulnerables: Efectos y recomendaciones* (Documento para política pública No. 9). CEDEUS.
- Rodríguez, A., & Sugranyes, A. (2004). El problema de vivienda de los con techo. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 30(91), 53–65. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612004009100004>
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2), 13–31. <https://doi.org/10.19053/01233769.7382>
- Spain, D. (1992). *Gendered spaces*. University of North Carolina Press.
- Valdés, T., & Weinstein, M. (1993). *Mujeres que sueñan. Las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989*. Flacso.
- Walker, K., MacBride, A., & Vachon, M. (1977). Social support networks and the crisis of bereavement. *Social Science and Medicine*, 11(1), 35-41.
- Wilson, E. (1992). *The Sphinx in the city. Urban life: the control and disorder of women*. University of California Press.

ACERCA DE LAS AUTORAS

ACOYANI ADAME CASTILLO (MÉXICO)

Arquitecta por la Universidad Veracruzana (México) y Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es fundadora de *Urbanismo Mujeres y Ciudad en Latinoamérica* y actualmente se desempeña como Coordinadora de Desarrollo Urbano en el Instituto de Recursos Mundiales México (WRI México). Se ha especializado en planeación urbana, políticas públicas y diseño urbano integrando una perspectiva climática, de género e inclusión social. Sus líneas de investigación abordan el desarrollo urbano compacto y equitativo, políticas habitacionales inclusivas, movilidad activa responsiva al género, urbanismo género consciente y el diseño de metodologías cualitativas y procesos participativos de innovación urbana.

BERENICE DE DIOS SANDOVAL (MÉXICO)

Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile y arquitecta por la Universidad de Guadalajara en México. Ha colaborado en diferentes oficinas de arquitectura y urbanismo en México, diseñando y coordinando proyectos

arquitectónicos de múltiples escalas. Su interés por temas relacionados con la vivienda y el urbanismo con perspectiva de género la han llevado a participar en cursos referentes a la vivienda colectiva, el derecho a la ciudad y talleres comunitarios. Actualmente es Coordinadora en proyectos de investigación en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

CATALINA RAMÍREZ GONZÁLEZ (CHILE)

Doctoranda en Sociología becada por ANID. Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Diplomada en Estudios de Género por la Universidad de Chile y Trabajadora Social (UC). En la actualidad es colaboradora del Centre d'Estudis i Recerca en Migracions y GEDIME. Ha participado de pasantías con el Núcleo Milenio de Estudios de Movilidad y Territorio en Chile (MOVYT), ha presentado sus trabajos en diferentes congresos internacionales y co-dirigido el Laboratorio de Innovación Social para la Inclusión (InclusionLab).

CONSUELO BANDA CÁRCAMO (CHILE)

Nacida en Viña del Mar, Región de Valparaíso. Licenciada en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile y Magíster en Desarrollo Urbano por la Universidad Católica de Chile. Se dedica a la investigación interdisciplinar en artes, cine chileno y prácticas urbanas y de ocio desde enfoques feministas. Es co-autora de los libros *En marcha. Ensayos sobre arte, violencia y cuerpo en la manifestación social* (2013) y *Fuera y dentro del arte contemporáneo. Comunidad y territorio en las prácticas colaborativas de Valparaíso* (2015). Actualmente es estudiante del Doctorado en Territorio, Espacio y Sociedad de la Universidad de Chile y colabora en proyectos de investigación en SÓNEC, Sonoteca digital de Música Experimental y Arte Sonoro en Chile.

DANIELA FRÍAS MONTECINOS (CHILE)

Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile y geógrafa por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Su trayectoria profesional se ha desarrollado en torno al trabajo de investigación con diversos centros de estudios en temas como el espacio urbano, cambio climático, medioambiente, gestión de residuos y enfoque de género, este último con énfasis en las prácticas de cuidado y política pública. También ha presentado sus trabajos a nivel nacional e internacional, con exposiciones y colaboración en publicaciones en sus distintas áreas de interés. Actualmente desarrolla actividades de asesoría en consultoría de manera independiente.

DENISSE LARRACILLA RAZO (MÉXICO)

Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile y licenciada en Diseño Urbano Ambiental por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla en México. Tiene experiencia en el sector público coordinando la elaboración de instrumentos de planificación urbana y proyectos enfocados en movilidad sostenible, seguridad vial, espacio público y experimentación urbana. Actualmente es consultora internacional y brinda apoyo técnico a gobiernos nacionales y locales para el desarrollo de proyectos urbanos con enfoque en cambio climático y perspectiva de género. Su experiencia profesional incluye a México, Chile, Ecuador, Paraguay, Palestina y Jordania.

KARINA PAOLA CAVIESES NEGRETE (CHILE)

Arquitecta por la Universidad Tecnológica Metropolitana y Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha trabajado en el departamento de Asesoría Urbana, perteneciente a la Secretaría de Planificación de la Municipalidad de Padre Hurtado, además del desarrollo de

tasaciones para consultoras privadas en el ámbito inmobiliario. Actualmente ejerce la docencia en la carrera de Arquitectura de la Universidad Central de Chile en áreas de taller arquitectónico y disciplinas medioambientales.

LAURA ORLANDO ROMERO (CHILE)

Socióloga por la Universidad Diego Portales y Magíster en Desarrollo Urbano por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha especializado en la investigación socio-urbana, políticas de vivienda, género e inclusión social, así como también en el diseño de instrumentos cualitativos y mixtos de investigación, impulsando iniciativas participativas y de retribución a las comunidades. Actualmente ejerce como investigadora en un proyecto sobre calidad de vida urbana, donde participan diversos países de Latinoamérica y el Caribe.

Este libro se terminó de imprimir
en Santiago de Chile,
mayo de 2024

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce
el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente
el papel necesario para su producción, y se aplicaron
altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos
en toda la cadena de producción.

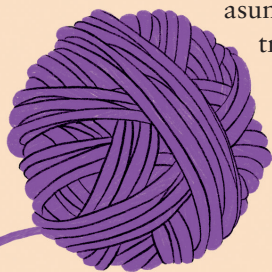


INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS

Escribir es una práctica problemática. Más aún en el contexto de la Producción académica, con sus rendimientos, plazos y formas específicas. Por lo mismo, no hay mucho tiempo para detenerse a pensar por qué hacemos lo que hacemos, cómo y junto a quiénes. Así fue que nos reunimos, como egresadas de los Programas de Magíster en Desarrollo Urbano y Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente (IEUT UC), para darnos ese tiempo y pensar cómo hemos incorporado el enfoque de género en nuestras investigaciones de tesis, revisitándolas desde otros tiempos y perspectivas dentro de un proceso de intercambio de experiencias.

Las historias que integran este libro están contadas por ocho mujeres de Chile y México. Los temas abordados van desde vivienda, migración, segregación, cuidados, movilidad y ocio, dando cuenta de la amplitud de temas que cruzan los estudios urbanos y su desarrollo en la región desde el enfoque de género. Asimismo, nos propusimos compartir experiencias, metodologías y marcos teóricos que puedan acompañar a otras personas que deseen abordar el vínculo género-territorio en sus procesos de investigación de tesis, momentos que muchas veces pueden ser abrumadores, desbordantes y solitarios.

Este trabajo colaborativo también es una invitación para transversalizar las discusiones en torno al género y no sólo comprenderlas como asuntos que atañen y se discuten entre mujeres. Por el contrario, son temas que involucran a la sociedad entera de manera diversa, situada y en interdependencia.



RiL editores

ISBN 978-956-01-1590-4



9 789560 115904